

BIBLIOTECA NACIONAL  
~~COLLECTIO~~ MEDINENSIS

COLECCIÓN DE HISTORIADORES  
Y DE DOCUMENTOS  
RELATIVOS A LA  
INDEPENDENCIA DE CHILE



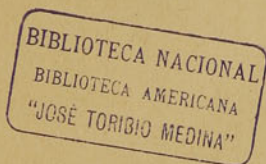


COLECCIÓN DE HISTORIADORES  
Y DE DOCUMENTOS

RELATIVOS A LA

# INDEPENDENCIA DE CHILE

TOMO XXV



Santiago de Chile  
**IMPRENTA UNIVERSITARIA**  
BANDERA, 130  
1913



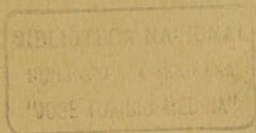
# I

GOBIERNO DEL PRESIDENTE  
Don LUIS MUÑOZ DE GUZMÁN

---

DOCUMENTOS

Relativos a la defensa de Chile contra una invasión extranjera  
1806-1807







I.—OFICIO DEL CABILDO EN QUE ACUSA RECIBO AL PRESIDENTE DEL PLAN DE DEFENSA DEL REINO ADOPTADO POR ESE MANDATARIO.

Señor excelentísimo.—Luego que tuvo noticia el Ayuntamiento de la pérdida de Montevideo, al paso que se penetró de la más viva consternación por tan infausto suceso, no ha dejado de reflexionar con mucha probabilidad que podrían dirigirse las miras del enemigo común hacia este territorio y trastornarnos aquella dulce tranquilidad en que descansaban sus moradores.

Tan fundada sospecha conmovió desde luego los ánimos de sus individuos y de todo el vecindario, creyendo firmemente próxima una invasión capaz de afligir y desordenar el reino, si con toda firmeza



no fuese rebatida la temeridad británica y postrado el orgullo de esa nación, que funda su mayor dicha en sostener la hidra devoradora de la humanidad.

Estimulado el Cabildo por tales principios, juzgó que faltaría a sus deberes sagrados no fijándose a discurrir acerca de proponer algunas ideas para beneficio y seguridad de este país y después de repetidas conferencias se acordó el acta cuyo testimonio pasamos entonces a vuestra excelencia, solicitando su aprobación si le pareciese arreglado el proyecto. En oficio del seis del corriente, nos ha remitido vuestra excelencia su muy apreciable bien combinado manifiesto en que abundan sólidas consideraciones, ceñidas a principios del arte militar y otras ideas que deben regir en semejantes casos, anunciando asimismo haber adoptado para su ejecución el plan que acompaña, escrito por don J. T. Reyes, a consecuencia de la junta de coroneles que se tuvo en palacio el día primero de septiembre.

Quiere también vuestra excelencia que se influya por nuestra parte a fin de que reinando el patriotismo, la confianza y adhesión pública a las deliberaciones del Gobierno, se consiga la debida subordinación, sin lo cual no es fácil que concertemos plan alguno, y bien penetrado el Cabildo de los mismos sentimientos puede asegurar, como lo ejecuta, que trabajará con singular esmero y actividad en esta materia de la mayor importancia.



Entretanto debiendo comunicarle lo que ha decretado la real Audiencia en vista del referido acuerdo, pasamos a vuestra excelencia testimonio de su resolución, esperando se sirva proveer acerca de dicho negocio lo que fuere de su aprobación superior para que puedan proseguir las tareas y demás acuerdos concernientes al ventajoso designio que se ha propuesto el Cabildo.—Dios guarde a vuestra excelencia muchos años.—Santiago y marzo 14 de 1807.

*El Presidente contesta un oficio en que el  
Cabildo ofrece coadyuvar a la defensa del país.*

Nada me es más satisfactorio que los deseos que US. manifiesta en su acuerdo, que me comunica con papel de 7 del corriente, de coadyuvar a la más vigorosa defensa de esta capital contra los enemigos ingleses, que se teme podrán con su conquista de Montevideo extenderla a nuestro país; había demorado contestarlo esperando las resultas de igual gestión que promovió en la Real Audiencia, por no implicar mis providencias, como es consiguiente a esta mezcla de autoridades, poco adaptable a los detalles y materias de guerra que piden sencillez, prontitud y absoluta dependencia del Capitán General y superior Gobernador, a cuyas representaciones está vinculada omnímoda facultad para cuanto

exija la seguridad de la tierra en casos urgentes y extraordinarios.

Ignoro los planes sobre que se regula para el resguardo de esta capital, que debe principiar desde las costas, el número de quinientos hombres: de qué organización se apetece este cuerpo, si se ha combinado con la defensa general del reino, con los medios y obstáculos de la ejecución y con otra multitud de datos que son necesarios para un proyecto concertado y total en que debe fijarse el jefe que ha de responder de la integridad de un reino tan vasto.

US. contrayéndose a la subvención de su costo adopta la aplicación de los ramos municipales y de los impuestos para obras especiales, solicitando la suspensión de éstas y de varios salarios y fiestas votivas, rentas de establecimientos públicos y algunos otros pagos de justicia consignados en esos fondos. A la verdad que todo esto es de suma gravedad y pide en mí un conocimiento más instructivo del que franquea la acta, para prestarme a innovaciones que alterarían tan pronto el orden y constitución civil, cuyo arreglo toca a la policía y gobierno público anexo a mis empleos.

Desde luego me parece que de los recursos propuestos algunos no son aceptables, otros sí absolutamente y varios modificables. No puede suprimirse al todo el presidio, tan necesario para la

corrección de la plebe malévola, mayormente en tiempos turbulentos; tampoco las obras públicas ordinarias y urgentes en que se da ocupación al mismo Presidio, ni la fábrica de la Casa Audiencia, que se expondría a ruinas estando en sus últimos remates y prontos sus materiales. El alquiler de las aulas públicas, debido al Carolino y el rédito de la casa de ejercicios, son cargas onerosas y obligatorias y tan indispensables para la subsistencia de sus fundaciones como los intereses anuales y deuda de cal de doña María Rosario Portales, cuyo pago se deja corriente siendo menos privilegiada.

Puédense suspender muy bien por dar espera para mejor oportunidad las obras del canal de Maipo, conviniendo los contribuyentes, caminos, enlozados y subasta de empedrados, los salarios de oficios y comisiones del Cabildo, repartiéndose por carga concejil, como que no subsisten de ellas los que las sirven, las asignaciones a la Academia de San Luis, al Director de Obras Públicas y a los demás que por ellas perciban cualquier cuota, supuesto que cesando éstas en lo más cesa el motivo de aquellas; las fiestas de Santos, excepto la del Patrón Santiago, bien que acordándose otro modo de conmutar sin gasto las solemnidades y cumplimientos de votos a aquellos santos, cuyo patrocinio debemos implorar y necesitamos más en las presentes circunstancias y, en fin, las demás erogaciones correspon-



dientes a estos objetos y ramos, para que todos cedan al fondo de guerra de la ciudad, sin embargo de que el de caminos ni el del canal de Maipo no son de sus propios.

Las dotaciones de las recogidas y también de la Universidad, de que no trata la acta, sin embargo de ser de igual calidad, pueden reducirse por ahora a la mitad, respecto de que no es dudable se conformen a esta rebaja esos establecimientos y los catedráticos acomodados por otras partes.

Contando con estos ahorros, el resto necesario para la mantención del nuevo cuerpo lo quiere US. buscar de contribuciones del vecindario. Para esto no es medio a propósito el de la junta de particulares y representantes de comunidades, de que regularmente se saca poca medra como he experimentado en las dos que se han convocado en mi gobierno. La involuntad de algunos produce especies que entibian a otros, terminándose en opiniones contrarias y perjudiciales, y si cualquiera se niega a suscribir, o el que primero lo hace es sin generosidad, sirve de mal ejemplo a los demás, quedándose muchos sin concurrir porque no se ha de generalizar la convocatoria a tantos como puede haber contribuyentes en el pueblo y menos a los ausentes.

El Ilustre Cabildo es respetable por sí; sus instancias se reciben como nacidas del interés común que eslabona la postulación y el donativo, y por dipu-

tados con el Procurador de ciudad surtirá más efecto la insinuación de por sí a cada uno de los pudientes; pero hecho antes un cálculo exacto del déficit para que las oblaciones correspondan en su entidad mediante que el vacío no es para llenarse con nimiedades y así también estoy en ánimo de hacerlo yo para el caso que preveo de haber de necesitar el mismo recurso cuando las tesorerías reales no alcancen por los exorbitantes gastos de guerra, que van aumentándose, supuesto que sus ingresos regulares escasamente sufragan a sus cargas ordinarias.

Para prolongar cuanto pueda ser este evento, que para mí será el más amargo, he recurrido ya a un valimiento de sueldos de empleados seculares y prebendados eclesiásticos, según verá US. por los adjuntos testimonios y no lo he extendido a las comunidades religiosas, sabiendo que sus anualidades no alcanzan aún para la precisa mantención de la vida común y que sus individuos adquieren de limosna o de sus casas el socorro de muchas necesidades y, sin embargo, se hallan contribuyendo subsidio al Soberano.

Como estoy persuadido de la máxima general de la milicia, acreditada por todo escritor de la profesión, de que el dinero es el nervio de la guerra y que sin él no se puede emprender cosa alguna, he creído que esta es en nuestra constitución la prin-

cial prevención a que he debido atender, con el intento de que conservando siempre en el Arcario real un rezago de quinientos mil pesos, si es posible, para cuando la necesidad obligue a poner en campaña todas nuestras fuerzas y auxiliar a las demás provincias y plazas que se proveen de situados de esta capital, poder aplicar el resto a la subsistencia del ejército de dotación del reino y de las tropas nuevamente agregadas y las demás que puedan aumentarse de actual servicio para la guerra, en cuanto alcancen los fondos, contribuyendo también para este cuerpo que se propone si fueren suficientes para todo.

De aquí entenderá US. que apruebo su proyecto, sea en formación de ordenanza o de tercios, para el cual daré las armas, sin embargo de ser tan pocas las que hay, y concederé además a US. la prerrogativa de proponerme los oficiales a excepción de los jefes, supuesto que todos deberán escogerse de sujetos del vecindario, no empleados en los regimientos de milicias, cuya aptitud US. conocerá mejor, mediante la absoluta falta de veteranos de todas clases aún para servicios de su profesión, que necesito suplir también a merced de paisanos.

Pero es preciso desengañarse que, sin embargo del plan de US., quedamos en la misma indefensión para una expedición fuerte enemiga si no se verifica el de una concurrencia general del paisanaje de a pie



y de a caballo, conforme a los manifiestos de que instruí a US. en carta de 7 del corriente. Nuestra defensa se ha de fundar, fuera del inmediato único puerto fortificado de Valparaíso, en la localidad, en la multitud de fuerzas vivas y en su vigor, ya que nos faltan los medios de oponer un ejército de armas, organización y táctica iguales a las de los enemigos; cada vecino sin excepción de clase debe estar apercebido de armas y caballo, según su posibilidad, para concurrir a la defensa de la tierra en alarma general. Este es un sistema autorizado por la ley 19, título 4.º, libro 3, de estos dominios. Por consiguiente, destiérrense y vitupérense los pensamientos temerarios de querer hacer la guerra enteramente unos a costa de los otros y de que se pongan tropas numerosas e inasesibles por el Rey, mientras la mayor parte de los habitantes descansa en la inacción y comodidad de sus casas y propiedades. Todos deben en las circunstancias presentes posponer sus haciendas y sus vidas hasta donde se necesitare. Bien advierto que estos son los sentimientos y la expresión de la nobleza y de los buenos vasallos; redúzcanse, pues, a obras dando cada uno ejemplo con ser de los primeros, puesto que el riesgo insta como US. lo anuncia; a todo esto se han dirigido mis conatos desde el principio de la declaración de la guerra, los registros y los expedientes de mi secretaría están llenos de instrucciones, órdenes y pro-

videncias a los jefes de provincias, plazas y cuerpos militares y a los subdelegados, comandantes de costas de los partidos y coroneles de milicia, pero la autoridad no alcanza a infundir en todos espíritu y talento militar y rectitud de ideas, y así es inevitable que para la ejecución de mis planes me falten muchas veces los instrumentos sin tener otros caracterizados más aparentes. Esto sólo puede suplirlo el patriotismo general en que el influjo de US. por su imitación y por sus órganos es más poderoso, para que, conspirando todos a la subordinación y unión del pueblo con la cabeza, sea una cadena cuyos eslabones prendidos puedan moverse juntos a un sólo impulso del que debe manejarlos, porque segregados unos de otros por robustos que sean no tienen fuerza alguna.

Si esto se consigue yo afirmo que el orgullo británico no impondrá a Chile su tirano yugo y US. descansará de sus temores dejando a mi cuidado el acuartelamiento, distribución de tropas y milicias cuando sea oportuno conforme a mis deberes.

Sin embargo de que los jefes superiores no deben entrar en contestaciones de estas materias, he querido hacerlo a US. esta vez por la completa satisfacción que me asiste de su buen celo y por lo que puede con juicioso discernimiento conducir al logro de mis proyectos, disipándose también por su medio las malignas impresiones que en estos lan-

ces suele hacer cundir la ignorancia y la libertad del vulgo. Así lo espero para el mejor servicio del Rey, para el bien de la patria y para el desempeño de nuestros empleos en que US. y yo tenemos el mayor interés.—Dios guarde a US. muchos años.—Santiago, 24 de mayo de 1807.—*Luis Muñoz de Guzmán*.—Señores del Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento.

II.—OFICIO DEL PRESIDENTE A LA REAL AUDIENCIA  
SOBRE LA MISMA MATERIA.

La alternativa de sucesos de Buenos Aires, tuvieron hasta hoy suspensas las providencias de esta Capitanía General, en circunstancias de la mayor escasez del real erario, sin fondos capaces de subvenir a cuanto se necesitaba para una esforzada defensa de todo el reino. Bien notoria es la falta de armas blancas y de chispas; no hay tropa, ni tenemos oficiales de ejército para llenar las funciones y cubrir los puntos indefensos de una extensión tan vasta; pero en el caso ya de hacer por mi parte cuanto sea posible y me permita la expuesta falta de auxilios, he determinado realizar sin pérdida de tiempo el plan que adopté por su asequibilidad y ventajas de los que se me presentaron con motivo de la junta de coroneles de milicias, a falta de ejército, que celebré el primero de septiembre último.

Pásolo a vuestra señoría con el de mi explanación sobre el propio proyecto para que mereciendo la autorizada recomendación de ese Magistrado para con los que han de tomar parte en su ejecución, se sirva vuestra señoría por la suya excitar el patriotismo, confianza y adhesión públicas a estas determinaciones, consiguiéndose así la necesaria subordinación, que es la base principal que garantiza el fundamento de semejantes planes.

Dios guarde a US. muchos años.—Santiago, 6 de marzo de 1807.—*Luis Muñoz de Guzmán*.—Señores Regente y Oidores de esta Real Audiencia.

Santiago, 9 de marzo de 1807.—Por recibido y contéstese a su Excelencia en la forma acordada, archivándose en el secreto.—(*Hay 4 rúbricas*).—Ante mí, *Román*.

*Respuesta de la Real Audiencia al oficio anterior*

Excelentísimo señor. — En vista del oficio de V. E. y del plan de guerra que le acompaña ha acordado el tribunal se conteste por mi medio a V. E. lo siguiente:

•Queda en el archivo y muy a la vista el plan y explanación que ha adoptado V. E. para la defensa de este reino y será la luz y gobierno de este tribunal en los casos que le corresponda obrar. Si el concepto que le ha merecido pudiera descender a



todas las clases de sus habitantes, estarían con V. E. la opinión y patriotismo, pero con las providencias de su ejecución quedará promovido y en todo lo que pueda influir el dictamen particular de sus ministros. »

Dios guarde a V. E. muchos años.—Santiago, 12 de marzo de 1807.—Excelentísimo señor.—*Fernando Márquez de la Plata*.—Excelentísimo señor don Luis Muñoz de Guzmán, Presidente, Gobernador y Capitán General del reino.

Es copia del original pasado al Excelentísimo señor presidente en el día de su fecha.—*Melchor Román*.

III.—PLAN DE DEFENSA DEL REINO DE CHILE ELABORADO POR EL CORONEL DE MILICIAS DON JUDAS TADEO DE REYES, EN SEPTIEMBRE DE 1806.

Excmo. señor.—Es el arte de la guerra tan vasto y tan complicado que difícilmente puede reducirse a reglas precisas, o sistemas, debiendo formarse éstos según las circunstancias y proporciones de cada país y, por consiguiente, exige cualquier plan de defensa muchos conocimientos prácticos y cálculos bien combinados de las poblaciones; del genio y carácter de los habitantes; de la geografía y producciones territoriales; de la situación de los puntos defensables; de los recursos que haya para sostener una campaña; de los caudales y fondos que se

han de necesitar para ello, contando con su seguridad y con el número y especie de enemigos con quienes se propone combatir; este es en resumen parte de la ciencia de un general; ciencia que pide un talento e instrucción superiores para descender después a los detalles particulares de los preparativos y provisiones de sus tropas e innumerables artículos indispensables para obrar con acierto y prometerse la victoria. V. E. que posee estos sublimes conocimientos y sabiendo por ellos que es una máxima sentada de todo general oír y tomar consejos de sus oficiales (porque tal vez en la multitud o en el menos experto se encuentran ideas nuevas y acertadas) dispuso formar una junta de guerra de los jefes de milicias a que tuve el honor de ser convocado, como coronel agregado al regimiento de caballería de milicias urbanas de Aconcagua, y después de haberse conferenciado en ella se sirvió ordenarnos que cada uno expusiese por escrito su dictamen. Y, si bien que el mío no puede ser apoyado en experiencias por no haber servido en cuerpos vivos ni campañas bélicas, diré, obedeciendo el superior precepto, lo que me ocurre por alguna lectura de libros de todos ramos militares, por la instrucción adquirida en el despacho de las materias de guerra de esta capitanía general, de que soy secretario más de veintiseis años, y por tener reconocido todo el reino, desde sus confines de Copia-



pó hasta el estado de Arauco; no pasajeraamente sino acompañando al Excmo. señor Barón de Ballynary en su visita para proveer sobre todos los objetos de justicia, policía, hacienda y guerra, con detenida y formal inspección de todos sus pueblos, costas, puertos, plazas marítimas y terrestres y sus guarniciones sin reserva de las más internas de las fronteras de indios.

Débese suponer que es físicamente imposible mantener las defensas necesarias en la extensión de cerca de seiscientas leguas de costas abiertas y con innumerables puertos, caletas y ensenadas que comprende el reino; y aun reduciéndonos a los puntos fortificados más importantes de Valdivia, Talcahuano, Valparaíso, ciudad de la Serena e islas de Juan Fernández estamos sumamente descubiertos por falta de guarniciones proporcionadas, que en ningún evento puede sufragar el erario que tenemos. Por esto, aunque en dictamen de una Junta de Generales aprobado por el rey el año de 1796 está determinado el plan de defensa de este reino, no ha podido reducirse a efecto ni según el estado de paz, y siendo mayores las escaseces para el de guerra y señaladamente en la actual, en que varían muchas las circunstancias del tiempo en que se ideó aquel proyecto, estamos en peor caso. Y he aquí la primera y más insuperable dificultad de concertar un plan sistemático que debe principiar por fijar los

objetos de la defensa: nosotros no podemos hacerla completa en todos los que pueden ser de invasión del enemigo ¿cuál o cuáles han de ser, pues, los que hemos de preferir para concentrar en ellos nuestras posibles fuerzas y combinar la de los puestos subalternos o para la recíproca comunicación, socorro, reunión, o retirada en casos precisos?

Este problema presume otro. ¿Cuál o cuáles pueden ser los intentos de los enemigos sobre Chile? Si el de conquista para dominar la mar del Sur, sus miras han de ser entonces la provincia de Chiloé, donde pueden subsistir de sus producciones naturales sin recelo de ser inquietados sino por una expedición fuerte de España, y entre tanto irse fortificando y extendiendo por aquel continente despoblado. Si vienen a saquear, será por alguna expedición de corsarios o partidarios, cuando más con algun corto auxilio naval y del ejército de la Corona Británica, a la cual nunca puede costear el grande gasto y riesgos de semejante proyecto ni el divertir sus fuerzas, que tanto necesita en Europa y sus propias posesiones de Asia y América, por un fin tan ridículo, efímero y a tan enorme distancia.

De nuestros puertos sólo Valdivia es proporcionado por su fortificación y circunstancias para resistir un bloqueo formal. Valparaíso, aunque tiene muy buenas baterías, sólo puede defender el surgidero, pero no un desembarco, sea por las playas y aun

puertecillos francos que hay colaterales o directamente en la del Almendral, largándose en lanchas y botes equipados dentro de puntas y fuera del frente y alcance de las baterías, pues, aunque las de San Antonio y el Barón cruzan sus fuegos en la bahía, no flanquean todo su ámbito, y en el corto tránsito paralelo poco pueden ofender, por la incertidumbre de los tiros, a los buques menores, por cuyo medio será inevitable el apoderarse de la población del Almendral y en seguida de la batería del Barón, como de las demás alturas dominantes a las restantes, que no teniendo a la parte de tierra, más que un simple muro necesariamente habrían de rendirse.

La importante ciudad de la Concepción corre mucho riesgo y merece la mayor atención por ser capital de un país de frontera peligrosísima y por su situación inmediata al puerto de Talcahuano, que aunque tiene dos pequeñas baterías es sólo con el objeto de proteger las embarcaciones del tenedero y es incapaz de fortificarse y defenderse contra un ataque decidido por su figura, extensión demasiada, y multitud de fondeaderos, y por estar contiguos los de la Quiriquina y San Vicente, que por las mismas dificultades subsisten sin reparo alguno marítimo.

La Serena, ciudad principal, está en peligro más inminente hallándose en la lengua del agua y una



grande bahía sin ninguna fortaleza; en ésta, y aunque defendida naturalmente del río y vega por dos costados y amurallada por otro con algunos baluartes y baterías provisionales, todo es muy débil y sin recursos por la distancia o despoblado de aquel partido y sus vecinos, en que el enemigo sería dominante sin resistencia.

Hasta ahora no se había imaginado que esta capital de Santiago, como más interna pudiese ser invadida de enemigos de Europa, por lo que nunca ha sido comprendida en los planes de defensa de las pasadas guerras ni se ha cuidado de preparativos para ella, sin embargo, de estar aquí el repuesto principal de armas de infantería y caballería y de haberse formado algunos cuerpos de milicias con fuero de disciplinadas, con el objeto de auxiliar a otros puestos de afuera en casos precisos, pero debiéndose temer ya que cualquier intento de saqueo de los ingleses se emprenda a la mayor y única riqueza del reino que encierra esta capital, obliga la prudencia a fijarse en este riesgo cuasi como el principal de la defensa de Chile; en las circunstancias presentes el pueblo clama por ello y con justicia.

He aquí cinco plazas importantísimas que cada una puede ofrecer a los enemigos muchas y diversas ventajas de conquistas, piratería y de contrabando en mar y tierra, desde el Cabo hasta Pana-

má; prescindo de los cuidados que también exige la dilatada costa comprendida desde los confines del Perú, entre los grados 26 y 33 de latitud, de cerca de 400 leguas de camino práctico de los partidos de Copiapó, Huasco, Coquimbo, Cuzcuz, Petorca, Quillota, Melipilla, Rancagua, Colchagua, Curicó y Maule, que abarca sólo esta provincia de Santiago en que hallan los puertos del Chineral, la Caldera, Bahía Salada, el Totoral, el Huasco, Coquimbo, la Herradura, Tanque, Punta de la Ballena, Pichidangué, Papudo, Quintero, Valparaíso, San Antonio, Navidad, Topocalma, con otras muchas caletas, ensenadas y playas mansas, totalmente indefensas y desamparadas, en que pueden desembarcar los enemigos libremente sin exponerse a la ofensa de nuestros puertos fortificados; cada uno de estos puestos pide una defensa particular, sin que puedan ser comunicables ni auxiliarse mutuamente por su suma distancia intermedia.

¿Y qué es necesario para atender a tantos riesgos y objetos? Aquí se agota la imaginación más fecunda que tenga una corta teórica de la guerra ofensiva y defensiva: desde luego yo me atrevo a asentar que es física y absolutamente imposible en nuestra constitución actual: cualquiera militar y también cualquiera del vulgo discurriendo por el sistema común de Europa dirá que si se esperan dos o cuatro mil enemigos armemos batallones y escua-

drones en igual o mayor número para salirles al encuentro y rechazarlos. Sería de desear que esto fuese factible, pero si nó inútilmente se surcan esos rumbos que no conducen al puerto. Contraigámonos sólo a la capital cuyo manifiesto presentará el cuadro general del resto del reino, esceptuando solo las plazas de armas de Valdivia, Concepción, con su puerto de Talcahuano, y el de Valparaíso fortalecidas y guarnecidas de antemano con lo poco o mucho que se ha podido, más no completamente, por lo que de allí ningún auxilio de consideración se puede extraer. Sólo tenemos aquí cinco cañoncitos, uno de a 10, otro de a 6, y tres de a 2, sin rodajes, pertrechos, ni utensilios: dos mil quinientos fusiles, unos pocos pares de pistolas, dos mil doscientas espadas de malísimo temple y dos mil quinientas lanzas entrastadas, mil cuatrocientas fornituras incompletas y suficientes municiones para tal armamento; de lo que se infiere que haciendo el último esfuerzo, cuando más podríamos juntar menos de dos mil hombres de fusil, municionados y otros tantos de lanza a caballo.

Se ha de considerar que poca tropa escogida, veterana y aguerrida de Europa, como debe presumirse será la que venga a invadirnos, vale por mucha de la bisoña, indisciplinada y colecticia del país: que el enemigo vendrá preparado en todos sus trenes de campaña cuando aquí nos faltan éstos



absolutamente, y que sin ellos no hay ejército capaz de obrar ni sostener un ataque; que la artillería, abundantes armas blancas y de fuego, pertrechos, municiones, rodajes, tiendas, instrumentos y demás efectos de parques de que carecemos, son inasequibles en el país, que aun para tal cual artículo que por haber materiales, se intentare construir, faltan fábricas y artífices; que el recurso a Lima, de donde podíamos esperar socorro, ya se ha negado, aún habiéndose pedido para Valdivia, que está al auspicio de aquel Virreinato, algunas menudencias y quinientos fusiles para reponer el armamento de su batallón, casi inútil por lo muy gastado, respecto de que, según insinuó el Excmo. señor Virrey, no tiene lo suficiente para su propia defensa, y sería ahora más importuna cualquier solicitud anunciándose una expedición fuerte enemiga contra aquella capital.

En fin, carecemos de suficientes oficiales veteranos de todas clases para organizar y mandar el ejército que de nuevo se formase. Son muchos los que se necesitan en funciones de guerra, no sólo subalternos sino de jefes y aún varios generales para las divisiones, para los destacamentos, para otros varios mandos y acciones de consecuencia y para sostener el orden y concertar las evoluciones de una batalla; para ella han de ser los oficiales muy expertos en la disciplina y táctica general de

campaña, que pide saber más el manejo de la arma y cuartos de conversión; y aunque se debe asegurar del honor y buena disposición de los oficiales de milicias que desempeñen sus deberes, apenas alcanzarían éstos para el interior de sus propios cuerpos siendo defectuosos, por no tener la dotación de veteranos que los demás de América y España verdaderamente disciplinados, como se requiere para que sirvan éstos de guía en las operaciones y ayuden con su ejemplo y ejecución a inspirar confianza y energía, de que pende el suceso de las victorias. La prueba real y práctica de esta verdad la suministra el triste ejemplo de Buenos Aires en la invasión del 27 de Junio, a que, fuera de las pocas tropas veteranas que salieron a oponerse al desembarco y paso de los ingleses, concurrieron también valerosamente más de cuatro mil milicianos y paisanos de fusil, en pelotones en los extramuros y, por falta de jefes y oficiales que los dirigiesen, se retiraron al fin dispersos, arbitrariamente, sin haber hecho una descarga al cabo de dos días que pasaron, sin comer, sobre las armas. Tal es el resultado de la guerra sin los adminículos necesarios. Y si esto ha sucedido en una ciudad abastecidísima de armas, pertrechos y trenes, sus milicias disciplinadas y con bastantes oficiales de ejército ¿cómo será prudencia, faltando todo esto,

confiar nosotros en salir a campaña con sólo hombres nuevos en el arte de la guerra?

V. E. misma carece de los precisos auxilios aún para mandar en jefe un ejército, siendo al mismo tiempo Capitán General de provincia, Inspector de sus tropas, Presidente de la Real Audiencia, Superior Gobierno del Reino, Superintendente de Real Hacienda, Intendente de Ejército y de Provincia y otros cargos accesorios, sin tener a sus órdenes, para confiar algo de tan vastas atenciones siquiera, un general o un sub-inspector, ni estados mayores de plaza y de campaña.

La tropa veterana se reduce a una compañía de dragones, que aún aumentada con motivo de la guerra no alcanza a cubrir la guardia del Palacio y distribuciones de cuartel, por su dispersión en destacamentos a Coquimbo y otras partes.

Las milicias se componen: las de infantería de artesanos y las de caballería de los labradores, que se llaman aviados, por más acomodados, de las campañas del circuito de esta capital y, por lo mismo, según el sentir de los profesores, las menos aptas para la guerra por el daño que se sigue a los pueblos de la cesación de sus oficios y agricultura, y porque siendo regularmente casados no es factible acuartelarlos ni sujetarlos a frecuencias de asambleas, como es necesario para disciplinarlos medianamente, dejando a sus familias pereciendo por no



alcanzar para ellas el pré de soldados, lo cual infunde en estos naturalmente disgusto, de que nace la inacción y aún la deserción en la guerra.

No es menos obstáculo para la subsistencia de tropas en campaña la despoblación de las de este reino, en que viven dispersos sus habitantes, sin poblaciones inmediatas que son las que proveen los ejércitos a lo menos de víveres y forrajes, cuyos repuestos y almacenes deben haber preparados y asegurados para no exponer a que por su falta en un solo día se abandone la expedición: la comida de hombres y animales no da espera, y durante el acantonamiento de tropas al frente de enemigos no se habrá de pensar en soltar la caballería a pastar por los cerros y campos cuando aún deben comer y dormir ensillados. Aquí sólo se mantienen amarrados con alfalfa verde o paja y cebada: aquella no se encuentra fuera de esta capital, sólo para bestias de los carruajes y las demás son tan escasas porque la multitud de animales de las estancias subsiste en potreros de pasto natural, que, si no me engaño, no se hallará asentista para forrajes, no digo de millares, pero ni de doscientos caballos a pienso, aunque fuera por pocos días.

Sería demasiado difuso e impertinente si intentara recopilar todos los obstáculos que se divisan para la práctica de la guerra, según la táctica europea, en el territorio y constitución actual de no-

sotros, pero conviene concluir con el de la mayor atención que es el de caudales, como eje principal que mueve todos los resortes de un ejército: la real Hacienda de este Reino es escasa aún para sus cargas ordinarias: las cajas de esta capital, lejos de tener algunas sufragáneas como las ricas de las provincias internas de los Virreinos de Lima y Buenos Aires, que sostienen a sus metrópolis, proveen de situados a las de la Concepción y demás partes en que tenemos guarniciones; las rentas, señaladamente de Aduana, están minoradas por la interrupción presente del comercio: por eso en ocasiones de guerra ha sido siempre Chile auxiliado por el erario de Lima, cuyo recurso se ha cerrado ya por Real Orden de 22 de noviembre de 804, en que previene S. M. a esta Presidencia procure subsistir sin tales auxilios y mantenerse independiente en un caso de guerra, reduciendo el número de tropas y providenciando las demás reformas de gastos necesarios al efecto: de suerte que hasta el situado de Valdivia, que jamás ha dejado de venir anualmente de Lima, se libró el presente año contra el ramo de tabacos de este reino.

En medio de estos apuros y de las economías con que ha sido preciso atender a la defensa de las plazas, cercenando muchas de las solicitudes de sus gobernadores, se han aumentado sus guarniciones y, no obstante, por las últimas novedades de ene-

migos, Valdivia pide un refuerzo de quinientos hombres, como ha habido en iguales ocasiones, para lo cual se le han enviado algunos reclutas de la Concepción y se ha despachado comisión de bandera para completarlos en Chiloé. El señor Intendente de la Concepción exige además que se pongan sobre las armas el batallón de infantería y el escuadrón de caballería de milicias de aquella ciudad, y el gobernador de Valparaíso y el comandante de armas de Coquimbo instan por iguales aumentos de sus guarniciones, y si se añaden las que del mismo modo exige esta capital puede calcularse que el ejército de Chile pasará de cuatro mil hombres, el cual es insoportable un solo año a los fondos ordinarios de las tesorerías reales, aunque se tomen suplementos de los ramos municipales, sin dejar descubiertas todas las demás atenciones y sueldos del estado político y de Real Hacienda, prescindiendo de los demás gastos que ocasionan los cuerpos de nueva leva, señaladamente de vestuarios, monturas y fornituras, cuyos artículos son costosísimos y el primero inasequible por absoluta actual falta de los principales géneros en esta plaza.

Débase también contar con un fondo cuantioso de caudales rezagados en arcas, que más que nunca son necesarios en el tiempo de una campaña; entonces es cuando el dinero ha de estar pronto y abundante para los acopios de víveres, forrajes, re-



montas, bagajes y carros de transporte de municiones, parques de artillería y hospital, equipajes, gastos secretos del General, con otras adherencias y pagamentos de multitud de empleados que son menester para el buen servicio de cada una de estas cosas.

No sabemos hasta donde alcanzaría en tal lance el recurso al comercio y vecindario, en los donativos pedidos para el Rey; últimamente se ha manifestado su pobreza, pues, aun habiéndose solicitado a préstamo con buen interés, el Consulado tuvo por mejor contribuir generosa y gratuitamente de sus fondos, que limitarse a la cortedad que echaba de ver podría recogerse de sus individuos en particular. No es dudable que el patriotismo y honor de la Nobleza y resto de los vecinos haría en la urgencia el mayor esfuerzo; pero debe este computarse y comprometerse previamente para no aventurar tanta importancia a incertidumbres cuando las circunstancias no dan espera ni permiten exacciones coactas. Suele decirse que en esos casos no se reserva la plata de las comunidades e Iglesias: es verdad; pero con esto, que aun debe ser el postrer arbitrio después que el vecindario dé el ejemplo de sus obligaciones efectivas, no se podrá remediar mucho: los conventos no tienen por lo común dinero detenido en sus cajas; ahora tampoco se podrá echar

mano de esos capitales como destinados a la real consolidación; y las alhajas de los templos no son moneda corriente que es la que sería menester en los insinuados apuros.

He tocado hasta aquí los obstáculos: voy ya a proponer los medios que me parecen adaptables para la defensa. Las de esta capital y Valparaíso deben combinarse para su mutuo socorro y el de los distritos y demás avenidas de este partido de Santiago y sus confinantes: para ello convendrá prevenir al gobernador que en el caso de ser atacado aquel puerto y en el extremo de capitular, no se entregue prisionero sino que se salve y retire antes a esta capital toda su guarnición veterana y de milicias, con la demás gente suelta capaz de agregarse a las armas y la artillería y municiones que se puedan, dejando clavados los cañones intrasportables.

Que con las mismas fuerzas y precauciones se dirija a reunirse con la de esta capital al primer aviso u observación de venir contra ella los enemigos desembarcados por otra parte, tomando los caminos mas seguros para no ser cortado.

Que en esta capital se levanten sobre el pie de ordenanza tres compañías provisionales de infantería, con oficiales del regimiento de milicias del Rey y soldados del mismo, escogiéndose sólo los útiles y completándose con reclutas libres, todos mozos

solteros, robustos y de las mejores calidades para las armas.

Que asimismo se pongan otras dos compañías de dragones agregadas a la de la Reyna, de esta capital, al mando de su comandante, con oficiales de las milicias de caballería, formando un cuerpo para su mejor régimen durante la guerra y no en la clase de escuadrón veterano perpetuo, que el día de la junta se asentó estar aprobado y mandado crear por S. M.; pues sabe V. E. que por el contrario está derogado por reales órdenes, y aunque se ha representado para su verificativo por los señores capitanes generales O'Higgins, Avilés, Pino y aún por V. E. mismo en dos ocasiones, acompañando propuesta de uniformarlo y montarlo a su costa un particular, no se ha merecido el consentimiento del Soberano.

Que se cuide de la instrucción y disciplina de estas tropas, con la severidad de ordenanza, en cuartel y rancho y aún en las menudencias, cuya relajación tolerada en este reino atrae muchos desórdenes; y que para su mejor organización se les asignen subalternos veteranos bien acreditados que hagan funciones de ayudantes y algunos sargentos y cabos, trayéndose para ello doce soldados escogidos de cada una de ambas armas del ejército de la frontera.

Que se les dé un chaquetón y sombrero armado

y una gratificación competente para calzado y otras prendas de vestuario precisas por ahora y para su entretenimiento tengan fondo de masita, arreglándose el pré de modo que sea suficiente para todo con proporción a la carestía del país en el día.

Que estas compañías, con la que hay actualmente en Valparaíso, alternen dos veces al año en la guarnición de aquella plaza, donde por ser fortificada y haber más objetos de servicio adquirirán prácticamente la disciplina militar e instrucción correspondiente.

Que la brigada de artillería volante proyectada y la compañía de milicias de este real cuerpo mandada formar en esta capital se arregle y ponga en ejecución luego que se consigan los cañones de calibre correspondiente y demás instrumentos necesarios de que actualmente se carece.

Que se disciplinen en lo posible las demás milicias de infantería y caballería, velándose mucho el cuidado de las armas de fuego que se les diere para ejercicios doctrinales, de modo que se conserven corrientes, pues son pocos los oficiales de la armería para repetidas composiciones y llegando el caso de la necesidad pudiera tal vez encontrarse la fusilería de mal servicio.

Que a los jefes de los cuerpos de milicias provinciales de los partidos se les encargue los tengan completos, armados y arreglados, en lo posible, con



los arbitrios y proporciones de sus distritos que les sugiera su celo, respecto de no haber tropa de asamblea, ni suficientes medios para suministrar a todos lo necesario al estado de disciplinados, observándose los bien meditados reglamentos que les ha dado esta capitanía general para su gobierno; y que estén prontos para ocurrir a la primer noticia que tengan de haber desembarcado en las costas de Melipilla, Valparaíso o Quillota los enemigos, sin esperar orden de esta superioridad, reuniéndose al jefe del partido o puerto invadido.

Que se cumpla por los subdelegados y comandantes militares la instrucción dada por V. E., comprensiva de las mejores máximas militares adaptables a la constitución del Reino para su defensa, que se leyó el día de junta.

Que los subdelegados hagan matrículas, por medio de sus jueces diputados, de todos los hacendados de sus respectivas comarcas; y que cada uno de estos den firmadas razones de sus inquilinos de a caballo y del número de los propios que tengan para suministrar remontas, advirtiéndoles que estén aparejados para acudir con ellos a la primera alarma y al campamento que se les señale, bajo de la seguridad que les ratificará el gobierno de indemnizarles los gastos que emprendieren, a cuyo efecto se autorice a los tenientes de ministros de real Hacienda y administradores de rentas de los partidos

que, pidiéndolo los subdelegados, contribuyan lo necesario para las marchas y subsistencia de la gente que se colectare para esas expediciones, dándoseles para la formalidad y comprobación de estos gastos la instrucción conveniente por el Tribunal de Cuentas.

Que, supuesto que la gente de caballería del campo se acomoda mejor y es más diestra en el manejo del machetón que de la espada y aquella arma se labra en el país, se manden construir el mayor número de ellos que sea posible, a dirección de algún vecino de carácter e inteligente, de acuerdo con el comandante de artillería de esta capital y se repartan en la cabecera de los partidos a cargo de los subdelegados para armar los paisanos con que hubieren de ocurrir a la defensa.

Y, finalmente, que en tal caso no traigan los milicianos chapeados de freno, estribos, ni espuelas de plata que servirían de codiciable despojo al enemigo y de materia al robo y otros desórdenes en nuestro campo.

Hasta aquí, aunque se consiguiera todo, nada avanzaríamos con tan poquísima tropa de línea y muchedumbre de hombres indefensos para combatir de firme contra armas de fuego; es pues preciso discurrir otro modo de hacer las nuestras ventajosas a las de los enemigos y a esto creo que es a lo que se han de dirigir los dictámenes que V. E. soli-

cita. Esto es también lo que parece da a entender la real orden de 30 de Noviembre de 1804, en que participando la declaración de esta guerra se previene a V. E. tome cuantos arbitrios les dicte su acreditado celo y prudencia, poniendo sobre las armas los cuerpos de milicias que le parecieren y sacando del paisanaje y demás recursos del país todo el partido que se pueda sin perder de vista los ahorros de la Real Hacienda, en cuanto fueren compatibles con la buena defensa. Y esto es lo que el Presidente don Ambrosio O'Higgins, consumado político y práctico del reino, escribía el año de 1790 en otra ocasión de guerra al señor Comandante General de la provincia de la Concepción, don Francisco de la Matalinares, acreditado militar, advirtiéndole que la constitución de estos dominios en todo diferentes de los de España, donde se logran prontos y superabundantes los auxilios, la autoridad soberana inmediata, bien y uniformemente concertados los mandos, los ejércitos, las fortalezas, las artes y demás artículos de que pende la oportunidad y ventajas de las ejecuciones militares, cuando acá todo falta, exigía que cada jefe formase sus planes por otros principios de su propia industria sacados de lo que el país y la posibilidad ofrecen.

Este prospecto nos alumbra que nuestros planes deben ser de emboscada, sorpresas y asaltos, fuera de retrincheramientos; en toda clase de ejércitos son



conocidos y oportunos estos ardides; en Chile son necesarios y únicos en que se puede esperar la victoria, la extensión del país abierto por todas partes, pocos pueblos, muchas cuestas, quebradas, bosques, caminos estrechos, todo favorece y principalmente la abundante y buena caballería, excelentes jinetes casi en general que son las gentes del campo por su ejercicio siempre montados, y el uso de la lanza, que como de más alcance que la bayoneta es a propósito para una acción impetuosa, bien combinada y sostenida, para desbaratar a la infantería de cuya naturaleza sólo puede ser cualquier expedición enemiga ultramarina.

De este solo modo podríamos defender la internación, que ha de ser nuestro primer intento, conteniendo y aun sitiando al enemigo en las playas hasta hacerle abandonar su empresa; pero es preciso reconocer que si viniera en marchas aceleradas a esta capital, no siendo tan pronta la reunión de nuestra caballería por las distancias y dispersión de sus habitaciones estamos expuestos a ser sorprendidos.

Este recelo me ha hecho imaginar otra especie de tropa más fácil de coleccionar y operar y aun más apta para un asalto, cual es el numeroso peonaje de esta capital y de sus minerales, chácaras y estancias del circuito, de que se podrían reclutar sin dificultad en un lance cuatro o cinco mil combatientes, estando de antemano preparados bajo de cierta organiza-



ción, formación y disciplina que se detallará por separado.

Estos son los hombres más ágiles, fuertes y animosos, no tienen hogar, casa, ni familia que los detenga; viven donde está su trabajo, de una en otra parte, endurecidos en la fatiga corporal, a prueba del calor, del frío y de la lluvia desde la mañana a la noche, andan a pie los días enteros y con la misma comodidad por llano que por cerros y desfiladeros, duermen sobre la desnuda tierra o, cuando más, en un pellejo y a cielo raso, se mantienen con un tosco y escaso caldero y su vestuario no pasa de una manta o poncho, algodón, calzoncillo de bayeta y ojota por calzado. En ellos es usual el cuchillo y en su manejo puede asegurarse que vale un chileno por dos ingleses, que son cobardes a esta arma como hemos observado en las diversas ocasiones que pocos españoles en esta mar han sido bastantes para represar sus buques y apoderarse de los contrarios, matando y arredrando a sus oficiales y tripulación con puñales.

Este ejército que pudiera denominarse de voluntarios cuchilleros, debería alistarse haciendo que de las chacaras y faenas en que se ocupan peones concurren con ellos sus amos o mayordomos en los días que se les señale, nombrándose de los mismos sus cabos y sargentos, otros de mas suposición y probada conducta para tenientes y capitanes y es-

cogiéndose para comandantes, hacendados de la primera distinción, formándose en compañías y batallones, o como parezca mejor, y dividiéndose el distrito para la mayor sencillez, comodidad y emulación de su matrícula y asambleas en cuatro partes, desde el centro de la ciudad y sus respectivos cuarteles hasta los confines del partido, de modo que a cada cuerpo corresponda un cuadrante, cortados del Este a Oeste por el río y el camino de Valparaíso, por el del puente de Maipo hacia el Sur, y por el de la Cañadilla y Aconcagua al Norte, con lo demás que en su particular reglamento acomodado a la clase e instituto de esta gente deberá formarse por separado según se ha dicho.

La ventaja de esta tropa por su asequibilidad es visible: con pocos ejercicios se les disciplinaría en el modo de obrar su acción; no costarán mas que la mantención en los días de sus asambleas que se harán en el campo para ir a la guerra; no necesitan de trenes, bagajes, ni equipajes; se movería con prontitud y facilidad a donde conviniese; se acuartelaría del mismo modo el día que se necesitase y, como que de esta clase hay en todas partes, se iría reforzando por los parajes por donde transitase, pudiéndose esto mismo verificar en cualquiera de los departamentos del reino por ser las proporciones y circunstancias iguales.

El entusiasmo es el móvil de los sucesos bélicos,

y para infundirlo en estos hombres es para lo que se necesitaría la sagacidad y destreza de los sujetos que habrán de ponerse a su frente; los magnates del vecindario deben ser los generales de estas tropas de paisanos y como que a ellos los conocen y en sus faenas y estancias les profesan temor y respeto no es dudable que empeñándose y dándoles por sí mismo el mejor ejemplo de patriotismo se conseguiría tenerlos bien preparados; el natural belicoso y el poco ente que hacen de la muerte los idiotas, como demuestran en sus pependencias y continuos homicidios, es un indicio de su disposición adecuada para guerrear; y para animarlos más se les hará entender que la sorpresa a que van no tiene riesgo haciéndose cuando los enemigos estén fatigados o hayan dejado las armas para descansar o dormir y sobre todo de noche y en la obscuridad en que será inútil su fusilería. Y, finalmente, como el interés es tan poderoso incentivo se les ofrecerán los despojos y que obtenida por ellos la victoria se les repartirá también en premio una cantidad de dinero, como de cien mil pesos más o menos según parezca, de manera que sea capaz de alucinar y contentar al número que se emplee en la acción.

Si estos pensamientos no mereciesen la aprobación de los sabios los disculparán a lo menos los ejemplos de la historia: en los conflictos de la guerra se valió Roma de sus siervos; la Francia de los



*sanculots*; en su última revolución Viriato con un ejército de bandoleros, como él, salvó a la Lusitania, su patria, contra los invencibles romanos; Paulo Emilio reparando que sus tropas valían más que los macedonios para la espada, resolvió atacar de noche al ejército de Perseo. ¿Porqué especie, pues, de cobardía política no sacaremos nosotros el mismo partido de esta clase inferior y numerosa, que es y ha sido siempre la que hace la guerra en todas las naciones, abandonando una empresa gloriosa que conseguida harían lugar a los chilenos en la historia de los héroes?

Todavía se puede adelantar más y asegurarse la sorpresa hasta de día y aún contra el enemigo prevenido; la caballería de lanza puede romper y desconcertar su campo atravesando a la ligera y escaramuceando de paso por el grueso del ejército contrario, en seguida entraría la caballería de machete, con cuya arma, como más corta, se asegura mejor el golpe y, finalmente, terminarían el destrozo los cuchilleros de a pie; las primeras filas de éstos pudieran acometer cubiertas en caso necesario de una fagina preservativa contra las balas, del alto de un hombre y de un pie o pie y medio de diámetro; entre las reflexiones militares del Marqués de Santa Cruz encuentro esta precaución para los soldados asaltantes de una plaza, aquí es muy fácil construirlas de esteras de totora, que tanto abunda, o también



de lana colchada, con redes de correas, a modo de las que llamamos chiguas, haciéndose experimento de las que resistan mejor. Con lo que, si mis ideas no me lisonjean, pienso que mil incidiadores de los primeros, otros tantos de los segundos y dos mil de los terceros, yendo ganosos y bien tratados, pasarían sin remedio a cuchillo mayor número de ingleses y nuestra infantería y caballería disciplinada, que se ha propuesto, serviría entonces para sostener por sí los ataques a que su fuerza y situación alcanzase y principalmente para conducir, contener y animar en el asalto a las de paisanaje y apoderarse, al favor del desorden de los enemigos, de sus parques, trenes y convoyes para completar la victoria.

Por último señor Excmo., nada se conseguirá sin difundir en la generalidad el espíritu de unión al bien común y adhesión al que manda, para coopear uniformemente a la ejecución de sus órdenes en que consiste el patriotismo; esta es la obligación que descende por el ejemplo y por la persuasión de los más altos a los inferiores y todos deben conspirar contra los críticos y rígidos declamadores de las máximas o disposiciones de los jefes, movidos quizá por sus intereses propios o por falta de nociones de las interioridades del gobierno, cuyo secreto conviene en gran manera porque de él pende su acierto; la ordenanza militar no tolera que se oigan murmuraciones que indisponen los ánimos e

infunden disgusto y desalientos en la tropa para el servicio. Nos hallamos en guerra y en circunstancias de que todo el pueblo debe estar penetrado de estas ideas y así se debe recomendar a los vecinos de honor y oficiales de milicias que cuiden por su parte de estar atentos a esta importancia.

He concluído mi sentir con la ingenuidad y franqueza que en materia tan ardua exige mi lealtad y amor al Rey y a la Patria, en cuyo servicio he consumido el vigor de mis años y estoy pronto a impender mis restantes esfuerzos. Puedo no haberlo acertado como militar, pero lo aseguro en los datos y hechos que he asentado como secretario instruído en las circunstancias y estado político y militar del reino. La superior ilustración de V. E. corregirá los yerros y sírvase aceptar el sacrificio de mi obediencia a costa de exponer mis cortas luces a la censura pública.—Santiago de Chile y Septiembre 14 de 1806.—Excmo. señor.—*Judas Tadeo de Reyes*.—Es copia.—*Judas Tadeo de Reyes*.

IV.—EXPLANACIÓN DEL PLAN DE DEFENSA REDACTADO POR DON JUDAS TADEO DE REYES, HECHA POR EL PRESIDENTE MUÑOZ DE GUZMÁN.

Las personas que ocupan cargos públicos, no deben tener dudosos a los pueblos de sus procedimientos y así después de haber hecho ver que para

continuar mis ideas militares con el carácter y alcance de los que en este reino las han de ejecutar, he convocado a presencia del Auditor de Guerra y Secretario de la Capitanía General, a los coroneles de milicias, tanto disciplinadas como urbanas y oídos sus dictámenes, que aprecio como se merecen, voy a manifestar el estado en que sin ellos había yo atendido y puesto estos puntos desde que tomé el gobierno de estas provincias. En ellas entré persuadido que venía a un mando de armas capaz de sostener una guerra viva; pero nada encontré que llenase mis ideas ni me lisonjease de poder lucir como soldado. La paz me dejó respirar algún tiempo; en él examiné el estado de fuerzas del reino y las encontré no solo débiles, sino también sin proporción para reforzarlas.

Insultó a poco tiempo la Inglaterra a la España y se vió el Rey, nuestro señor, precisado a sostener una guerra que había procurado evitar; hice juicio cuando S. M. significó a sus vasallos el estado en que se hallaban que este reino podía ser molestado de los enemigos con el corso y el contrabando: este segundo para hacer ganancias a pesar de la enemistad: y el primero para hacerlas (si les era posible) con las hostilidades. Lo que se evitaba, imposibilitando su subsistencia, que me persuadí ser fácil en unos países extremadamente remotos de los de sus armamentos, y así juzgué que evitaría sus

hostilidades si conseguía que no pudieran permanecer en estos mares y para ello dí las órdenes de que se retirasen los ganados de las costas; que no se socorriese a embarcación extranjera de víveres en parte alguna del reino; limitando la provisión de ellos, para los que fuesen considerados amigos, sólo a los puertos de Concepción y Valparaíso, en los que, con examen de sus patentes y la verdad de sus necesidades, se proveyesen; con lo que se evitara el que por este medio estuvieran provistos nuestros enemigos.

Al efecto, destiné oficiales a la costa para que celasen en el cumplimiento de mis órdenes desde Maule a Copiapó, e hice entender mis ideas al gobernador de Concepción para que desde Maule a Valdivia pusiese las costas con iguales resguardos. Al principio se experimentó alguna tentativa a querer faltar a mis órdenes pero no pudieron excusar los agresores el padecimiento de su inobediencia y parece que ha resultado el escarmiento de los enemigos, pues sobre nuestras costas han faltado tiempo a los corsarios.

No he sido tan infeliz en la destrucción del contrabando porque en donde la distancia les ha llegado a figurar que les podía servir de disculpa, o que daba lugar a que se ignorase su maldad, lo han hecho de tal manera que la codicia de los contrabandistas los ha descubierto; porque de Coquimbo



aquí han conducido los géneros en tanta cantidad que no he podido dejar de saber su delito por acusación del comercio, que se ha sentido perjudicado por la vil introducción de estos mal adquiridos efectos.

He descubierto con esta acusación que sería muy justa mi desconfianza (si la llegase a tener) de la prolealtad de estos infractores del comercio, su mal ceder manifiesta su amistad y trato con nuestros enemigos y que consintiendo en conservar lo uno y lo otro, el bien de sus intereses, faltarían al Rey y a su patria con la misma facilidad, que han faltado a mis órdenes, que deben suponerlas del Rey y para el bien y seguridad de su patria por la que y no por interés alguno mío están dadas. Sin embargo, como en los pequeños insultos que han inventado los enemigos, se les ha hecho retroceder en Concepción y Valparaíso, espero que en cualquiera ocasión que ocurra se portarán como buenos españoles y que no desacreditarán el valor del clima en que han nacido y que tiene tanto crédito en el mundo.

He procurado reforzar a Valdivia con las reclutas que me ha sido posible remitirle, pero debo hacer ver que tengo el dolor de no haberla podido proveer de las armas que su gobernador me dijo que necesitaba, porque no las tengo; y pedidas a Lima a aquel Virrey se ha excusado a darlas, acaso con la misma causa que me ha obligado a mí a negarlas.

A Concepción la he considerado bien provista, sin embargo, se han hecho dos lanchas cañoneras, que a más de la utilidad que saque de ellas aquella plaza, registren la isla de Santa María y castiguen a los enemigos que encuentren en ella si les fuere posible, o adviertan de la entidad de ellos al gobernador de la plaza.

A Valparaíso he procurado ponerlo en mejor estado que el que le está señalado de dotación, aumentándole su guarnición, con una compañía de infantería, proveyéndola de oficiales que manden sus baterías en el acontecimiento de un ataque en ella, se han establecido hornillos para el uso de la bala roja, y tengo prevenido a su gobernador la vigilancia sobre cuantos artículos tiene el arte de la guerra conducentes a la defensa de una plaza.

A Coquimbo he remitido la artillería de que estaba necesitada y a todos los subdelegados que tienen parte en las costas les tengo encargado atiendan y suministren auxilios a los oficiales encargados de ellas. Estos tienen la instrucción que se leyó en la junta de coroneles.

Confieso que todas estas providencias no ofrecen defensa contra un conquistador que debe venir bien armado y con mucha gente de desembarco, es sólo una mera oposición a los atrevimientos de los corsarios y a la audacia de los contrabandistas y a que

los unos y los otros respeten los puertos y no los miren como indefensos.

La toma de Buenos Aires por los ingleses con poca fuerza, que la constituye suficiente una débil defensa, me obligó a pensar de otro modo. La conquista que no consideraba factible por lo remoto de este país con la Isla de Inglaterra y por la poca consideración de lo que adquirirían con ella, la encontré ya casi precisa, porque tomando algún puerto, de esta parte de la mar del sur, entablaban un comercio de mucha entidad. Con este motivo estudié las medidas que debía tomar para evitar que los enemigos emprendiesen esta acción. Hallándome falto de gente disciplinada y sin proporciones para darle la disciplina conveniente, quise hacer entender a los jefes militares de la que tiene este Reino mi conocimiento del estado en que se halla, los medios de que pensaba valirme en el lance que pudiera ocurrir, y las grandes distancias y muchos puntos en que se debe obrar, en los que no pudiendo yo estar presente, me era preciso tener sujetos que por sí resistiesen vigorosamente al enemigo y si posible fuese lo escarmentasen. Fuí satisfecho ligeramente, como es natural en una simple conversación, lo que me motivó a pedir el dictamen de cada uno de los concurrentes, por escrito.

Todos, en general, pretendieron aumento de tropa reglada, pagada y vestida, haciendo cada cual el

aumento con aplicación a su particular profesión y reduciendo el vigor que intentaban criar con él a mis cercanías, donde creo se me permitirá decir que debieron tenerlo por menos necesario. Juntaron a estas proposiciones la propuesta del aumento de artillería, en la que procuraron inspirarme que procediese a fundir cañones, fabricar montajes y acopiar municiones, facilitándome el acceso con eficacia, pintándomelo como preciso, y, conociendo que podía embarazarme la empresa la meditación de los grandes gastos, me exhortaron a ellos manifestándome lo justo de las contribuciones en los casos forzosos y el derecho en ellos, aun a echar mano de los caudales consagrados y destinados al culto del Señor. Supongo que la intención fué sencilla y de bondad, pero mal sonante en los primeros personajes del pueblo, no habiéndose atrevido a vestirla con el adorno de ofrecer primero de su parte lo posible.

Como las expresiones vivas, sólo duran el momento del sonido y yo debía hacer un estudio de las que eran imaginaciones ajenas, encargué que pusiesen sus pensamientos por escrito los coroneles, separadamente, como lo han verificado; y en ellos he visto que han procurado manifestar su celo por el mejor servicio del Rey y honor de sus reales armas. A estos escritos agregó el Auditor de Guerra su pensamiento, producción nacida de su



amor al Rey y que da una luz propia de su talento para el acierto de mi intención, y por lo tanto, de su contenido y de las expresiones de los demás me serviré, como verán en la narración de mis prevenciones, para la defensa y oposición a los ataques que puedan conjeturarse de los enemigos, separándome únicamente a limitar el proyecto al alcance de los haberes del Rey, motivo con que me contraigo particularmente al dictamen de don Judas Tadeo Reyes, porque habiendo conformado lo costoso de sus propuestas con la posibilidad del erario y las intenciones de S. M. ha procurado arreglar a estos antecedentes la preparación del Reino, evitándome el cargo de unos gastos desordenados; que estoy en que se considerarían tales cuantos yo hiciese no vistos en mis tres inmediatos antecesores, que no los causaron habiendo tenido su mando en iguales riesgos, como que también lo sirvieron en guerra.

El Rey distingue muy bien por sus órdenes, providencias y gastos la tropa mercenaria y la miliciana; esta segunda la divide en disciplinada y urbana, que por el hecho de excluirla de la disciplinada no debe tener estudio, ni aplicación alguna a los movimientos y acciones de campaña; es únicamente para servir en las ciudades o plazas atacadas en el manejo de la artillería y demás servicios de defensa de ellas y resistir al enemigo, e im-

pedirle acometa a los domicilios, haciendas de sus vecinos, o tierras de su S. M., como buenos prácticos y fieles vasallos. La disciplinada que debe componerse de gente capaz del uso de las armas y deponerse en las ocasiones, o alternar con la mercenaria y hacer parte del erario, tiene dispuesto S. M. se discipline y enseñe sin costo alguno del real erario, sino el de la escuela que se le proporciona en la asamblea. Su aprovechamiento será el testimonio del patriotismo, pues éste es el que hace nacer la aplicación y los deseos de cumplir las obligaciones con que asegura gozar la patria sus bienes, la libertad y la permanencia de lo uno y lo otro.

En este Reino ha puesto S. M. con tropas regladas a Valdivia y Concepción, disponiendo que las de esta segunda plaza se repartan a auxiliar los sitios que forman la línea de la frontera y que son puntos en que se impide a los indios indómitos el paso a los países cultos del Rey, con irrupciones sospechosas en su indocilidad. Valparaíso también tiene su estado de defensa aunque limitado. El resto del Reino lo tiene el Rey confiado a la lealtad y valor de sus habitantes, fundado en el interés que deben considerar, para usar de estas bellas prendas si hacen vigorosamente la defensa de su patria, de sus bienes y de la conservación de la re-

ligión, del gobierno y costumbres de sus mayores en que han sido criados.

En este concepto y con la misma confianza he pensado yo, que las tropas urbanas, y no sólo ellas, sino todos los habitantes capaces de tomar las armas, sean los que impidan las acciones de nuestros enemigos. He visto, y lo sabe el mundo todo, que sin orden y sin disciplina un montón de hombres, desbarató el intento del arte militar acompañado de tropa escojida y educada por él. El atrevimiento y la valentía sobrepujan a la escuela; la resolución a morir o vencer, es el verdadero pensamiento para no desfallecer al frente del enemigo; por esto es que lo que he clamado por hombres que crien la confianza en todos, los que sólo son instrumentos para obrar las ideas de los que los dirigen.

Estos directores los quiero hombres de honor y que sientan perderlo, de valor y que miren con vergüenza verse reputados por cobardes, de buena reputación pública y de conocimiento del terreno, la primera para que sean obedecidos con gusto y el segundo para que se valgan de los puestos y ordenen las acciones con ventajas a las que escogiese el enemigo o pudiese tomar, y que sepan evitarle los riesgos a los suyos, escogiendo los tiempos, los lugares y los flancos para las acciones, de modo que sea cierto en ellas el daño de los enemigos. Todo esto ha de ser obra suya, no puede pender de mis

instrucciones, como ni tampoco está en mi mano el acierto de la buena elección de estos personajes; yo no conozco, ni puedo conocer, individuo por individuo, a los pobladores de este dilatado Reino. Daré mis órdenes a los coroneles donde los hubiere y a los subdelegados, y ellos, si por sí no pudieren (que lo dudo porque todos se esforzarán a llenar sus obligaciones), se valdrán de sujetos de corazón y espíritu que hagan ver al Rey cuánto le aman y al mundo cuán dignos son del amor y reconocimiento de su Soberano.

En general a los pelotones de hombres o cuerpos desordenados se les debe hacer obrar en emboscadas, en desfiladeros o pasos estrechos, donde no le sea fácil al enemigo extender su frente o formarse en batalla; sobre la noche, atropellada y precipitadamente para que no tengan lugar de salir armados del reposo que es natural en aquellas horas, por flancos y espaldas, que les obliguen a dividir su defensa a varias partes, con lo que se podrá lograr debilitarla. Los turcos tienen muy en costumbre esta máxima, y así empeñan por lo común a los rusos y alemanes a formar el cuadro en sus batallas. Débesele persuadir a la tropa que el arma de fuego, aunque más estrepitosa y horrible que el arma blanca, no es de más poder y que oído su trueno, ya no es otra cosa que un palo que necesita tiempo para poder ponerlo otra vez en aptitud



de hacer daño; que oído el estallido en vez de dar lugar al espanto y huir debe tomarlos el atrevimiento y arrojarse sobre los fusiles a quitarles el tiempo a los que los manejan de cargarlas de nuevo. Estos son los puntos a que deben arreglarse los defensores de esta especie y bien impuestos en ellos se podrán considerar disciplinados y lo estarán más perfectamente si juntan a ellos una obediencia firme y ciega a las órdenes del oficial que los mande.

Las armas de que deben usar estos soldados, supuesta la negación de los fusiles de que sólo usarán los que se hayan sujetado a alguna enseñanza, serán las lanzas y los machetes; prefiero éstas a las espadas, porque los tienen más en uso y porque son menos expuestas a desgraciarse y romperse.

Las partidas de voluntarios y cuchilleros que propone don Tadeo Reyes en su dictamen, que, como he dicho, concibo estar formado con estudio del estado de fuerza y caudal del Reino, porque tiene a la mano todos los documentos de la comandancia general de él, habrá de hacer las funciones que en los ejércitos del Rey hacen los miñones, o tropa ligera de catalanes, y se les instruirá por particular enseñanza a que obren libre y atrevidamente contra los enemigos: y al efecto, los comandantes de armas y subdelegados que se encargaren de las defensas de los partidos, los alistarán, dirigirán y

exhortarán a que se porten con valor, destreza y resolución contra el enemigo y para lo que también se procurará dar las reglas posibles desde esta comandancia.

He comprendido que en esta forma debe hacerse la primera defensa de los partidos remotamente apartados de esta capital, y aún estoy en que persuadidos a que debe practicarse de esta forma y que pudiendo esperarse buenos efectos de su práctica, mis antecesores en esta presidencia, habiéndola servido en tiempo de guerra e igualmente recelosos de los insultos del enemigo, ni arbitraron, ni propusieron, ni estudiaron otros métodos, ni dieron a esta especie de milicia otras instrucciones para su gobierno en el caso de ataque, pues las dejaron para ellos a su arbitrio, pues no consta que se hayan hecho cargo, ni aún de advertirles que estén dispuestos para cualesquier evento como estoy haciéndolo ahora.

En donde pudieren tener artillería usarán de ella, poniéndola en paraje que sin ser vista pueda perjudicar al enemigo y servir de antecedente a las acciones de las emboscadas. En la última empresa que intentó contra Argel Carlos III, los moros habían puesto un cañón en paraje que su fuego corría toda la playa, en que ellos se habían figurado que debía hacerse el desembarco; (de que parece tenían noticia anticipada) efectuóse éste según sus

recelosas conjeturas y como les vino tan a propósito la prevención de su cañón, usaron tan diestramente de él, que disparado al tiempo de estar formándose los batallones con la espalda a la mar, los cogió por el flanco, impidió se concluyese la formación y descubierta la multitud de los emboscados, costó mucho trabajo el poder recoger las tropas ligeras que se hallaron a peligro de ser cortadas por su adelantamiento y fué preciso resolverse al reembarco.

Debe añadirse, y es seguramente el daño más eficaz contra el enemigo y lo que frustrará la consecución de su intento, la retirada de los víveres, quitando el ganado y trasladándolo a muchas leguas de distancia. Es útil también dejar las poblaciones sin vivientes capaces de tomar las armas, sin caudal alguno para que se les desvanezca la codicia del saqueo; por último, en cuanto sea posible retirar las mujeres de la población para que el pretexto de custodiarlas, ampararlas y atenderlas no arriesguen a los hombres que tengan conexión o afecto a ellas a que se pasen al enemigo, o no cumplan debidamente en perjuicio de aquellos que puedan embargárselas, según sus sospechas. Todo lo que, estando con tiempo estudiado, podrá efectuarse cuando se vean en la mar armamentos de consideración que inspiren a formalizar y llevar a debido efecto todas las operaciones prevenidas.

Quitado los víveres de las inmediaciones de los embarcaderos, se han de ver precisados los enemigos a destacar partidas a buscarlos y con el fin de que no lo consigan, se dispondrán también apostar otras mientras que los corten y embaracen la consecución de ellos. Para lo que, aunque se pongan algunas de caballería, será bueno que corran al campo, y persigan no sólo al enemigo sino también a los que la codicia arrastre a proveerlos, los cuchilleros que hacen el oficio de miñones, como se ha dicho, y si cogieren algún ganado que se conduzca hacia la orilla de la mar, cuando mandado retirar lo harán suyo.

Inmediatamente que se hayan visto en las costas, precisados los comandantes militares a poner en práctica todas estas maniobras que se les previenen: darán parte, por expreso de actividad y viveza, a esta superioridad para que les provea de los auxilios que se expusieren que le son necesarios, como también para que noticioso yo de la situación del enemigo en las tierras del Rey, de la ciudad, de su fuerza y de los designios que se congeturasen de sus movimientos y diversas operaciones, tome mis medidas y dé las convenientes providencias a impedirles el progreso de sus ideas.

Entonces tendré preparadas las compañías de dragones que se puedan formar, según se expresa en el dictamen de don Tadeo Reyes, y a la cabeza de



ellas y de la infantería reglada, saldré a campaña a buscar al enemigo, si éste no estuviese a distancia tal que yendo a él desampare los puntos más esenciales del Reino, en cuyo caso deberé esperarlo en sitio dominante a todas sus avenidas, que siempre debemos suponer han de ser a los parajes que más les interesen, pues sabemos que la codicia y anhelo por la plata y el oro es el objeto de todas sus empresas.

Cuando llegue el caso de estos últimos esfuerzos deben los hacendados facilitar cuantos auxilios sean necesarios para la aptitud y movimiento del tren, bagajes y manutención del ejército que se va a hacer obrar, para lo que es preciso se inquieran con tiempo los enseres que tiene cada hacienda de las especies necesarias; esto es, cuántos caballos de carga, cuántos bueyes de acarreo, cuánta cantidad de charqui para raciones, cuánto trigo para proveer de pan, cuánta cebada y paja para los piensos del ganado, que conviene se mantenga unido y alimentado en morrales y no expuesto a la ventura del pasto natural, del que no conviene usar porque resulta el desorden, la desunión y la tardanza para los movimientos, y también la pérdida de muchos de los caballos destinados a la acción, y aún la fuga de los jinetes pretextada con la inquisición de sus brutos.

Es preciso también que el celo de estos señores

me haga saber los mayordomos o personas de talento que tuvieren para dirigir y conducir las partidas, provisiones o útiles que se saquen de sus haciendas para el ejército. Que propongan y convengan con los hacendados vecinos hasta donde ha de proveer cada uno y por cuanto tiempo, para que el que siga tenga prevenidos los auxilios en el momento y en la entidad que les corresponda, y de este modo no padecerá el ejército necesidades y los hacendados repartirán entre sí, y a su agrado, el gravamen que les impone la hostilidad del contrario y cuyo cumplimiento acreditará su lealtad y patriotismo y les asegurará en su posesión y bienestar.

Estoy en que se conocerá que la falta de proveedores y la escasez de proporciones para tener abastecido el ejército en su manutención y marchas, me ha precisado a intimar a los hacendados estos encargos, cuyos costos me persuado los satisfará el Rey como gastos de primera necesidad para la subsistencia y acciones de sus soldados y a este fin se llevará cuenta de cuanto se diere y consumiere.

También será del cargo de los hacendados proveer de las especies necesarias para formar ramadas que sirvan de alojamiento a la tropa si tuviese que acampar en las inmediaciones de sus chácaras, e igualmente estacas y cuerdas con que formar rediles en que se pongan asegurados de extravío los

caballos, dividiéndolos por compañías, a espaldas e inmediación de ellas, según disponga el cuartelmaestre del ejército, por cuyas órdenes se ha de disponer el campamento; y cuando este deba asegurarse atrincherado, se advertirá con tiempo para que en las haciendas inmediatas se trabajen las fajinas y se faciliten peones que las hagan y coloquen según las órdenes del cuartelmaestre o los subalternos que comisione.

Como el ejército ha de componerse de los escuadrones de caballería, y las compañías de dragones disciplinadas que se proyectan formar y del regimiento de infantería disciplinado de milicias y las compañías regladas que se críen, en cuyos cuerpos se han de agregar los cañones de artillería y gente de servicio de ellos, carros de municiones y demás montajes y todo lo conducente a servirse de ellos. El mayor general que yo cuidaré lo sea persona de actividad e inteligencia, extendiendo el pie de fuerza del ejército, detallará los bagajes de que necesite y muy particularmente los pertenecientes a la artillería, menesteres de su tren para que se tomen las mulas y arrieros o conductores que para ello sean necesarios.

Debe contarse también como parte del ejército en el caso de que haya sido precisa la retirada de la guarnición de Valparaíso la tropa que la compone, como lo previene el dictamen de don Judas Ta-

deo Reyes. Igualmente han de servir en él los voluntarios cuchilleros, los que, aunque no se use de ellos en formación alguna, se les hará obrar por las partes débiles del enemigo en la forma que proporcionen los hechos que se les notaren, dándoles en el caso las instrucciones convenientes a los jefes que los hubieren de dirigir.

El ejército puesto en batalla formará su centro de la infantería y las dos alas de derecha a izquierda de dos a cuatro escuadrones de caballería, según lo permita el terreno, y el resto de ésta hará cuerpo de reserva a dos usos, o a caer sobre el enemigo si no cede a nuestra fuerza, o a contener a los nuestros si débiles en la acción se nota que quieren darse a fuga. Entre este cuerpo de reserva y con la mayor proximidad posible a la línea del fuego se pondrá la artillería, colocada en los puestos donde convenga para tomar los claros que se le abran para utilizarse de ella y cuidará su comandante de que se ponga provista de la gente, municiones y utensilios que necesite. Los dragones destinados a la custodia de mi persona estarán conmigo, con quien concurrirán a donde yo tenga por conveniente ocurrir y obrarán según mis órdenes.

Si el ejército se formase en columna siendo lejos del enemigo, únicamente para marchar hacia él irán delante a la larga distancia los cuchilleros, divididos libremente a explorar el camino que ha de seguir



la tropa y todas las campañas de las inmediaciones, y, si vieren al enemigo o supieren de él, procurarán avisarme a mí y a los demás jefes del ejército. Si encontrasen espías o individuos extraviados, me los conducirán prisioneros, de modo tal que no puedan volver a su cuerpo sin el riesgo de perder la vida, o los perseguirán hasta que se entreguen por salvarla. A estos exploradores seguirá una compañía de caballos, si el terreno lo permite, y luego la infantería en su formación y unión, de la cual, cuando no pueda ir la partida que se ha dicho de caballería avanzada, se adelantará al mismo efecto la conveniente a fin de que, prevenido el cuerpo de la venida del enemigo por el destacamento adelantado, tenga tiempo para prepararse a recibirlo en disposición de batirlo.

La artillería se llevará a distancia proporcionada con sus batallones y escuadrones, éstos irán a retaguardia de la infantería y, si el terreno por donde se marcha lo permite, irán fuera del camino guarneciendo los costados de los infantes, dos o tres compañías, según el largo de la columna, divididas en tercios para custodiar estos flancos de alguna emboscada u ocultación de partidas contrarias. Cuando yo hubiese de marchar con la columna iré acompañado de mi guarda con el mayor general, el cuartel maestro y todos los ayudantes, así míos co

mo de estos oficiales, a la retaguardia de la infantería y a la cabeza o vanguardia de la caballería.

Siendo la formación en columna al frente del enemigo para impedirle que fuerce un paso estrecho, las circunstancias dictarán si debe impedir los primeros movimientos la artillería o la infantería, o si se puede por algunos desfiladeros o sendas de los contornos hacer servir la caballería y se prevendrá lo conveniente en la ocasión.

Conozco que de lo dicho se debía haber excusado toda esta parte que contiene instrucciones para el ejército en acción, pues en ella se ordenaría lo que fuese conveniente; pero como he hablado para unos oficiales y tropa sin práctica y con poca facilidad de adquirirla he considerado conveniente darles estas nociones, bien que conozco que son remotas y acaso insuficientes. Yo si hubiera de disponer las cosas sin atención alguna y absolutamente a mi arbitrio, dejaría los campos sin labradores, la ciudad sin artesanos, los hacendados en un desamparo y en suma escasez, porque para poner a mi gusto y en términos de hábiles y bien impuestos a los que he de hacer que ejecuten mis órdenes juntaría los escuadrones, pondría sobre las armas las milicias de infantería y en campaña estos cuerpos por cuatro o seis meses, los haría estar en labor noche y día sin dar oídos a las quejas que resultarían de todas las

clases por mi dureza y mi inquietud, que se tendría por extrema y quizá por excusada.

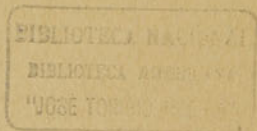
Atendiendo, finalmente, al bien público, a la economía que me encarga el Rey para el uso de su real erario, que se disiparía poniendo en práctica a su costa la rigurosa disciplina que excuso, y confiado en la buena fe, el valor e interés propios de los que han de emplearse en la defensa de sus bienes, de su patria y sus familias, me contento con haberles apuntado a todos, los acontecimientos que de necesidad han de ocurrir si viene el enemigo, para que cada uno se prepare y sepa en qué materias ha de tener y padecer, qué trabajos tiene que sufrir y las empresas a que ha de arrostrar y conozca que sus bienes se han de menoscabar sin que halle otro remedio a estos males que arriesgar la vida. La cual en la ocasión debe mirarse con desprecio y exponerla con la confianza de que Dios, que conoce la justicia de nuestra causa, la custodiará si conviene y el mundo, piérdase o nó, siempre reputará por honrado al que la expone por su Rey o por su patria.

Conózco que generalmente todo hombre militar notara que haya tomado dictámenes para la guerra de aquellos que, aún teniendo la faz de hombres de armas, ha sido adquirida con la nota de faltos de práctica y de experiencia, pero este reparo se desvanece viendo sus discursos que son justos y de-



muestran la rectitud del corazón con que los autores los han producido, como también que mi petición fué arreglada a razón y propia de un general que precisamente ha de exponer su honor en el arbitrio de personas que no se han visto jamás al frente de un enemigo. ¿Quién podrá negar que es debido que en este caso se sepa cómo piensan los que han de salir a campaña? Tomando todas las nociones de como podrán proceder viéndose en el fuego y los ataques y cuáles son sus intenciones en tales casos. Satisfechos estos reparos, concluyo encargando a todos que uniendo su buen ánimo y su deseo del acierto a mi intención de procurar su gloria, que hará también la del Rey y la de su patria, se dediquen a leer y aún a estudiar lo que digo y lo que expresa el dictamen que se ha formado con vista de los haberes y órdenes del Rey que debe correr unido con esta manifestación y se empeñen en llenarlas con el esfuerzo que pidan las ocasiones que proporcione el atrevimiento del enemigo, cual es de nuestra obligación desvanecerlo y castigarlo si se pone a nuestro alcance.—Santiago de Chile y Septiembre 25 de 1806.—*Luis Muñoz de Guzmán*.—Es copia.—*Judas Tadeo de Reyes*.

---





## II

### DOCUMENTOS

#### ACERCA DEL PRESIDENTE

Don FRANCISCO A. GARCÍA CARRASCO

Actos y sucesos de su gobierno

1808-1810





I.—COMUNICACIÓN DE DON FRANCISCO ANTONIO GARCÍA CARRASCO, AL EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ ANTONIO CABALLERO.

Excmo. Señor: Habiendo fallecido repentinamente en 11 de Febrero último el Capitán General de este Reino, don Luis Muñoz de Guzmán, a pocas horas, y en el mismo celebró acuerdo la Real Audiencia presidida por el Regente don Juan Rodríguez Ballesteros, en quien se declaró haber recaído la Presidencia y Capitanía General por no existir en esta capital oficial alguno de ejército, de graduación correspondiente, conforme a la real orden de 23 de Octubre de 1806. Hízose circular esta determinación a que prestó también cumplimiento el Cabildo de esta capital con la ceremonia

de recepción y juramento del Regente en el Ayuntamiento aquella propia mañana.

Llegada esta noticia a la ciudad de la Concepción en que yo me hallaba con el Brigadier más antiguo, don Pedro Quijada, retirado e inhábil por su edad y enfermedades, siendo los dos únicos de esta clase en todo el Reino. El estado militar de aquella provincia, me aclamó por sucesor en el mando superior vacante, a falta de generales, mediante el expreso y claro contexto de la citada Real Orden. En consecuencias y descargo de mi responsabilidad por el derecho y privilegios del cuerpo militar, y por las consecuencias del real servicio en circunstancias tan críticas como las de la presente guerra, por cuyo resguardo parece haber sido la intención soberana proveer estas sucesiones accidentales en militares de profesión, dirigí al citado Regente dos oficios, reclamando la que me competía en la ocasión, y aclarada, aunque después de morosas substanciaciones con audiencias fiscales, que no se estimaron necesarias para la interinidad togada, se resolvió por el Real Acuerdo en el de 27 de Marzo, mi recibimiento, acreditado el impedimento de don Pedro Quijada, quien en efecto lo ratificó por su oficio al mismo Tribunal.

Con estos preliminares me puse en marcha prontamente, y vencida en un mes de viaje, fué mi recibimiento público en esta capital el día 22 de Abril,



y el siguiente en la Real Audiencia con el Ilustre Cabildo y demás autoridades constituídas, conforme al ceremonial aprobado por S. M. para estos casos. La justificación de estos hechos resulta del testimonio del respectivo expediente actuado en la Audiencia de que acompaño testimonio para las deliberaciones que fueren del real agrado, a fin de precaver las contravenciones, que se han intentado al nuevo sistema de sucesión de estos mandos que quiere S. M., no sólo por el Tribunal, sino también por el Intendente de la provincia de la Concepción, don Luis de Álava, capitán del real cuerpo de Artillería y coronel graduado de Infantería en su recurso inserto, titulándose voluntariamente segundo jefe del Reino, por cuyo concepto aspiró a la sucesión contra el manifiesto sentido de la Real Orden que la establece por la escala de empleos del ejército y no por la de plazas o provincias como él pretendió.

Debo también exponer a la consideración de V. E. que en el intervalo de mi venida a esta capital, se han ejecutado algunas novedades de entidad en el gobierno político, militar y de Real Hacienda del Reino, expidiéndose las provisiones de empleos ocurridas y demás correspondiente a un mando absoluto e independiente por el Regente; y pudiendo este ejemplar causar otra vez peores consecuencias con trastorno de los planos adoptados

por el propietario antecesor, y de los que puede arbitrar el legítimo interino sucesor exige para su arreglo las convenientes declaraciones sobre los puntos siguientes.

Si el que haya de suceder por su graduación, hallándose distante debe ejercer el mando con plenitud desde que reciba la noticia de oficio auténtica de la vacante por el ministerio de la ley, o si es necesario el juramento y recepción solemne en la capital.

Si en el ínterin ha de gobernar por su orden el oficial más preeminente de los llamados por la Real Orden que exista en la capital, o el Regente en su caso, precediendo o nó igual solemnidad.

Si cualquiera de estos podrá ejercer omnímoda jurisdicción y autoridad, o si sólo sustituir el despacho diario y urgente de los negocios que haya dejado iniciados y pendientes el propietario por vía de delegación, como para suplir las ausencias cortas y enfermedades de los Virreyes y Presidentes, lo disponía la Real Cédula de 2 de Agosto de 1787 y lo limita a arbitrio del delegante la Real Orden de 17 de Agosto de 1799 y el artículo 1.º, título 3, tratado 6 de las Reales Ordenanzas del Ejército que no permite a los sustitutos innovar las disposiciones de los principales Jefes militares.

Si a falta de generales, brigadieres y coroneles vivos tendrán opción a suceder en estas vacantes

los graduados de esta última clase que obtengan actualmente mandos militares de provincias y plazas con carácter de comandantes o gobernadores por S. M., dentro del distrito de la respectiva Capitanía General, habiendo seguido antes la carrera del Ejército a lo menos hasta capitanes, y adquirir después las demás graduaciones en los otros destinos territoriales.

Consigniente a haber dimanado de ese Ministerio de Guerra propongo a V. E. estas consultas por principio de mi dedicación a procurar el mejor servicio del Rey y del público a que quedo contraído en estos graves cargos esperando que para mi mejor desempeño se digne V. E. ilustrarme con sus prevenciones, y con las demás órdenes que sean del soberano agrado.

Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años.—  
Santiago de Chile, y mayo 2 de 1808.—Excmo. Señor.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—  
Excmo. Señor don José Antonio Caballero.

II.—EXPEDIENTE SEGUIDO PARA ESTABLECER A QUIEN CORRESPONDÍA LA PRESIDENCIA Y CAPITANÍA GENERAL DE CHILE, VACANTE POR EL FALLECIMIENTO DE DON LUIS MUÑOZ DE GUZMÁN.

A consulta de la Junta de Fortificaciones y Defensa de Indias, se ha servido el Rey mandar por



punto general, conformándose con el parecer del señor generalísimo Príncipe de la Paz, que acabada la guerra expongan los virreyes y capitanes generales de América con una moderación prudente, lo que haga falta en su distrito, haciendo lo mismo los sucesores a su entrada en el mando, y pasado el tiempo preciso para imponerse: que al fin de cada año se recuerde, sin necesidad de repetir lo que se haya pedido, porque estas repeticiones hacen vulgares las cosas, y el mayor cúmulo de papeles demora las resoluciones: que se les advierta que en cualquier suceso desgraciado se les hará grave cargo, si no se han servido de todos los auxilios que han estado a su arbitrio, y de los recursos que una continua meditación sobre el país que mandan, y su pericia militar puedan sugerirles, y que en caso de no hacerlo así, no les servirá de disculpa el haberles escaseado, o negado enteramente lo que pidieron; que cada uno forme su plan de defensa con arreglo a lo que tiene, y los recursos insinuados; que lo entregue al sucesor para su gobierno, y mejora si hubiese lugar a ella, y que todos los dichos planes se remitan a Su Majestad por esta vía reservada para su examen y aprobación en tiempo de paz, y en que no haya recelo de guerra fundado, pues habiéndolo, debe excusarse la remisión de papeles que si caen en poder del enemigo, podrán servirle de gobierno, y sólo podrán aven-



turarse cuando el motivo de enviarlos sea urgentísimo.

Igualmente ha resuelto Su Majestad, que en todos los virreinos y gobiernos en que haya Audiencia, recaiga el mando político, el militar y presidencia en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del propietario, en el oficial de mayor graduación que no baje de coronel efectivo de ejército, no habiendo nombrado Su Majestad por pliego de providencia, u otra manera el que deba suceder; y que en los casos de no haber oficial de otra clase o mayor, recaiga en el regente u oidor decano i nó en el acuerdo: que todos los sub-inspectores de América pasen personalmente cada tres años, o antes si conviniese la Revista de Inspección, no sólo en la capital, sino también en las provincias, y en caso de no poderlo ejecutar por falta de salud, que lo hagan presente los virreyes o capitanes generales a esta vía reservada, pues estos empleos no se han de reducir sólo a existir una autoridad más, muy costosa al Real Erario, y de poca utilidad al real servicio, como sucedería si se conservasen en la capital, donde sólo existe una parte de la tropa. Después del examen ocular del terreno podrán proponer dichos sub-inspectores el número, fuerza y empleos de los cuerpos de milicias que convenga en cada destino, distinguiendo si fuese oportuno los dos tiempos de paz y guerra,

para combinar en cuanto se pueda el servicio de Su Majestad, con el alivio de esos habitantes y cultivo del país; el modo de hacer útiles cuanto sea posible las milicias, tanto por la prontitud de acudir donde se necesiten, cuanto por la instrucción sencilla que puede exigirse de ellas; ver, y proponer si conviene, que los oficiales y sargentos de los cuerpos veteranos alternen por temporadas en la instrucción de milicias, y en venir a los cuerpos de España, con todo lo demás que sus conocimientos la experiencia y los informes les persuadan conveniente establecer; y como cada uno de ellos necesite llevar consigo algún oficial y sargento que por su habilidad y trabajo puedan ser muy útiles a su comisión, les faculta Su Majestad para que elijan uno, o dos de cada clase, los cuales, como los subinspectores, gozarán desde su salida a la revista hasta que vuelvan a la capital, las raciones correspondientes a sus clases para auxilio de los precisos gastos en los viajes.

Todo lo cual comunico a V. E. de Real Orden para su cumplimiento en la parte que le toca, y que avise el recibo de esta soberana resolución.

Dios guarde a V. E. muchos años.—San Lorenzo, veinte y tres de Octubre de mil ochocientos seis.—*Ceballos*.—Señor Capitán General de Chile. —Santiago, veinte y cuatro de Julio de mil ochocientos siete.—Cúmplase esta Real Orden: comu-

níquese a los destinos que corresponde, y acusado el recibo, archívese en secretaría.—*Muñoz.*—*Garfias.*—Concuerda con su original, al que me refiero.—Santiago, veinte y dos de Septiembre de mil ochocientos siete años.—*Antonio Garfias.*

Los médicos infrascriptos certificamos en cumplimiento del orden vuestra Alteza, que hoy día once de Febrero de mil ochocientos ocho, hemos reconocido el cadáver del Excmo. Señor Don Luis Muñoz de Guzmán, Presidente que ha sido de esta Real Audiencia y Gobernador, y Capitán General del Reino: y hechas las observaciones del caso, ministrándole todos los auxilios de prueba para descubrirlo en el perfecto estado de muerto, de común acuerdo somos de parecer que efectivamente ha fallecido en el día de la fecha, lo que subcribimos con la solemnidad correspondiente. Santiago de Chile, once de Febrero de mil ochocientos ocho años.—*Bachiller José Antonio Zierra.*—*Juan José Concha.*—*Licenciado José Gómez del Castillo.*

Los infrascriptos escribanos, de Cámara de la Audiencia y Chancillería Real de este Reino de Chile, etc., Certificamos como los médicos cirujanos, don José Antonio Zierra, don Juan José Concha, y don José Gómez del Castillo, a nuestra presencia y a las diez de la mañana del día de la fecha, recono-



cieron el cuerpo del Excmo Señor Don Luis Muñoz de Guzmán, Presidente, Gobernador y Capitán General del Reino, y lo hallaron naturalmente muerto, como nosotros juzgamos estarlo por no habernos contestado a las veces que lo hemos llamado, además de otros signos que no han dado lugar a duda alguna. Y para que conste, de orden verbal de la antedicha Real Audiencia, damos la presente en Santiago de Chile, a once de Febrero de mil ochocientos ocho años.—*José Jorge Ahumada.*—*Melchor Román.*

En la ciudad de Santiago de Chile, a once días del mes de Febrero de mil ochocientos ocho años: Estando en Real Acuerdo extraordinario los señores don Juan Rodríguez Ballesteros, Regente; don José de Santiago Concha, Decano; doctor don José Santiago de Aldunate y don Manuel de Irigoyen, Oidores; y presente el señor Fiscal de esta Real Audiencia, dijeron: que por cuanto, según resulta de la certificación de los médicos de esta ciudad y de los escribanos de cámara de esta dicha Real Audiencia, ha acaecido en la madrugada del presente día el sensible fallecimiento del Excmo. señor don Luis Muñoz de Guzmán, Presidente, Gobernador y Capitán General del Reino; y por cuanto en la Real orden de veintitrés de Octubre de mil ochocientos seis, se resolvió por su Majestad que en todos los



virreïnatos y gobiernos en que haya Audiencia, recaiga el mando político, el militar y presidencia en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del propietario, en el oficial de mayor graduación que no baje de coronel efectivo de ejército, no habiendo nombrado su Majestad por pliego de providencia, u otra manera, el que deba suceder y que en los casos de no haber oficial de dicha clase o mayor, recaiga en el Regente u Oidor Decano y nó en el acuerdo. En esta atención, y con respecto a no haberse expedido pliego de providencia, a no haber actualmente en la capital coronel efectivo de ejército, ni oficial de mayor graduación, debían en cumplimiento del expresado real orden declarar haber recaído en el señor Regente de esta Real Audiencia el mando del Reino en la forma ordenada por su Majestad; y a efecto de que llegue a noticia de todos, y se guarden a dicho señor las preeminencias y prerrogativas que le corresponden con arreglo a las leyes y posteriores reales declaraciones, se publique este Auto por Bando, y se dirijan los respectivos oficios al Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, y al venerable Deán y Cabildo sede vacante de esta Diócesis, a la Contaduría mayor de cuentas, a los Ministros de Real Hacienda y demás jefes políticos y militares de esta capital, y a los señores gobernadores, Intendente de la ciudad de la Concepción y Val-

paraíso, para su inteligencia y gobierno en la parte que les corresponde. Y así lo acordaron y firmaron, de que doy fé.—*Juan Rodríguez Ballesteros*.—*José de Santiago Concha*.—*José Santiago de Aldunate*.—*Manuel de Irigoyen*.—*El Baron de Juras Reales*.—Ante mí, *Don José Forje Ahumada*, escribano de cámara.

Doy fe haberse publicado el bando que previene el Auto Superior de la vuelta en los lugares públicos y acostumbrados de esta capital, hoy diez y seis de Febrero de ochocientos ocho.—*Garfias*.

En la ciudad de Santiago de Chile, en once días del mes de Febrero de mil ochocientos ocho: Los señores del Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Capital, estando juntos en su sala capitular con motivo del fallecimiento acaecido en la mañana de este día del Excmo. Señor Presidente don Luis Muñoz de Guzmán, Gobernador y Capitán General que era del Reino, se hizo presente el auto proveído en la propia mañana, que con el respectivo oficio se ha pasado por los señores Regente y Oidores de esta Real Audiencia, declaratorio de haber recaído el mando político, y militar en persona del señor don Juan Rodríguez Ballesteros, del consejo de su Majestad, como Regente de dicha Real Audiencia, en conformidad de la novísima Real Cédula de veintitrés de Octubre de mil ochocientos seis: En su con-

secuencia pasaron los señores del Ilustre Cabildo ceremonialmente a traer de su casa a su señoría, y habiendo llegado a esta Sala, y sentándose en acuerdo, leído el citado Auto del Tribunal, le fué recibido el juramento, que hizo por Dios Nuestro Señor y sus santos Evangelios, bajo del que prometió guardar las Leyes y Ordenanzas de su Majestad en el ejercicio del mando político y militar del Reino e igualmente guardar a este Ilustre Ayuntamiento las regalías, preeminencias y facultades de que goza, y le están dispensadas: con lo cual le fué entregado por el señor Regidor que hace veces del Decano por ausencia del propietario, según estilo en iguales recibimientos, el Bastón y Llaves de la ciudad, que recibió su señoría con su mano derecha: con lo cual se concluyó el acto de su posesión y recibimiento, y la firmaron con su señoría, de que doy fé.—*Juan Rodríguez Ballesteros.*—*Licenciado Pedro Díaz de Valdés.*—*José Teodoro Sánchez.*—*Santos Izquierdo.*—*Pedro José Prado Fara-Quemada.*—*Diego Larraín.*—*Marcelino Cañas Aldunate.*—*Nicolás Matorras.*—Ante mí, *Agustín Díaz*, escribano público y real.—Es copia que concuerda con la Acta original en el Libro de Acuerdos de este Ilustre Cabildo, a que me refiero; y para que conste doy la presente por ausencia del escribano del Ayuntamiento en esta ciudad de Santiago de Chile; fecha, ut supra.—Pasó ante mí, y en fé de ello lo firmo y



signo.—En testimonio de verdad, *Agustín Díaz*, escribano público i real.—Hay un signo.

Muy Ilustre señor Regente, Gobernador y Capitán General: Consiguiente al oficio con que Usía notició a este Ayuntamiento haber declarado la Real Audiencia tocarle el gobierno y mando de este Reino, se juntó inmediatamente en su sala capitular, acordando recibirle desde luego con las solemnidades acostumbradas, como todo así se ejecutó, según instruye el testimonio de la Acta del propio recibimiento, que se acompaña para que obre los efectos que puedan conducir al mejor servicio, y quede el Tribunal cerciorado de nuestra pronta obediencia. Sala de Ayuntamiento y Febrero doce de mil ochocientos ocho.—Muy Ilustre señor Presidente.—*Licenciado Pedro Díaz de Valdés*.—*Santos Izquierdo*.—*Nicolás Matorras*.—*Marcelino Cañas Aldunate*.—*José Teodoro Sánchez*.—*Diego de Larraín*.—*Pedro José Prado Jara-Quemada*.—*Doctor Pedro José González Alamos*.

Por un aviso extraordinario y particular de esa capital, que recibí el día quince del corriente, se me informa del fallecimiento del Excelentísimo señor Capitán General la noche del diez al once, que van corridos diez días a esta fecha. Por Real orden, dada en San Lorenzo, a veintitrés de Octubre de



mil ochocientos seis, dispone Su Majestad por punto general, y para las Américas, que en todos los Virreinos y Gobiernos en que haya Audiencia recaiga el mando político, el militar, y presidencia en los casos de muerte, ausencia, o enfermedad del propietario, en el oficial de mayor graduación que no baje de Coronel efectivo de Ejército, no habiendo nombrado Su Majestad por pliego de providencia u otra manera, el que deba suceder, etcétera. Yo me hallo en el caso de deber entrar en la sucesión del mando vacante de este Reino, sin más acto que el hecho efectivo de la muerte del propietario, a que me conduce el ministerio de la ley. Y el finado señor Capitán General del Reino en observancia de esta me acompaña el oficio que transcribo. «Acompaño a Usía en testimonio la adjunta Real orden de veintitrés de Octubre del año último, sobre la sucesión del mando de esta Presidencia y Capitanía General, con las demás advertencias que ella contiene, para su inteligencia y efectos.—Dios guarde a Usía muchos años.—Santiago y Septiembre veintiocho de mil ochocientos siete.—*Luis Muñoz de Guzmán*.—Señor Comandante del Real Cuerpo de Ingenieros». Por lo mismo extraño bastante la dilación por oficio de una noticia que la tiene esta ciudad y toda la frontera por un medio indirecto; sobre lo que prevengo, y requiero a Usía para que inmediatamente la imparta, y publique, en

la forma solemne acostumbrada, para mi inteligencia y gobierno.

Dios guarde a Usía muchos años.—Concepción de Penco, veinte de Febrero de mil ochocientos ocho.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Señor Presidente Regente de la Real Audiencia de este Reino, don Juan Ballesteros.

Santiago y Febrero veinte y siete de mil ochocientos ocho.—Pase en vista al señor Fiscal con el expediente de la materia.—Hay una rúbrica de Su Señoría.—*Garfias*.

Muy Ilustre señor Regente Presidente: El Fiscal de Su Majestad ha visto el oficio dirigido a Usía de la ciudad de la Concepción por el señor don Francisco Antonio García Carrasco, Comandante del Real Cuerpo de Ingenieros, en que insinuándose hallarse en el caso de deber entrar en la sucesión del mando vacante de este Reino, sin más acto que el hecho efectivo de la muerte del propietario, por ministerio de la ley, concluye serle bastante extraño la dilación por oficio de una noticia que se tiene en aquel territorio por un medio indirecto, previniendo y requiriendo a Usía para que inmediatamente la imparta y publique en forma solemne acostumbrada, para su inteligencia y gobierno; y dice: Que del expediente a que se ha unido dicho oficio, resulta que en el día propio en que amaneció muerto

en su cama el Excelentísimo señor don Luis Muñoz, Presidente, Gobernador y Capitán General del Reino, se declaró en el Real Acuerdo de Justicia de esta Real Audiencia, haber recaído en Usía el mando del Reino en la forma dispuesta por Su Majestad en su Real orden de veintitrés de Octubre de mil ochocientos seis, respecto a no haber actualmente en la capital Coronel efectivo de Ejército, ni oficial de mayor graduación, y que así, para que Usía le fuesen guardadas las preeminencias y prerrogativas correspondientes, se publicase por Bando, dirigiéndose los respectivos oficios al Ilustre Ayuntamiento, al Venerable Deán y Cabildo, Sede vacante, a la Contaduría mayor de cuentas, a los Ministros de Real Hacienda, y demás jefes políticos y militares; y señores Gobernadores de la Concepción y Valparaíso, para su inteligencia en la parte que les corresponda. Consta haberse todo así ejecutado, y que a consecuencia de dicho documento declaratorio del Real Acuerdo, el Ilustre Ayuntamiento procedió a recibirle en la forma solemne y acostumbrada por su Gobernador y Capitán General del Reino, entregándole el Bastón y Llaves de la Ciudad, después de haber jurado formalmente el desempeño de estos cargos. Resulta últimamente haberse participado todo ello a los virreinos de Lima y Buenos Aires, y dándose cuenta a Su Majestad con testimonio íntegro del expediente, en quince de



Febrero antecedente. Estos hechos dan a Usía el mérito bastante para la contestación del citado oficio en los términos que Usía fuere servido y hallase por más conveniente.—Santiago y Marzo primero de mil ochocientos ocho.—*De Juras Reales.*

Santiago y Marzo primero de mil ochocientos ocho.—Agregándose por secretaría copias certificadas que acrediten la antigüedad de los Reales despachos de Brigadieres de los señores don Pedro Quijada y don Francisco García Carrasco, y la comisión dada a este señor por el Excmo. señor finado, para encargarse de las obras de fortificación de la Frontera; llévase este expediente al Real Acuerdo por voto consultivo, recomendándosele su pronto despacho por la urgencia del caso.—Una rúbrica de su señoría.—*Garfias.*

Relación de los Brigadieres que se hallan empleados en el distrito de la Capitanía General del Reino de Chile.

Don Pedro Quijada, Comandante del Batallón de Infantería de Concepción, Brigadier por Real Despacho de cuatro de Septiembre de mil setecientos noventa y cinco.

Don Francisco García Carrasco, Director Subinspector de Ingenieros de este Reino, Brigadier por



Real Despacho, de veinticuatro de Noviembre de mil ochocientos seis.

Don Judas Tadeo de Reyes, Coronel de Milicias y Secretario de la Capitanía General de este Reino; certifico, de orden del señor Regente, y Capitán General interino, que por lo que consta en esta Oficina de mi cargo, no hay en el Distrito de este Reino, otros Brigadieres que los mencionados, y que no existe en esta capital Coronel vivo y efectivo alguno de ejército.—Santiago de Chile, dos de Marzo de mil ochocientos ocho.—*Judas Tadeo de Reyes.*

El señor Comandante General de la Frontera de la Concepción ha representado la necesidad que hay allí de un Injeniero para las obras ordinarias de sus Plazas, y señaladamente para la del Nacimiento que se está haciendo de planta; no menos que para un proyecto general de defensa de la misma Frontera, dispuesto por Real Orden; y no habiendo otro a quien poder fiar estas importantes y urgentes operaciones, se hace preciso pase Usía a encargarse de ellas, supuesto que por ahora no hay otras a que atender en ese Puerto.

Dios guarde a Usía muchos años.—Santiago, veinticuatro de Enero de mil ochocientos tres.—*Luis Muñoz de Guzmán.*—Señor Comandante de Injenieros, don Francisco Antonio García Carrasco.

—Es copia de la que se halla en el Libro de su respectiva correspondencia, de que certifico de orden del señor Regente de esta Real Audiencia, Presidente y Capitán General interino.—Santiago y Marzo dos de mil ochocientos ocho.—*Judas Tadeo de Reyes.*)

En la ciudad de Santiago de Chile, en tres días del mes de Marzo de mil ochocientos ocho años: Los señores don José de Santiago Concha, y doctor don José Santiago de Aldunate, Decano, y Oidores, de esta Real Audiencia, estando en Acuerdo Ordinario de Justicia, y habiendo visto este expediente remitido en voto consultivo, fueron de parecer que, atendida la calidad y gravedad de la materia de que se trata, y al mérito que ministran para la resolución correspondiente los certificados últimamente agregados por la secretaría de esta Capitanía General, podrá Usía siendo servido pasar nuevamente dicho expediente al señor Fiscal, a fin de que exponga el dictamen que le parezca de justicia; con lo que se conformó el muy ilustre señor Presidente Regente, y lo rubricó con los señores del margen, de que doy fe.—(Hay tres rúbricas).—Ante mí, *Don José Jorge Ahumada*, escribano de cámara.

Muy ilustre señor Regente-Presidente.—El Fiscal de su Majestad, en vista del nuevo mérito que

ministra el certificado de fojas, dice: que constando por él haber en este Reino oficiales de la graduación que prerrequiere el Real Orden de veintinueve de Octubre de mil ochocientos seis, para que recaiga el mando político, el militar y Presidencia en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del Propietario, no habiéndose nombrado por su Majestad otros por pliego de providencia u en otra forma que deban suceder; le parece que uno de aquellos debe entrar en la sucesión del mando vacante, cumpliéndose, y ejecutándose prontamente lo ordenado por punto general en dicho Soberano Rescripto, y que para ello corresponde que se expidan por Usía a la mayor brevedad las oportunas providencias, como lo hubiera antes pedido este Ministerio, si hubiera estado instruído en la forma bastante de la graduación de aquellos señores militares acreditada hoy con el dicho certificado, mandado poner de orden de Usía, por el superior Decreto de fojas ..., y principalmente en el acto de la celebración del Acuerdo fojas..., donde hubiera insistido en este propio dictamen, que entiende en todo conforme al literal, y expreso contexto de aquella soberana disposición. —Santiago y Marzo cuatro de mil ochocientos ocho. —*De Juras Reales.*

Santiago y Marzo cinco de mil ochocientos ocho. —Vuelva al Real Acuerdo este Expediente para el

fin prevenido en Decreto de primero del corriente.  
—Una rúbrica de Su Señoría.—*Garfias*.

Santiago y Marzo cinco de mil ochocientos ocho.  
—Vengan por el relator para el primer día de Acuerdo.—Hay tres rúbricas.—Proveyeron el anterior Decreto los señores Presidente, Regente y Oidores de esta Real Audiencia, y lo rubricaron los señores del margen, [Concha y Aldunate], en el día de su fecha, cinco de Marzo de mil ochocientos y ocho años, de que doy fé.—*Ahumada*.

En la ciudad de Santiago de Chile, a siete días del mes de Marzo de mil ochocientos ocho años: Estando en Acuerdo ordinario de Justicia los señores don José Santiago Concha y el doctor don José Santiago de Aldunate, y habiendo visto el expediente seguido con motivo del oficio remitido desde la ciudad de la Concepción por el Brigadier Comandante del Real Cuerpo de Ingenieros, don Francisco Antonio García Carrasco al señor Regente Presidente interino reclamando la posesión del Gobierno del Reino, vacante por el fallecimiento de su propietario el Excmo. señor don Luis Muñoz de Guzmán, mientras por su Majestad se provee en propiedad, el cual se remitió por voto consultivo a este Tribunal; con lo expuesto en su razón por el señor Fiscal: Dijeron, que teniendo consideración a lo dispuesto por el Soberano en la Real orden circular fe-



cha en San Lorenzo, a veintitrés de Octubre de mil ochocientos seis, corriente a fojas ..., del Expediente, por el que se dignó resolver que en los casos de muerte, ausencia o enfermedad de los propietarios, recaiga el mando político, el militar y Presidencia en los virreinos, y gobiernos donde haya Audiencia, en el oficial de mayor graduacion, que no baje de Coronel efectivo; y que con respecto a que siendo general la expresión de Virreinos, y Gobiernos, se deduce que debe tener su efecto, y cumplimiento en cualesquiera parte o lugar de su distrito, o comprension en que se encuentre la persona llamada por la Ley, concurriendo en ella la calidad prevenida, atributiva del mando: Por tanto eran de uniforme parecer, que en atencion a que por los certificados de la Secretaría de esta Capitanía General se ha hecho constar residir en la ciudad de la Concepcion de Chile dos oficiales con la graduacion de Brigadieres don Pedro Quijada y el mencionado don Francisco Antonio Carrasco; se dirija por el señor Regente oficio al primero, que resulta ser el más antiguo y de cuya actual inhabilidad por sus enfermedades no hay constancia en el Expediente, avisándole corresponderle el mando, siempre que no tenga impedimento para ejercerlo, el cual deberá contestar documentalmente, para que en este caso ocupe su vez el señor Carrasco, de cuyo cargo y responsabilidad deberán ser por su ausencia las dis-

posiciones relativas al cumplimiento del destino, en cuyo ejercicio, según el decreto testimoniado, se hallaba ocupado en Concepción; respondiéndosele por el mismo señor Regente a su precitado oficio con testimonio de este Auto para su inteligencia y la de que verificada la constancia del impedimento del señor Quijada y la venida a esta capital del enunciado señor don Francisco Antonio, se le recibirá en el mando, como su Majestad lo ordena, cesando en tal caso el que ejerce, y debió ocupar en el de su ausencia de esta capital el señor Regente en el momento de la vacante, a virtud de la misma Real disposición de su Majestad, a quien se le dará cuenta con testimonio del Expediente y oficio acordado; y habiéndose conformado su señoría con todos los particulares prevenidos en este Auto, lo firmó con los demás señores, de que doy fe.—*Rodríguez Ballesteros.*—*Concha.*—*Aldunate.*—Ante mí, *Don José Jorge Ahumada*, escribano de cámara.

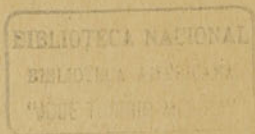
Muy Poderoso señor: Con oficio de 11 de Febrero próximo pasado, que he recibido anoche por el correo ordinario, que salió de esa capital el veinte del mismo, me ha dirigido el señor Regente de esa Real Audiencia copia autorizada del acuerdo de Vuestra Alteza celebrado en aquel día, en que se declara haber recaído en su persona el mando político, el militar y Presidencia con motivo del fa-

llecimiento del Excelentísimo señor Capitán General del Reino, don Luis Muñoz de Guzmán, a causa de no haber actualmente en esa capital coronel efectivo de Ejército, ni oficial de mayor graduación, según lo prevenido en Real Orden de dieciseis (no de veintitres como se dice) de Octubre de mil ochocientos seis, dicha declaración debería considerarla muy conforme al expresado Real Orden, sino advirtiera en ella la inhibición de los oficiales de mayor graduación existentes en esta Provincia para optar al mando superior del Reino, pues así me lo persuade la generalidad con que Vuestra Alteza se explica, tomando por fundamento y apoyo la circunstancia de faltar actualmente en la capital oficiales de la enunciada clase; pero hallándose tan expresa y terminantemente manifestada la voluntad del Soberano en favor de todos los oficiales de mayor graduación residentes del Virreinato, o Gobierno en que haya Audiencia, para suceder en el mando en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del propietario, no puedo menos que hacer presente a Vuestra Alteza, con el debido respeto, que conceptúo violenta, y contraria al citado Real Orden la sucesión del mando en el señor Regente, si no es que lo haya de obtener hasta tanto que llega a esta capital el Jefe militar a quien corresponde, porque no es limitada la falta de oficiales a sólo la capital para que recaiga en dicho señor el mando,



como se deja entender por el acuerdo, sino que debe serlo en todo el Virreinato o Gobierno; y supuesto que en el Ejército de esta Provincia de mi cargo los habemos con la graduación, carácter y autoridad que Su Majestad ordena, quedo inteligenciado de que el señor Regente don Juan Rodríguez Ballesteros obtiene accidentalmente en esa capital el mando superior, ínterin pasa a recibirse el oficial en quien debe recaer el de todo el Reino.

Consiguientemente parece pues que hallándome yo con la graduación de coronel, con otro empleo inferior efectivo de Gobernador Intendente de esta Provincia, y Comandante General de las Armas en la Frontera del Reino, considerado segundo Jefe Militar, y como tal, haber merecido de la piedad del Rei la calificación de mi aptitud para mandar dicho Ejército, con los conocimientos que me ha proporcionado la práctica en el dilatado tiempo de más de 11 años en este Gobierno, al que es dependiente el de la Plaza de Valdivia en los ramos de Real Hacienda, después de haber servido más de seis el del Puerto de Valparaíso; no cabe duda que la mente del Soberano para la sucesión del mando superior de este Reino debería ser, y entenderse, que inmediatamente en el caso presente recayese en el Comandante Militar de esta Frontera, mayormente en las críticas circunstancias de estar amenazado este Reino por un Ejército enemigo,





que apostado en la isla de Santa Elena y cabo de Buena Esperanza, sólo aguarda las últimas órdenes de su Corte para repetir su invasión en estos dominios, según las noticias públicas.

Más, siendo el literal contexto del mencionado Real Orden, deber consignarse el mando interino al Oficial de mayor graduación, se halla en el presente caso el Brigadier Director Subinspector, don Francisco Antonio García Carrasco, residente en esta Frontera de mi mando; pero también debo hacer presente a Vuestra Alteza la incompatibilidad de su empleo de Director Subinspector de este Reino, en donde sólo se considera por la ordenanza última de su cuerpo un Coronel Comandante, y de consiguiente debe considerarse accidental su residencia hasta que Su Majestad le prefije el destino en que debe servir, no menos que la alteración impropia de optar el mando por limitado tiempo para volver a continuar subordinado al Comandante General de esta Frontera; a que se agrega que este jefe tiene hecho presente, y yo comunicado a la Capitanía General, que no puede desempeñar las funciones de su cargo por los quebrantos de su salud; y seguramente con dificultad podrá transferirse por tierra a esa capital.

Por todo lo cual yo espero que hecho cargo Vuestra Alteza de estas fundadas razones, y de las

consecuencias fatales que deben resultar de no conservarse unida en el Jefe Militar la autoridad y mando superior, se servirá nuevamente declarar que el auto proveído sobre este importante punto, debe entenderse hasta que se realice la translación, y formal posesión del Comandante General de las tropas de la Frontera, y Gobernador Intendente de la Provincia de Concepción, en quien corresponde existir el interino mando o la del nominado Brigadier don Francisco Carrasco, según lo conceptuase Vuestra Alteza más conforme a la mente del Soberano, e interesante al real servicio en las presentes circunstancias de la guerra y tranquilidad del Reino.

Nuestro Señor guarde a Vuestra Alteza muchos años.—Chillán, dos de Marzo de mil ochocientos ocho.—Muy poderoso Señor.—*Luis de Alava.*

Santiago, nueve de Marzo de mil ochocientos ocho.—Agregándose por la Secretaría de la Capitanía General constancia del grado del señor Gobernador Intendente recurrente, pase en vista al señor Fiscal, y hecho tráigase para contestar.—Hay dos rúbricas,—Ante mí, *Ahumada.*

Relación de los Coroneles graduados y efectivos que se hallan en el Distrito del mando de esta Capitanía General del Reino de Chile:

Don Pedro Flores Cienfuegos, sin destino, gra-

duado con Real despacho de quince de Octubre de mil setecientos ochenta y tres.

Don Juan Zapatero, Coronel efectivo retirado, de Artillería, agregado a la Plaza mayor de Concepción, con Real despacho de veintiocho de Marzo de mil setecientos noventa y uno.

Conde de la Conquista, coronel graduado, y del Regimiento de Milicias disciplinadas de Caballería de la Princesa, con Real despacho de doce de Abril de mil setecientos noventa y cuatro.

Don Luis de Álava, Gobernador Intendente de la Provincia de Concepción, Coronel graduado con Real despacho de doce de Abril de mil setecientos noventa y cuatro.

Don Joaquín de Alós, Gobernador Político y Militar de Valparaíso, Coronel graduado con Real despacho de diecinueve de Julio de mil setecientos noventa y cinco,

Don Fernando Amador de Amaya, Comandante del Cuerpo de Dragones de la Frontera, Coronel graduado con el Real despacho de dos de Febrero de mil ochocientos seis.

Don Judas Tadeo de Reyes, Coronel de Milicias, y Secretario por Su Majestad, de esta Capitanía General: Certifico que la antecedente relación es conforme a la que existe en la Secretaría de mi cargo; y para que conste doy la presente en virtud de lo mandado por el superior Tribunal de la Real



Audiencia, en Santiago a nueve de Marzo de mil ochocientos ocho.—*Judas Tadeo de Reyes.*

Muy Poderoso Señor.—El Fiscal de Su Majestad, visto este oficio del señor Gobernador Intendente de la Concepción, dice: que el mando Político, el Militar y Presidencia en los casos de muerte, ausencia o enfermedad del propietario, debe recaer en el oficial de mayor graduación que no baje de coronel efectivo de ejército, no habiendo nombrado su Majestad por pliego de providencia, u otra manera el que deba suceder, como se halla expresamente dispuesto en novísima Real Orden dada en San Lorenzo a veintitrés de Octubre de mil ochocientos seis. Por la certificación mandada agregar por orden de Vuestra Alteza, aparece ser dicho señor Gobernador Intendente, sólo coronel graduado; y por consiguiente, no comprendido entre los llamados por su Majestad para la sucesión, otros señores oficiales de la misma graduación y más antiguos existían en esta capital al tiempo de la muerte del Excmo. señor Capitán General finado, y con todo se declaró por Vuestra Alteza, en Acuerdo del propio día, no hallarse en ella militar alguno de los designados por su Majestad en el citado Real Orden, en cuya conformidad, y aún cuando no hubieran como hay otros oficiales de la graduación prerrequerida en aquella soberana disposición, no podría entrar dicho señor



pretendiente en el mando vacante; pues en ese caso correspondía al señor Regente, según es expreso en el mismo Real Orden, y lo indicó este Ministerio en otro expediente que por igual oficio del señor don Francisco García Carrasco, fecha veinte de Febrero del corriente año, se ha formado, y pasó a Vuestra Alteza en voto consultivo, cuya vista reproduce nuevamente el Fiscal, agregando que acaso por estos claros e irrevocables antecedentes no podría por menos el dicho señor Gobernador Intendente que confesar hallarse en el caso de deber entrar en la vacante el mencionado señor Carrasco, siempre que se atendiese al literal contexto del mencionado Real Orden, y no habiendo arbitrio para dejarse de cumplir a la letra lo que expresamente se manda por el Rey, tampoco lo hay, ni lo puede haber, para que se dejen de tomar por Vuestra Alteza las providencias que correspondan y pendan de sus superiores facultades, para la pronta ejecución y cumplimiento de lo ordenado por su Majestad en materia de tanta gravedad.

Otrosí, que conviene al Fiscal un testimonio autorizado en forma bastante de esta vista, para lo que se ha de servir Vuestra Alteza mandar se le dé en la forma de estilo y acostumbrado.—Santiago y Marzo diez de mil ochocientos ocho.—*De Juras Reales.*

Santiago y Marzo diez de mil ochocientos ocho. —Visto el oficio del señor Gobernador Intendente de Concepción, con lo expuesto por el señor Fiscal: sacándose testimonio de la vista y del auto proveído en voto consultivo sobre la materia, contéstesele á dicho señor para su inteligencia, y désele al señor Fiscal el testimonio que solicita por el otrosí.—(Hay dos rúbricas).—Proveyeron el anterior auto los señores Presidente, Regente y Oidores de esta Real Audiencia, y lo rubricaron los del margen [Concha y Aldunate] en el día de su fecha diez de Marzo de mil ochocientos ocho años, de que doy fe.—*Ahumada.*

Por el fallecimiento del Excelentísimo señor Presidente don Luiz Muñoz de Guzmán, que US. me comunica en carta de once de Febrero último, y a consecuencia de lo dispuesto por su Majestad en el novísimo Real Orden de veintitrés de Octubre de mil ochocientos seis, la Junta de Guerra, y los Cuerpos Militares de esta frontera me han reconocido por Gobernador Capitán General y Presidente interino de esta Real Audiencia, y yo me dispongo pasar esa capital a la mayor brevedad posible: así es que no puedo convenir en reconocer a US. con otra representación, ni carácter, que el de Regente de ese Tribunal. Cualquiera que haya sido la resolución del acuerdo, dada sin mi conocimiento, siendo

contraria a la suprema voluntad del Rey, es inobedible. La responsabilidad a que estoy ligado, y la obligación en que me hallo para con el soberano por mi empleo y graduación, en circunstancias que el Reino se halla amenazado de los enemigos, me estrechan a sostener el acuerdo de la Junta, aunque no tengo ambición ni deseo de mandar.

En aquella real disposición en que se han derogado y abolido las que para el caso presente se dictaron en la Real Cédula de dos de Agosto de setecientos ochenta y nueve, ha querido el Rey dos cosas. Primera: reunir las autoridades en una sola persona para que las providencias sean más prontas, expeditas y vigorosas. Segunda: que el mando recaiga en persona de profesión militar, que deba saber el arte de la guerra porque así lo exigen las circunstancias del día, y ha mandado, en consecuencia, que estos virreynatos y gobiernos en que haya Audiencia recaiga el mando político y militar en el caso de muerte de los Virreyes y Presidentes, en el oficial de mayor graduación que no baje de coronel efectivo de ejército. Yo soy el oficial de mayor graduación que hay en este Reino con destino y fija residencia y como Ingeniero Director y Brigadier con letra de servicio; pues aunque también existe el señor Brigadier don Pedro Quijada, nadie ignora que se halla imposibilitado para todo mando por la enfermedad de parálisis



de que fué atacado, y que por este motivo aún se halla separado del que tenía en el Batallón de Infantería de que era comandante.

Siendo esto así, US. ha tomado el mando político y militar a que sólo es llamado en el único caso de que en el distrito de la Audiencia no haya oficial que tenga la graduación correspondiente, porque no lo hubo en esa capital a tiempo de la muerte de su Excelencia. ¿Pero dónde se halla la palabra, dónde la expresión que diga, que indique a lo menos que debe existir en la capital el oficial de la correspondiente graduación para que pueda suceder en el gobierno interino? ¿Puede US. no conocer que es arbitraria la interpretación que exige esta calidad? ¿Puede US. no conocer su violencia? ¿No son indefinidas todas las cláusulas del Real Orden, y terminadas a los virreinos y gobiernos, que es lo mismo que decir a todos los territorios de su jurisdicción? En las líneas en que habla de la sucesión de los mandos, se hace acaso la más ligera mención de ciudades, de villas ni capitales? Con que si en la de este reino existiera en el día un coronel efectivo ¿sería preferido a los Brigadieres que existen en su distrito y a los Mariscales de Campo que han existido alguna vez? ¿Se preferirían aunque existiesen en algún pueblo y a la distancia de ocho leguas? En el Real Orden no se nombran, vuelvo a decir, villas ni capitales; se



nombran los virreinos y gobiernos y todas sus cláusulas y disposiciones son referentes a estos virreinos y gobiernos y a sus jurisdicciones, y no a capitales que para nada se mencionan; no nos engañamos: El espíritu y sentido natural de esta real disposición es muy claro para que pueda ocultarse al que juzgue sin preocupación. Tenga US. presente que este Real Orden es conforme al de quince de Junio de setecientos ochenta y cuatro, en que se arregló en España la sucesión de mandos, y en que se dispuso: «Que en las provincias en que repentinamente falte el Capitán General o Comandante General, tenga el mando el Oficial General que resida en ella, y no habiéndole, el Brigadier más antiguo, y faltando una y otra clase, el Coronel o Teniente Coronel vivo y efectivo hasta que Su Majestad confiera el mando a quien tenga por conveniente. Siendo de advertir que por la expresión de *provincia* se entiende todo el territorio o jurisdicción a que se extiende la Comandancia o Capitanía General. Observe también US. que cuando el Rey habla, no de los virreinos y gobiernos en que hay Audiencia, no de las provincias y Capitanías Generales, ni de los mandos superiores que tienen jurisdicción extensiva a grandes territorios, y sí de las ciudades y plazas que no tienen más jurisdicción que su recinto, en que hayan gobernadores políticos y militares; si quiere que

suceda en el mando interino el Teniente Rey o el Oficial Militar de mayor graduación que haya en la Plaza de fija residencia, lo dice expresamente y lo manda en términos tan claros, que no dejen que dudar, y este es el caso del artículo dos de la Real Cédula ya citada de dos de Agosto de setecientos ochenta y nueve.

Y cuando el Rey quiera que tomase el mando interino del Reino el oficial de mayor graduación que residiese en la capital, cuando lo dijera el Real Orden, debe US. no olvidar que yo como Director Subinspector del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército y por Real Orden declarado Comandante de los oficiales de dicho Real Cuerpo destinado por Su majestad a este Reino, tengo por Reglamento y Ordenanzas mi residencia legal en la misma capital, y debo residir en ella; y que si me hallo accidentalmente en esta frontera, sólo ha sido por disposiciones particulares del anterior Gobierno, que yo no he repugnado por consideración al servicio.

En el empleo de Regente de esta Real Audiencia tiene US. bastantes objetos en que ejercitar sus virtudes y talentos, sin mezclarse en los negocios del Gobierno y de la guerra, que el Rey ha consentido a otra mano, y que en el día requieren toda la aplicación de un solo jefe militar que no entienda en otra cosa. Por lo mismo ruego a US.

con todo el encarecimiento de que soy capaz, que desistiendo de un paso a que ha podido dar lugar la opinión formada tal vez sin maduro examen, haga por su parte de manera que en todo se cumplan las soberanas disposiciones de nuestro Rey y Señor. Recuerde US. cuál sería su real desagrado cuando entienda que se ha empeñado una disputa por interpretaciones ajenas del espíritu y letra de sus reales mandatos. Recuerde US. cuáles son los perjuicios que se irrogan a su real servicio, cuál el mal ejemplo a los habitantes del Reino y a las provincias de esta América, en las cuales una discordia desgraciada servirá de materia a sus noticias y papeletas. Aún estamos al tiempo de transarlo todo amigablemente para que en el ejercicio de nuestras respectivas funciones procedamos con el acuerdo, armonía y buena correspondencia que tanto recomienda Su Majestad y que tanto interesa a su real servicio; entonces tendré yo la oportunidad de aprovecharme de sus luces y conocimientos para el buen desempeño de las que me son peculiares.

Dios guarde a US. muchos años.—Concepción de Chile, cinco de Marzo de mil ochocientos ocho.  
—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Señor Regente de la Real Audiencia de este Reino don Juan Rodríguez Ballesteros.

Por no hallarme capaz por mi avanzada edad y graves continuados achaques de desempeñar mando alguno, he solicitado de la real piedad mi retiro, y habiéndolo así significado al señor Capitán General interino don Francisco Antonio Carrasco, doy a US. y demás señores vocales de este Real Tribunal, las más efectivas gracias por el lugar preferente que me han considerado para la sustitución del mando accidental de este Reino en su acuerdo de siete del corriente mes de que US. me acompaña testimonio con fecha de once del mismo.

Dios guarde a US. muchos años.—Concepción, veinte de Marzo de mil ochocientos ocho.—*Pedro Quijada*. — Señor Regente don Juan Rodríguez Ballesteros.

Santiago y Abril veintiuno de mil ochocientos ocho.—Únase a su expediente del que debe sacarse testimonio para dar cuenta a Su Majestad.—(Una rúbrica de señoría).—*Garfias*.

Concuerda con su original.—Santiago y Abril veintiséis de mil ochocientos ocho. — *Antonio Garfias*.



III.—EL BRIGADIER GARCÍA CARRASCO DA CUENTA AL SOBERANO DE HABER ASUMIDO LA PRESIDENCIA DE CHILE.

Señor: Por el fallecimiento inopinado del Excmo. señor Capitán General del reino, don Luis Muñoz de Guzmán, acaecido la mañana del día 11 de Febrero del año corriente, y a pretexto de no haber en la capital un oficial de la graduación que exige el Real Orden de 23 de Octubre de 1806, el Regente de la Real Audiencia, don Juan Rodríguez Ballesteros, se arrogó por acuerdo de la misma Audiencia, el mando político y militar con la Presidencia que V. M. quiere recaiga precisamente, y siempre que lo haya en el distrito de la vacante, en el oficial de mayor graduación que no baje de Coronel efectivo de Ejército.

Como en este tiempo me hallase yo en la ciudad de Concepción de Penco, por disposición del Capitán General difunto, se tomó este accidente por pretexto para mi preterición, y cuando esperaba una noticia solemne de la vacante comunicada por el mismo Regente llamándome a ella, me encontré con su oficio (núm. 1) en que me avisa del suceso con la investidura de los mandos que me debían corresponder.

Para remediar este desorden que había de influir

en otros muchos, particularmente en las circunstancias de la guerra, determiné el convocar una Junta compuesta de los oficiales de mejor carácter de estas tropas, y en ella se resolvió con unanimidad que debía recaer en mí, por sucesión interina el gobierno político, militar y la Presidencia, como oficial de mayor graduación por no haber otro en el distrito de esta Audiencia y Capitanía General con lo más que contiene el acuerdo de la Junta. (Núm. 2).

A consecuencia de este acto, contesté al Regente lo que dice el papel (Núm. 3), manifestándole con viveza y precisión cuanto convenía se retrajiese de su primera intención, conciliándose enteramente con los preceptos de Vuestra Majestad a cuya obediencia no podía resistir, con todo lo demás que allí se expresa.

Compelido de mi obligación y de lo acordado en la misma Junta lo participo a V. M. para su real inteligencia.

Nuestro Señor guarde la vida de V. M. muchos años.—Concepción de Penco, 5 de Marzo de 1808.—Señor.—A. L. R. P. de V. M.—*Francisco Antonio García Carrasco.*

#### *Documentos acompañados*

Núm. 1.—En la mañana de hoy ha amanecido muerto el Excmo. señor don Luis Muñoz de Guz-

mán, Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de este reino, lo aviso a V. S. para su noticia como Regente del Tribunal a falta en esta capital de oficial de graduación, que deba suceder en estos mandos conforme a lo declarado en este día por el real acuerdo.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Santiago, 11 de Febrero de 1808.—*Juan Rodríguez Ballesteros*.—Señor Comandante del Real Cuerpo de Ingenieros.

Núm. 2.—En la ciudad de la Concepción del Reino de Chile, en tres días del mes de Marzo de mil ochocientos ocho, hallándose en Junta de Guerra los señores que abajo subscriben a que han sido convocados por el señor don Francisco Antonio García Carrasco, Director, Subinspector del Real Cuerpo de Ingenieros del Ejército, Brigadier de Infantería y actual Gobernador accidental de las armas por ausencia del señor Gobernador Intendente que se halla en la ciudad de Chillán, les propuso y dijo Su Señoría, que en Real Orden de 23 de Octubre de 1806 había dispuesto S. M. que en todos los Virreinos y Gobiernos en que haya Audiencia recaiga el mando político, el militar y la Presidencia en el caso de muerte del propietario, en el oficial de mayor graduación que no baje de Coronel efectivo de Ejército, no habiendo nombrado S. M. por pliego de providencia el que deba suceder; y que



en los casos de no haber oficial de dicha clase o mayor, recaiga en el Regente u Oidor Decano y no en el acuerdo; que el señor Regente don Juan Rodríguez Ballesteros, en carta de 11 de Febrero último, le da aviso de la muerte del Excmo. señor Presidente don Luis Muñoz de Guzmán, sucedida en el mismo día, y que por no haber en aquella capital oficial de graduación que deba suceder en aquel mando, lo había tomado en sí, conforme a lo declarado por el Real acuerdo; que en estas circunstancias deseaba saber de la Junta cuál era el partido que se debía tomar, y que fuese más conforme a las soberanas intenciones del Rey y más conveniente a su real servicio; y habiéndose leído por mí, el Secretario de la Junta, en alta e inteligible voz el Real Orden ya citado, la carta de oficio del señor Regente, y otro particular del señor Gobernador Intendente de esta provincia, dado en Chillán en 25 de Febrero último, en que también le da noticia de la muerte del señor Presidente, y le dice que es natural, que se dé en breve el correspondiente aviso de esta novedad, para que, como Brigadier con letras de servicio, pase a tomar el mando interino hasta la resolución del Rey: visto y examinado todo con el debido acuerdo, dijeron los señores vocales por uniformidad de pareceres, sin que discrepase alguno, que siendo claro, expreso y terminante el contexto de dicha Real Orden, y la sobe-



rana voluntad del Rey de que suceda interinamente en el gobierno político, el militar y en la Presidencia el oficial de mayor graduación: no habiendo otro en el distrito de esta Audiencia y Capitanía General que la tenga mayor que el señor Brigadier de Infantería don Francisco García Carrasco, lo reconocían desde luego, por sí y a nombre de los cuerpos veteranos y de milicias de su mando como a tal Gobernador Capitán General y Presidente de la Real Audiencia hasta que S. M. resuelva lo que juzgue por más conveniente. Que en esta virtud le prestaban la correspondiente subordinación y obediencia, esperando que lo más luego que fuese posible pasaría a la capital en que el señor Regente ha tomado el mando por no hallarse allí ningún oficial de la graduación que previene S. M., pues que así lo requieren las actuales circunstancias del reino en que se teme una invasión de los enemigos del Estado. Que el señor Brigadier Presidente y Capitán General interino se sirva dar cuenta a S. M. en primera oportunidad, y a los Excmos. señores virreyes de Lima y Buenos Aires, pasando el correspondiente aviso al señor Regente que actualmente manda en la capital, al señor Gobernador Intendente y demás cuerpos, Juzgados y Gobiernos a quienes corresponda, y lo firmaron en el referido día, mes y año los señores: el Director Sub-inspec-

tor del Real Cuerpo de Ingenieros, Brigadier de Infantería de los reales ejércitos don Francisco Antonio García Carrasco, el Coronel del Real Cuerpo de Artillería don Juan Zapatero, el Teniente-Coronel de la Real Armada y Capitán del puerto de Talcahuano don José de Llano, el Teniente-Coronel y Sargento Mayor del Cuerpo de Dragones don Pedro José Benavente, el Coronel de Milicias de Caballería, graduado de Teniente Coronel de Ejército, don Francisco Javier Manzano, el Capitán de Granaderos, graduado de Teniente-Coronel y Comandante accidental del Batallón de Infantería, don Tomás de Figueroa, el Capitán de Infantería, graduado de Teniente-Coronel, don Juan Francisco Sánchez, el Capitán, graduado de Teniente-Coronel del Cuerpo de Dragones, don Antonio de Salcedo, el Capitán de Infantería don José del Alcázar, el Capitán de Dragones don Andrés del Alcázar, el Capitán de Infantería don José Díaz, el Capitán de Dragones don Juan Miguel de Benavente, el Capitán de Infantería don Ramón de Jiménez y Navia, el Capitán de Dragones don Pedro Lagos, el Capitán de Artillería don José Zapatero, el Subteniente de este Real Cuerpo, como Comandante de él, don Ramón Bech, el Coronel de Milicias de Caballería don José María Urrutia y Manzano, el Coronel de Milicias de Caballería don Pablo de Hurtado, el Comandante del Batallón de Milicias de esta ciudad

señor Conde de la Marquina, y el Comandante del Escuadrón de Milicias de esta misma ciudad doctor don Juan Martínez de Rozas, de que certifico.—*Francisco Antonio García Carrasco.*—*Juan Zapatero.*—*José de Llano.*—*Pedro José Benavente.*—*Francisco Javier Manzano.*—*Tomás de Figueroa.*—*Juan Francisco Sánchez.*—*Antonio de Salcedo.*—*José del Alcázar.*—*Andrés del Alcázar.*—*José Díaz.*—*Juan Miguel de Benavente.*—*Ramón de Jiménez y Navia.*—*Pedro Lagos.*—*José Zapatero.*—*Ramón Bech.*—*José María Urrutia y Manzano.*—*Pablo Hurtado.*—*El Conde de la Marquina.*—*Juan Martínez de Rozas.*—*José Antonio Botarro, Secretario.*

Núm. 3.—(Es el oficio de Carrasco al Regente, publicado en las páginas 102 a 107 de este tomo).

Don José Antonio Botarro, Teniente del Batallón de Infantería de este Reino, y Secretario de la Junta de Guerra, celebrada a las once de la mañana del día tres del mes de la fecha, por comisión del Señor Don Francisco Antonio García Carrasco; Brigadier de Infantería de los Reales Ejércitos, Director Sub-inspector del Real Cuerpo de Ingenieros, Presidente Gobernador, y Capitan General de este Reino:

Certifico que la presente copia es fielmente sacada de sus originales, y en virtud de Orden del

expresado Señor Capitan General, libro esta, que firmo en la Ciudad de Concepción de Chile a cinco de Marzo de mil ochocientos ocho.—*José Antonio Botarro*, Secretario.

IV.—COMUNICACIÓN QUE DIRIGE DON PEDRO FLORES  
CIENFUEGOS AL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO DE OLA-  
GUER FELIÚ.

Excmo. Señor: Hallándome en esta capital de Santiago de Chile sirviendo los destinos de Subinspector de las tropas veteranas y de milicias de su distrito, y la tenencia de Capitán General para el conocimiento de las causas de los milicianos, con otras comisiones relativas al real servicio en las actuales críticas circunstancias de hallarnos amenazados por nuestros enemigos los ingleses, todo por nombramiento del Excmo. señor don Luis Muñoz de Guzmán, Presidente y Capitán General de este reino, según consta de los despachos y demás documentos que en testimonio dirijo a las superiores manos de V. E., acaeció en la noche del 11 de Febrero último la repentina muerte de este digno Jefe, y en su consecuencia pasaron en el mismo día los señores que componen el real acuerdo de esta Audiencia a deliberar sobre el mando y quién debía sucederle con presencia de la Real Orden de 23 de Octubre de 1806, relativa a este punto.



Lo resuelto en aquella superior Junta, fué que respecto de no hallarse en esta capital oficial de la graduación que exigía la expresada Real orden recaía el mando en el señor Regente hasta la venida del propietario, conforme al espíritu de su tenor: lo que tuvo el consiguiente efecto, haciéndose saber su recibimiento del mando político, militar y hacienda que a mí me notificó en oficio de la misma fecha, que igualmente acompaño; pero desentendiéndose enteramente de hallarme yo presente con el carácter de Coronel de infantería del Ejército, con sueldo efectivo de tal, y actual servicio en virtud de las comisiones conferidas por el dicho señor Excmo. Jefe difunto, de que estaba dada cuenta al Rey: cuyas circunstancias me hacían al parecer acreedor de ser preferido al señor Regente para la sucesión del mando, mientras no se presentase otro oficial de mayor grado que lo recibiese así como lo fui para obtener dichas comisiones, y lo soy también para seguir continuando, como quedo, en su desempeño.

Aunque así lo entendí, y esta fué la general inteligencia que se dió por los más a la citada Real Orden, no faltando también algunos comandantes militares, y otros sujetos de carácter que bajo del mismo concepto me indicasen el que debía disputar la sucesión del mando, acordé sin embargo en obsequio de la buena armonía y sosiego omitir toda

gestión contra lo resuelto por el Real Acuerdo, pero con el ánimo de consultar el caso a Su Majestad por la vía reservada, como lo ejecuto, a fin de que impuesto de todo por la dignación de V. E., se sirva declarar lo que deba practicarse en lo sucesivo en iguales contingencias, para evitar encuentros y disputas, que en todo tiempo, y especialmente en el presente, cuyo principal objeto es saber sostener la conservación de estos preciosos dominios, pueden acarrear perjudiciales consecuencias contra tan importante fin.

Dios guarde a V. E. muchos años.—Santiago de Chile y Marzo 9 de 1808.—Excmo. señor.—*Pedro Flores Cienfuegos*.—Excmo. señor don Antonio de Olaguer Feliú.

V.—ACUERDOS DEL CABILDO DE SANTIAGO PARA  
PROVEER A LA DEFENSA DEL PAÍS

M. I. S. P.—Desde que en 4 de Julio próximo pasado excitó V. S. a este Ayuntamiento para que concurriese al socorro de Buenos Aires y le indicase recursos para la defensa del reino, no ha cesado de examinar todos los arbitrios que puedan llenar tan urgentes necesidades. Esto, ya se ve, exige noticias, discusiones y, sobre todo, medir las facultades del país con los objetos para que se le grava. Para concluir este delicado encargo necesita el Ca-

bildo que V. S. se sirva darle una idea de los preparativos que deben ejecutarse de pronto y lo que puede necesitarse si llega el caso de hacer uso de ellos. También es forzoso para arreglar los cálculos y para fijar la confianza del público que éste sepa los fondos que han de consumirse, antes que los que produzcan sus contribuciones, cuáles son los existentes en Arcas Reales, Consolidación, Aduana, Casa de Moneda, depósitos y demás que la necesidad y el buen orden autorizan a V. S. a emplear con preferencia a los caudales particulares, que se franquearán más voluntariamente cuando se palpe la precisión de oblarlos.

El celo de V. S. hizo la misma insinuación a otros cuerpos. La presencia de sus dictámenes evitará la contradicción de los nuestros, la coincidencia de opiniones contribuirá, sin duda, a facilitar la ejecución de los pensamientos.

Por tanto, suplicamos a V. S. tenga a bien hacer pasar aquellas contestaciones a este Cabildo, en quien se reúne la representación de los individuos de las dos corporaciones.

En vista de todo hará cuantos esfuerzos son propios de su fidelidad y amor al Soberano, a cuyo servicio nada reserva.

Dios Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años.

Sala capitular de Santiago de Chile y Setiembre 9 de 1808.—M. I. S. P. —*Pedro Díaz de Valdés.*

—Santos Izquierdo.—José Antonio de Rojas.—  
—Juan Enrique Rosales.—Antonio Martínez de  
Mata.—Manuel de Salas.—Juan Manuel de la  
Cruz.—Joaquín López de Sotomayor.—Pedro José  
Prado Jaraquemada.—Francisco Díez de Arteaga.  
—Francisco Ramírez.—Dr. Francisco Aguilar de  
los Olivos.—José Joaquín Rodríguez Zorrilla.—  
Ignacio de Carrera.—M. I. S. Presidente Gober-  
nador y Capitán General, don Francisco Antonio  
García Carrasco.

En la muy noble y leal ciudad de Santiago de Chile, a 19 de Septiembre de 1808, considerando los señores del Ilustre Cabildo, en vista de los papeles públicos venidos últimamente por el extraordinario de Buenos Aires, que los enemigos de la corona de Su Majestad, al observar que en el nuevo orden de cosas la metrópoli debe reunir todas las fuerzas y arbitrios para sostener su independencia y el lugar que le corresponde entre las potencias de primera clase de la Europa, dirigirán sus miras ambiciosas a estos dominios, creyéndonos sin auxilios ni medios de defensa;

Conociendo el Cabildo que, aunque la lealtad de los habitantes de Chile en nada degenera de la de sus padres que a costa de su heroica sangre sacaron este país del estado de barbarie en que se hallaba, y uniéndolo al imperio español, lo civilizaron,



poblaron e hicieron religioso, la uniformidad de estos sentimientos nacidos de la más sincera cordialidad no impondrá por sí sola respeto a un enemigo orgulloso que no atiende a otra razón que la fuerza de las armas;

Siendo cierto que si Chile es un reino fértil, que tiene una juventud robusta y valiente, buenos caballos y muchos recursos de subsistencia, se halla desarmado y falto absolutamente de los artículos de primera necesidad para hacer una repulsa vigorosa, así con el fin de precaver los males que pueden sobrevenirnos si permanecemos en inacción, confiados en la distancia y en nuestra situación local, y de hacer ver al extranjero con las armas en la mano que sólo queremos ser españoles y la dominación de nuestro incomparable monarca el señor Don Fernando VII, que en las mayores dificultades supo sostener el nombre de la nación y confundir la perfidia, declarando del modo más franco y generoso que prefería el vasallaje de sus estados al de todo el mundo, y que su intento era hacerlos felices, cuya real protesta producirá una perpetua tierna memoria en todos los corazones sensibles, apreciadores de los grandes esfuerzos de virtud, y añade nuevos vínculos de unión inalterable hacia su sagrada persona, acordaron se represente y pida al Muy Ilustre Señor Presidente lo que sigue:

1.º Que sin pérdida de momento, y aplicando

Su Señoría todo el celo y actividad que tiene acreditados en el servicio, se ponga al reino en el mejor estado de defensa posible, tomándose todas las medidas oportunas y vigorosas para rechazar y repulsar las tentativas que puedan hacer las potencias, extranjerías o enemigas de Su Majestad para ocupar y apoderarse de sus ricas y fértiles provincias;

2.º Que para ello se alistén y formen en cuerpos y batallones organizados y a estilo de guerra, diez mil hombres de infantería de milicias en este obispado y seis mil en el de la Concepción, que estén pronto para ser empleados en la defensa del reino, siempre que lo pida la necesidad, puesto que esta providencia, siendo de manifiesta utilidad, no perjudica al erario, porque los alistados no ganan sueldo, ni daña a la agricultura, porque no deben separarse de sus hogares sino en los pocos días del mes que se destinen para los ejercicios doctrinales;

3.º Que para la formación de estos cuerpos se alistén todos los habitantes de esta ciudad no exceptuados en los casos de urgentísima necesidad y los de las demás villas y ciudades de la provincia, y que lo mismo se ejecute en la de Concepción, de manera que estén prontos para ocurrir al punto de reunión a que sean llamados.

4.º Que para la enseñanza y disciplina de los batallones se comisionen oficiales a los lugares en que se formen, sin sacarlos de los distritos de su resi-

dencia; y que lo mismo se ejecute con los escuadrones y regimientos de caballería ya formados, en cuya enseñanza se podrán emplear no sólo los oficiales de asamblea más tambien los dragones del cuerpo de la frontera.

5.º Que el muy ilustre señor Presidente, por todos los medios que le dicten su sagacidad y prudencia, procure comprar, aunque sea de las potencias extranjeras, y que se pongan en este reino a la mayor brevedad posible diez mil fusiles, a lo menos, con sus fornituras, para armar, instruir y disciplinar estas mismas milicias.

6.º Que también se compren seis mil pares de pistolas y seis mil sables o espadas, pues el Cabildo opina (y lo dicen los inteligentes) que los machetes que se han construído son inútiles para la caballería reglada; y ellos se podrían destinar para trozos de paisanos que obrasen en caso de pérdida en guerrillas o emboscadas.

7.º Que sin perder instante se manden fundir en la ciudad de Lima cincuenta cañones con sus respectivas balas, del calibre que el muy ilustre señor Presidente juzgue conveniente, para la defensa de la ciudad y puestos militares y para mejorar y aumentar los trenes de campaña, remitiéndose de este reino el cobre necesario, donde se comprará a más barato precio.

8.º Que las cureñas, avantrenes y demás neces-



rio para el servicio de esta artillería, después de determinado su calibre, se comiencen a construir desde luego para ganar tiempo, no ocurriendo en la facultad algún inconveniente que lo embarace.

9.º Que los ochocientos quintales de pólvora que propone como necesarios el Comandante de artillería se pidan por vía de auxilio al Excelentísimo señor Virrey del Perú; y si no los concede (que no es de esperar), se compren desde luego en Lima, así como el plomo pedido para balas.

10. Que también se prevenga al subasentista del ramo de pólvora que a la mayor brevedad labre quinientos quintales para el servicio militar, a satisfacción del Comandante de artillería y con la distinción de clases que este oficial pida y se apruebe por la superioridad.

11. Que en el supuesto de que los arbitrios para gastos de guerra que puede proporcionar el reino no son del día, y deben colectarse sucesivamente, a tiempo que es urgentísima la necesidad de proveerlo de armas, artillería y municiones sin dilación, el muy ilustre señor Presidente aplique para los gastos que no admiten demora los caudales del fondo de amortización y consolidación de obras pías, deducidas sus cargas, mientras que, tomando otro semblante los negocios de la Península, cese la ley imperiosa de la necesidad y suprema de la defensa del Estado.



12. Que al mismo objeto se apliquen todos los ramos remitibles a España de cualquier clase y naturaleza, sin excepción, como es, entre otros lo existente en el Consulado del uno y medio de subvención, no menos que los fondos y caudales que pueda contribuir la Real Casa de Moneda y los que existen en cajas reales, quedando en ellas lo necesario para el pago en un año de las listas civiles y militares.

13. Que los caudales que se hayan colectado por los derechos del almirantazgo (ya extinguido) se inviertan en los mismos objetos.

14. Será declaración que los caudales remitibles a España se emplearán en las presentes urgencias con cargo de reintegro.

15. Que paren las obras que se hagan de cuenta del real erario, no teniendo por objeto la defensa del reino contra los enemigos del Estado.

16. Que en el supuesto de que los caudales necesarios para la compra de los fusiles, pistolas y sables, no se necesiten de pronto ni deban entregarse a los que se obliguen a traerlos hasta que se pongan en este reino, el Cabildo propondrá al muy ilustre señor Presidente los arbitrios que estime más convenientes y menos gravosos al común, para que con su producto, unido al de las rentas reales, se verifique este pago y se ocurra a las demás nece-

sidades del servicio militar, sin perjuicio de lo que debe existir para los gastos ordinarios.

17. En medio de las mayores angustias, desea eficazmente el Cabildo tener proporciones para auxiliar a sus hermanas las provincias de la España europea que se hayan libertado o liberten del yugo francés y defiendan la gloriosa causa de los derechos de Su Majestad; y está persuadido de que la defensa de estos países es una cooperación para el bien del Estado en general y de la patria madre.

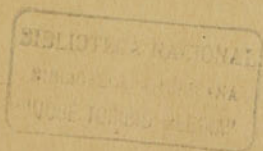
Así lo acordaron y firmaron, de que certifico.

*Pedro Díaz de Valdés.—Santos Izquierdo.—Juan Manuel de la Cruz.—Joaquín López de Sotomayor.—Manuel de Salas.—Marcelino Cañas Aldunate.—Ignacio de Carrera.—Francisco de Cisternas.—Juan Martínez de Rosas.—Juan Enrique Rosales.—Doctor Francisco Aguilar de los Olivos.—Antonio Martínez de Mata.—José Antonio de Rojas.—Joaquín Fernández de Leiva.—Justo Salinas.—Francisco Díez de Arteaga.—José María Vivar.—José Joaquín Rodríguez Zorrilla.—Pedro José González Alamos.—Nicolás Matorras.—Tomás Ignacio de Urmeneta.—Doctor Bernardo de Vera.—Antonio del Sol.—Pedro José Prado Jaraquemada.—Ante mí, Andrés Manuel de Villarreal, Escribano Público, Real y de Cabildo y su Secretario.*

M. I. S. P.—Tenemos el honor de dirigir a V. S.,

en testimonio, el acta de arbitrios para el armamento propuesto en la de diecinueve de este mes. Creemos que el producto de ellos alcanzará para los gastos precisos. V. S. se servirá comunicar al Cabildo si hay algún déficit, para proponer medios de llenarlo. Nos asiste la confianza de que los fidelísimos habitantes de Chile sobrellevarán gustosos una carga que es muy leve en comparación de los males que les amenaza el triunfo del enemigo, si nos halla desarmados. Es de esperar que nuestros esfuerzos por la mas justa de las causas, mereciendo la divina protección, serán coronados con felices sucesos.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Sala Capitular de Santiago, Septiembre 22 de 1808.—M. I. S. P.  
—*Pedro Díaz de Valdés.*—*Santos Izquierdo.*—*José Antonio de Rojas.*—*Manuel de Salas.*—*Juan Manuel de la Cruz.*—*Joaquín López de Sotomayor.*—*Ignacio de Carrera.*—*Francisco de Cisternas.*—*Juan Enrique Rosales.*—*Juan Martínez de Rozas.*—*Antonio Martínez de Mata.*—*Justo Salinas.*—*Marcelino Cañas.*—*Joaquín Fernández de Leiva.*—*Francisco Díez de Arteaga.*—*Dr. José Joaquín Rodríguez Zorrilla.*—*Antonio del Sol.*—*Dr. José María de Vivar.*—*Nicolás Matorras.*—*Pedro José González Alamos.*—*Tomás Ignacio de Urmeneta.*—*Dr. Bernardo de Vera.*—*Dr. Francisco Aguilar de los Olivos.*—*Pedro José Prado Faraquemada.*—



M. I. S. Capitán General don Francisco García Carrasco.

En la muy noble y leal ciudad de Santiago de Chile, a veintidós de Septiembre de mil ochocientos ocho, convencidos los señores que componen el Ilustre Cabildo de que en una guerra tan complicada como la presente son estériles los buenos y la lealtad teórica de los pueblos si no se acompañan sacrificios que pongan al Gobierno en estado de hacer una defensa bien sostenida; considerando que, cualesquiera que sean las contribuciones que para ello se impongan, formarán una porción levísima, comparada con la general subversión que amenaza el yugo de un enemigo ambicioso y desolador; teniendo a la vista el acta de diecinueve de este mes, en que se acordó pedir al M. I. S. P. que proporcionase un armamento correspondiente a las actuales circunstancias, lo que seguramente no podrá ejecutarse si no se auxilia al real erario con nuevos impuestos; y después de haber meditado en varias sesiones sobre los que puedan ser menos gravosos al común, con la madurez que exige tan grave negocio, llevando por objeto el mejor Real servicio, a que está unido el sólido interés público, resolvieron que se haga a S. S. la siguiente propuesta de subsidios:

1.º Un medio diezmo en las dos provincias, que



se cobrará de los mismos frutos y en igual forma que el eclesiástico.

2.º Un medio por ciento adicional sobre todos los efectos de comercio.

3.º Dos reales sobre cada mazo de tabaco.

4.º Dos pesos sobre cada libra de polvillo.

5.º Dos reales sobre las barajas finas.

6.º Un real y tres cuartillos sobre las ordinarias.

7.º Un peso sobre el zurrón de yerba a su entrada y salida del reino.

8.º Un peso sobre el fardo de azúcar, idem.

9.º Un real sobre cada fanega de trigo á su extracción por los puertos del reino.

10. Los demás efectos agraciados pagarán, sin excepción, los mismos derechos que los que no tienen privilegio, incluso los negocios.

11. Los buques extranjeros de Real permiso pagarán un ocho por ciento por la importación y exportación sobre los derechos ordinarios. Pagarán, además, el uno por ciento del oro y el dos por ciento de la plata que extraigan en numerario, alhajas o pasta.

12. Un octavo de real por el castellano de oro, y medio real por el marco de plata y el quintal de cobre.

13. El gremio de panaderos pagará mil pesos.

14. El de bodegueros de Valparaíso, mil pesos.

15. Las tiendas, almacenes, baratillos, pulperías, bodegones, boticas y fondas contribuirán la cantidad que designe la superioridad.

16. La ciudad cede para las presentes urgencias de la guerra todos los sobrantes de los ramos de balanza y de propios. El Cabildo propondrá por acuerdo separado los medios de economía que sean adaptables, suprimiendo precisamente los gastos destinados a objetos que no fueren de absoluta necesidad.

17. Los empleados que gozan de sueldo en Real Hacienda y fondos públicos contribuirán en la proporción siguiente: El que tenga de trescientos a quinientos pesos, el uno por ciento; el de quinientos a mil, el tres por ciento; el de mil a mil quinientos, el cuatro; el de mil y quinientos a dos mil, el cinco; el de dos mil a dos mil y quinientos, el seis; el de dos mil y quinientos a tres mil, el siete; el de tres mil a tres mil y quinientos, el ocho; el de tres mil y quinientos a cuatro mil, el nueve; el de cuatro mil a cuatro mil y quinientos, el diez; el de cuatro mil y quinientos a cinco mil, el once; el de cinco mil a cinco mil y quinientos, el doce; el de cinco mil y quinientos a seis mil, y progresivamente, el trece.

18. Un noveno de la cuarta capitular en los dos obispados.

La cobranza de estas contribuciones deberá ha-

cerse por las respectivas oficinas y empleados a quienes toque, sin aumento de sueldo ni gratificación alguna.

Los nuevos impuestos deben durar por un año, o exigirse por una vez. Si pasado el año subsiste la necesidad, el Cabildo propondrá otros, o los mismos, según se tenga por más conveniente.

Los caudales que se colecten de dichas contribuciones se custodiarán con el nombre de fondo patriótico en una arca de tres llaves de la Tesorería General, de las cuales tendrá una la persona que depute el Cabildo.

El fondo patriótico se invertirá en la artillería y armamento que en acuerdo separado ha propuesto el Cabildo al M. I. S. P., para la defensa del Reino; y por ninguna razón se le podrá dar otro destino, a menos que sea de acuerdo y por consentimiento del Cabildo.

Si antes del año se verifica la paz, o desaparecen los motivos de recelar invasiones enemigas, se suspenderán las contribuciones y la aplicación a la guerra de los fondos de ciudad.

Los caudales existentes en el fondo patriótico, acabada la guerra, se invertirán necesariamente en los objetos de utilidad pública que acuerde el Gobierno con intervención del Cuerpo municipal.

Considerando el Cabildo, por un cálculo prudencial, que el producto de dichas contribuciones as-

cenderá a más de trescientos cincuenta mil pesos, cree que podrá completar los gastos del armamento; y si hay algún déficit, promete llenarlo con otros arbitrios.

Así lo acordaron y firmaron, de que certifico, declarando antes que el medio diezmo que se propone sobre las haciendas se exigirá siempre al colono en las que estén en arrendamiento, con esta distinción. Si procede dicho medio diezmo de frutos naturales de ellas y de la masa entregada por el propietario, satisfará éste al colono su importancia. Si procede de frutos industriales, o de bienes productivos que hayan agregado los arrendadores, será deuda suya, sin indemnización.

*Pedro Díaz de Valdés.*—*Santos Izquierdo.*—*Juan Manuel de la Cruz.*—*Joaquín López de Sotomayor.*—*Manuel de Salas.*—*Ignacio de Carrera.*—*Francisco de Cisternas.*—*Juan Martínez de Rozas.*—*Juan Enrique Rosales.*—*José Antonio de Rojas.*—*Antonio Martínez de Mata.*—*Pedro José Prado Jaraquemada.*—*Justo Salinas.*—*Tomás Ignacio de Urmeneta.*—*Antonio del Sol.*—*Joaquín Fernández de Leiva.*—*Bernardo de Vera.*—*Marcelino Cañas Aldunate.*—*Francisco Díez de Arteaga.*—*José Joaquín Rodríguez Zorrilla.*—*Dr. Pedro José González Alamos.*—*Nicolás Matorras.*—*Dr. Francisco Aguilar de los Olivos.*—*José María de Vivar.*—



Ante mí, *Andrés Manuel de Villarreal*, Escribano Público, Real y del Ilustre Cabildo.

En la muy noble y leal ciudad de Santiago de Chile, a 23 de Septiembre de 1808, los señores que componen el Ilustre Cabildo, a vista del estado de gravámenes y gastos de los ramos de balanza y propios, de cuyo líquido producto han hecho cesión para el armamento del reino, conformándose con el dictamen de los tres señores Regidores comisionados para proponer arbitrios de economías, resolvieron se represente al Muy Ilustre Señor Presidente que en el primero se pueden suprimir las aplicaciones siguientes:

Tres mil pesos para la mantención de presidarios. El presidio es inútil. Los que se condenasen a él pueden destinarse a la cárcel por un tiempo proporcionado a sus excesos, o al canal de Maipo.

Que se paren los empedrados de las calles, en que se invierten anualmente dos mil seiscientos pesos.

El sueldo de doscientos pesos para el cirujano es inútil. Los físicos están obligados a curar gratuitamente a los pobres; y se turnarán en la asistencia de la cárcel.

Se suprimirá también igual dotación del directorio facultativo.

Supuesto que cesan las obras públicas, deberá

economizarse el sueldo de seiscientos pesos asignado al señor Superintendente de ellas; y cuando puedan continuarse, estarán a la dirección de un señor regidor que servirá de balde, en cumplimiento de la ley 3.<sup>a</sup>, título 17, libro 4.<sup>o</sup> de las municipales.

Mientras duren las presentes urgencias, podrán suprimirse seis alguaciles, para que se contribuya de este ramo con ciento ochenta pesos. Distribuyéndose metódicamente las funciones de los que quedan y había antes, e impidiéndose cualquiera traba o embarazo, se cumpliría el servicio de la justicia.

De la asignación de la Real Universidad se rebajarán cien pesos, a que asciende el dos por ciento que han cedido de sus sueldos los catedráticos y demás empleados.

Se suprimirá el establecimiento de recogidas. Se ahorrarán de su asignación mil ochocientos pesos, y se darán al Hospicio doscientos pesos para la mantención de las mujeres vagas y viciosas que allí se destinan, y el Cabildo estará a la mira de la economía que este subsidio pueda ofrecer; y la casa servirá para cuartel.

En el ramo de propios, cesando los enlozados se ahorrarían tres mil pesos, y con la supresión de alguaciles, novecientos.

Así lo acordaron y firmaron, de que certifico.—

*Santos Izquierdo.—Francisco de Cisternas.—Joaquín López de Sotomayor.—Manuel de Salas.—Juan Enrique Rosales.—José Antonio de Rojas.—Manuel Pérez Cotapos.—Francisco Díez de Arteaga.—Dr. Bernardo de Vera.—Pedro José Prado Jaraquemada.—Dr. José Joaquín Rodríguez Zorrilla.—Justo Salinas.—Dr. Francisco Aguilar de los Olivos.—José María de Vivar.—Ante mí, Andrés Manuel de Villarreal* Escribano de Su Majestad, público y de Cabildo, y su secretario.

En la muy noble y leal ciudad de Santiago de Chile, a 8 de Octubre de 1808, estando en acuerdo extraordinario los señores que componen el Ilustre Cabildo, dijeron: que, sin embargo de ser constante que los recursos de que es capaz el país no alcanzan a llenar el vacío de armas y pertrechos que se necesitan para ponerlo en un estado respetable de defensa, y de estar convencidos de que el procurar la seguridad de estos dominios contribuye a sostener la indivisibilidad del Estado, se debían hacer los mayores esfuerzos para auxiliar de un modo directo a la metrópoli, empeñada en la gloriosa causa de los derechos de nuestro amado Soberano, el señor Don Fernando VII, contra un enemigo aleve y furioso, y darle las mayores pruebas de nuestra inseparable adhesión en medio de las mayores angustias; y al efecto se convida por una proclama



circular a todos los habitantes del reino a fin de que contribuyan a un donativo voluntario con la cantidad que les permita su situación, destinado a tan interesante objeto; que se formen pliegos de suscripción comprensivos de los nombres de todos los individuos que puedan contribuir, y que en seguida se asiente lo que cada uno ofrezca, con su firma, comisionando para la colectación de este vecindario a los señores Alcalde ordinario don Santos Izquierdo, y Regidores don Joaquín Sotomayor, don Pedro González, don José María Vivar, don Manuel Pérez Cotapos, don Bernardo de Vera y Alférez real don Diego de Larraín, quienes acordarán sus respectivas atribuciones y carreras; que se encargue a los demás Cabildos del reino, con copia de las dos proclamas que se han expedido y que se agregarán a este libro.

Así lo acordaron y firmaron, de que certifico.—*Pedro Díaz de Valdés.*—*Santos Izquierdo.*—*Joaquín López de Sotomayor.*—*Juan Enrique Rosales.*—*Manuel de Salas.*—*José Antonio de Rojas.*—*Manuel Pérez Cotapos.*—*Marcelino Cañas Aldunate.*—*Dr. Bernardo de Vera.*—*Pedro José Prado Jaraquemada.*—*Justo Salinas.*—*Francisco Díez de Arteaga.*—*Dr. José Joaquín Rodríguez Zorrilla.*—*Dr. Francisco Aguilar de los Olivos.*—*José María de Vivar.*—*Francisco de Cisternas.*—*Antonio del Sol.*—Ante mí, *Andrés Manuel de Villa-*



*rreal*, Escribano de Su Majestad, público y de Cabildo, y su secretario.

VI.—REGLAMENTO PARA LA RECAUDACIÓN DEL DONATIVO CON QUE CHILE DEBÍA AUXILIAR A LA METRÓPOLI.

Santiago y Octubre veintinueve de mil ochocientos ocho.—A consecuencia de la junta general tenida ayer en mi palacio de autoridades y representantes de todas las clases y cuerpos de primer orden de esta capital, concurriendo el capitán don José Santiago Luco, comisionado de la Suprema Junta de Gobierno de España, en Sevilla, para la colectación de subsidios con que auxiliar las urgencias actuales de nuestra Península, siendo uno de los puntos propalados conforme a su real despacho el de solicitar un donativo voluntario de las personas pudientes, a fin de realizarlo se observarán las prevenciones siguientes.

Para mayor facilidad y prontitud se hará la recaudación dividida por clases.—Primera, de los señores Presidente, Oidores, incluso los forasteros y subalternos dotados del tribunal; por el señor Regente. Segunda, del venerable Deán y Cabildo eclesiástico y resto del clero de toda la diócesis, por los comisionados que disputará el mismo. Tercera, del Ilustre Cabildo y vecindario de todas clases que

no estuvieren adscriptos a otras particulares expresadas aquí, por diputados del mismo ayuntamiento. Cuarta, de los señores títulos de Castilla. Quinta, de los empleados en todas las ventas y oficinas de real hacienda de esta capital, por medio de sus respectivos jefes. Sexta, del Consulado y cuerpo de comerciantes matriculados de almacén o tienda pública de esta capital, a cargo del tribunal del mismo. Séptima, del gremio de minería, de labor corriente, del partido de esta capital, por medio de su tribunal.

Se extenderá a la provincia de la Concepción y partidos de la de Santiago por órdenes a sus respectivos gobernadores y subdelegados.

Los donativos se harán por subscripciones no de cuerpos, ni de fondos comunes, sino de lo que cada sujeto quiera ofrecer de sus rentas y bienes libres, para que no se retraigan los más por los menos pudientes de manifestar su generosidad y patriotismo, como sucede cuando se mezclan unos con otros en común.

Los diputados de cada clase darán aviso de su nombramiento al comisionado real, capitán don José Santiago Luco, por si quisiese asociarse a ellos para esforzar por su parte las diligencias del donativo, como uno de los objetos principales de su encargo.

Para que la requisición sea extensiva al estado

llano del pueblo podrá el Cabildo, bajo la dirección de sus diputados subrogar otros para cada gremio de menestrales.

Antes de comenzar la recaudación los diputados de Cabildo, Consulado y Minería, confrontarán sus matrículas de subscripciones para que no se comprendan en todas unos mismos individuos por ser de ambas profesiones, de lo cual resultan embarazos y excusas: ocurrirán a este superior gobierno por los auxilios que se les ofrezcan y darán parte de su resultado de sus respectivas comisiones, con listas individuales de las contribuciones para que a su tiempo se dé con ellas satisfacción al público.

Harán las entregas en cantidades proporcionadas, según las fueren acopiando, en la tesorería general para su depósito llevándose en ésta la cuenta por ramo y caja separada. Se espera la mejor conformidad, empeño y prontitud de todos en tan importante servicio de la religión, de la monarquía y de nuestro Soberano el Señor Don Fernando VII.—*Carrasco.*—*Meneses.*—Concuerda con su original de que certifico.—Santiago, tres de Noviembre de mil ochocientos ocho.

VII.—DILIGENCIAS EFECTUADAS PARA LA RECEPCIÓN  
DE UN CORREO DE GABINETE DE LA INFANTA DOÑA  
CARLOTA JOAQUINA DE BORBÓN.

A bordo de la fragata inglesa *Higginson Senior*, enfrente de Valparaíso, dieciseis de Noviembre de mil ochocientos ocho.

Excelentísimo señor: Salimos de Río de Janeiro en veinticuatro de Septiembre y el pliego de papeles impresos que entregará a Vuecelencia mi oficial, le hará entender con cuales sentimientos me acerco a su puerto. Llevo una patente de Su Alteza la Infanta doña Carlota, constituyendo mi fragata su correo marítimo a los reinos de Chile y Perú, y llevo a mi bordo un correo de gabinete con pliegos de parte de la princesa y de parte del contralmirante Sir Sidney Smith, general en jefe de las fuerzas navales de Su Majestad Británica en la América Meridional, para los jefes que presiden al Gobierno de Chile. Estimaré, pues, que Vuecelencia me responda en una carta de oficio, diciéndome si podré contar con el acogido que dispensan unas a otras las naciones amigas y aliadas y con la solemne protección de Vuecelencia, como jefe militar, para la entrada y salida libre de mi fragata y para la protección y libertad de mi persona y tripulación.—Dios guarde a Vuecelencia muchos años.



—Excelentísimo señor.— Su atento servidor.—  
*S. Halesns.*—Al señor Gobernador de Valparaíso.

Copia de la contestación de la carta escrita al comandante de la fragata inglesa.

Muy señor mío.—Enterado de la que con fecha de hoy me dirige usted y de todo su contenido, puede usted entrar en el puerto y anclar libremente en él, seguro de la protección que a las naciones amigas y aliadas se dispensa, ínterin en estos mismos momentos doy parte al señor Capitán General del reino para que providencie lo que tenga por conveniente en este particular y en los demás que usted me insinúa, luego que se dirija a su señoría el correo de gabinete que tiene usted a su bordo, que será los momentos siguientes a la llegada de usted al puerto.—Dios guarde a usted muchos años.—  
Valparaíso, Noviembre dieciseis de mil ochocientos ocho.—*Joaquín de Alós.*—*S. Halesns.*

Señor Capitán General: Acaba de entrar una chalupa inglesa con las banderas de su nación y parlamentaria y me ha entregado con un oficial de la fragata inglesa *Higginson* el pliego cerrado que menciona la adjunta carta original que me ha dirigido a mí y copia de la contestación que le he dado. Por ella verá Usía le amplió el puerto y luego que me entregue el correo de gabinete que

cita, lo dirigiré sin perder un momento para que US., en vista de los pliegos, disponga lo que halle conveniente. Dios guarde a Usía muchos años.—Valparaíso y Noviembre dieciséis de mil ochocientos ocho.—*Joaquín de Alós*.—Señor Capitán General.

Me he impuesto de los papeles que me incluye Usía, con carta del dieciseis del corriente, relativa a la del comandante de la fragata inglesa *Higginson*; y está bien se le haya ampliado el puerto y el recibo del correo de gabinete de la señora infanta doña Carlota, princesa del Brasil, que indica traer a su bordo como Usía le contestó: en consecuencia, le manifestará que está pronto a trasladármelo si se lo entrega con las patentes que autorizan su comisión, y si eligiere despacharlo con oficial, le dará Usía pasaporte con acompañado del país para su seguridad y auxilio en el camino. Le insinuará Usía también que desde luego, para este preciso objeto, se le dispensará la protección convenida entre las naciones amigas a consecuencia de la cesación de hostilidades ajustadas entre España e Inglaterra, con cargo de que por su parte lo intime igualmente a los buques británicos que encuentre en estos mares, a menos que contengan especulaciones mercantiles, en lo que no es lícito dispensar por las leyes de nuestro Gobierno, reconocidas por todas

las potencias en ajustes solemnes y en los derechos generales de sus colonias respectivas, y se procurará su más pronto despacho para que pueda continuar con la aceleración que requiere la naturaleza de su expedición que anuncia extender al Perú.—Dios guarde a Usía muchos años.—Santiago y Noviembre diecisiete de mil ochocientos ocho.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Señor Gobernador de Valparaíso.—Es copia.—*Judas Tadeo de Reyes*.

Instrucción para monsieur Federico Dossling.—Todos los pliegos de que se halla encargado por mi orden los entregará a sus respectivos títulos si se hallasen en sus puestos que se les considera, y si no se hallasen en sus empleos por muerte u otra causa, los entregará a los jefes que ocupen su lugar por orden de mi real familia, o de las juntas que observen su autoridad en nombre del rey católico de las Españas e Indias.—Dios lo guarde muchos años.—*Carlota Joaquina*.

Doña Carlota Joaquina de Borbón, Infanta de España, Princesa de Portugal y Brasil, hago saber a todas las dignidades de la América Meridional que por mi real intención tuve por bien constituir por nuestro correo marítimo a los reinos de Chile y Perú, la fragata inglesa nombrada *Higginson Senior*, de trescientas sesenta y tres toneladas, arma-

da de veinte cañones y cincuenta hombres de tripulación, que tiene por capitán Sinclayr Halerow (?) y le he concedido y por este le concedo mi real permiso para llevar desde este puerto del Río de Janeiro con destino a los puertos de la Concepción, Valparaíso, Arica, Callao de Lima y Guayaquil, y con cargamento de cualesquiera clase de géneros, frutos y efectos sin excepción alguna, como también para hacer el retorno de sus productos en oro, plata, frutos y más producciones de ese país; exigiéndose de unos y otros los derechos correspondientes y acostumbrados en los sobredichos puertos; y por lo tanto os encargo que faciliteis los auxilios para que esta expedición se realice sin la menor detención por convenir así al real servicio.—Dios guarde muchos años.—En el palacio del Río de Janeiro, a primero de Septiembre de mil ochocientos ocho.—*La Princesa Doña Carlota Joaquina de Borbón.*—*Don Fernando José de Portugal.*—A los Virreyes, Gobernadores, Intendentes y dignidades de los reinos de Chile y Perú.—Son copias sacadas a la letra, a las que me remito.—Valparaíso, diecisiete de Noviembre de mil ochocientos ocho.—Al señor Capitán General.

Habiéndome manifestado el capitán de la fragata nombrada *Higginson Senior* la patente que trae de Su Alteza real Doña Carlota Joaquina de Borbón,



constituída dicha fragata por su correo marítimo a los reinos de Chile y Perú, y progresivamente, puesto en mis manos don Federico Dossling, correo de gabinete de Su Alteza, la credencial instrucción dada toda de su puño, autorizada al margen con su cifra real; como se impondrá Usía por las copias que acompaño, pasa a esa capital hoy día de la fecha, acompañándolo el teniente don Domingo Reyes para hacer formal entrega de los pliegos que trae de parte de la Princesa, como los del contralmirante Sir Sidney Smith.—Dios guarde a Usía muchos años.—Valparaíso, diecisiete de Noviembre de mil ochocientos ocho.—*Joaquín de Alós*.—Señor Capitán General del reino.

Aún cuando pensé despachar a vuestra merced luego que me entregó sus credenciales como correo de gabinete instituido por la serenísima Princesa del Brasil, ha sido inevitable su demora hasta la llegada del correo de Buenos Aires, que se ha estado aguardando de día en día, para poderle contestar con más acierto si recibimos algunas nuevas noticias de España conducentes a los negocios de su comisión; y libre hoy de este embarazo puedo decir a vuestra merced que nada hay que impida su pronto regreso a Valparaíso para retornar la mar en el buque de su transporte.

Daré la dirección correspondiente a los pliegos que me ha consignado para el señor Presidente y otros tribunales de la ciudad de Cuzco; y por la vía de Buenos Aires, como más pronta, haré a su Alteza la contestación más respetuosa que requieren los que para las autoridades de este reino me trajo vuestra merced igualmente, con lo cual pienso haber evacuado vuestra merced aquí su destino, siéndome satisfactorio el modo con que se ha comportado en su desempeño y en su conducta pública durante su mansión en esta capital.—Dios guarde a vuestra merced muchos años.—Santiago y Diciembre cinco de mil ochocientos ocho.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Señor don Federico Dossling.—Es copia de su original.—*Judas Tadeo de Reyes*.

Regresa el teniente don Domingo Reyes acompañando a don Federico Dossling y a don Diego Caendàll, despachados ya de su comisión por lo tocante a este reino para que sin más demora se embarquen en la fragata *Higginson Senior* que los condujo a este puerto y según como les convenga sus destinos.—Dios guarde a usted muchos años.—Santiago, cinco de Diciembre de mil ochocientos ocho.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Señor Gobernador interino de Valparaíso.—Es copia de su original.—*Judas Tadeo de Reyes*.

Excelentísimo señor.—Ha arribado al puerto de Valparaíso la fragata inglesa *Higginson*, con cargamento de comercio y despacho de la serenísima señora doña Joaquina Carlota, princesa del Brasil, a cuyo sobrecargo, don Federico Dossling, instituye por su correo de gabinete, para conducir varios pliegos para el Gobierno y otras autoridades de este reino. Entre ellos me ha encargado los adjuntos rotulados a los señores Arzobispo de Charcas y Gobernador de Potosí y, correspondiendo al distrito de mando de vuestra Excelencia, se los dirijo para que haga de ellos el uso que tuviese por conveniente.—Dios guarde a vuestra Excelencia muchos años.—Santiago de Chile, Noviembre veintitrés de mil ochocientos ocho.—Excelentísimo señor.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Excelentísimo señor Virrey de las provincias del Río de la Plata.—Es copia.—*Judas Tadeo de Reyes*.

Señor Capitán General.—Cuando ha llegado a mis manos el oficio de Usía, de diecisiete de este mes, ya se había puesto en camino el correo de gabinete de la señora infanta de España, doña Carlota, princesa del Brasil, con su acompañado en la comisión, los papeles de ella, al cargo del teniente de caballería don Domingo Reyes que debe presentarlo a Usía para acreditar su comisión. Por una práctica inconcusa no se puede detener a nin-

gún correo de gabinete, despachado por persona real y autorizado con su sello, sin incurrir en graves penas de Estado; y entretanto que evacúa esta diligencia he tomado todas mis providencias para que el buque se mantenga con el decoro que corresponde, pero sin permitir ni dispensar que quebranten las leyes de nuestro gobierno, reconocidas por todas las potencias, para cuyo fin he puesto una guardia a su bordo, a cargo de un oficial que duerme en la fragata, para evitar todo desorden y fraude.—Dios guarde a Usía muchos años.—Valparaíso, diecinueve de Noviembre de mil ochocientos ocho.—*Joaquín de Alós*.—Señor Capitán General del reino.

Santiago veintiuno de Noviembre de mil ochocientos ocho.—Únase al espediente de la materia.—(*Hay una rúbrica*).—*Meneses*.

He recibido, con el oficio de Usía de veintitrés del pasado Noviembre, los pliegos que lo acompañan, rotulados a los señores Arzobispos de Charcas y Gobernador de Potosí, los cuales tendrán el curso correspondiente, lo que aviso a Usía en contestación a su citado oficio.—Dios guarde a Usía muchos años.—Buenos Aires, diez de Diciembre de mil ochocientos ocho.—*Santiago Liniers*.—Señor Presidente Gobernador y Capitán General del reino de Chile.—Concuerda con el expediente



original de que certifico.—Santiago y Febrero veinte de mil ochocientos nueve años.—*Agustín Díaz*, escribano público real, interino de gobierno.

VIII.—INFORME DE GARCÍA CARRASCO SOBRE LA CONVENIENCIA DE TRANSALAR A OTROS EMPLEOS A DIVERSOS FUNCIONARIOS.

El Presidente de Chile informa con justificación para que se coloque en otros destinos a los militares y empleados que expresa; y que recaiga la asesoría en el doctor don Juan José del Campo.

Señor:—El testimonio de diligencias que recientemente acompaño, instruirá puntualmente a V. M. del estado deplorable en que se halla este Reino, por el espíritu del Partido, ligas y conexiones de los Ministros de la Audiencia entre sí, y con el Asesor General don Pedro Díaz Valdés; la de éste con el Administrador de la Aduana don Manuel Manso, su amigo y compadre, con el Contador Mayor don Juan de Oyarzábal, de quien es tertulio; como lo es también el Ministro Tesorero de Real Hacienda don Manuel Fernández, con el Agente don Teodoro Sánchez, que despacha la Fiscalía en lo Civil por enfermedad del propietario, y con doña María Luisa Esterripa, viuda de mi antecesor don Luis Muñoz de Guzmán, que prevalida de aquel aire de

predominio que adquirió en tiempo de su finado marido, tiene no pequeña mano en los negocios por los rasgos lisonjeros que aún permanecen en los Ministros, en el oidor don Manuel Irigoyen, su favorecido, en don Jose Samaniego, Contador de Real Hacienda, su comensal, y otros.

Si por esta razón gime la justicia oprimida, el Gobierno no puede revestirse de todo aquel tono y energía que lo debe hacer respetable, porque los recursos son sin límites, y el encadenamiento de los ágavillados y parciales, no se resigna al yugo suave de la subordinación. No ha terminado aquí, el orgullo y altanería: ha subido tan de pronto, que preparada la insurrección por unos genios díscolos, y sembrada la cizaña de la independencia, fué preciso aprestarse para resistir los efectos funestos que podían temerse si se propagaba el sedicioso proyecto.

Calmó la tempestad y el rumor que la anunciaba, y se estimó necesario en las críticas circunstancias de las primeras noticias de Europa con que de la misma oficina de los insurgentes se tiraba a iluminar al público, y atraerlo a sus abominables ideas; apelar al disimulo. Hoy aún no estamos en el caso de inquirir y procesar a esos atrevidos, cuyo caudillo se asegura en las diligencias lo es un Regidor don Nicolás Matorras, porque la trama y coligación de los Ministros, del Asesor, sus ramificaciones con

familias dilatadas y de valimiento, y el secreto influjo de otros empleados, amenaza en alboroto popular difícil de contener por falta de tropa.

La raíz y origen de todo este complot, viene de un principio, que aunque débil por su naturaleza, lo hizo muy vigoroso la astucia y sagacidad de un don Antonio Garfias, dueño y árbitro de las facultades de mi antecesor. Él se hizo déspota y tan absoluto, que en los asuntos de justicia, en los gubernativos, en la distribución de empleos, cátedras, capítulos de religiones y en otros enjuagues y maniobras en que ligaba a los Oidores, todos eran de su devoción.

El Asesor General por su ineptitud e ignorancia, le dejó todo el despacho. El Administrador de Aduana se hizo su secuaz, de resulta de haberse mezclado con él en el expendio de los efectos de la fragata extranjera *Warren*, en que tuvieron mucha parte el Regente don Juan Rodríguez Ballesteros, y el Oidor don José Santiago Aldunate. El agente de lo civil le debe a este bando la administración de la Minería, y en su mano es fácil graduar hasta dónde ha llegado el cúmulo de las inteligencias y mañosas combinaciones. Los oidores por intereses propios, y de sus parientes y afines, como casados dos de ellos, don José Santiago Concha y don José Santiago Aldunate con hijas del país, del mismo modo que el Asesor lo está con doña Francisca



Javiera Carrera. El Administrador por su compadrazgo con dicho Asesor. El Contador Mayor por su íntima amistad y con éste y el Oidor Irigóyen por la familiaridad con doña Luisa Esterripa y con el Asesor, todos componen una alianza tal que con la chusma que los rodea, es de temer que jamás pueda contarse con un manejo pacífico y arreglado; principalmente en el calamitoso tiempo de las negociaciones del contrabando a que es adicto el dicho Oidor Aldunate y los de su larga parentela. El Asesor dispuesto a todo lo que depende de la idea y capricho ajeno, porque hasta ahora no pone otras providencias que las que le dictan, ni ha adelantado en el orden de substanciación según uniformemente lo asientan los testigos y certifica el Escribano de este Gobierno, es a propósito para que lo hagan entrar por cualquiera partido y para ocultar las intrigas del anterior.

El pueblo llora los errores de un Asesor inepto, los perjuicios son imponderables, el atraso del despacho es asombroso, y en muchas causas es recusado, implicado y en otras toma por buen arbitrio el excusarse.

Por consultar en lo posible al consuelo del vecindario, agobiado con el peso de esta desgracia, he nombrado como ya he dado cuenta a S. M. un Asesor segundo que lo es el doctor Juan José del Campo, abogado en quien concurren todas las cua-



lidades de un profesor benemérito por los muchos empleos que ha ejercido, y ejerce, de literatura, juicioso y desinteresado. Pero este no es un remedio destructivo del daño; es necesario cortar la raíz para que formalmente se extinga: no hay otro que relevar al Asesor que tiene cumplido con exceso su término; y acaso me veré en el aprieto de suspenderlo si se propaga más el torrente de los lamentos y clamores de los perjudicados. Mi conciencia se tranquilizaría si recayera la propiedad en un individuo que ha llenado de mis deseos, y se haría feliz y pacífico mi Gobierno si V. M. se digna de colocar en otros destinos a los que influyen en los movimientos y alborotos.

Dios guarde la importante vida de V. M. muchos años.—Santiago de Chile, y Junio de 1809.—Señor.—*Francisco Antonio García Carrasco.*

IX.—REAL CÉDULA QUE DECLARA EL COMISO DE LA  
FRAGATA INGLESA «SCORPION»

Remito á V. SS. la Real cédula de 23 de Marzo último, en que se declara no fué presa y sí comiso, la fragata inglesa titulada *Scorpion* y su carga apresada en el puerto de Quilimabí; y comisionado a esa Real Audiencia para que forme la causa del comiso y las de todas sus incidencias, en los términos que se expresan; de cuyo recibo se servirán

V. SS. darme aviso en primera ocasión.—Dios guarde a V. SS. muchos años.—Cádiz, 4 de Abril de 1811.—En virtud de real habilitación, *Pedro Telmo Iglesias*.—Señores Presidente, Regente y Oidores de la Real Audiencia de Chile.

El Rey don Fernando VII y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia de España e Indias, autorizado interinamente por las Cortes Generales y Extraordinarias: Presidente, Regente y Oidores de mi Real Audiencia de la ciudad de Santiago de Chile, el Gobernador Capitán General interino que fué de ese Reino, don Francisco Antonio García Carrasco, remitió, con carta de veinte de Diciembre de mil ochocientos ocho, testimonio de los autos de la aprehensión hecha en el puerto de Quilimabí (1) de la fragata inglesa *Scorpion*, corsaria y contrabandista, su capitán Tristán Wanker (2). Don Juan Mather, apoderado de varios súbditos de mi caro aliado el Rey de la Gran Bretaña, en memorial dirigido por conducto del Ministro de la misma nación, reclamó la indemnización de los perjuicios y hostilidades cometidas con dicha fragata *Scorpion* y otra fragata *Vulture*, su capitán Josef Cristie, que llevaba a bordo un oficial de la marina inglesa,

---

(1) Quilimarí.

(2) Bunker.

comisionado para libertar prisioneros de guerra y que dijo que fué apresada cerca de Valparaíso en veintisiete de Septiembre de mil ochocientos ocho. El Administrador General de rentas de ese Reino, don Manuel Manso, en representación documentada de catorce de Septiembre de mil ochocientos nueve, manifestó los desaciertos cometidos por el Presidente García Carrasco en el expediente formado sobre el apresamiento de la *Scorpion*, declarando por de buena dicho buque y mandando entregar íntegro el importe de ella y su cargamento a los apresadores. Los Asesores primero y segundo de esa Presidencia, don Pedro Díaz Valdés y don Antonio Garfias, hicieron presente en representaciones documentadas de doce de Enero y ocho de Febrero del propio año de mil ochocientos nueve, los vicios y nulidades que abrazaba el citado expediente, y posteriormente el mismo Manso y don José Fuenzalida en denunciante en sus representaciones de cuatro de Febrero y veinte de Marzo de mil ochocientos nueve, presentadas por medio de apoderado con memorial de veintinueve de Febrero de mil ochocientos diez, detallaron todos los sucesos del negocio, solicitando se rehiciese el expediente y se les oyese en él. Y en otro memorial de cuatro de Marzo siguiente, pidieron que antes que se determinase se mandara al Presidente García Carrasco, que acababa de cesar en el mando, afianzara

las resultas por haber procedido sin acuerdo de ninguno de los asesores, y mandando la entrega del valor de la presa con perjuicio de los derechos del Fisco, por ser un verdadero comiso. De todas las referidas representaciones y del cúmulo de documentos que los acompañan, resulta el hecho de que por el mes de Julio de mil ochocientos ocho, se avisó en las costas del sur de ese Reino la fragata inglesa *Scorpion*, procedente de Plesmuy (1), cargada de géneros y efectos para aquel destino, con objeto de hacer el contrabando y el corso, para lo que iba autorizada con las correspondientes patentes expedidas por su Gobierno. Noticioso el Administrador de la Aduana, don Manuel Manso, por aviso que le dió uno de sus dependientes, de haber vendido parte de su cargamento en el puerto de Topocalma, dió parte de esta ocurrencia al Presidente y Comandante General interino García Carrasco, para que tomase las providencias correspondientes a la justificación del exceso; y en efecto parece que a este fin se comisionó al Guarda mayor don Pedro Mendivil. Don Josef Fuenzalida, dueño de la hacienda de Topocalma había comunicado ya con anterioridad la misma noticia al Subdelegado del Partido de San Fernando, don Francisco Carrera, diciendo que habiendo llegado a su ha-

---

(1) Plymouth.



cienda por el mes de Julio, se halló en la playa un bote de la fragata *Scorpion* con siete ingleses y un intérprete, que le preguntaron por don Enrique Fulner (1), y que habiendo enviado el mismo Fuenzalida un propio a buscarle, vió que entró en el barco, habló con el capitán Wanker y le citó para que fuera a aquellas playas el veinticinco de Septiembre, sacando las muestras de las facturas que llevaba. En seguida propuso al Subdelegado los medios de apresar el buque a su vuelta, sobre lo que ofició éste al Capitán General Carrasco, y se pidió informe al Administrador de la Aduana, y aunque se opuso a la ejecución del plan, fué sin embargo aprobado por el Presidente, atribuyéndose su conformidad al influjo y ascendiente que se aseguraba tenía sobre él su asesor privado don Juan Martínez de Rozas, y acordaron para realizar las ideas que tenían premeditadas, se suspendiesen las diligencias que se estaban practicando para la averiguación del contrabando hecho en Topocalma, y sus cómplices. Entorpecido así el conocimiento que había tomado el Gobierno, y para realizar el proyecto de la presa se asociaron Carrera, Fuenzalida, Fulner, don José Medina, don Joaquín Echeverría, don Pedro Arrúe, Martínez de Rozas y otros. Luego que volvió la fragata a Topocalma, el veinticinco de Septiembre

---

(1) Faulkner.

hicieron saltar en tierra al capitán Wanker con otros individuos de aquella, le hospedaron y obsequiaron por algunos días en casa de Fuenzalida, le suministraron víveres para su tripulación, y le propusieron la venta de sus géneros, señalando para la negociación el puerto de Quilimarí, y el día trece de Octubre inmediato.

A fin de obrar con seguridad, y de remover toda sospecha de parte del capitán, dispusieron separar del punto aplazado a los guardas que lo custodiaban, y que se condujese a el por orden del capitán general una porción de cobres y dinero, sacado este de la Tesorería, para aparentar con uno y otro la existencia de los caudales y frutos que habían de entregar en pago de importe del cargamento de la *Scorpion*. El capitán fondeó con la fragata en Quilimarí en el mismo día del convenio, y hechas por los supuestos comerciantes contrabandistas las señales acordadas, pasó aquel a tierra en sus botes con la mayor parte de la tripulación desarmada. En seguida don Pedro de Arrúe, titulándose Marqués de Larraín, y habiendo tomado la insignia de la cruz de Carlos III para engrandecer su persona, entregó a Wanker varias partidas de dinero y cobre, figurándose el dueño de ello, y el comprador del cargamento. Por disposición del capitán se condujeron aquellos a la fragata, y mientras estaban ocupados en estas operaciones, se arrojaron sobre él,

le sorprendieron con el resto de la tripulación que quedaba en tierra, le quitaron la vida, y a otros ocho individuos, y después de tener aprisionados a los demás, pasaron en los mismos botes ingleses, a la fragata, de la que se apoderaron sin resistencia. Y concluido este atentado horroroso se principió el expediente ante el Presidente, y se substanció hasta definitiva, cometiendo los vicios legales de no querer oír al Administrador de la Aduana, que se mostró parte para defender mis Reales derechos: no se agregó su instancia a los autos, ni las diligencias que se habían practicado relativas a la averiguación del contrabando de Topocalma; y por último pronunció dicho Presidente Carrasco, la sentencia sin acuerdo del Asesor general, ni de su segundo, contravinendo expresamente a las Leyes. Esta simple relación de los hechos más notables que ocurrieron en el apresamiento de la fragata *Scorpion*, manifiesta en sí misma la injusticia de los procedimientos de todos los que intervinieron en la intriga, y del mencionado capitán interino Don Francisco García Carrasco; pero examinados con la debida escrupulosidad las enunciadas representaciones y documentos, no ha podido menos de horrorizarse mi Real ánimo al ver el cúmulo de excesos y atrocidades cometidas a la sombra de la autoridad de ese gobierno: en el asunto se han infringido los más sagrados derechos del hombre constituido en sociedad:



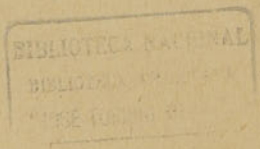
se ha violado el derecho de gentes, ejerciendo el corso contra buques de una nación con quién se acababa de hacer un armisticio, y que en la misma época de cometer estas hostilidades estaba dando las más evidentes pruebas de su unión y alianza en la multitud de socorros que me estaba franqueando para libertar estos mis dominios del enemigo común, y conservar su independencia y propiedades: se ha hollado el derecho público, concediendo una patente de corso sin que precedan los requisitos prevenidos en la ordenanza, y reglamentos de la materia, con el criminal objeto de apropiarse el precioso cargamento de la *Scorpion*, y usurpar a mi Real Erario la gruesa suma de seiscientos mil pesos, privando al Estado de este auxilio, con el que hubiera podido atender a una parte de sus urgencias actuales; y finalmente, se ha faltado también al derecho particular en el modo de ejecutarse la presa, reduciendo con fingidas negociaciones al capitán de la fragata, Wanker, e inspirándole confianza para asesinarle después alevosamente, y a otros ocho compañeros suyos. Visto en mi Consejo de las Indias, con lo informado por la Contaduría general, y lo expuesto por mi Fiscal, habiéndome consultado cuanto tuvo por conveniente en el asunto, en veintiocho de Enero del corriente año: he reconocido que para imponer a los autores de los atentados referidos el castigo a que se han hecho acreo-



dores, se hace preciso esclarecer legalmente los hechos para aplicar la pena correspondiente a la clase de delito, pues el expediente no comprende las justificaciones necesarias; mas sin embargo en el testimonio remitido por el Presidente García Carrasco, hay pruebas convincentes de que el apresamiento de la fragata *Scorpion* no es una presa, sino una aprehensión de géneros prohibidos hecha en tierra, y del mismo modo que la hubieran ejecutado los resguardos a menos costos, y sin desgracias; en cuya consideración he venido en declarar no hay lugar a la restitución que reclama Mather, apoyada en el artículo segundo del Tratado de paz, lo que se ha comunicado al Ministro Inglés en mi Corte, para inteligencia del mismo Mather, y sus representantes; y que estén persuadidos a que tomo las providencias oportunas y reparar y evitar se repitan los insultos personales cometidos contra el capitán Wanker, y los otros súbditos de su nación. Y no siendo caso de presa y sí de comiso, he venido en someteros su conocimiento por las circunstancias particulares del negocio, y en mandaros que inmediatamente formeis causa de comiso, que la sustanciareis y determinareis, y todas sus incidencias civiles y criminales con arreglo a la última Pauta de comisos, oyendo al Administrador de esa Aduana, y al Fiscal de mi Real Hacienda, y consultando

vuestra sentencia. Y últimamente he resuelto que desde luego dispongais por todos medios la devolución respectiva, y su depósito de mis Reales cajas, del importe de la fragata, y su cargamento por aquellos a quiénes conste haberse distribuído; haciendo afianzar las resultas al Gobernador Capitán General interino que fué de ese Reino Don Francisco García Carrasco, y procediendo de lo contrario a su prisión y embargo de bienes. Todo lo cual quiero y es mi voluntad lo ejecuteis como os lo mando con la brevedad posible, sin dar lugar a quejas, ni reclamaciones, en inteligencia de que participo por cédula de esta fecha la citada mi Real determinacion a Don Gaspar de Vigodat, Gobernador Capitán General de ese Reino, y Presidente de esa mi Real Audiencia, encargándole cuide del más pronto cumplimiento de ella.

Fecho en Cádiz a veintitrés de Marzo de mil ochocientos once.—YO EL REY.—*Joaquín Blake*, Presidente.—Por mandado del Rey, nuestro señor.—*Pedro Telmo de Iglesias*.—A la Audiencia de Chile: declarando no fué presa, y sí comiso la fragata inglesa titulada *Scorpion* y comisionándola para que forme la causa del comiso y todas sus incidencias en los términos que expresa.



X.—EXPEDIENTE SOBRE LA MANERA DE PROCEDER A  
ELECCIÓN DEL DIPUTADO DE CHILE EN EL CONSEJO  
DE REGENCIA Y DESIGNACIÓN HECHA POR EL CA-  
BILDO DE SAN FERNANDO EN EL DOCTOR DON JUAN  
ANTONIO DE OVALLE.

El Rey, nuestro señor don Fernando Séptimo, y en su real nombre la Junta Suprema Central Gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial integrante de la monarquía española, y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asimismo corresponden a la heroica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba a la España en la coyuntura más crítica en que se ha visto hasta ahora nación alguna, se ha servido su Majestad declarar, teniendo presente la consulta del Consejo de Indias, de veintiuno de Noviembre último, que los reinos, provincias e islas que forman los referidos dominios deben tener representación nacional inmediata a su real persona y constituir parte de Junta Central Gubernativa del reino por medio de sus correspondientes diputados.

Para que tenga efecto esta real resolución han

de nombrar los virreinos de Nueva España, el Perú, Nuevo Reino de Granada, Buenos Aires y las Capitanías Generales independientes de la isla de Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente su respectivo distrito; en consecuencia dispondrá Usía que en las capitales cabeceras de partidos del reino de su mando procedan los ayuntamientos a nombrar tres individuos de notoria probidad, talento e instrucción, exentos de toda nota que pueda menoscabar su opinión pública, haciendo entender Usía a los mismos ayuntamientos la escrupulosa exactitud con que deben proceder a la elección de dichos individuos y que, prescindiendo absolutamente los electores del espíritu de partido que suele dominar en tales casos, sólo atiendan al riguroso medio de justicia, vinculado en las cualidades que constituyen un buen ciudadano y un celoso patricio.

Verificada la elección de los tres individuos procederá el Ayuntamiento, con las solemnidades de estilo, a sortear uno de los tres, según la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará a Usía el Ayuntamiento con testimonio el sujeto que haya salido en suerte, expresando su nombre, apellido, patria, edad, carrera o profesión y demás circunstancias políticas y morales de que se halle adornado. Lue-



go que Usía haya reunido en su poder los testimonios del individuo sorteado en esa capital y demás del reino, procederá con el Real Acuerdo, y previo examen de dichos testimonios, a elegir tres individuos de la totalidad en quienes concurren cualidades más recomendables, bien sea, que se le conozca personalmente, bien por opinión y voz pública y en caso de discordia decidirá la pluralidad. Esta terna se sorteará en el Real Acuerdo, presidido por Usía, y el primero que salga se tendrá por elegido y nombrado diputado de ese reino y vocal de la Junta Suprema Central Gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta Corte.

Inmediatamente procederán los ayuntamientos de esa y demás capitales a extender los respectivos poderes e instrucciones, expresando en ellas los ramos y objeto de interés nacional que haya de promover.

En seguida se pondrá en camino con destino a esta Corte; y para los indispensables gastos de viajes, navegaciones, arribadas, subsistencia y decoro con que se ha de sostener tratará Usía en junta superior de real hacienda la cuota que se le haya de señalar, bien entendido que su porte, aunque decoroso, ha de ser moderado y que la asignación de sueldo no ha de pasar de seis mil pesos fuertes anuales. Todo lo cual comunico a Usía de orden de Su Majestad para su puntual observancia y cumpli-

miento, advirtiéndole que no haya demora en la ejecución de cuanto va prevenido.—Dios guarde a Usía muchos años.—Real palacio del Alcázar de Sevilla, veinte y dos de enero de mil ochocientos nueve.—*Saavedra*.—Señor Presidente de Chile.

Santiago y Agosto veintiseis de mil ochocientos nueve.—Guárdese y cúmplase esta real orden y para proveer lo que al efecto convenga con cabal instrucción y acuerdo correspondiente a la importancia y gravedad de la materia, sáquese prontamente testimonio y pase en vista al ministerio fiscal de lo civil, acusando desde luego el recibo por el actual correo y archivándose original en la secretaría.—*Carrasco*.—*Meneses*.—Concuerda con su original, de que certifico.—Santiago y Septiembre dos de mil ochocientos nueve.—*Juan Francisco Meneses*.

En cuatro de Septiembre pasé este expediente al ministerio fiscal, de qué doy fe.—*Pizarro*.

Muy ilustre señor Presidente:—El agente que hace de fiscal en lo civil y real hacienda, dice: que su majestad la Suprema Junta Central Gubernativa de España e Indias, por consideración a que estos dominios son una parte esencial integrante de la monarquía española, debiéndose de mantener indisolublemente unidos con aquella metrópoli, se ha servido declarar con consulta del Consejo de In-

días, de veintiuno de Noviembre último, que estos reinos, provincias e islas del dominio español deben tener representación nacional, inmediata a su real persona, y constituir parte de la expresada Junta Central, por medio de correspondientes diputados. A este alto objeto se dirige la real orden de veintidós de Enero de este año, que en testimonio se acaba de traer al despacho fiscal, determina que en este reino se le elija un diputado que representándolo sea vocal de dicha Suprema Junta Central, con residencia en la Corte: que este individuo se halle dotado de notoria probidad, de buen talento, instrucción, exento de toda nota que pueda menoscabar su opinión pública y, en fin, que sea distinguido en el rango de buen ciudadano y celoso patriota: que para verificarla en cada uno de los ayuntamientos de las capitales cabeceras de partidos de la gobernación se propongan tres sujetos de la clase expresada: que de estos tres se sortee uno con la debida solemnidad, teniéndose por elegido el primero que salga del sorteo: que inmediatamente se participe a Usía con testimonio del sujeto que haya salido en suerte, con expresión de su nombre, apellido, patria, edad, carrera, profesión y demás circunstancias políticas y morales de que se halle adornado: que con los testimonios del individuo sorteado en dichos cabildos proponga o proceda Usía con el real acuerdo a entresacar de la

totalidad, tres de los más recomendables, decidiendo la pluralidad en caso de discordia, y que esta terna se sortee en el real acuerdo, teniéndose al primero que salga por elegido y nombrado diputado del reino y vocal de la Suprema Junta Gubernativa de la nación: que inmediatamente los mismos ayuntamientos extiendan los respectivos poderes e instrucciones con expresión de los ramos y objetos de interés nacional que deba promover y, en fin, que en seguida se marche el diputado a la Corte arreglándose en Junta Superior de real hacienda la cuota de gastos para el viaje, sin que su asignación de sueldo exceda de seis mil pesos fuertes.

Del cumplimiento de estos capítulos instructivos depende el acierto del nombramiento que ha de practicarse en cada uno de los referidos cabildos. Esta comisión, la más delicada y honrosa que ha podido presentarse a los habitantes de América, nunca estaría bien desempeñada si en cada uno de los tres individuos que tomen en consideración los respectivos ayuntamientos no concurriesen las circunstancias apetecidas en la precitada real orden; porque si casualmente entra al sorteo alguno menos preñado, y éste en el último real acuerdo elegido, cedería (?) en mengua de tan elevada representación, y el interés nacional del reino resultaría notablemente perjudicado. Al hombre naturalmente lo arrastra el amor propio, dotándose de cuanto es



capaz de embonarle su preferente exaltación y acreedor a mejorarse en sueldo y crecimiento de sus intereses. Por este principio de prudente ambición son muy de temerse las intrigas y esfuerzos con que podrían empeñarse muchos a salir en la suerte de los cabildos electores: en los distritos de las más de éstas no es fácil encontrarse algún individuo de las cualidades referidas; de consiguiente, sería inevitable conseguir o prevenir a los vocales que puedan echar mano de los sujetos que hallen a propósito dentro o fuera de la gobernación una vez que sea español, revestido precisamente del mérito indicado. Observe Usía el encarecimiento con que la real orden explica la escrupulosa exactitud y absoluto desprendimiento de todo género de partido con que ha de procederse en los ayuntamientos a este acto electivo, atendiendo sólo al riguroso mérito de justicia vinculadas en las puntualizadas cualidades; las borrascas de partidos experimentadas cada año en las elecciones de alcaldes, son antecedentes casi necesarios de las mayores discordias que deben sospecharse en la presente, en que mediarán fuertes influjos aún desde esta capital y acaso de otras gobernaciones y desde la distancia de nuestra Península, supuesto que la elección de tal diputado y vocal de la Junta Central pueda traer, como queda fundado, indistintamente en individuo español, neto, de los más meritorios y condignifi-

cados. Sólo faltando interesados que empeñen a los capitulares es persuadible que dejen éstos de paralizarse. Y sólo desprendidos de estos motivos que oprimen y embarazan la libertad a los vocales, podrían contraerse al riguroso mérito de justicia y mayor actitud de los elegidos. Siendo, pues, difícil alejarlos de particulares condescendencias y del cebo de privadas gratificaciones y que de lo mismo son presumibles fraudes y maniobras en las votaciones, parece que a esta superioridad, en puntual cumplimiento de la real orden, toca repararlos en tiempo, reencargando a los ayuntamientos:

Primero: que la votación de los tres individuos que han de sortearse a lo último, se haga por escrutinio secreto, en billetes de media cuartilla de papel con cuatro dobleces, de manera que no se perciba quien es el sufragante, ni contenga señal alguna que lo pueda hacer distinguible igualmente que ni al sujeto que fuere nombrado en esta cedula.

Segundo: que puestos así los votos dentro de una jarra de plata, se saquen de ella, a presencia del alcalde de primer voto, del regidor decano y el escribano, sin que lo entiendan ni intervengan los demás capitulares, que deberán mantenerse con silencio en sus asientos esperando que estos escrutadores publiquen la elección y se tenga por propuesto el que resultare con más votos.

Tercero: que en la misma conformidad, se repitan otras dos votaciones en términos que vengan así a quedar elegidos los tres individuos, sin exponerse de otro modo a los altercados y disensiones odiosas que son consiguientes en semejantes actos; con prevención de que tomada razón de los votos, se quemen sobre la marcha los billetes sin mostrarlos a ninguno.

Cuarto: que de aquellos individuos que hubieren sido propuestos en la primera votación puedan sin inconveniente serlo en la segunda y éstos y aquéllos en la tercera.

Quinto: que si en alguna de estas tres votaciones resultasen algunos con igualdad de sufragios se haga sorteo y se entienda electo o propuesto el primero que salga del cántaro.

Sexto: que a estas votaciones proceda un solemne juramento de obrar los vocales arregladamente a las insinuaciones de la Real Orden, y a las que Usía fuese servido añadir, para que no se burlen los interesantes objetos de su exacto cumplimiento.

Séptimo: que comenzando el serio acto de esta elección a puerta cerrada, ningún vocal salga de la sala hasta que sea acabada y firmada la acta en el libro becerro, sin permitir a las puertas ni en las inmediaciones de la sala de Ayuntamiento gentes de ninguna clase, ni a pie ni a caballo, aunque estén desembozados y sin armas, con apercibimiento que

al que presida el Cabildo dé responsabilidad por cualesquier disturbio que ocurriere tumultuoso e impediende de la absoluta libertad y seguridad de los electores.

Octavo y último: que los tres individuos que con las referidas formalidades resultaren propuestos entren inmediatamente a sortear, apuntándose por el escribano el nombre de cada uno en igual billete y, metidos los tres en la jarra, se mande traer de la escuela un niño de diez años, sin que de ello esté prevenido, y que éste, por su mano, sin fijar la vista en la jarra, la sacuda y saque en seguida una de aquellas cedulillas, quedando así electo el sujeto que estuviese nombrado en ella; con lo que, concluída así la diligencia o acuerdo de esta elección, firmada y asentada en el libro becerro del Ayuntamiento, se remita prontamente a Usía su testimonio con las demás noticias advertidas en la precitada Real Orden, determinando Usía en conclusión cuánto considere más conducente al cabal desempeño de este recomendable asunto.—Santiago y Septiembre nueve de mil ochocientos nueve.—*Doctor Sánchez.*

Santiago, once de Septiembre de mil ochocientos nueve.—Llévese al Real Acuerdo por voto consultivo.—(Hay una rúbrica).—*Meneses.*

Santiago y Septiembre catorce de mil ochocientos nueve.—Visto este expediente en Real Acuerdo



por voto consultivo, con asistencia del muy ilustre señor Presidente, sobre lo expuesto por el ministerio fiscal tocante al mejor y más pronto cumplimiento de la Real orden de veintidós de Enero del presente año y sobre los puntos propuestos verbalmente por el mismo muy ilustre señor Presidente, fueron de uniforme parecer que podrá su señoría hacer, al tiempo de remitir testimonio de la Real orden a los Cabildos de las ciudades y villas cabeceras de partido en que hay suficiente número de vocales, hasta el de tres, las siguientes preven- ciones:

Primera: que antes de procederse al acto de la votación hagan los Cabildantes, ante el escribano, el juramento que se expresa en el número seis de las contenidas en la citada vista.

Segunda: que cada regidor vote en su cédula, que se escribirá en la sala capitular, en que pondrá los nombres de tres sujetos que conceptúe más aptos, con arreglos a las circunstancias y calidades requeridas por su Majestad en la Real orden para el cabal desempeño de tan grave cargo.

Tercera: que los tres sujetos contenidos en dichas cédulas que tengan más número de sufragios se entiendan por elegidos, apuntándose sus nombres por el escribano, quién irá escribiendo la acta de la diligencia para que se firme por todos los concu- rrentes.

Cuarta: que en caso de resultar con igualdad de votos alguno de los propuestos dirimirá el Gobernador-Subdelegado, que debe presidir, sin tener voto el Ayuntamiento, en aquella interesante diligencia, y en caso de no poderlo verificar se sortearán los enunciados sujetos de igualdad de sufragios.

Quinta: que este sorteo y el que con que debe concluir el acto se haga colocando las cedulaillas de papel bien dobladas en bolillas, presenciando todos la introducción de las cedulaillas y la de las bolillas en una arquilla de madera, o jarra de plata, para mayor seguridad de la diligencia y que no haya duda en su certeza.

Sexta: que para sacar el bolillo se llame un niño de ocho o diez años, en el propio acto del sorteo, para que éste, sacudiéndose la jarra o arca, saque uno que entregará al que presida, quien a presencia del escribano extraerá la cedulailla y publicará el nombre del sujeto en ella escrito y después la pasará a cada uno de los vocales, practicándose en seguida lo que indica en su conclusión la precitada vista, como asimismo lo contenido en el número siete relativo a la formalidad de la votación.

Séptima: que los vocales no pueden elegirse a sí propios y que podrán sufragar por personas de las circunstancias prevenidas que residan dentro o fuera de la Gobernación.

Octava y última: que se les encargue toda la po-

sible brevedad y la mayor exactitud en la ejecución y práctica de una tan importante diligencia y así lo acordaron y rubricaron, de que doy fe.—(Hay seis rúbricas).—Ante mí, *Melchor Román*, escribano de Cámara.

Santiago y Septiembre dieciocho de mil ochocientos nueve.—En consecuencia del antecedente auto, sáquense prontamente los correspondientes testimonios íntegros de este expediente para circular a todos los Cabildos cabeceras de partido del reino la orden relativa al cumplimiento de la de su Majestad que lo motiva.—*Carrasco*.—*Meneses*.

Concuerda con su original de que certifico.—Santiago y Septiembre veintiseis de mil ochocientos nueve años.—*Juan Francisco Meneses*.

En la villa de San Fernando, a treinta días del mes de Diciembre de mil ochocientos nueve años, estando en la sala capitular de esta dicha villa el señor general don José María de Vivar, regidor perpetuo del muy ilustre Cabildo de la ciudad de Santiago de Chile y Subdelegado de este partido de Colchagua, los señores maestre de campo don Ramón Pérez de Larrea, Alcalde ordinario de primer voto; don Francisco Folch, Alcalde ordinario de segundo voto; don José Vicente de Arismendi, Alférez Real; y don Martín José de Munita y Baquedano, teniente coronel de caballería de milicias y re-



gidor decano perpetuo de este dicho Ayuntamiento; estando así juntos se vió por dichos señores el adjunto superior testimonio que trata sobre institución de americanos diputados vocales de la Suprema Junta representativa de la Soberana Majestad de España e Indias, para que, con arreglo a su tenor y a las prevenciones y declaraciones hechas a su consecuencia por la superioridad, se proceda por este Cabildo a la elección y sorteo del que le corresponde. De facto, en su obediencia, después de haber hecho cerrar las puertas del Ayuntamiento que caen a la plaza principal de esta villa, hecho retirar las gentes que habían en la circunferencia de dicho Ayuntamiento, y previo el juramento que prestaron dichos señores capitulares por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz, según derecho, de proceder bien y fielmente en dicha elección, de que yo el presente escribano doy fe de ello, verificó esta en la forma y manera siguiente. Por cuatro votos, que es la totalidad del Ayuntamiento y conformes de toda conformidad salió electo el Doctor don José Jerónimo de Vivar, en seguida salió electo en igual conformidad y con la misma totalidad de votos, el señor doctor don José de Santiago Concha, Oidor Decano de la Real Audiencia del Reino de Chile, y en la última y tercera elección, en igual conformidad que los antecedentes, salió electo el



doctor don Juan Antonio de Ovalle, abogado de la Real Audiencia de Santiago de Chile.

Hecho esto se procedió a formar tres cédulas de media cuartilla de papel cada una, en la primera se subscribió el nombre y apellido del doctor don José Jerónimo de Vivar; en la segunda, el del señor doctor don José de Santiago Concha, Oidor de la Real Audiencia de Chile; y en la tercera, el del doctor don Juan Antonio de Ovalle; estas subscripciones se verificaron en la sala del Ayuntamiento, haciéndose notorias cada una a los señores capitulares, como igualmente al señor subdelegado y, dándole a cada cédula cuatro dobleces, introducidas las tres cédulas en una jarra de loza, por falta de bolillos, y bien meneada la jarra se puso sobre la mesa del Ayuntamiento, por el que fué llamado un muchacho de ocho para nueve años, que por casualidad pasaba por la inmediación de los corredores del Cabildo, introducido en él se hizo tomase la jarra en la mano y sin fijar la vista a ella la sacudió y se le dijo que volviéndola a dejar encima de la mesa, sacase una de las cédulas que estaban adentro; de facto así se verificó, y sacándola se vió que estaba en ella nombrado el doctor don Juan Antonio de Ovalle, abogado de la Real Audiencia de Chile, cuyo sorteo y subscripción de la cédula referida se hizo notorio por mí, el presente escribano, a cada

uno de los señores el contenido de la cédula referida, poniéndola en sus manos; y luego se consumieron y quemaron las otras dos cédulas, que quedaron en dicha jarra, con lo que se concluyó esta diligencia; y acordaron dichos señores que, poniéndose esta diligencia original en el libro del Cabildo, se saque testimonio íntegro de todo para dar cuenta inmediatamente a la superioridad y las demás circunstancias políticas y morales con que se halla adornada la persona que ha salido electa en la suerte, y lo firmaron dichos señores, de que doy fe.—*José María de Vivar*.—*Ramón Pérez de Larrea*.—*Francisco Folch*.—*José Vicente de Arismendi*.—*Martín José de Munita y Baquedano*.—Ante mí, *Pedro de Escanilla*, escribano público y de Cabildo.

Concuerta este testimonio con su original, el que queda agregado en el libro becerro de este ilustre Ayuntamiento y corriente a fojas ciento ochenta y nueve, a que me refiero en caso necesario, y, en virtud de lo mandado, doy el presente en esta villa de San Fernando el Real, de Colchagua, en tres días del mes de Enero de mil ochocientos y diez años. Y en fe de ello lo signo y firmo en testimonio de verdad.—(Hay un signo).—*Pedro de Escanilla*, escribano público y de Cabildo.

XI.—CIRCULAR DEL PRESIDENTE CARRASCO, RELATIVA  
A LA PERSECUCIÓN INQUISITORIA DEL ESPÍRITU DE  
INDEPENDENCIA A FINES DE 1809.

En la cruel lucha de los heroicos españoles por la independencia de la nación reunida y de los sagrados derechos de nuestro amado soberano el señor don Fernando VII, sólo la energía y conformidad de sus esfuerzos y sentimientos pueden salvarla del tirano. Así cualquiera obra, expresión o indiferencia que conspire a la desunión, al desaliento o a obstruir los recursos y los medios que todo buen vasallo y patriota debe prodigar a favor de la causa común, ha de reputarse por un delito atroz. El Supremo Gobierno vela en su castigo: las proclamas nacionales descubren al vivo esa clase de enemigos e ingratos de la patria. Algunos declaman con ardor excesivo porque la espada de la justicia no corta de un golpe las cabezas de las hidras venenosas del Estado, sin consultar las leyes ni las circunstancias: otros critican de las disposiciones de los superiores sólo por los éxitos y sin antecedentes de los planes políticos y de guerra que se organizan con profunda meditación en los gabinetes y en los campos de batalla. Muchos indecisos egoístas esperan las últimas resultas para tomar su partido pensando ganar siempre sin aventurarse a

algún riesgo. Sobre todo es lamentable la perversidad de los que suscitan rumores sediciosos contra las autoridades constituídas; siembran en público y en secreto noticias melancólicas de los sucesos de nuestra guerra: preponderan discursos y cálculos del poder, superioridad y ventajas de los enemigos abatiendo los nuestros y se complacen si llegan a acertar algún pronóstico funesto; perplejos y taciturnos en todo lo favorable, crédulos y vocingleros en lo adverso, temerarios, por fin, revoltosos o indiferentes todos deben ser escarnecidos, y segregados como alevos y contagiosos de entre los fieles y verdaderos españoles, que con ardor abrazan y defienden los estandartes de su fe, de su Rey y de su patria.

A fin, pues, de precaver oportunamente lo que la astucia de los enemigos, solícita de pervertir las Américas, introduzca semejantes precursores de su sistema en este reino que felizmente se conserva libre de toda nota, la Suprema Junta Central cumpliendo con las reales órdenes de Su Majestad y conforme a nuestras leyes municipales (1), prevengo a usted que si en el distrito de su cargo hubiere algunos sindicados de adhesión a los enemigos,

---

(1) La falta de concordancia que se advierte existe en documento, publicado por don Benjamín Vicuña Mackenna en su obra *El coronel don Tomás de Figueroa*, apéndice, página 135.



bullicio o parcialidad popular, oposición al Supremo Gobierno actual y máximas constitucionales de la monarquía, o que, por último, no fueren plenamente deducidos a favor de la justa causa de la Nación, sin excepción de clase ni de fuero, los remita prontamente a esta capital con justificación breve y sumaria, a lo menos de tres testigos de buena opinión que depongan de hechos, informando usted reservadamente sobre su conducta, sin necesidad de tomarles confesión judicial, para que por esta superioridad se proceda en los términos que parezcan más convenientes, según los casos y circunstancias, encargando a los demás jueces subalternos estén vigilantes sobre lo mismo para denunciar a los sospechosos. Y de quedar usted en esta inteligencia para su cumplimiento me dará parte como también de los efectos que produjere sucesivamente.

Dios guarde a usted muchos años.—Santiago y Diciembre 30 de 1809.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Señor subdelegado de los Andes.

XII.—REAL CÉDULA EN QUE PARTICIPA A GARCÍA CARRASCO EL NOMBRAMIENTO DEL BRIGADIER ELÍO PARA LA PRESIDENCIA DE CHILE.

El señor Secretario del Despacho de la Guerra me dice con fecha 24 del corriente, lo que sigue:

«El Rey, nuestro señor, Don Fernando VII, en su Real nombre el Consejo de Regencia de estos y esos dominios, se halla muy satisfecho de los buenos servicios y méritos de V. S.; y necesitando S. M. de sus conocimientos en esta Península para emplearlos según convenga a la defensa de la Patria en las circunstancias actuales, se ha servido nombrar para la Presidencia y Capitanía General de ese Reino que V. S. sirve actualmente al Brigadier don Javier de Elío; siendo su soberana voluntad que a reserva de que oportunamente se expedirá el mencionado Elío el Real despacho que corresponde, le entregue V. S. ese mando luego que se presente con abono de los sueldos que le pertenezcan, trasladándose V. S. a España sin pérdida de tiempo.»

Y lo traslado a V. S. para su inteligencia y a fin de que procediéndose por esas Cajas Reales a hacerle los ajustes de su haber, se le dé por ellas el cese correspondiente.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Real Sala de León, 27 de Febrero de 1810.—*Hormazas*.—Señor Presidente de Chile.

XIII.—SEPARACIÓN DE GARCÍA CARRASCO DE LA PRESIDENCIA DE CHILE, DECRETADA POR EL CONSEJO DE REGENCIA.

El señor Secretario de Gracia y Justicia me dice con fecha de hoy, lo siguiente:

«Por justas consideraciones ha creído conveniente el Supremo Consejo de Regencia que el Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco cese en la Presidencia y Capitanía General del Reino de Chile de que estaba encargado interinamente, y que recaiga el gobierno en todas sus partes en la Real Audiencia del mismo Reino.»

De Real orden lo traslado a V. S. para su inteligencia y cumplimiento.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Cádiz, 16 de Julio de 1810.—*Bardari*.—Señor don Francisco Antonio García Carrasco.

XIV.—REAL CÉDULA EN QUE SE ORDENA QUE CESE EN SU COMISIÓN EL CAPITÁN DON JOSÉ SANTIAGO LUCO.

He dado cuenta a S. M. de los dos papeles que con fecha 23 de Junio del año próximo pasado remitió el Presidente de esa Audiencia don Francisco Antonio García Carrasco, acompañando testimonio

del resultado de la comisión que llevó a esa capital el capitán don José Luco. Enterado de todo, el Consejo de Regencia de España e Indias se ha servido resolver, en nombre del Rey nuestro señor, Don Fernando VII, que Luco cese en su comisión y que vuelva a España a incorporarse en su regimiento. Lo participo a V. S. de real orden para su inteligencia y cumplimiento.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Cádiz, 7 de Septiembre de 1810.—*Nicolás María de Sierra*.—Señora Audiencia Gobernadora en vacante.

XV. — PRESENTACIÓN DEL CABILDO DE SANTIAGO A LA REAL AUDIENCIA, EN QUE OFRECE UN DONATIVO DE CUATRO MIL PESOS EN CAMBIO DE LAS LANZAS MANDADAS ENVIAR A ESPAÑA POR EL PRESIDENTE.

Por la urgencia y gravedad de la materia pide se lea arriba:

M. P. S.:—El Procurador General, con acuerdo del Ilustre Cabildo de esta capital, con el debido respeto a V. A. dice: que en las actuales circunstancias, digna de todo reparo y de la mayor circunspección, ha sabido con harto dolor suyo que se ha desparcido por el pueblo varias conversaciones sobre haberse mandado sacar de esta armería considerable cantidad de lanzas con destino a España.



Servir y socorrer a la madre-patria a todos nos interesa y estamos prontos a sacrificarnos por ella; pero se debe advertir, lo primero, si es necesaria esta remesa, lo segundo, si en la actualidad puede ser perjudicial a este reino.

En cuanto a lo primero sabemos por la *Gaceta de Gobierno* de 21 de Diciembre de 1809, número 61, que con fecha de 2 del mismo ha ordenado aquel Supremo Gobierno, entre otras medidas enérgicas para la defensa de la patria, el que se fabriquen cien mil lanzas y cien mil puñales para repartirlos a proporción en aquellas provincias; de que se debe inferir que con la abundancia que hay allí de material y de buenos oficiales, ya tienen las que han conceptuado útiles para el caso, luego la remesa de éstas no es necesaria.

Es igualmente manifiesto el perjuicio que su falta pudiera ocasionar a este reino. Lo opino porque muchos, o por falta de espíritu o por inadvertencia, que es lo más cierto, ya se temen desarmados y que si esta noticia llega a los indios infieles, pudiera ocasionar alguna tentativa contra nuestras posesiones, lo que seguramente causaría gravísimos inconvenientes y nada se pierde en precaverlos.

Otros en críticas pasan adelante y juzgan o recelan que, si se verifica que los franceses hayan tomado la Guadalupe, cuando los conceptuaban sin escuadra, no sería extraño que formaran algún con-

cepto contra este reino, si a más de su poca pericia militar y escasez de armas de fuego llegan a saber que faltan también lanzas para la caballería.

Sobre todo aún entre amigos dicta la prudencia que en este tiempo se debe estar sobre las armas, porque su falta pudiera excitar malos pensamientos. Por eso la neutralidad debe ser armada y por lo mismo cuando se admiten auxiliares se procuran fuerzas mayores para recibirlos, y de no haberlo así ejecutado se originaron las desgracias de la monarquía.

Y por todo lo expuesto parece adaptable (salvo el superior dictamen de V. A.) la ley 3.<sup>a</sup>, título 4.<sup>o</sup>, libro 3.<sup>o</sup> de nuestras municipales, en que para los casos de sacar gentes y armas se ordene expresamente a todos los gobernadores de las Indias, que para evitar inconvenientes procedan con mucha consideración, trayendo al Cabildo y Consejo de Guerra; y lo que resolvieren sea con parecer de la Real Audiencia.

Mas, para que no se crea que este Ilustre Ayuntamiento se opone de modo alguno a lo que pueda servir de socorro a la Península (ofrece, siendo de la aprobación de V. A.), cuatro mil pesos del ramo de balanza, con cuya cantidad puede allí costearse mayor número de lanzas y se ahorrarán los gastos de aquella remesa y sobre todo mucho tiempo.

Por tanto, haciendo la representación que más haya lugar.

A V. A. suplica se sirva, como Superintendente del ramo de balanza, de mandar librar la cantidad de 4,000 pesos, para con esta libranza ocurrir al Superior Gobierno para que se suspenda la remesa de lanzas a España, como lo exige la necesidad de este reino, etc.—(*Borrado*): *José Nicolás de la Cerda*.

Otrosí: no se presenta el acuerdo por la urgencia de la materia y queda sacándose el respectivo testimonio, lo que hace presente para que no se note por V. A.—*Juan Antonio Ovalle*.

Santiago, 11 de Mayo de 1810.—Vista esta representación y teniendo consideración a la oportunidad, urgencia y utilidad de los cuatro mil pesos que pide el Ayuntamiento de esta ciudad para remitirlos a disposición de la Suprema Junta Central por donativo para las ocurrencias de la nación, cuya defensa está tan ligada con los intereses de estos dominios, se accede desde luego a que del ramo de balanza se libre la expresada cantidad, expidiéndose al efecto el correspondiente libramiento contra los ministros de real hacienda, aceptada que sea por el señor Capitán General la propuesta que se contiene en este pedimento y pásese testimonio de esta providencia al mismo Cabildo.—(*Hay cua-*

*tro rúbricas*).—Ante mí, *Melchor Román*, escribano de Cámara.

NOTA.—Dióse el testimonio indicado inmediatamente.—(*Hay rúbrica*).

XVI.—COMUNICACIÓN DEL VIRREY DEL PERÚ A GARCÍA CARRASCO EN QUE LE TRASCRIBE EL OFICIO DIRIGIDO AL PRESIDENTE DE CHILE SOBRE EL REGRESO DE OVALLE Y ROJAS.

Con esta fecha dirijo al señor Presidente interino, Conde de la Conquista, lo que traslado a US. para su inteligencia:

«Con previo dictamen del Real Acuerdo he accedido a la reclamación que V. S. ha hecho, en oficio de 23 de Julio próximo antecedente, de las personas de don Juan Antonio Ovalle y don José Antonio Rojas para que regresaran a ese reino, según la resolución acordada que me acompaña, en cuya consecuencia fueron entregados desde luego a la persona que comisionó en esta capital el alférez real de ese Ilustre Ayuntamiento, don Diego Larraín, encargado para el caso según V. S. expone.»

Dios guarde a V. S. muchos años.—Lima, Septiembre 14 de 1810.—*José Abascal*.—Señor Francisco Antonio García Carrasco.



XVII.—CARTA PRIVADA DEL VIRREY AL EX-PRESIDENTE DE CHILE, SOBRE LOS SUCESOS QUE ORIGINARON SU CAÍDA.

Muy señor mío: Por la de oficio de esta fecha, advertí a V. S. la deliberación tomada con voto consultivo de este Real Acuerdo, adonde tuve a bien pasar el oficio de V. S. de 1.º de Agosto último y los que dirigieron el Cabildo de esa capital, su Procurador General, y el Presidente, Conde de la Conquista, en quien recayó el mando de la juiciosa deliberación de V. S., que en las circunstancias fué realmente acertada por obviar mayores males que podían temerse según el aspecto de las cosas, de que me dan sobrada idea dichas cartas y los antecedentes que tenía desde el envío aquí de don Juan Antonio Ovalle y don José Antonio Rojas, a quien se ha mandado regresar condescendiendo a la pretensión que sobre ello ha hecho el referido Conde y Cabildo, y por otras consideraciones que se tuvieron presentes.

Siento sobremanera la crítica situación en que V. S. se halla, pero es preciso apurar el sufrimiento, y haciendo uso de su talento, conviene propender a consolidar la unión de voluntades, y que se disipen los partidos para que prevalezca el que interesa a todos, que es el verdadero servicio del

señor Fernando VII, y consiste en la observancia de nuestras santas leyes y sus reales ordenanzas.

Estoy íntimamente persuadido de que V. S. se ha conducido como correspondía a las ocurrencias, y que su honor está a cubierto para con Su Majestad y el público sensato, debiendo penetrarse de mis deseos de complacerle en cuanto tenga arbitrio.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Lima y Septiembre 14 de 1810.—Besa la mano a V. S. su más seguro servidor.—*José Abascal*.—Señor don Francisco Antonio García Carrasco.

XVIII. —CARTA DEL CABILDO DE SANTIAGO AL REY, AVISÁNDOLE LAS OCURRENCIAS DEL REINO Y RENUNCIA DEL PRESIDENTE GARCÍA CARRASCO.

Señor:—Los sucesos extraordinarios descubren las grandes virtudes o los grandes vicios de un pueblo, manifiestan su carácter y como se debe contar con él para sucesión de los tiempos. Chile hasta ahora, defendiendo a V. M. este país contra los araucanos, había dado por más de doscientos años algunas pruebas de lealtad, que contenidas en los sucesos ordinarios, sólo justifican la firmeza y unidad de principios de una nación. En el día (si no se equivoca) puede manifestar a V. M. todo el fondo de su honradez y probidad.

Oprimido como los demás pueblos de la Monar-

quía de la influencia tirana de un privado, que aniquilaba el mérito y la virtud, olvidando de recompensarlo y abandonado más que todas las otras provincias por su distancia local, sufría con serenidad y aguardaba como todos la época feliz de la Nación. Precisamente en los momentos que nuestras desgracias iban a excitar nuestras virtudes y que las convulsiones que nos hacía tolerar la Francia debían regenerar todos los buenos principios entró a mandar el Reino, por fallecimiento del Excmo. General don Luis Muñoz de Guzmán y ministerio de la ley, el brigadier don Francisco Antonio García Carrasco.

Este era un oficial, a quien la poquedad de su corazón y la mediocridad de su vida y talentos no habían permitido descubrir más que ciertas virtudes pueriles y contraídas a objetos muy pequeños; formose de él una grande idea, porque no era autor de grandes males y era un nuevo Gobierno; pero a los dos días de su mando se reconoció que a aquel hombre le faltaba dignidad y no tenía expediente para los grandes negocios; acompañándole por otra parte un genio miserable y suspicacísimo, capaz de conducirlo a grandes errores. En efecto, quiso hacer un Rector de la Universidad contra las leyes más terminantes, y, porque aquel cuerpo le puso la representación más honrosa y sumisa, guarneció de tropas lo interior y exterior de la Escuela, las ave-

nidas de las bocas calles, y dió las disposiciones más alarmantes que podían exigirse para el momento de una invasión de enemigos, y que jamás había visto esta Capital.

Quiso posteriormente manifestarse de un carácter popular, y dirigido por la parte a que le inclinaba su genio, su popularidad consistía en separarse de la nobleza y de los principales empleados, en formarse una corte de la gente más despreciable y aborrecida; y sobre todo en llenar de lisonjas y caricias a cuanto miserable le contaba especies las más despreciables e inverosímiles, de suerte que todo hombre racional huía de visitar su Palacio.

A poco tiempo arribó a estas costas la fragata *Escorpión*, contrabandista, al mando de su capitán Tristán Benuker (1). Tuvo las mejores proposiciones para decomisarla por cuenta de S. M., como se reconocerá en el expediente que debe correr en esos Supremos Tribunales, (a que añadimos el testimonio número 2 por ser un documento que hasta ahora no ha contradicho el Presidente) y sin embargo comisionó a varios particulares que se hicieron dueños de este cargamento: y si oímos a la voz general con el aliciente de un cuantioso regalo que recibió dicho Presidente.

---

(1) Bunker.



Desde entonces seis o siete individuos, los agentes e interesados en esta presa, aborrecidos de este honrado público por la cruel muerte que dieron a su capitán y el despojo de la Real Hacienda, han formado su corte, llenado su confianza, y con el mayor orgullo han hecho frente a todo este pueblo, distinguiéndose con el nombre de *Escorpionistas*.

Pero en estos tiempos fué cuando aquel Presidente echó todo el resto de su ineptitud, suspicacia y desprecio a las Leyes. Falleció el Fiscal, y debiendo sucederle el Oidor menos antiguo por ministerio de la Ley, y exigiendo sobre esto repetidas veces (N.º 3) la Real Audiencia, quiso que los Agentes Fiscales (uno de ellos era Asesor) continuasen este ministerio y así se ejecutó.

Por este mismo tiempo nombró de Asesor suyo, despojando del empleo al Licenciado don Pedro Díaz de Valdés, nombrado por el Rey, al Doctor don Juan José del Campo; por una miserable vanidad se empeñó en que este individuo debía presidir el Cabildo, y a pesar de la oposición y firmes representaciones que se le hicieron sobre el caso (N.º 4), tomó el violento partido de doblar la guarnición del Palacio, convocar a su sala el Cabildo y hacer que a viva fuerza se recibiese allí el Doctor Campo.

En esta misma época recibió el Presidente y algunos individuos del Palacio y otros, varias cartas

de la Princesa del Brasil, doña Carlota Joaquina, que alarmaron sumamente al público, creyéndose por opinión general, que se pensaba en que este reino fuese entregado al dominio de los portugueses, y en efecto el público examinaba en el semblante y conducta del Presidente ciertas demostraciones de abatimiento y tristeza cuando llegaban noticias felices de la Metrópoli, de cuya verdad no queremos salir por garantes.

Ultimamente, lo cierto es que el Presidente, sin consulta de Cabildo ni de alguna autoridad, repentinamente sacó las lanzas (única armadura de la gente de a caballo del reino), y las remitió al puerto de Valparaíso para despacharlas a España como socorro de la Metrópoli, auxilio inverosímil, no sólo por la calidad de la arma, sino principalmente porque siendo allí mucho más barato el fierro, estaba mejor mandar en dinero su valor. En efecto, el Procurador General de Ciudad don Juan Antonio Ovalle se presentó (N.º 5) manifestando la indefensión en que quedaba el reino, y el partido que se debía tomar oblando la ciudad mucho más en dinero del importe de aquel donativo.

Inmediatamente siguió el último atentado de aquel Presidente y la mayor desolación del Reino. Este Procurador General don Juan Antonio, don Jose Antonio de Rojas y el doctor don Bernardo de Vera, vecinos de los más ilustres de esta capital

fueron sorprendidos en una noche rigidísima de invierno, consignados en el Cuartel de San Pablo y, presentándose al Acuerdo una sumaria formada por el Presidente, de enemigos de aquellos tres preciosos ciudadanos y de la gente más despreciable del pueblo, a que se añadieron los informes verbales que dió el Presidente al acuerdo de una conjuración premeditada y el inminente peligro de su vida y la del Regente, se despachó a estos hombres a las doce de la noche, en caballos de prorratas, sin permitirles la menor comodidad ni abrigo, 30 leguas de esta capital para embarcarlos en la fragata *Astrea* que iba a darse a la vela para Lima.

Precisamente eran estos ciudadanos por su literatura, nacimiento, y empleos y conducta, de lo más bien reputados, y el asombro y el estupor público fué tan grande que al otro día pensaban todos los chilenos que se hallaban en un país de conquista. Penetrados el Cabildo y la nobleza de su inocencia y desgracia, propusieron al Presidente las garantías más solemnes por la seguridad pública (N.º 6) y particular de los reos y en efecto, después de varios activos movimientos de la expresión de la voluntad general para castigar estos reos si fuesen delincuentes, se consiguió (con acuerdo de la Real Audiencia) que se retuviesen en los castillos; ya todo permanecía cuasi tranquilo; las partes hacían sus gestiones; un Ministro de la Real



Audiencia pasó a Valparaíso a tomar sus confesiones, y no resultando de ellas gravedad, los destinó a las casas que quisieron, ínterin esperaban su restitución. Insistió de nuevo el Cabildo en que se condujesen a la capital, corrió segura la opinión pública que no contradecía el mismo Ministro, de que aquel sumario no contenía cosa de momentos y todos estaban ciertos de que inmediatamente manifestaría la absoluta inocencia, pues los testigos se convidaban a desdecirse y a manifestar su sorpresa e instigaciones con que fueron provocados a declarar. El Cabildo aguardaba la contestación de sus súplicas y todo el pueblo contaba segura la restitución cuando el día 6 del presente mes salió el capitán don Manuel Bulnes con un pliego cerrado, haciendo creer la voz pública de que iba a traer a los reos, según lo pedido por todo el vecindario, fueron generales las enhorabuenas y regocijos domésticos; pero el día 11, a las seis de la mañana, apareció un precipitado correo particular que avisaba que los reos quedaban embarcados para hacerse en el momento a la vela, y que un soez marinero cómplice y participante de la presa *Escorpión*, gobernaba 100 hombres apostados por el Gobernador en el puerto y de quien se había valido Bulnes, porque el Gobernador de aquella plaza pedía que la providencia del embarque fuese suscrita por el Real Acuerdo.



Inmediatamente pasó a ver al Presidente el padre político del doctor Vera relacionándole estas noticias, a quien aseguró con el mayor cariño el Presidente que no creyese en voces y que consolase a su tierna y recién embarazada esposa, porque luego lo vería en esta capital; pasó también la esposa de don José Antonio de Rojas, a quien recibió con las más afectuosas demostraciones, asegurándole que eran falsas las noticias que había recibido; pero cierto todo el público de la realidad del hecho, y demasiado convencido de la hipócrita afectación del Presidente, se congregó espontáneamente y en un punto en las puertas del Cabildo, donde, junto éste, le propuso su Procurador que se aquietasen, que permitiesen que sólo el Cabildo hablase al Presidente y le hiciese su súplica para lo cual pasaría él mismo con el Alcalde de primer voto a pedirle esta licencia. Pasaron en efecto, y la contestación del Presidente fué decirles primero que viniesen y después prevenir a la misma diputación que se fuesen a sus casas, pues él no había dado orden de que se juntasen. Entonces pasaron a la Audiencia que hizo reunir al Presidente al Acuerdo, donde siendo reconvenido por este hecho negó constantemente su orden y el embarque manifestando una carta del comisionado Bulnes en que se hablaba de otros negocios. Allí fué donde el público se quejó del Coronel e Inspector don Manuel Feliú, porque había

anunciado la orden que dió el Presidente para que restituyesen estos reos, siendo al contrario para su embarque, y a presencia de toda la nobleza y concurrentes contestó Feliú: «Señores, yo no he faltado, si ha sido engaño, este señor Presidente me engañó a mí». Allí fué donde el Presidente, por toda satisfacción, trató de sedicioso y revolucionario al público; allí donde confiado en 100 soldados que había puesto en el patio de su Palacio y en las repetidas órdenes que dió al Comandante de Artillería para que hiciese conducir a su Palacio y Plaza el tren, que estaba parte de él cargado a metralla (cuyas órdenes se resistió a cumplir el Comandante) les dijo en un tono insultante, que mirasen si tenían seguridad de salir de allí. En efecto, toda la nobleza y pueblo se hallaban absolutamente aún sin las armas de sus empleos, pero con aquel fuego que inspira la justicia y el horror a la falsedad; allí fué donde el Acuerdo con sabios y moderados consejos y el Procurador de ciudad, a quien se le mandó hablar por el pueblo, se empeñaron en manifestar al Presidente las más respetuosas atenciones a su carácter y la necesidad de restituir estos reos y apartar de sí los Ministros que eran demasiados sospechosos al público y que verosímilmente habrían influido en este acto.

Entonces el juicioso y honrado procurador, que convertido al pueblo le hacía ver que su reunión

sólo era pedir la única justicia sobre los reos y ministros que pudieron concurrir, sin tocar en nada al empleo y dignidad del Presidente, que a pesar de las más notorias pruebas les ponderaba que el corazón del Presidente jamás podría tener presente en un hecho indigno; y este precioso pueblo que mejor quería atender a las santas y religiosas voces que elogiaban moderación, que a sus mismos ojos y experiencia se avino en la propuesta que hizo la Real Audiencia de que los reos serían traídos, que un Ministro de la Real Audiencia sería el Asesor del Gobierno y se nombraría otro escribano y secretario. En efecto, aún prescindiendo de la complicidad que debieron tener en este hecho, dicho señor era el hombre más ingratable que podía formar la naturaleza y el escribano sustituto, un joven que alimentaba un insoportable orgullo del sufrimiento y necesidad de los infelices.

Inmediatamente el público manifestó las más tiernas expresiones de honor y respeto al Presidente, a pesar del anterior disgusto que éste mostró, pero calmada enteramente la agitación no se oyó más voz en el día que respeto y felicitación.

El genio apocado, suspicaz del Presidente y el ser un hombre a quien habían conducido a su grado y empleo la casualidad y el mérito de su larga vida, le habían hecho tomar desde antes las medidas más imprudentes. Desde la primera prisión de los reos



llenó la ciudad de patrullas, hacía dormir en su palacio porción de gente dirigida por aquel marinero escorpionista; quiso detener al correo de Buenos Aires, y aún se dice que abrió la correspondencia, y, en fin, daba unos pasos tan impolíticos que parece se quería declarar el enemigo general del público. A esto se agregaba la publicidad y poca reflexión de sus expresiones. Si nos contrajésemos a exponer a V. M. sus órdenes y dichos (cosas tan peligrosas en un Gobierno), sería necesario mucho tiempo y papel. Cada día hacía consejo de oficiales y se redujo a tratar militarmente las cosas mas pequeñas; baste decir que llegó su imprudencia al extremo de que aconsejándole se uniese a la nobleza y se hiciese popular, contestó que estaba determinado en cualquier lance a llamar la plebe, exhortarlos a que los bienes eran comunes, y que robasen e hiciesen su deber. No había hombre miserable o de representación que entrase a su Palacio con quien no se franquease con esta irreflexión. Cada día clamaba que estaba perdido, que ya moría, y a proporción eran las ridículas medidas que tomaba. En una palabra, estamos convencidos que este hombre, no tanto por mal corazón, cuanto porque le flaqueaba el juicio, traía en un continuo sobresalto al público. A proporción de estos atentados era el empeño de la paciencia pública, había una voz general que sólo decía: el presidente se esfuer-



za en que nos hemos de conmover y no lo ha de conseguir, Chile no ha de dar ejemplo a los pueblos de América de la menor insubordinación. Entretanto, parece que de propósito se desviaba de cuantas personas de bien contenía la capital.

Ultimamente llegó el punto en que ya cada uno veía su vida en el mayor peligro, no sólo por violento ejemplar de los tres ciudadanos, sino especialmente por las funestas noticias que cada día se propagaban. Era cierto que frente de la Artillería estaba cargada a metralla; que al Comandante que resistió pasarla a la Plaza se le mandó entregarla a otro oficial; que los cuarteles dormían sobre las armas; que seguían las juntas de oficiales; a cuyos datos se propagaban las noticias horrorosas. Un vil mulato salió proponiendo libertad a los esclavos como sostuviesen al Presidente; cada noche se extendía una gran novedad por el público; ya sobre que debían sorprender a veinte personajes y quitarles la vida, ya que se armaba la plebe para que saquease la capital, ya que aparecían escuadrones de gentes de las campañas. De suerte que, aunque estamos persuadidos que gran parte, o lo más, pudo ser supuesto, lo cierto es que las órdenes y misterios del Presidente, tuvieron a toda la gente honrada guardando en las noches la capital en compañía de los Alcaldes.

Aquí es donde debe admirarse a este pueblo

virtuoso. Todos creían su último peligro, todos estaban armados, todos suponían su ruina de parte del Presidente, todos contaban con la voluntad y servicios de la tropa miliciania y veterana disgustada por las extravagancias y ninguno se atrevió a tocar las puertas de su palacio. No se hicieron más recursos contra él que ocurrir con lágrimas a un venerable sacerdote, religioso dominico, para suplicarle renunciase el mando. En efecto, llegó este santo religioso a Palacio en circunstancias que el Presidente solicitaba algunos oficiales veteranos para que le dijese como debían contar con los cuarteles y la tropa en los proyectos que meditaba. Contestáronle éstos francamente que ni tenían fuerzas, ni hallarían obediencia para emplearlas contra el público y sobreviniendo entonces las lágrimas y consejos de aquel religioso, se determinó a llamar al Real Acuerdo y a toda la Plana Mayor de la tropa veterana y miliciania ante quienes hizo su renuncia; y por absoluta unanimidad de votos y ministerio de la ley, fué nombrado para sucederle el Brigadier de los Reales Ejércitos, Conde de la Conquista, que es el oficial de mayor graduación que hoy se halla sin gobierno en el reino, no contando con el Marqués de Avilés, que por casualidad pasa de camino para los reinos de España.

Se dejaron al antiguo Presidente sus honores, el

Palacio de la Presidencia y todo su sueldo porque sucesor no ha querido ningún real.

Fueron entonces llamados los Alcaldes y Procurador de ciudad para avisarles a todas las posiciones; y tuvo la satisfacción el Presidente antiguo de reconocer en todos las más expresivas y sinceras muestras de respeto y cordialidad, agradeciéndole un hecho que tranquilizaba al público y ofreciéndole cuantos servicios personales podían franquear las facultades de cada uno. Aún el pueblo bajo, lleno de juicio y generosidad se abstuvo de proclamar un viva mientras la comitiva del nuevo Presidente podía ser oída o divisada del Palacio. No hicieron iluminaciones aquella noche, observándose un decoro y atenciones al ex-Presidente, que sólo se harán verosímiles en un pueblo como Chile cuando se reflexione en las infinitas lágrimas que habían derramado todas las casas de la capital con los sobresaltos de las invasiones y sorpresas que atribuían al ex-Presidente; fue un espectáculo digno de este virtuoso pueblo cuando en la visita de etiqueta se vió volver al ex-Presidente acompañado del nuevo Jefe y de toda la nobleza que lo obsequiaba con las decorosas atenciones, y cuando en la tarde salió solo y a pie dicho ex-Presidente con dos soldados paseando toda la ciudad sin que su persona recibiese más que atenciones y respetos.

Acaso parecerán importunas estas menudencias



si por ellas, más que por grandes hechos, no brillase el carácter de un pueblo lleno de probidad y buen juicio: quien viese el contraste de aquellos cuatro días de angustias mortales en que toda la nobleza y pueblo se juntaba a los Alcaldes para defender su vida y las prendas más caras de su corazón que suponían atacadas por órdenes del Presidente, o dos o tres de sus partidarios, observase al mismo tiempo el decoro que entonces se le guardaba y las nuevas y esforzadas muestras de respeto con que después se le trata no puede dejar de confesar que este pueblo es verdaderamente honrado; y deba aumentar su buen concepto al reflexionar que esto sucede en los momentos que recibimos las más tristes noticias de nuestra Metrópoli, cuando Buenos Aires con un Virrey digno de los mayores elogios ha declarado por caduca la autoridad y formado una Junta gubernativa y cuando precisamente corría el expediente en el Cabildo sobre el modo con que se debía mirar y contestar a dicha Junta.

Difícil será recomendar a V. M. la moderación y prudencia de cada individuo en particular, ni de las autoridades en general, pero verdaderamente el Real Acuerdo ha sido el Ángel tutelar de estas desgracias; y el benemérito y digno Procurador General de ciudad, ese precioso órgano que sólo inspiraba al público ideas de orden, moderación y respeto, cuya voz sólo se percibía cuando pregona-



ba la subsistencia y dignidades de las autoridades constituídas y que tenía el dón y los talentos de saber conducir al público por los senderos de las leyes, este Procurador, decimos, nos parece digno de que V. M. le tenga siempre presente no estando en nuestras facultades, más que habernos conformado y pedido con todos los votos del público que por ahora siquiera se le colocase en la Secretaría de Gobierno, vacante por suspensión del anterior secretario, no tanto por beneficio suyo, pues, en efecto, se le desprende de su acreditada carrera de abogado que le es mucho mas lucrosa, cuanto por que existiendo esta voz intermediaria entre el Gobierno y el Cabildo, representante del público, jamás pueda ocurrir diferencia en las opiniones hasta tanto que la Real munificencia de V. M. premie de un modo condigno sus servicios.

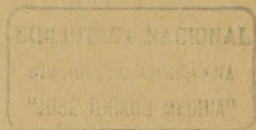
Nuestro Señor guarde la importante vida de la C. R. P. de V. M. los muchos años que la cristianidad y monarquía necesitan.—Santiago de Chile, y Julio 21 de 1810.—*José Nicolás de la Cerda.*—*Agustín de Eyzaguirre.*—*Diego de Larraín.*—*Justo Salinas.*—*Marcelino Cañas.*—*Pedro José Prado Jaraquemada.*—*José Antonio González.*—*Ignacio Valdés y Carrera.*—*Francisco Díaz de Arteaga.*—*Pedro José González Alamos.*—*Francisco Ramírez.*—*Francisco Antonio Pérez.*—*Ignacio José de*

*Aránguiz.—Fernando Errázuriz.—El Conde de Quinta Alegre.*

XIX.—SESIÓN DEL CABILDO DE SANTIAGO EN QUE SE FORMULARON LOS CAPÍTULOS DE ACUSACIÓN CONTRA EL EX-PRESIDENTE GARCÍA CARRASCO.

En la ciudad de Santiago de Chile, en siete de Agosto de mil ochocientos diez, estando los señores de ese Ilustre Ayuntamiento, Justicia y Regimiento de esta capital en cabildo pleno y ordinario dijeron: que por cuanto tenían informado a S. M. los justos y graves motivos que influyeron en la turbación y zozobra que experimentó este pueblo en los días precedentes a la abdicación que hizo del Gobierno el señor ex-Presidente don Francisco Antonio García Carrasco, pero que no habiéndose acompañado por la angustia del tiempo los correspondientes comprobantes, protestando hacerlo después; debían al efecto acordar y acordaron se extendiese la presente acta, dirigida a puntualizar los varios hechos que comprueban la arbitrariedad y despotismo de que usó dicho señor en el discurso de su mando, y últimamente las miras hostiles y de violencia que proyectaba contra este pueblo, cuyos hechos referidos clara y suscintamente, son como sigue:

1.º Apenas tomó este jefe posesión del Gobierno, quiso, contra las leyes, hacer doctor de la Real



Universidad al señor don Juan José del Campo y porque el Real Claustro le hizo la más honrosa y sumisa representación, exponiéndole que le privaba del derecho de elegir, que tenía por sus constituciones, guarneció de tropas lo exterior e interior de la Escuela, las avenidas de las boca-calles, y dió las disposiciones más alarmantes que podían exigirse para el momento de una invasión de enemigos y que jamás había visto esta capital: es cierto que después revocó su providencia, pero fué a esfuerzos e instancias de varias personas sensatas, que con anuncios de recursos a la Corte que podrían desconceptuarlo, le hicieron desistir de sus propósitos.

2.º A poco tiempo ocurrió la fragata *Escorpión* al mando de su capitán Tristán Beunter (1). Tuvo las mejores proporciones para decomisarla de cuenta de S. M., como se reconocerá del expediente que debe existir en la Secretaría del Superior Gobierno, y de otros documentos que hasta ahora no ha contradicho el nominado señor ex-Presidente, y, sin embargo, comisionó a varios particulares que se hiciesen dueños de este cargamento, lo que ejecutaron, asesinando y robando impíamente a sus dueños, después de haberlos atraído donde ellos estaban, protestándoles con afectada sinceridad la

---

(1) Bunker.

seguridad de sus individuos, y suponiéndose mar-queses, para con esta recomendación lograr mejor su engaño, y si hemos de asentir a la voz general, tuvo dicho señor parte de la presa en un cuantioso regalo que recibió.

3.º Este cruel atentado se ejecutó cuando ya en todo el Reino se sabía la alianza de la Gran Bretaña con nuestra España y la generosidad con que le auxiliaba para sostener la guerra contra la Francia. Por este motivo y el de precaver la defraudación de la Real Hacienda, ofició inmediatamente la Administración general de la Real Aduana al señor Presidente para que se consignase aquel cargamento hasta dar cuenta al Rey y saber su soberana resolución. Lo mismo exigió verbalmente el teniente coronel don José Santiago Luco, pero todas estas prevenciones se despreciaron por el señor Presidente e hizo ejecutar prontamente el reparto de aquella presa.

4.º Desde entonces, seis o siete individuos, los agentes e interesados en este negocio, aborrecidos de este honrado pueblo por la cruel muerte que dieron a su capitán y despojo de la Real Hacienda, han formado su corte, han llenado su confianza, y con el mayor orgullo han hecho frente a todo este pueblo, distinguiéndose con el nombre de «escorpionistas».

5.º Acaeció después el fallecimiento del señor



Fiscal, y debiendo sucederle el señor oidor menos antiguo por ministerio de la ley, y exigiendo sobre esto la Real Audiencia, quiso que los agentes fiscales (el uno de ellos lo era el nominado doctor Campo) continuase este ministerio y así se ejecutó.

6.º Por este mismo tiempo nombró de asesor suyo (despojando del empleo al licenciado don Pedro Díaz Valdés nombrado por el Rey) al mismo doctor Campo; por una miserable vanidad se empeñó en que este individuo (a quien en todo quería distinguir) debía presidir al Cabildo, y a pesar de la oposición y firmes representaciones que se le hicieron sobre el caso tomó el violento partido de doblar la guarnición del palacio, convocar a su sala el Cabildo y hacer que a viva fuerza se recibiese allí al doctor Campo.

7.º Imploró este cuerpo la protección de la Real Audiencia contra la fuerza, y aunque este superior tribunal conoció que la hacía, como lo expuso en su oficio de contestación, tuvo a bien, por precaver el desaire de su superior autoridad, instigar al Cabildo a que hiciese este nuevo sacrificio por la quietud y tranquilidad de la patria, no obstante que se vulneraban sus fueros y prerrogativas.

8.º En esta misma época recibió el señor ex-Presidente y algunos individuos del palacio y otros varias cartas de la Princesa del Brasil, la señora

doña Carlota, que alarmaron sumamente al público, creyéndose por opinión general que se pensaba que este Reino fuese entregado al dominio de los portugueses, cuyo designio conocían todos, era opuesto a las leyes.

9.º Coincidió para más afianzarse en este concepto el que estando un día de visita en su palacio varios sujetos de lo principal del pueblo, les dijo que su secretario don Judas Tadeo Reyes era del partido carlotino, y, con todo, lo mantuvo siempre a su lado, como uno de los de su mayor confianza.

10. Lo cierto es que el señor ex-Presidente, sin consulta del Cabildo, ni de ninguna autoridad, repentinamente sacó las lanzas (única armadura de la gente de a caballo del reino) y las remitió al puerto de Valparaíso para despacharlas a Lima y de allí a España, como socorro de la Metrópoli, auxilio inverosímil, no sólo por la calidad de la arma, sino principalmente porque siendo allí mucho más barato el fierro, estaba mejor mandar en dinero su valor. En efecto, el Procurador General de Ciudad, don Juan Antonio Ovalle, se presentó manifestando la indefensión en que quedaba el reino y el partido que se debía tomar, oblando la ciudad mucho más en dinero del importe de aquel donativo.

11. A estos datos inductivos de la más vehemente sospecha contra el jefe, se agrega el que

habiendo mandado su antecesor construir un campamento militar, cuyo costo ascendió a más de diez mil pesos, dió orden para que se deshiciese, vendiendo las maderas que lo formaban en un ridículo precio. Asimismo los regimientos de infantería y caballería que en el anterior Gobierno se mantenían en asidua disciplina, no tuvieron alguna en su tiempo, sin embargo de ser más los enemigos contra quienes debíamos en esta época guardarnos.

12. A todo esto siguió el último atentado de aquel señor y la desolación del reino. El nominado Procurador General don Juan Antonio Ovalle, el Maestre de Campo don José Antonio Rojas y el doctor don Bernardo Vera fueron sorprendidos en una noche rigidísima de invierno, consignados en el Cuartel de San Pablo, y representándose al Acuerdo una sumaria formada por el señor ex-Presidente de enemigos de aquellos tres preciosos ciudadanos y de la gente más despreciable del pueblo, a que se añadieron los informes verbales que dió el mismo jefe al Acuerdo de una conjuración meditada, y el inminente peligro de su vida y la del señor Regente, se despachó a estos hombres en caballos de prorratas a las doce y media de la noche, sin permitirles la menor comodidad ni abrigo, treinta leguas de esta capital, para embarcarlos en la fragata *Astrea* que iba a darse a la vela para Lima. Precisamente eran estos tres ciudadanos por

su literatura, nacimiento, empleos y conducta de los mas bien reputados.

13. En efecto, penetrado el Cabildo y la nobleza de su inocencia y desgracia, propusieron al señor ex-Presidente las garantías más solemnes por la seguridad pública y particular de los reos. Y en su virtud, después de varios activos movimientos de la expresión de la voluntad general para castigar estos reos si fuesen delincuentes, se consiguió con acuerdo de la Real Audiencia que se retuviesen en los castillos.

14. Ya todo permanecía casi tranquilo: las partes hacían sus gestiones: un ministro de la Real Audiencia pasó a Valparaíso a tomar sus confesiones, y no resultando de ellas gravedad, los destinó a las casas que ellos quisieron elegir, ínterin esperaban su restitución.

15. Insistió de nuevo el Cabildo en que se condujesen a la capital, corrió segura la opinión pública, que no contradecía el Ministro comisionado, de que aquella sumaria no contenía cosa de momento, y todos estaban ciertos de que inmediatamente se manifestaría su absoluta inocencia, pues los testigos se convidaban a desdecirse y manifestar su sorpresa e instigaciones con que fueron provocados a declarar. El Cabildo aguardaba la contestación de sus súplicas, y todo el pueblo contaba segura la



restitución, cuando el día 6 del presente (1) mes salió el teniente don Manuel Bulnes, haciendo correr la voz pública de que iba a traer a los reos, según lo pedido por todo el vecindario. Fueron generales las enhorabuenas y regocijos domésticos. Pero el día 11, a las 6 de la mañana, apareció un precipitado correo particular, que avisaba que los reos quedaban embarcados para hacerse en el momento a la vela y que un soez marinero, cómplice y participante de la presa *Escorpión*, gobernaba cien hombres apostados por el señor ex-Presidente, y de quien se había valido Bulnes, porque el Gobernador de aquella plaza pedía fuese subscrita por el Real Acuerdo.

16. Inmediatamente pasó a ver al señor ex-Presidente el padre político del Doctor Vera, relacionándole estas noticias, a quien aseguró con el mayor cariño dicho señor que no creyese en voces, y que consolase a su tierna, recién embarazada esposa, porque luego lo vería en esta capital. Pasó también la esposa de don José Antonio Rojas, a quien recibió con las más afectuosas demostraciones, asegurándole también que eran falsas las noticias que había recibido.

17. Pero cierto todo el pueblo de la realidad del hecho, se congregó espontáneamente en las puer-

---

(1) Pasado, o sea el 6 de Julio.

tas del Cabildo, donde, junto éste, les propuso que se aquietasen, que permitiesen que sólo el Cabildo hablase al señor Presidente y le hiciese sus súplicas, para lo cual pasaría el Alcalde de primer voto con el Procurador General de Ciudad a pedirle esta licencia: pasaron en efecto y la contestación del señor Presidente fué decirles, primero, que viniesen, y después, prevenir a la misma diputación que se fuesen a sus casas.

18. Una respuesta tan melancólica y desesperada fué la que oyeron, sin embargo, con una quietud que hará honor a los chilenos, y en medio de la mayor agitación de espíritu se condujeron con la última moderación, y unánimes hicieron lo que previenen las leyes. Elevaron su recurso al tribunal de apelación, el que debe proteger al súbdito contra la opresión del que manda; se presentan a la Real Audiencia; le exponen su queja por boca del Procurador General de ciudad; se destaca un oidor a llamar al Presidente y después de un rato vuelve con él, donde, siendo reconvenido por este hecho, negó constantemente su orden y el embarque manifestando una carta del comisionado Bulnes en que le hablaba de otros negocios.

19. Allí fué donde el público se quejó del señor coronel e inspector don Manuel Feliú, porque había anunciado la orden que dió el señor Presidente para que se restituyesen estos reos, siendo al contrario

para su embarque, y a presencia de toda la nobleza y concurrentes, contestó Feliú: «señores, yo no he faltado; si ha sido engaño, este señor Presidente me engañó a mí».

20. Allí (fué) donde el señor ex-Presidente por toda contestación trató de sedicioso y tumultuario al público, hasta decirles en un tono insultante que mirasen si se tenían seguridad de salir de allí; todo esto oyó y sufrió el pueblo, dando una prueba de su singular moderación.

21. Y en verdad no debe creerse que su ánimo estaba distante de ejecutar una violencia, pues ya de antemano había hecho venir cien soldados al patio de su palacio, y dado repetidas órdenes al Comandante de Artillería para que hiciese conducir a la plaza dicha artillería, que estaba parte de ella cargada a metralla, cuyas órdenes se resistió a cumplir el Comandante porque comprendía muy bien la temeridad y arrojo de sus determinaciones.

22. Hubiera sido en este caso inevitable el estrago en toda aquella nobleza y pueblo, que se hallaba absolutamente aún sin las armas de sus empleos, aunque con aquel fuego que inspira la justicia y horror de la falsedad.

23. Ni había para qué usar de esta prevención, pues el ánimo de este pacífico pueblo, no fué otro que personarse, a fin de alcanzar con súplicas verbales lo que no había podido conseguir por medio



de las más sumisas legales representaciones. En efecto, se pidió nuevamente la restitución de los expatriados; se inculcó sobre la garantía del Cabildo y nobleza; se representó el deshonor que resultaría al país de una nota que abultaría el tiempo o la distancia; se pidió la remoción del asesor doctor don Juan José del Campo, secretario don Judas Tadeo Reyes y escribano don Juan Francisco Mene-ses, porque eran odiosos y sospechosos a todo el pueblo.

24. Entonces, retirado el Acuerdo a otra sala, tuvo que usar de toda su sabiduría para hacer que el señor Presidente se conformase con el dictamen que accedía a la solicitud del pueblo. Allí mismo proponía medidas de sangre, que habrían producido la nota y descrédito de todo el pueblo. Senombró con general y sincero aplauso por asesor al señor decano don José Santiago Concha, con cuyo acuerdo se debía elegir secretario y escribano, y se expidió la orden para que los tres reos se entregasen al alférez real.

25. Este partió como un rayo, acompañado de muchos jóvenes de la primera distinción, que cifraban en su diligencia el éxito de la más noble voluntad: corrieron incesantemente treinta leguas, y al generoso empeño, acreedor a la dulce recompensa de verse coronado del más feliz suceso, sirvió para anticiparse el dolor de hallarlo frustrado



por la salida del buque. Tratan de hacerlo alcanzar por una barca, que, falta de aperos, exigió tiempo y gastos, que inutilizó la inevitable tardanza.

26. Parecerá que en estas tristes circunstancias se consternaría el ánimo de este jefe, pero se le notó todo lo contrario. En la misma noche del día en que el pueblo elevó sus clamores al Tribunal, hizo venir a su palacio a un mulato con sus hijas, que le mantuvieron una música lúbrica para irritar más al pueblo con esta insultante tranquilidad que se empeñaba en manifestar.

27. Y, desde luego, hacía conocer que sería capaz de realizar las ideas de crueldad con que en su tertulia amenazó a los concurrentes, expresándoles que se había de volver otro Robespierre.

28. En efecto, llegó el punto en que cada uno veía su vida en el mayor peligro, no sólo por el violento ejemplar de los tres ciudadanos expatriados, sino especialmente por las funestas noticias que cada día se propagaban.

29. Era cierto que parte de la artillería estaba cargada a metralla y repartida en el cuartel de San Pablo y en el mismo palacio; que al Comandante que resistió pasar a la plaza se le mandó entregarla a otro oficial; que los cuarteles dormían sobre las armas; que seguían las juntas de oficiales; que se había pedido tropa a la frontera, etc.

30. Un vil mulato salió proponiendo libertad a

los esclavos como sostuviesen al Presidente: cada noche se difundía una gran novedad, ya que se armaba la plebe para que saquease la capital, ya que aparecían escuadrones de gente de las campañas. Lo cierto es que las órdenes o misterios del señor Presidente tuvieron a toda la gente honrada temerosa de la más inicua agresión.

31. En esta angustia se oyó al fin la voz de que el día 13 en la noche iban a ser sorprendidos veinte personajes para quitarles violentamente las vidas. Todos por propio movimiento procuran su conservación, armándose y juntándose al rededor de los alcaldes. Los que estaban montados les acompañaban hasta el amanecer. Otros guardan el parque, y todos estaban poseídos de la mayor zozobra. Esta se instigó hasta la noche del 15, en que se anunció la venida de gentes armadas, y nuevas disposiciones para una ejecución. Se repiten las precauciones, y crece el descontento. Extendidos hasta muchas leguas del contorno venían ya multitud de hombres a la defensa de una población que veían angustiada, y habrían precisado a una resolución escandalosa sin la que acordó la Audiencia.

32. Ésta pasó a casa del señor Presidente y realizó lo mismo que repetidas veces había pedido al Rey. Hizo ver [a] aquél la imperiosa necesidad en que le había puesto su conducta de hacer dimisión del mando. Pretextos frívolos y la resolución de

morir matando eran las razones en que se sostenía, hasta que propuso que se oyesen los oficiales de ejército y milicias: vinieron al instante, y sin discrepancia convinieron en la precisión de renunciar: voto conforme al que pocos momentos antes le había dado un religioso respetable a quien había encargado que indagase la voluntad pública.

33. Sucedióle (según lo prevenido en el mismo Real Orden que le colocó en la Presidencia) el señor brigadier Conde de la Conquista. Desde este momento empezó la tranquilidad del pueblo, y todos miraban ya seguras sus vidas y sus fortunas, de lo que se congratulaban a porfía; pero lo más plausible ha sido la generalidad con que todo este pueblo depuso el enojo contra su ofensor cuando vió remediada la violencia y le prestó toda la consideración que había desmerecido por sus hechos, y tanto, que ha preferido esta atención a los medios de justificarse que le habría, sin duda, proporcionado la indagación de sus papeles reservados, y lo que es más, se le deja en su mismo palacio, [y] la renta íntegra de Presidente, porque su sucesor por ministerio de la ley no quiso admitir designación alguna.

En vista de estos hechos, que son los que por ahora deben justificarse, reservándose poner los demás que aún no están perfectamente esclarecidos, acordaron asimismo dichos señores se pasase a

manos de M. I. S. P. esta acta, con el correspondiente oficio, para que se sirva mandar se ponga por cabeza de proceso y se admitan los justificativos que se ofrecen dar con testigos y documentos, teniendo por parte en este importante asunto, en que nada menos se trata que de poner a cubierto el honor y fidelidad de este pueblo, al señor Procurador General de Ciudad para que, haciéndosele saber las providencias que se libren, lo agite y promueva con el celo y eficacia que exige su gravedad, interponiendo las gestiones que convengan ante su señoría mismo, o el juez que tuviere a bien comisionar para su más pronta y acertada resolución. Así lo acordaron dichos señores y firmaron conmigo.—Doy fe.—*Agustín de Eyzaguirre*.—*José Nicolás Cerda*.—*Marcelino Cañas Aldunate*.—*Diego de Larraín*.—*Justo Salinas*.—*Francisco Antonio Pérez*.—*Fernando Errázuriz*.—*Ignacio José de Aránguiz*.—*El Conde de Quinta Alegre*.—*Doctor Pedro José González Álamos*.

XX.—REPRESENTACIÓN INÉDITA DEL BRIGADIER GARCÍA CARRASCO, EX-PRESIDENTE DE CHILE, EN QUE SE REFIEREN LOS SUCESOS DE LA INDEPENDENCIA EN 1810 Y SU PROPIA CARRERA POLÍTICA Y MILITAR.

El brigadier don Francisco Antonio García Carrasco suplica a V. A. se digne concederle un retiro



honroso con los dos tercios del sueldo de Presidente de Chile o con la cantidad de seis mil pesos al año, relevándolo de pasar a España por sus graves enfermedades.

Señor: El brigadier de infantería don Francisco Antonio García Carrasco, puesto a los reales pies de V. A., con el más profundo respeto y veneración digo: que habiéndome dedicado desde mis tiernos años a la carrera militar, comencé a hacer el servicio desde la clase de cadete en el regimiento fijo de Ceuta, según el asiento que de orden de la Inspección General se me formó en el año 1759; en la salida particular que a fines del mismo año se hizo al campo de los moros, en la que se tomaron y condujeron a dicha plaza ciento setenta reses vacunas, concurrí como agregado a la compañía del mando del capitán don Manuel Bocarro. Continuando después el corso por espacio de cinco meses en el jabeque *San Antonio* contra los turcos, dí a conocer mi obediencia y puntualidad en el servicio, según lo certifica el referido capitán, comandante de dicho jabeque; en prosecución de mi destino concurrí en el año 1761 a la extracción de un londro (sic) catalán, cargado de aguardiente y otros efectos, que por un temporal desarbolóse en la playa de los catillejos y tuve el feliz éxito de conducirlo a la playa con mucho estrago de los moros que lo custodiaban, en cuya acción me manejé con actividad y vi-

veza como certifica el teniente don Antonio del Castillo, comandante del jabeque de Su Majestad, nombrado *San Francisco de Paula*.

A consecuencia del buen crédito de mi conducta en las anteriores expediciones se me comisionó en el año de 1762 la remesa de cincuenta y dos presidiarios de la cárcel de Málaga, destinados al servicio de las armas, a los que conduje cautelosamente de diez en diez, temeroso de un levantamiento, como lo habían intentado, despreciando el riesgo de ser prisionero de la armada inglesa que en línea ocupaba todo el estrecho, hasta ponerlos en seguridad, sin otra guarnición que mi acreditado valor, según lo explica el teniente de infantería don Alejandro Armas, en la certificación que dió, afirmando igualmente la legalidad en la distribución de los caudales que para el efecto se me confiaron, y son: amor, celo y actividad en el cabal desempeño de mis obligaciones.

Hallándome de guarnición en Febrero de 1765 a bordo del jabeque *Nuestra Señora del Rosario*, para rechazar las embarcaciones argelinas que impedían el comercio español en las costas de Tetuán y otros puertos del emperador de Marruecos, hice los posibles esfuerzos de valor y al mismo tiempo demostré mi pureza y legalidad en la custodia que se me confió de los caudales destinados para la manutención de la tropa, como lo patentiza el certifi-

cado del comandante de dicho jabeque, don Melchor Meza.

Estas y otras ocupaciones y fatigas no fueron obstáculo para cursar el estudio de las matemáticas, en la real academia establecida en dicha plaza de Ceuta, con conocido aprovechamiento, de suerte que en el examen de matemáticas que precedió a la pretensión de la subtenencia vacante, se me consideró el más idóneo, respecto de los otros opositores, a juicio del ingeniero director don Ramón Anjiano, quien así lo certifica, de que provino mi colocación por real despacho dado en San Ildefonso a 14 de Agosto de 1770.

Hallándome por otra real resolución de 20 de Septiembre del mismo año, de ayudante de ingenieros a las órdenes de don Luis Huet, que lo era en jefe, y de los en segundo don Francisco Goza y don Martín Gabriel, fuí destinado por el primero y segundo para la formación de planos, toma del santo e ingeniero de día en la plaza de Ceuta, cuyo servicio duró por espacio de cuatro años, y por el tercero se me nombró asimismo por ingeniero de día para la construcción de una ciudadela en el monte Acho, sin que en el espacio de dos años y medio que seguí este destino hubiese tenido relevo en los primeros dieciocho meses.

Instruído el Rey de mis servicios se dignó despachar a mi favor, con fecha 21 de Junio de 1776,



título de ingeniero extraordinario; sucesivamente me encargué de la enseñanza de las matemáticas en dicha real y militar academia, en virtud de real orden de 17 de Diciembre del propio año, cuyo cargo desempeñé hasta el 21 de Febrero de 1783, en que por otra real orden de esta fecha fuí relevado y destinado a continuar mi mérito a la costa de Granada en la ciudad de Málaga, en donde, de orden del ingeniero en jefe don Joaquín Villanova, dispuse la construcción de un muelle en la parte del poniente en que permanecí por espacio de dos años cuatro meses.

Ascendido en este intermedio al empleo de ingeniero ordinario por real cédula de 23 de Septiembre del citado año de 1783, fuí destinado por el mismo jefe a relevar al comandante de mi cuerpo a Melilla, en donde por espacio de nueve meses estuve dirigiendo la obra de un nuevo muelle que poco antes se había principiado para resguardo de las lanchas, y después dispuse otras obras de fortificación y entre ellas una rampa con tres retornos, de las cuales el tercero es de una utilidad imponderable, así por terminar en un desembarcadero a cubierto del campo de los enemigos, como porque es a propósito para evitar uno de aquellos asaltos que yo mismo experimenté en ocasión en que habiéndose introducido en mi sala de habitación tres balas, de cuarenta y ocho cañonazos que tiraron los



moros, del calibre de a doce, estuve a punto de morir sin tener otro descanso que debajo del blindaje.

Regresé entonces a Málaga, en donde por real orden de 20 de Agosto de 1785, fuí destinado a continuar mi mérito en Buenos Aires, a las órdenes del director don Carlos Cabier.

Habiendo emprendido mi viaje, llegué a la playa de Montevideo, de que cerciorado el virrey, marqués de Loreto, dispuso quedase en ella a las órdenes del coronel don Joaquín del Pino, gobernador político y militar y director de las reales obras de dicha plaza con encargo del detall, y después de dos años, siete meses de este servicio tuvo por conveniente el virrey que pasase a la capital de Buenos Aires a las órdenes del ingeniero en jefe don José García Martínez de Cáceres, y continuando en el cargo del detall y parte de obras públicas de dicha ciudad, obtuve el ascenso a teniente coronel de infantería e ingenieros en segundo grado por real despacho de 1.º de Julio de 1794, y en 18 de Febrero de 96, fuí destinado al reino de Chile con el destino de comandante a disposición del marqués de Avilés, Capitán General entonces de dicho reino.

Puesto en camino llegué, después de haber transitado doscientas sesenta y seis leguas, a la ciudad de Mendoza, a la que había anticipado orden dicho marqués de Avilés, en que me preceptúa el reco-

nocimiento y metodización de un proyecto para la seguridad de las cargas y pasajeros que trafican por aquella ruta, expuestos a las irrupciones de los indios bárbaros, lo que practiqué a mi costa, y sobre la marcha, entregando después en relación toda la idea al mismo Capitán General luego que llegué a la capital de Santiago, en donde me encomendó el reconocimiento de la obra de la Casa de Moneda, toma y revisión de sus cuentas, que desempeñé con puntualidad.

Trasladado entonces al puerto de Valparaíso, en que permanecí por espacio de cinco años, diez meses, puse en planta la reedificación de cuatro baterías, aprobadas por Real Orden de 13 de Marzo de 1793, las que llevé a su última perfección con otras obras militares de aquella plaza, de la que obtuve dos veces el mando accidental por ausencia del propietario, y en la segunda castigué con el abordaje a una corbeta americana que tuvo la osadía de amotinarse, clavando la bandera y gallardete.

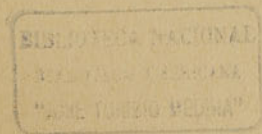
Premió el Rey mi mérito con el empleo de coronel e ingeniero en jefe por Real despacho de 26 de Febrero de 1802 y en 24 de Enero de 1803, fui destinado por el Presidente, Capitán General don Luis Muñoz de Guzmán, a la plaza de Concepción para encargarme de las reales obras de aquella frontera, y de la construcción de un almacén

de pólvora y otros reparos de los edificios militares.

Durante mi destino en dicha plaza, recayó en mí muchas veces el gobierno interino por ausencia del propietario, y la Real Beneficencia se dignó elevarme a los honoríficos cargos de director, sub-inspector del cuerpo de ingenieros de la División de Indias y brigadier de infantería de sus reales Estados por real despacho de 23 de Noviembre de 1806.

Murió don Luis Muñoz de Guzmán a principios del año 1808, y correspondiéndome la subrogación del mando en conformidad de la Real Orden de 23 de Octubre de 1806, pasé a la capital de Santiago de dicho reino de Chile, donde tomé posesión el 22 de Abril del mismo año, obteniendo después la propiedad del empleo por Real Decreto de 21 de Febrero de 1809.

Luego que tomé las riendas del Gobierno, como me hallase de antemano instruido de los muchos abusos y desórdenes a que en el anterior había dado motivo la enfermedad y débil constitución del Presidente Muñoz, dando más mano de la que debiera a su favorito don Antonio Garfías, quien de la ínfima clase de oficial o sustituto del Escribano de la Presidencia se había hecho el árbitro de todas las deliberaciones superiores, de que no me quedaba duda, así por informes verídicos reservados, como por las innumerables quejas de los agra-



viados; dispuse por medio de una prevención al escribano propietario que lo separase, como se acostumbra con semejantes subalternos, *ad nutum amoviles*. Se verificó así y a precaución recibí una información sumaria, compuesta de muchos testigos los más fidedignos, de la que resultaron comprobados plenamente los excesos de Garfias, los cohechos, los sobornos, las infidencias y otros artificios y maniobras con que había sabido conciliarse un señorío despótico sobre las voluntades de los vecinos más caracterizados.

Dí por entonces cuenta al Ministerio con los correspondientes testimonios, y en la confusa alternativa de los sucesos y vicisitudes que han sobrevenido, nada he podido saber de las resultas.

Como la corrupción fuese general, en toda línea se ejercitaba impunemente el contrabando, al paso que en el Gobierno, mediante la sagacidad de Garfias, no castigando los culpados que a impulsos de sus contribuciones le tenían ganado el corazón, se había multiplicado de tal modo el descaro y desfreno de los ímprobos negociantes, que los reales resguardos a pesar de su celo y vigilancia jamás comisaron cosa de consideración. Las tramas de los contrabandistas, su calidad y enlaces con las personas de primer rango, y aún con los otros magistrados, su coligación con Garfias, y otras intri-



gas, estaban tan avanzadas que ya era casi desesperado el remedio.

Sólo uno quedaba, es decir, el del corso, porque el de la aprehensión por medio de los guardas y Ministros, Diputados para ese efecto jamás se hizo en cosa de provecho. Los resguardos fijos y volantes, los gobernadores de puertos marítimos y demás jueces nada avanzaban contra estas negociaciones inicuas, perjudiciales al Rey y al comercio. Se apresó la corbeta corsaria *Escorpión* y el temor retrajo a los extranjeros de traficar estos mares.

Se dió cuenta con autos de lo actuado y sentenciado a la Suprema Junta Central Gubernativa, y obtenida la real aprobación quedaron los partícipes en quieta posesión de sus respectivas distribuciones. Con el motivo de haber salido la Corte de la ciudad de Sevilla, y de la nueva forma de gobierno, intentaron mis émulos de afear y acriminar estos procedimientos, y aunque no me persuado a que, contra lo anteriormente decidido, pudiese tener lugar la innovación, con todo se ha esparcido el rumor de que V. A. ha desaprobado, acaso sin conocimiento de los antecedentes, que es natural se traspapelase, la determinación en que declaré por buena presa la toma del *Escorpión*.

No crea V. A. que los reclamos y quejas en particular hayan tenido por móvil el amor a los

reales intereses. Todos los recurrentes perdieron con la presa las esperanzas de hacer baratería y reportar grandes utilidades para sí, sus ahijados, parientes y favorecidos como lo consiguieron en el comiso de la fragata americana *Warren*, hecho en tiempo de mi antecesor Muñoz por el Gobernador de Concepción don Luis de Alava.

Sin embargo de ser este juez competente en el asunto, y como tal, haber sentenciado la causa, mandó el Presidente Muñoz, por sugestión de Garfias, que se transportasen a la capital de Santiago las dos tercias partes del cargamento y hechas las tasaciones, se recomendó el expendio al administrador de Aduana don Manuel Manso, con intervención del Oidor don José Santiago de Aldunate y Musquis, a pesar de las repetidas instancias del fiscal de aquel tiempo, Barón de Juras Reales, para que se sacasen los efectos a la almoneda, conforme a las leyes. Porque puestos de acuerdo el regente don Juan Rodríguez Ballesteros que entonces gobernaba por la muerte de Muñoz, su asesor Garfias, y los oidores todos frustraron las ideas de aquel ministro, y salieron con el proyecto de locupletarse, y utilizar en los lotes que por segundas manos se sacaban en los que se daban a sus dependientes por precios equitativos para que negociasen con inmensa ganancia, en otras gracias y liberalidades, y en las ayudas de costa que tuvieron valor de

pedir, no obstante la granjería y pésimas inteligencias con que engañaron al pueblo, vendiendo lo contrahecho por fino, y haciendo otras bajezas que sería vergonzoso referir. Estos eran los grandes ministros que V. A. tenía en Chile, y éstos los que se atreven a sindicar mi conducta, y elevan al trono unas quejas hipócritas, teniendo ellos tanto que corregir en su manejo. Lo cierto es que la reforma de abusos, así como es necesaria para llenar los deberes del mando, trae no pocos riesgos para quien la pone en ejecución.

Como yo me hubiese propuesto remediar los muchos desórdenes que con no poco dolor me hizo conocer la propia experiencia eran dignos de toda atención del Gobierno, y estando cerciorado de la ineptitud del Asesor don Pedro Díaz de Valdés, por las repetidas quejas de los agraviados, por las continuas recaudaciones, retardo de los negocios, y su mal despacho, por valerse este empleado de otros auxiliares que con sus errados dictámenes todo lo tenían en confusión y desarreglo; tomé el temperamento de nombrar un Asesor subsidiario, que lo fué el doctor don Juan José del Campo Lantadilla, letrado del mayor crédito por su desinterés y literatura.

Pero apenas se hizo pública mi determinación, cuando la Audiencia, el Cabildo, y muchos de los malcontentos con el Gobierno español, toman por

pretexto para alarmarse contra mí, decir que despóticamente había despojado al Asesor, y al que antes acusaban de ignorante y estúpido, ya lo canonizan de sabio, y al segundo Asesor lo rebajan de aquella estimación y buen nombre que tenía justamente adquirido.

No dejé por esto de sostener mi propósito, y a pesar de los desacatos y procaces oficios del Cabildo y Audiencia, no quise acceder a la revocación del nombramiento que había expedido, y en la ausencia que hizo a esos reinos el Asesor Valdés, quedó con el interinato el doctor Lantadilla, de todo lo cual dí cuenta, con autos, a la Suprema Junta Central.

Aquí fué donde se avivó más la cizaña del Cabildo, y esparciendo la especie de que en mí no residían facultades para ese nombramiento, sin embargo de saber muy bien que las leyes las conceden, y no ser la primera vez que mis antecesores habían hecho lo mismo en iguales casos; preparaba y disponía los ánimos para la insurrección e independencia que se proyectaba.

Cabalmente este fué el tiempo en que don Juan Antonio de Ovalle, Procurador General de dicho Cabildo, con otros sus secuaces se propuso seducir al pueblo, inspirándole la funesta idea de que toda la felicidad de estos habitantes consistía en la independencia del Gobierno de la Península, de la que



no debían esperar otra cosa, sino que viniesen unos empleados ignorantes, ambiciosos y déspotas con perjuicio y postergación de los naturales, con otras muchas invectivas que hacían odioso y abominable el nombre español.

Con denuncia que tuve de un atrevimiento tan criminal, emprendí la pesquisa correspondiente, y resultando justificado un exceso por todos sus aspectos escandaloso, aunque podía haber remitido los reos en partida de registro a España, en virtud de Real Orden reservada de la Suprema Junta Central, con todo quise oír el dictamen del acuerdo, y conformándome con él los destiné a la capital de Lima a disposición del Virrey.

Creció con esto el despecho de los sediciosos, y en los corrillos públicos y privados se exageraba como ilegal la confinación de los insurgentes con los vulgares principios del defecto de audiencia y citación, negando la autenticidad de un real rescripto que así lo prescribía, por exigirlo el tiempo y las circunstancias.

Se propagó el veneno, y seducidos los incautos, al paso que los amotinados procedían de pura malicia, hacen su complot en la Sala de Ayuntamiento, en la mañana del día 11 de Julio de 1810, y allí diputaron al Alcalde ordinario don Agustín de Eyzaquirre y al Procurador interino don Gregorio Argomedo para que pasasen a pedirme la libertad de

los reos, como lo hicieron, a que no accedí, y mandé que se desbaratase aquella Junta tumultuaria.

Más impacientes con esto, salen los congregados, se encaminan precipitadamente llevando de paso, a cuantos encontraban a la Sala de Audiencia, estando en el despacho los ministros, y suponiendo que iban de buena fe consiguen con los jueces que el menos antiguo, que lo era don Manuel Irigóyen pasase a mi posada a fin de alcanzar que fuese yo al tribunal a oír las solicitudes de aquellos prevaricadores.

Repugné al principio condescender con esta súplica, pero por obviar otras consecuencias, y por asegurarme dicho Oidor que todo estaba en tranquilidad, hube de acceder; mas apenas tomé asiento cuando dirigiendo hacia mí la palabra el tal Procurador, con una arrogancia procaz y desatenta, pidió en tono descompasado y furioso la reposición de los reos. Y la remoción del asesor sin dar razón ni motivo para esta novedad, y la del secretario y escribano sustituto.

Aunque no me faltó resolución para negarme a una grosería tan desmedida, pero hallándome sin fuerzas para resistir la irrupción de los tumultuantes, prevenidos de armas, que ocultaban bajo las capas, y sin tropas, pues los jefes de la poca que había estaban de acuerdo con los conjurados y mezclados con ellos, pensando cada uno en ese día

hacerse del mando, hube de deferir a cuanto les sugirió su antojo y altanería.

Inmediatamente pidieron por asesor al Oidor don José Santiago Concha, tío y cuñado del otro Alcalde don José Nicolás de la Cerda, cabeza y principal autor de la sedición; y concedido se despide el Congreso, y entre aclamaciones y vivas llevan al asesor a su casa, jactándose y gloriándose de la más enorme y desconocida maldad.

Aún no estaba consumado el vil proyecto, y desde entonces preparan insidias contra el asesor bajamente despojado, a quien obligaron a salir secretamente a distancia de 30 leguas de la capital, y contra mí, que no tuve otro arbitrio para librarme, que el de una renuncia, pretextando enfermedades, en fuerza de lo cual recayó el mando en el brigadier don Mateo de Toro, Conde de la Conquista, quien tomó posesión y prestó el juramento de fidelidad en la mañana del 16 de Julio de 1810.

Habiendo conseguido de este modo que el gobierno recayese en un hombre que por su debilidad y decrepitud era susceptible de toda sorpresa, y capaz de ser manejado como una máquina por el genio inquieto de los sediciosos, entre los cuales se distinguió la familia de unos Larraín, se procuraba engañar a los ignorantes que no estaban implicados en la conspiración con anunciarles un gobierno feliz, bajo de un jefe paisano, sin indicio de

correspondencia con los franceses, y con la Serenísima señora Regenta de Portugal, como me la suponían a mí, sin más principio que su pujo y maligno antojo.

Como el pueblo rudo no distingue ni entra jamás en una justa crítica, procediendo siempre por un ciego instinto, creían compatible la adhesión a los franceses con la lealtad a una princesa de la sangre, y porque de contado la comunicación con los primeros sería una sórdida perfidia, y el trato con la segunda se reputaba como ofensivo a los derechos del Monarca reinante, el señor don Fernando VII. De aquí que los leales a la corona caracterizaban la insurgencia contra mí de un hecho heroico; y unidos sus votos con los que llevaban otras miras en la separación de un gobernante legítimamente constituído fué tolerada impunemente la maldad más execrable de una subrogación tumultuaria.

Los oficiales que comandaban los cuerpos militares y que se veían deshauciados de la sucesión con cuya esperanza los paladearon para que me fueran inobedientes e infieles, no podían reclamar y conformándose todos de fuerza o de grado con el nuevo gobierno no se prepararon para impedir el último golpe que consumó la infidencia de los insurgentes en la instalación de su junta turbulenta. que se verificó en 28 (18) de Septiembre del citado año de 1810.



Este era el único y verdadero objeto de mi separación y de la exaltación del tal Conde Toro, quien era el más a propósito para cuanto se quiso proyectar. Él estaba conexionado con las principales familias, de una edad avanzada, débil y apasionado a las ideas de novedad y preocupación, por lo cual fué fácil atraerlo al partido de los revoltosos y entrar por la bajeza de admitir el primer lugar en aquella junta que, sacudiendo el yugo de la subordinación se constituyó absoluta e independientemente, sin embargo del prospecto de que reconocía por legítima la soberana autoridad del señor Don Fernando VII.

Más fué una quimera con que por entonces pensaban los traidores ocultar su perfidia, tanto más criminal cuanto después de jurado poco antes el Consejo Supremo de Regencia, se le negó ahora la obediencia acusándolo de intruso y usurpador.

Habiendo logrado dar en tierra con el gobierno monárquico, les era odioso todo lo que podía tener relación ó dependencia de la suprema potestad, y yo que había sido su principal representante como constituido en su lugar, fuí el objeto de las iras, del desprecio y de la persecución de los insurgentes. Me retiré buscando un poco de tranquilidad a una quinta en los confines del pueblo, pero ni aún así pude conseguir el sosiego que apetecía.

En la mañana del día 1.º de Abril de 1811 fuí

sorprendido en el lugar de mi retiro por una escolta de malévolos que de orden de la Junta se destacó para mi custodia, y habiéndome conducido con el mayor ultraje, algazara y gritería, como podría ejecutarse con el más criminal malhechor se me encerró en un cuarto el más indecente y estrecho, con centinela de vista, privado de comunicación, y con orden de registrarme la comida y cuanto se llevase de fuera.

En esa misma noche saquearon mis papeles y correspondencia para traslucir si me hallaba o nó comprendido en ciertos movimientos populares que aquel propio día causaron no pocas muertes, y no habiéndome resultado complicidad, sin embargo de las declaraciones y careos con mi mismo asistente, y de otras averiguaciones indignas de mi graduación, se decretó mi pasaje a esta ciudad, después de 18 días de una prisión ignominiosa.

Se me hace conducir al puerto de Valparaíso con la custodia de un oficial y cuatro soldados, con orden de que no hablase con persona alguna hasta mi embarque, el que no habiéndose verificado con la prontitud que apetecía, se libró contra-orden para que el destino se extendiese a Buenos Aires, sin duda para que siguiese la desgraciada suerte de los vasallos de S. M., Liniers, Concha, Allende, Rodríguez y Moreno.

Habiendo salido de aquel puerto a la aldea de

Casablanca, desde donde representé mi imposibilidad de cumplir aquel decreto, así por el impedimento de la cordillera nevada, intransitable en aquella estación, como por mis achaques, edad y otros incidentes que me lo embarazan, conseguí por un arcano de la Providencia que se revocase aquella disposición, y que se me permitiese usar de la primera licencia, pero no el goce del sueldo de 4,000 pesos que se me había dejado después de la renuncia, sino la escasa y ridícula asistencia de dos pesos diarios que se me asignó en 1.º de Mayo de dicho año.

Con esto emprendí mi viaje para esta capital, a la que llegué en 27 de Agosto de dicho año de 1811, y la benignidad de su virrey tuvo por conveniente mandar se me acuda con la cantidad de 4 mil pesos al año la cual con los descuentos últimamente determinados y atendida la carestía del país no me alcanza para mi manutención y la de mi familia y para curación de mis penosos achaques.

Estos son tan graves y prolijos que no me permiten hacer uso de cabalgadura ni carruaje, por los grandes dolores que me causa toda agitación, poniéndome en estado de rendir el último aliento.

A no hallarme constituído en tan lamentable estado hubiera emprendido mi viaje para esos dominios en cumplimiento de real orden de 24 de Febrero de 1810 en que V. A. así me lo previene,

de lo cual y demás acontecimientos tengo dado cuenta oportunamente con fechas 27 de Agosto, 8 de Septiembre, 6 de Noviembre de 1810, y finalmente por el conducto de este gobierno en 13 de Noviembre de 1811.

Toda esta serie de funestos sucesos y malignas persecuciones me hace acreedor a la más dolorosa compasión, porque verdaderamente si después de haber consumido lo más florido de la edad en obsequio del Rey y del público, después de haber sacrificado la salud y cuanto hay de apreciable en el hombre, si después de los mayores desvelos, penalidades y fatigas vengo a experimentar en los últimos días de la vida las más viles afrentas, vilipendios y ultrajes, prisiones, destierros y otros desaires, ¿a qué punto no llegará mi infortunio? Si cuando la graduación, la edad y los envejecidos servicios le concilian o deben conciliar al individuo el respeto, el honor, el reposo y descanso, entonces es cuando se le trata por sus mismos súbditos con el más descarado menosprecio y desacato; ¿cuál será la consternación del ánimo en medio de tan funestos contrastes y melancólicas imaginaciones? Parece que es hasta donde puede apurarse el sufrimiento. La muerte sola sería la que podría calmar tan prolongadas tribulaciones, si no elevara mis quejas a las aras del solio de V. A., quien solo puede impartirme el con-



suelo que necesito, y cuando me veo cercado de un cúmulo de penas y aflicciones.

Los años me abruma, las enfermedades me oprimen, las escaseces me contristan, y lo que es más, la memoria de la traición y perfidia con que los oficiales que estuvieron a mi mando pensaron sacrificarme al furor de un pueblo insubordinado que intentaba reasumir los mal entendidos derechos que suponía habersele devuelto.

Estos militares ingratos al monarca, olvidados de los principios de disciplina, y obsecados con la sordida ambición del mando entran en la conjuración que creyeron personal contra mí, y me dejan expuesto a sufrir la última desgracia. Ellos han probado muy a su costa los efectos de su inadvertencia criminosa, pero siempre serán reos de estado y responsables a Dios y al rey de su infidencia. No hay recurso cuando el daño se infiere por aquellos de quienes se espera el auxilio, y cesan los arbitrios contra una decepción inopinada. Ni los jefes más celosos, ni los generales más esforzados, ni los más sabios ministros, ni las mismas testas coronadas pueden evitar el golpe de una perfidia, ni ponerse a cubierto del asalto de un traidor. Los recientes lastimosos ejemplares del presente tiempo persuaden eficazmente esta verdad.

Supuesto, pues, que V. A. puede escuchar mis

clamores, y que no es decoroso a la soberanía que un vasallo que se consagró a su servicio quede envuelto en el abandono a que le precipitó una desgracia inculpable, espero que la suprema bondad de V. A. se digne concederme un retiro honroso con los dos tercios de la renta de Presidente de Chile, con arreglo a la real orden de once de Agosto de 1811, a favor de los empleados que han emigrado de los pueblos que están en insurrección en estos dominios o con la de 6,000 pesos que es lo menos que necesito para mi subsistencia, atendida la carestía del país, relevándome al mismo tiempo de un viaje incompatible con mis enfermedades: así lo suplico rendidamente a V. A. no dudando alcanzar lo que solicito de su soberana y liberal beneficencia. A los reales pies de V. A.—*Francisco Antonio García Carrasco.*

XXI.—DOCUMENTOS Y CARTAS TOCANTES A LA COBRANZA DE CIERTAS SUMAS DE DINERO PERTENECIENTES AL BRIGADIER GARCÍA CARRASCO.

*Recibos firmados por don Tomás Ignacio  
de Urmeneta*

Núm. 5.—He recibido del muy ilustre señor Presidente don Francisco García Carrasco, doscientos pesos, para tenerlos a disposición del señor doctor

don Juan Martínez de Rozas, y para constancia doy éste en Santiago y Septiembre 30 de 1809.—*Tomás Ignacio de Urmeneta*.—Son 200 pesos.

Núm. 6.—He recibido del muy ilustre señor Presidente don Francisco Antonio García Carrasco, doscientos pesos, para tenerlos a orden del señor don Juan Martínez de Rozas, y para constancia doy éste en Santiago y Noviembre 20 de 1809.—*Tomás Ignacio de Urmeneta*.—Son 200 pesos.

*Borrador de una carta dirigida por García Carrasco  
a don Julián de Urmeneta*

Señor don Julián de Urmeneta.—Lima, 20 de Mayo de 1812.—Muy señor mío: con el motivo de hallarme en la mayor indigencia, y próximo para pasar a España, paso a molestar la atención de V. m. suplicándole le haga presente al señor don Juan de Rozas que, respecto que se hallan en Santiago en poder de su señor hermano don Tomás Urmeneta la cantidad de seis mil doscientos noventa y seis pesos; se sirva darle la orden al señor su hermano de V. m. para que ponga en ésta, a mis órdenes, la consabida cantidad, a cuyo favor daré a Dios y a V. m. las más debidas gracias de cuyas resultas espero del favor de V. m. me las comunique a la

mayor brevedad.—(*Falta la firma*).—Lima, 20 de Mayo de 1812.

*Otra del mismo Brigadier a don Tomás de Urmeneta*

Señor don Tomás de Urmeneta.—Lima, 4 de Julio de 1812.—Muy señor mío y mi dueño: con esta misma fecha molesto la atención de su señor hermano el señor don Julián Urmeneta, en Concepción, como asimismo en esta lo hago con V. m. suplicándole le haga presente al señor don Juan de Rozas que respecto que se hallan en poder de V. m. la cantidad de seis mil doscientos noventa y seis pesos, se sirva darle la orden a V. m. para que ponga en ésta, o en donde más le convenga, a mis órdenes, la consabida cantidad, a cuyo favor daré gracias a Dios, y a V. m. las más debidas gracias, en la consideración de hallarme en el día en la mayor indigencia y próximo para pasar a España y máxime cuando me vienen a cobrar la cantidad de ochocientos pesos que aún debo del transporte de mi viaje; por todo lo que suplico a V. m. y a su señor hermano, unidos en la mayor fraternidad, hagan un empeño común con las señoras de Mendi-burus, con especialidad con la mujer del señor don Juan de Rozas, la de su señor hermano y madre de dicha señora y todo a efecto del buen éxito de mi súplica, en la que me parece me asiste la justicia.—



Dios guarde a V. m. muchos años, su seguro servidor que sus manos besa.—(*Falta la firma*).

*Otra de García Carrasco a Martínez de Rozas*

Lima, 12 de Septiembre de 1812.—Señor don Juan Martínez de Rozas.—Muy señor mío: con el motivo de hallarme en la mayor indigencia a causa de estar debiendo ochocientos pesos de los novecientos en que traté mi viaje a ésta y cuatrocientos más de los muebles que mi apoderado me compró para condecoración de mi persona, me ponen en la más precisa necesidad de molestar su atención a efecto de que se sirva, por un efecto de caridad, el darle la orden al señor don Tomás Urmeneta, ponga en ésta, a mi disposición, los seis mil doscientos noventa y seis pesos de que se sirvió V. m. depositarle en su persona: con cuya orden no me queda duda la cumpla a la mayor brevedad y consuelo mío, pues hace cuatro años carezco de lo mío y sin premio, expuesto a un robo y que este me comprenda, a más de quedarle a V. m. sumamente agradecido: a este mismo fin tengo escrito a los señores hermanos Urmeneta a Concepción, al señor Julián con fecha veinte de Mayo de mil ochocientos doce y al señor don Tomás, a Santiago, con la de cuatro de Julio de mil ochocientos doce, de cuyas contestaciones carezco aún: quiera Dios por su infinita

misericordia no me suceda así con V. m., pues debe V. m. compadecerse de un pobre desvalido a quien acosan por lo que debe.—(*Falta la firma*).

*Contestación de don Tomás Ignacio de Urmeneta*

Señor don Francisco García Carrasco.—Santiago y Noviembre 23 de 1812.—Muy señor mío de toda mi atención: Al momento que recibí la primera favorecida de V. S. se la dirigí original al señor don Juan Rozas, cuya contestación en orden a su encargo fué la siguiente: «Luego que reconozca unos papeles responderé a Vd. sobre el negocio del señor Carrasco, a quien deseo hacer todo el bien posible». Posteriormente practiqué la misma diligencia de mandarle sin pérdida de tiempo la carta de V. S. para dicho señor; pero no habiendo, sin embargo, tenido contestación ninguna hasta lo presente, me hallo igualmente en el caso de no poder avisar a V. S., como quisiera, el resultado de este particular, deseando haberlo hecho mucho antes y fuera tan favorable como considero le interesa por las circunstancias que me indica V. S., a cuyo beneficio nada quedará por hacer de mi parte, mientras tengo el gusto de ofrecerme a sus órdenes como su más atento seguro servidor que besa sus manos.—*Tomás Ignacio de Urmeneta*.

*Respuesta de García Carrasco a la carta precedente*

Señor don Tomás Ignacio de Urmeneta.—Lima, 20 de Enero de 1813.—Muy señor mío de mi mayor estimación: recibí la de Vd. fecha veinte del próximo pasado Noviembre, a la que contesto gracias al Eterno Padre, gracias al Unigénito Hijo, gracias al Espíritu Santo, gracias a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y gracias a la Reina de los Ángeles, María Santísima, Nuestra Señora del Carmen, a quien sin duda merezco la favorable contestación de Vd., pues me tengo encomendado a dicha Señora por el logro del consabido negocio. En cuanto al contexto que Vd. me dice le dió el señor don Juan que contestaría a Vd., viendo ciertos papeles, digo a Vd. que yo no he tenido trato con dicho señor por escrito; que los de la súplica que me hizo en solicitud del dinero que tuviese, ganando el cinco por ciento, como fueron entregadas las trescientas cincuenta onzas que en el día existen en poder de Vd. con sus gananciales, como consta de los documentos que existen en mi poder. La de secreto que he tenido con dicho señor, Nuestra Señora del Carmen, él y yo lo sabemos, como es el haberme dicho en la puerta del corredor interior del palacio, en donde me tuvieron dieciocho días con centinelas de vista, que si tenía

algún dinero para poner en la presa de la *Escorpión*; a que contesté no tenía más que quinientos pesos, por cuya cantidad dijo me metiese en parte y convivino en ello, y yo entonces ofrecí a la Virgen del Carmen la mitad de lo que me tocase para la fábrica de su iglesia que se construye en Concepción y así sólo me queda el con que con su buen corazón consiga con el señor don Juan de Rozas el traspaso de la cantidad que mía existe en su poder a esta ciudad, en la persona que Vd. tenga de su mayor satisfacción, pues estoy seguro el que disfrutare la ganancia del seis por ciento y seguro su principal, de que carezco, y esto podrá existir todo el tiempo que el señor don Juan necesite para el reconocimiento de los papeles que dice tiene que ver como el de mi partida a España que la estoy retardando por dicha falta que es cuanto tengo que decir a Vd. en orden al asunto de que se trata, mientras tengo el gusto de ofrecerme a sus órdenes como su más atento y seguro servidor que sus manos besa.—*F. A. G. C.*

Útiles para el asunto de Rozas y Urmeneta sobre cobranza de pesos.—(*Hay una rúbrica*).



*Segunda carta de García Carrasco a don Julián de Urmeneta*

Núm. 8.—Señor don Julián de Urmeneta.—Lima, y Marzo 8 de 1813.—Muy señor mío:—Con fecha 20 de este mismo mes escribí a Vd. el año pasado lo que a la letra copio.

«Con el motivo de hallarme en la mayor indigencia y próximo para pasar a España, paso a molestar la atención de Vd. suplicándole le haga presente al señor don Juan de Rozas que respecto que se hallan en Santiago, en poder de su señor hermano don Tomás Urmeneta, la cantidad de seis mil doscientos noventa y seis pesos; se sirva darle la orden al señor su hermano de Vd. para que ponga en ésta, a mis órdenes, la consabida cantidad. A cuyo favor daré a Dios y a Vd. las debidas gracias; de cuyas resultas espero del favor de Vd. me las comunique a la mayor brevedad». Y como no he merecido su contestación, reitero de nuevo a fin de que le suplique Vd. al referido señor don Juan tenga presente el que me dijo por una esquelita, que conservo en mi poder, el que no me iría sin el consabido dinero. Es cuanto expresa merecer de su favor su afectísimo y seguro servidor, que sus manos besa.—(*Falta la firma*).

*Carta de don Manuel Fernández al albacea  
de García Carrasco*

Núm. 9.—Señor don Rafael Díaz Pichón.—Santiago de Chile, 12 de Diciembre de 1814.—Mi dueño y señor. La carta de V. m., de veinte de Julio, no llegó a mis manos hasta mediados de Noviembre, que la puso en mi casa una persona desconocida, no estando yo en ella y no ha vuelto a aparecer, de modo que ignoro la causa de su tardanza.

Como yo salí de la caja real a fin de Diciembre de 1812 no podía evacuar la diligencia que V. m. me pide; pero luego que lo permitieron mis males hablé a los actuales Ministros Ascacíbar y Arangua para que extendieran el documento y certificación que V. m. solicita: y ha sido casi milagro poderlo hacer, porque los Carrera cuando fugaron de esta ciudad, después de su derrota por el ejército real, se llevaron muchos papeles de la Tesorería General, especialmente los correspondientes a los tres últimos años, sin duda para que no pudiera esclarecerse su manejo, de modo que costó algún trabajo el buscar los datos para formar la certificación que incluyo, dada en siete del presente, y yo fuí personalmente para ello varias veces a la oficina y ayudé a reconocer papeles y libros, pues se ha-

llaban los Ministros sumamente ocupados, cuyo corto trabajo espero me pague V. m. con encomendarme a Dios para que se digne sacarme con bien de los males y enfermedades que me rodean.

He suplicado por el alma de nuestro difunto jefe, el señor Carrasco, los sufragios que me han sido posibles y lo continuaré en adelante.

Deseo servir a V. m. en otra cosa, pues soy su afectuosísimo, que su mano besa.—*Manuel Fernández.*

Haga V. m. una visita en mi nombre cuando pueda al señor coronel don Manuel Olaguer Feliú.

*Otra de don Tomás Ignacio de Urmeneta  
al mismo albacea*

Núm. 10.—Señor don Rafael María Díaz Pichón.—Santiago, Febrero 28 de 1815.—Muy señor mío de mi atención: Contesto su apreciable de treinta de Diciembre último, que he recibido por la Perla, diciendo que contemplo a la fecha se halle Vd. instruido por los documentos remitidos a mi apoderado don Joaquín de Asín, del resultado y fin último que tuvieron los seis mil y doscientos pesos de la pertenencia del señor don Francisco Antonio García Carrasco.

El entero de dicha cantidad en esta Tesorería General y en la de Concepción a que me obligó este

Gobierno en el tiempo de la revolución no estaba en mis alcances evitarlo. Esto mismo le hice presente a don Julián Sebastián de Zilleruelo, apoderado en ésta de dicho señor Carrasco, quien pienso no hizo gestión alguna en este Gobierno con convencimiento de la inutilidad de este paso y no exponer su persona a la fuerza dominante. Al fin los citados documentos instruirán a Vd. de cuánto apatece en el particular para su inteligencia, mientras dándole los debidos agradecimientos por sus atentas expresiones, tengo el gusto de ofrecerme a Vd. igualmente como su atento seguro servidor, que besa su mano.—*Tomás Ignacio de Urmeneta.*

*Otra al mismo de don Damián Seguí*

Núm. 11.—Señor don Rafael Díaz Pichón.—Valparaíso, y Octubre a 21 de 1816.—Mi más estimado amigo: Recibí su muy apreciada, fecha siete del que rige, y bajo su contenido, digo: de que los estribos paran en mi poder, que me entregó Manuel Cienfuegos, porque la *Victoria* lleva el viaje muy dilatado y otro cualquier buque llegará primero que ella en Lima, y con cualesquiera amigo se remite; y para verificar dicha remesa es necesario que Vd. me mande una noticia para quién son dichos estribos y piola, o una carta firmada de su puño para dicho sugeto, pues a mí se me ha tras-



papelado la que tenía; al expresado Cienfuegos entregué diez pesos por encargo que Vd. me hizo.

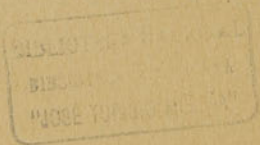
Al señor don Antonio Ramos, luego que recibí la de Vd., se la enseñé y me contestó que era Vd. muy exigente y que no precisaba tanto el asunto, aunque dicho de todo comerciante; por lo que Vd. me dice del cirujano mayor, con el que lo asiste, Dios quiere, sin quitarle ciencia, que sea el mayor el errado y el asistente acertado; el sable lo recogí y para en mi poder; cuando recibí la de Vd. estaba próximo para echarme a la cama, que me iban a echar ayudas, porque pasa aquí un principio de chavalongo muy furioso y aquí se están muriendo algunos del mismo mal que no duran más de ocho días. Cuidado por allá no suceda eso, ya que no hay plata que haya vida; yo estoy esperando de que venga *la Paula* para pasar a esa a fin de dar algunos pasos sobre lo que Vd. no ignora. Estimaré le vuelva a Vd. las memorias que me manda esa señorita y a todos los que pregunten por mí, y Vd. las tomará a medida de su deseo y mande a su mas humilde servidor, que su mano besa.—*Damián Seguí.*

*De don Cristino de Huidobro a doña Rosa  
de la Torre*

Núm. 12.—Señora doña Rosa de la Torre.—  
Santiago, Octubre 16 de 1822.—Muy señora mía:

Aunque no tengo el honor de conocer a V. m. ni por escrito ni de palabra, me tomo la satisfacción en esta ocasión de verificarlo a fin de cumplir con exactitud y pureza los asuntos que dejó a mi cargo el finado señor Brigadier don Francisco García Carrasco, Presidente que fué de este reino.

El cinco de Abril de mil ochocientos diez remitió a consignación de V. m. el señor Conde de la Conquista don Mateo Toro, dieciocho y tres cuartos doblones de oro de cuenta y riesgo de dicho señor Carrasco para que V. m. las remitiese a España de cuenta y riesgo de dicho señor, y no habiendo tenido la menor noticia si se remitieron o no, me ordenó en su fallecimiento reconviniere a V. m. por la expresada cantidad, y como las circunstancias del tiempo y mi separación de esta ciudad no me han permitido el hacerlo, lo verifico ahora para que V. m. me diga lo que hay en este particular, para ver qué medida deba tomar. V. m. dispensará mi satisfacción y con la misma puede disponer y mandar con el imperio que puede y debe a éste su afectísimo y seguro servidor, que su mano besa.—*Huidobro*.



XXII.—AUTOS REQUERIDOS POR DON RAFAEL MARÍA DÍAZ PICHÓN, ALBACEA Y HEREDERO DEL SEÑOR BRIGADIER DON FRANCISCO GARCÍA CARRASCO, SOBRE RETENCIÓN DE VARIAS ESPECIES QUE REMITIÓ DEL REINO DE CHILE DON TOMÁS IGNACIO DE URMENETA A CONSIGNACIÓN DE DON JOAQUÍN ASÍN.

Núm. 1.—En el nombre de Dios, Nuestro Señor, Todopoderoso, amén. Sea notorio a todos cuantos esta mi carta última y postrera voluntad vieren como yo don Francisco Antonio García Carrasco, brigadier de infantería de los reales ejércitos de su majestad, director e inspector del real cuerpo de ingenieros, ex-Presidente, Gobernador y Capitán General de este reino, natural que declaro ser de la nobilísima ciudad y plaza de Ceuta, en Africa, hijo legítimo y de legítimo matrimonio del teniente de infantería, con agregación a la plana mayor de la plaza de Málaga, don Antonio García Carrasco y de doña Rosa Díaz, mis padres difuntos; y hallándome por la misericordia de Dios en mi sano y entero juicio, memoria y entendimiento natural y creyendo como firmemente y verdaderamente creo en el alto y divino misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y en todos los demás misterios y artículos de fe que tiene, cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica,

Romana, bajo de cuya fé y creencia he vivido y protesto vivir y morir como fiel y católico cristiano, quiero hacer y ordenar mi testamento, y antes de reducirlo a efecto invoco por mi abogada y protectora a la serenísima Reina de los Angeles, María Señora Nuestra, al ángel de mi guarda y santo de mi nombre y demás santos y santas de la corte del cielo, en cuyo nombre comienzo en la forma y manera siguiente:

Primeramente, encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor, que la crió y redimió con el infinito precio de su sangre y mi cuerpo a la tierra como origen de su formación, el que en su fallecimiento quiero y es mi voluntad sea sepultado en cualesquiera iglesia de los conventos del Señor San Francisco y amortajado con el hábito de esta orden, cuyo entierro será con arreglo a la calidad de mis empleos y proporciones a que se arreglará mi albacea, según le dejé prevenido en comunicato privado, disponiendo que las honras y cabo de año se hagan en la iglesia del Señor San Agustín y lo declaro así para que conste.

Item, es mi voluntad que a las mandas forzosas y acostumbradas en testamentos se les den cuatro reales a cada una, con que las aparto de mis bienes y lo declaro así para que conste.

Item, es mi voluntad que mi criada Magdalena quede libre de toda servidumbre después de mi fa-



llecimiento, sirviéndole esta cláusula de bastante carta de libertad y lo declaro así para que conste.

Y para cumplir y pagar este mi testamento, mandas y legados en él contenidos, nombro e instituyo por mi albacea a don Rafael María Pichón con el poder de albaceazgo en derecho necesario para que use de él todo el tiempo que quisiese y hubiese menester, aunque sea pasado el año y día fatal que el derecho dispone; y en el remanente que quedare de todos mis bienes, deudas, acciones y futuras sucesiones nombro e instituyo por mi único y universal heredero al referido don Rafael María Pichón, en razón de no tener ascendientes ni descendientes legítimos, como también por compensarle el servicio de más de treinta y dos años que me acompaña de mi mayordomo, sirviéndome con toda honradez y juicio, para que en esta orden goce de dichos mis bienes con la voluntad de Dios y la mía: con lo cual revoco y anulo y doy por ningún valor ni efecto otro cualesquiera testamento, codicilo u otra disposición que antes de ésta haya hecho y otorgado, porque quiero que ésta solo valga por mi última y final voluntad; y yo el presente escribano doy fe, conozco al señor otorgante, que al parecer se halla en su sano y entero juicio, memoria y entendimiento natural, que así lo dijo, otorgó y firmó en esta ciudad de Santiago de Chile, a doce días del mes

de Diciembre de mil ochocientos diez años; siendo presentes por testigos llamados y rogados el reverendo padre definidor fray Manuel de la Puente, del orden del señor San Francisco y don Julián Sebastian de Silliruelo y don Antonio Pastor Alvarez.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Ante mí, *Ramón Ruiz de Rebolleda*, escribano público.—Pasó ante mí y en fé de ello lo signo y firmo. (Hay signo).—*Ramón Ruiz de Rebolleda*, escribano público.

Núm. 2.—En la ciudad de los Reyes del Perú, en diez de Mayo de mil ochocientos trece, ante mí el escribano y testigos, el señor don Francisco Antonio García Carrasco, brigadier de infantería de los reales ejércitos de Su Majestad, director, sub-inspector del real cuerpo de ingenieros, ex-Presidente, Gobernador y Capitán General del reino de Chile, residente en esta capital, y dijo: que en la ciudad de Santiago de Chile, a doce de Diciembre de mil ochocientos diez, otorgó su testamento ante don Ramón Ruiz de Rebolleda, al cual ha deliberado añadir una disposición testamentaria firmada de su puño y letra, fecha en la ciudad de la Concepción de Penco, a primero de Marzo de mil ochocientos siete, la cual no se relató en el citado testamento y ahora por vía de codicilo, o en la forma que más haya lugar en derecho, quiere que valga y manda se guarde, cumpla y ejecute inviolablemente como

testamento, ratificando y dejando en su fuerza y vigor ambos para que se estimen por su última y deliberada voluntad y con ningún motivo, ni pretexto se contravenga y así lo otorgó y firmó dicho señor otorgante, a quien doy fe, conozco y que está en su entero y cabal juicio a lo que me parece, siendo testigos don Manuel Mariano de Zúñiga, don Luis Ignacio de Querizeta y don Laureano José de Beunza y Aizcorbe.—*Francisco Antonio García Carrasco*.—Ante mí, *Gaspar de Salas*, escribano público.

Concuerda con su original en mi registro, a que me remito y para que conste doy el presente, que signo y firmo en Lima a Junio cinco de mil ochocientos trece.—(Hay signo).—*Gaspar de Salazar*, escribano público.

Núm. 3.—Digo yo, el abajo firmado, que a pedimento o súplica del doctor don Juan Martínez de Rozas, vecino de la Concepción, he recibido del muy ilustre señor don Francisco Antonio García Carrasco, Presidente y Capitán General de este reino, trescientas cincuenta onzas de oro selladas, las cuales en unión del citado doctor don Juan Martínez de Rozas, pagaremos en la misma especie, de la fecha en un año, o por el tiempo que nos conviniere, pues son destinadas para el empleo de efectos y esclavatura a que voy destinado a Buenos Aires, de cuenta de ambos, con mas el cinco por

ciento de interés anual, advirtiéndose que si vencido el año no cumpliésemos, ni el interés correspondiente y corriere otro año sin verificarlo, para este caso se consideraría el interés del primero como principal agregado al recibido; y por todo pagaremos el interés del cinco por ciento prevenido; esto es, en el segundo año o los demás que corrieren, a cuyo fin nos obligamos en toda forma.—Fecha en Santiago de Chile, a cuatro de Marzo de 1810.—Por hallarse ausente el doctor Rozas, *Bernardo de Vergara*.—Pié.—Son trescientas cincuenta onzas de oro selladas.

Concuerda con el documento original que devolví al muy ilustre señor don Francisco Antonio García Carrasco y de su pedimento doy el presente en Santiago fecha *ut supra*.—(*Hay signo*).—*Ramón Ruiz de Rebolleda*, escribano público.

Núm. 4.—Recibí del señor don Juan Martínez de Rozas la cantidad de seis mil doscientos noventa y seis pesos, los seis mil veinte del principal que el señor don Francisco García Carrasco, había dado a interes a dicho señor don Juan, y los doscientos setenta y seis de los intereses corridos desde el cuatro de Marzo de ochocientos diez hasta el día de hoy en que se cumplen once meses, cuyas dos cantidades de principal e intereses los he recibido por encargo particular del expresado señor don



Francisco Carrasco, con lo cual dicho señor don Juan queda libre de la obligación que había contraído, la que se le ha devuelto, y del pago de los intereses en adelante; y es declaración que los referidos seis mil doscientos noventa y seis pesos de principal e intereses los he de mantener en mi poder de cuenta, costo y riesgo del expresado señor Carrasco a quien pertenecen; pero no se los he de entregar a menos que sea de acuerdo y consentimiento del referido don Juan Rozas, el que prestaría luego que se esclarezcan entre los dos contratantes ciertas dudas que tienen y cuentas pendientes sobre mayor cantidad y para que en todos tiempos conste firmé dos de un tenor, el uno para el referido señor Carrasco y el otro para el referido don Juan, en Santiago de Chile y Febrero 4 de 1811.—*Tomás Ignacio de Urmeneta.*

Excelentísimo señor:—Don Rafael María Pichón, albacea y heredero del señor brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, según instruye el testamento y codicilo que debidamente presento bajo los números 1 y 2, como más haya lugar en derecho, parezco ante V. E. y digo: que en 4 de Marzo de 1810 el referido señor brigadier, hallándose de Presidente del reino de Chile, prestó al doctor don Juan Martínez de Rozas trescientas cincuenta onzas de oro selladas con el interés del cinco

por ciento al año, las que recibió don Bernardo Vergara, apoderado de Rozas, y se obligó de mancomún e *in solidum* con su poderdante a pagar en el término de un año empezado a correr y contarse desde dicha fecha, según instruye el documento número tres, que con igual solemnidad presento.

En 4 de Febrero de 1811, el doctor Rozas entregó a don Tomás Ignacio de Urmeneta seis mil doscientos noventa y seis pesos en esta forma: seis mil veinte pesos valor de las referidas trescientas cincuenta onzas, y doscientas setenta y seis por los intereses vencidos desde el 4 de Marzo de 1810 hasta dicha fecha como perteneciente al enunciado señor Carrasco y se obligó a tenerlos en su poder de cuenta y riesgo de mi instituyente, para entregárselos con orden expresa del señor Rozas luego que se esclareciesen ciertas dudas que había entre ambos contratantes, según persuade el documento número 4 datado en Santiago de Chile en la fecha indicada, que con igual solemnidad exhibo.

La revolución había ya mudado la faz de ese reino. El señor Carrasco había sido depuesto de la presidencia y el doctor Rozas ocupaba un lugar en aquella Junta. Así se vió precisado el señor Carrasco a recibir dicho papel con esas condiciones en lugar de su dinero por no comprometer mas su persona e intereses. Fué obra de la fuerza más bien que de la voluntad de dicho señor Presidente.

A la deposición del señor Carrasco sucedió su viaje a esta capital y la imposibilidad de cobrar ese dinero por el poderío de Rozas y odio de los juzgados de Chile contra su Presidente. Así falleció este señor sin poder recaudar su dinero, bajo el testamento indicado, según juro conforme a derecho.

El citado documento número 4 acredita que los expresados seis mil doscientos noventa y seis pesos se hallan en poder de Urmeneta desde el 4 de Febrero de 1811. Declara en él que pertenecen al señor Carrasco y por libre a Rozas de todo cargo por dicho principal y sus réditos. Él ha remitido a esta capital en el navío el *Sacramento* ciento cincuenta y ocho zurrone de garbanzos y doscientos siete zurrone de sebo a consignación de don Joaquín Asín. Si no se retiène su importe en esta capital para el pago del crédito indicado, se hará éste incobrable por el estado actual de dicho reino. Así se ha de servir V. E. mandar que el referido don Joaquín reconozca el citado recibo número 4, jure y declare si el nombre y apellido que se halla a su pie es de puño y letra de Urmeneta; y asimismo cómo es cierto que le ha mandado éste a su consignación los indicados zurrone de sebo y garbanzos en el sobredicho navío y, confesado que sea, ordenar que retenga su importe a disposición de esta superioridad.

Por tanto,

A V. E. pido y suplico que, habiendo por presentados dichos documentos, se sirva proveer y mandar según llevo deducido, y espero en justicia, etc.—*Manuel Pérez de Tudela*.—*Rafael María Díaz Pichón*.

Lima, Septiembre de 1814.—Al señor Auditor de Guerra.—(Hay una rúbrica).—*Acebal*.

Lima, y Septiembre 13 de 1814.—Por presentados los documentos: Don Joaquín de Asín reconozca jure y declare como se pide y se comete y confesando notifiquesele tenga el importe de las especies que se expresan a disposición de esta superioridad.—*Concordia*.—*Casa Calderón*.—*Doctor José de Herrera*.

En Lima, y Septiembre dieciséis de ochocientos catorce.—En virtud de lo mandado recibí juramento de don Joaquín Asín, que hizo en forma de derecho y siendo examinado a presencia del documento presentado, fechado en Chile, a cuatro de Febrero de ochocientos once, dijo: que el mencionado papel le parece ser de don Tomás Ignacio Urmeneta y la subscripción que se halla a su conclusión según el conocimiento que tiene de ella. Lo que expuso ser la verdad, bajo el juramento hecho subscribió; y que remitió los sebos y garbanzos,

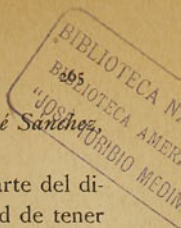


doy fe.—*Joaquín Asín*.—Ante mí.—*José Sánchez*, receptor.

Incontinenti hice saber la segunda parte del dicho superior decreto sobre que en virtud de tener en su poder las indicadas especies detendrá su importe, doy fe.—*Asín*.—*Sánchez*.

Excelentísimo Señor:—Don Rafael María Díaz Pichón, albacea y heredero del señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, en el expediente sobre la retención del importe de varias especies que remitió del reino de Chile don Tomás Ignacio de Urmeneta, a consignación de don Joaquín de Asín y demás deducido, digo: que por el de fojas... se sirvió V. E. mandar que reconociendo Asín el papel de fojas..., firmado por Urmeneta, declarando haber recibido ciento cincuenta y ocho zurrone de garbanzos y trescientos siete zurrone de sebo, pertenecientes a dicho comerciante, retuviese su importe a disposición de esta superioridad.

Asín reconoció por de Urmeneta dicho recibo y declaró tener en su poder esas especies remitidas por dicho comitente, según instruye la diligencia de fojas...; V. E. ha mandado que todo dinero perteneciente a depósitos judiciales se pase a cajas reales, y siendo el presente uno de ellos, se ha de servir V. E. mandar se notifique al referido Asín entere en ellas, sin la menor demora, el importe de



cuanto se haya vendido hasta el presente y que igual exhibición haga en lo sucesivo, según fuere vendiendo dichas especies, hasta su conclusión.

Por tanto,

A V. E. pido y suplico que en consideración a lo expuesto se sirva proveer y mandar según llevo deducido y espero en justicia, jurando lo necesario, etc.—*Manuel Pérez de Tudela*.—*Rafael María Díaz Pichón*.

Lima, Octubre 2 de 1814.—Póngase razón de la orden que se cita referente a depósitos y tráigase.—(Hay rúbrica).—Ante mí.—*Luza y Castillo*.

Para dar cumplimiento al superior decreto de la vuelta, pasé a las cajas reales de esta capital y haciéndoselo presente al señor don Vicente de la Peña, me manifestó el superior decreto en que se ordena que los depósitos judiciales se pongan en dicha caja real, y aún me expresó haberse puesto varios en su virtud, cuyo superior decreto aquí se copia y su tenor es el siguiente: «Lima, Abril veintitrés de mil ochocientos catorce.—Notifíquese a los depositarios y albacea que se expresan que en el día exhiban las cantidades de que se trata en la tesorería general, por cuyos ministros se les dará el resguardo correspondiente y entregará a su tiempo dichas sumas a los legítimos interesados, tomándose razón de esta providencia en el tribunal de cuentas y en la referida tesorería.—*Concordia*.—

*Toribio de Acebal*, y para que conste pongo la presente.—Lima y Octubre ocho del año de mil ochocientos catorce.—*Ignacio Luza y Castillo*.

Lima, Octubre 10 de 1812.—Vista la antecedente razón, hágasele saber a don Joaquín Asín, deposite en cajas reales la cantidad que resulte en su poder del expendio de los efectos pertenecientes a don Tomás Ignacio Urmeneta, hasta la de seis mil doscientos noventa y seis pesos, de que éste es deudor a la testamentaría del señor Brigadier don Francisco García Carrasco, quedando allí a disposición de esta capitanía general; désele por los señores ministros al expresado Asín el correspondiente resguardo, a quienes se les hará presente esta determinación.—*Concordia*.—*Casa Calderón*.—*Doctor José de Herrera*.

Excelentísimo señor:—Don Rafael María Díaz Pichón, albacea y heredero del señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, en el expediente sobre la retención del importe de varias especies que remitió del reino de Chile don Tomás Ignacio de Urmeneta, a consignación de don Joaquín de Asín, y demás deducido, digo: que por el de diez del corriente se sirvió V. E. mandar se hiciese saber al referido Asín depositase en cajas reales la cantidad que resulta en su poder del expendio de los efectos referidos, hasta la de seis mil doscientos

noventa y seis pesos de que es deudor Urmeneta a la testamentaria del señor Carrasco, quedando allí a disposición de esta capitanía general; que por los señores ministros se diese a Asín el correspondiente resguardo, haciéndosele presente esta determinación.

Asín se halla en la hacienda de Bujama, sita en el territorio de Cañete, por lo que no se le ha podido notificar dicha providencia. Así para que este expediente tome el giro debido, en conservación de dicho principal, se ha de servir V. E. autorizar a los señores ministros de estas reales cajas para que oficien a Asín sobre la entrega de dicho dinero, una vez que ha de depositarse en la indicada tesorería, según está mandado.

Por tanto,

A V. E. pido y suplico que en consideración a lo expuesto se sirva proveer y mandar como llevo deducido y espero en justicia, jurando lo necesario, etc.—*Manuel Pérez de Tudela.*—*Rafael María Díaz Pichón.*

Lima, Octubre 22 de 1814.—Haga esta parte su diligencia como corresponde para el cumplimiento del auto de 10 del que rige.—(Hay rúbrica).—Ante mí, *Luza y Castillo.*

En veinticuatro de Octubre de mil ochocientos catorce hice saber el superior decreto al margen de



este escrito a don Rafael María Díaz Pichón en su persona.—Doy fé.—*Luza y Castillo.*

Excelentísimo señor:—Don Rafael María Díaz Pichón, albacea y heredero del señor brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, en el expediente sobre la retención del importe de varias especies que remitió del reino de Chile don Tomás Ignacio de Urmeneta a consignación de don Joaquín de Asín y demás deducido, digo: que por auto de diez del corriente se sirvió V. E. mandar se hiciese saber al referido Asín depositase en cajas reales la cantidad que resulte en su poder del expendio de los efectos referidos, hasta la de seis mil doscientos noventa y seis pesos, de que es deudor Urmeneta a la testamentaria del señor Carrasco; quedando allí a la disposición de esta capitanía general.

Asín se halla en la hacienda de Bujama, sita en el territorio de Cañete, por lo que no se le ha podido notificar dicha providencia. Así, para que ésta pueda surtir el efecto debido, se ha de servir V. E. mandar se libre el despacho correspondiente con inserción del auto referido del diez del presente Octubre, y se dirija a los jueces del territorio de Cañete para que hagan saber al expresado Asín su contenido, y hecho den cuenta de haberlo ejecutado para que agregándose oportunamente a este expe-

diente pueda pedir lo que convenga al derecho de la testamentaría de mi cargo.

Por tanto,

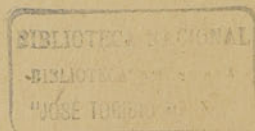
A V. E. pido y suplico que en consideración a lo expuesto se sirva proveer y mandar como llevo deducido y espero en justicia jurando lo necesario, etc.—*Manuel Pérez de Tudela.*—*Rafael María Díaz Pichón.*

Lima y Noviembre 3 de 1814.—Librese el despacho que se solicita con inserción del auto de 10 de Octubre último.—(Hay dos rúbricas).—*Doctor Herrera.*

Se libró el despacho en 5 de Noviembre de 1814 y se entregó al interesado.—(Hay rúbrica).

En Lima y Noviembre diecisiete de mil ochocientos catorce hice saber el superior decreto de S. E. de diez de Octubre del presente, que corre a fojas 8 vuelta a don Joaquín Asín, doy fe.—*Asín.*—*José Sánchez.*

Excelentísimo señor:—Don Joaquín Asín, del comercio de esta ciudad, en la mejor forma que en derecho haya lugar, parezco ante V. E. y digo: que ayer diecisiete del corriente se me hizo saber la providencia expedida por V. E., con fecha diez de Octubre anterior, en el expediente promovido por don Rafael Díaz Pichón, como albacea del señor don Francisco Antonio García Carrasco, por la cual



se ordena deposite en cajas reales la cantidad que resulte en mi poder, del producido de los efectos que don Tomás Ignacio de Urmeneta, vecino de Chile, me consignó, hasta los seis mil doscientos noventa y seis pesos de que se le supone deudor a la testamentaría de dicho señor Carrasco.

Esta providencia señor Excelentísimo (hablando con la debida sumisión) contiene el mayor agravio al honor y acreditada conducta de dicho don Tomás y un considerable perjuicio a sus intereses; pero lo que es más, que para la liberación del embargo de los indicados efectos, decretado en siete de Septiembre último, no concurre otro fundamento que el capcioso artificio de que se usa para establecer la demanda. Por esto y por los poderosos motivos que expondré se ha de servir la justificación de V. E. mandar se alce el indicado embargo, se suspenda el cumplimiento de la subsecuente providencia y declarar que si el referido albacea tiene que pedir en juicio, o fuera de él, contra el expresado Urmeneta, ocurra al lugar de su domicilio, donde se le hará justicia porque este es el orden de que exige la demanda, conforme a su naturaleza y al estado actual de aquel reino.

Ante todas cosas tengo por necesario instruir a V. E. que don Tomás Ignacio de Urmeneta, por opinión general es uno de los más honrados vecinos de la capital de Santiago, de conocido caudal,

y de la más sentada conducta. Bajo de este principio no es dudable que una providencia como la de que se trata lastime sobremanera el crédito y buen nombre de un comerciante y que debe reputarse como la más a propósito para abatir su concepto.

Examinando el mérito sobre que recae dicha providencia, se encuentra apoyada en una simple obligación depositaria, que sin salir de su tenor y estando a su sola inspección, es preciso convencerse que carece de la fuerza que ha querido atribuírsela y las dos condiciones que contiene bastan para desvanecer todo el aparato con que la recomienda el albacea, pues para que pudiese obrar en juicio debía preceder la justificación de que esas condiciones se invalidaron y no tenían lugar.

Es verdad que Urmeneta contrajo la obligación depositaria porque se le reconviene; pero también lo es que la hizo con cargo de que la cantidad depositada se mantuviese de cuenta y riesgo del señor Carrasco: hecho suficiente para que faltando la prueba de que ese riesgo no ha intervenido se hubiese denegado el embargo. Lo cierto es que debe presumirse que le hubo, pues se saben de público los extravíos que ha causado la violencia en otros intereses menos expuestos y en semejantes circunstancias ¿cabrá en buena razón que caducado el depósito por una causa inevitable sea perjudicado Urmeneta con la retención de sus propios fondos



destinados a los más interesantes fines de su giro, solo por complacer el antojo del albacea del señor Carrasco?

Es otra condición en favor del depósito la de que no ha de ser obligado a exhibir el dinero sin que preceda el acuerdo y conformidad de don Juan Rozas. En los autos no aparece semejante acuerdo y conformidad, lo que indica que la condición está vigente y, sin embargo, la retención tuvo lugar, exponiendo al depositante cuando menos a sostener un pleito con los herederos de Rozas.

Reflexiónese ahora sobre los fundamentos que motivan la perjudicial retención y no se hallará en el expediente otro que el mero relato del albacea, contraído a persuadir que el señor Carrasco admitió la obligación que se ha presentado compelido de la fuerza y en circunstancias de haber sido depuesto del mando, como si este hecho, a más de insuficiente e improbadado, influyese contra el depositario, cuyo interés se redujo a prestar su condescendencia por complacer tal vez al mismo señor Carrasco.

Considérese asimismo los motivos que haya dado el depositario para que se le mire como delincuente y sin la atención a que su público concepto le hace acreedor y no se hallará más que la investidura de un ocultador, con que el albacea del señor Carras-

co ha querido denotarle; y para la debida demostración se pregunta ¿ha sido acaso reconvenido alguna vez? No hay constancia. ¿Se ha negado a pagar? Nada menos. ¿Es algún fallido o embustero? Lo contrario se probará fácilmente: luego concluiremos con el resultado de que sin más antecedente que haberse ocurrido a V. E. con una representación llena de arte y malignidad se atropellan y exponen el honor, los intereses y opinión de un comerciante, que ha trabajado para adquirir y conservar su público concepto.

Un solo apoyo, aunque demasiado débil, pudo influir en la pretensión del albacea y es que la in-comunicación en que hemos existido con Santiago de Chile le sugirió la idea perniciosa de que ha usado; pero que por fortuna aun ese insustancial refugio está ya removido, mediante lo cual se halla en libertad para dirigir sus recursos por el orden y con la formalidad correspondientes a las acciones que representa; establézcalos en buena hora, que yo le pronostico encontrará en don Tomás Ignacio de Urmeneta aquella legalidad y buena fe propias de su carácter; y en contrario evento, o en el caso de continuar en su temerario designio, protesto desde ahora a nombre del verdadero interesado demandarle los perjuicios que le ha inferido por el trastorno y entorpecimiento de sus negociaciones en

cuya precaución es de justicia que los afiance con persona de toda seguridad.

Ultimamente, está probado no hay mérito para que a don Tomás Ignacio se le haga sufrir un agravio como el que se le está siguiendo, en su opinión e intereses. En cuyo remedio debo prometerme de la bondad de V. E. se alce el embargo decretado y el cumplimiento de subsecuente providencia en consideración a los fundamentos que se han expuesto resultan del proceso. Al efecto interpongo recurso que más haya lugar, bajo las protestas necesarias y para ello

A V. E. pido y suplico se sirva mandar hacer como llevo deducido, por ser así de justicia, etc.—  
*Joaquín de Asín.*

Lima, Noviembre 21 de 1814.—Traslado a don Rafael María Díaz Pichón.—(Hay rúbrica).—Ante mí, *Luza y Castillo.*

En Lima y Noviembre veinte de mil ochocientos catorce, hice saber el superior decreto del margen de este escrito a don Rafael María Díaz Pichón en su persona, doy fe, *Luza y Castillo.*

Excelentísimo señor.—Don Rafael María Díaz Pichón, albacea y heredero del señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, en el expediente sobre la retención del importe de varias especies que remitió del reino de Chile don Tomás

Ignacio de Urmeneta, a consignación de don Joaquín de Asín, con lo demás deducido, digo: que se me ha dado traslado del escrito de fojas... por el cual dicho consignatario solicita se alce la retención decretada por V. E.

Fué ésta mandada en trece de Septiembre próximo pasado y notificada a don Joaquín el dieciseis inmediato, según se registra a fojas 6 y fojas 7. El consignatario no reclamó entonces de esta providencia; pero precisado por V. E. a enterar en reales cajas el importe de esas especies, retenido en su poder por el superior decreto de diez de Octubre, entonces es cuando presenta escrito, proclama la buena fe de Urmeneta, cavila sobre las palabras del papel de depósito y pide la reforma de ambos decretos. ¿No manifiesta esto vastamente que su solicitud actual no tiene otro objeto que evitar se traslade ese importe a las cajas reales? Si creía injusta dicha retención ¿por qué no la reclamó desde el diecisiete de Septiembre? ¿Era menos gravosa y perjudicial en su poder a Urmeneta, que lo será en el nuevo lugar donde se manda retener?

Entonces no había el menor recelo de que la violencia hubiese privado a Urmeneta del dinero depositado. Entonces no se creyó necesaria la liquidación de cuentas con los testamentarios del difunto doctor don Juan Rozas. Entonces no hubo protestas de daños y perjuicios y reclamo de agravios



imaginarios inferidos al buen nombre de Urmeneta. ¿Es acaso más seguro el crédito de Asín que el público de la real hacienda?

¿Qué agravio han inferido esas providencias a Urmeneta? Él no es dueño de los seis mil doscientos noventa y seis pesos depositados ni le corresponden en modo alguno. Como depositario, debía mantenerlos con la mayor seguridad y escrupulosidad para entregarlos siempre que se le pidiesen. A él no es dado retenerlos un momento más allá de la voluntad de aquel a cuyo riesgo existían en su poder, sin una especie de fraude. La traslación que ahora se solicita de ese dinero de poder de Asín a las cajas reales importa la de ese dinero depositado. ¿Dónde está el agravio, dónde está la injuria? Se le dió acaso a Asín para que lo retuviese como una propiedad perpetuamente. Sólo en ese caso venían bien esas expresiones fuertes y llenas de vehemencia con que se intenta zaherir las providencias referidas.

Es verdad que el dinero mandado retener es el importe de unos efectos remitidos por Urmeneta. Mas, habiéndose otorgado el depósito en género y no en especie, siendo la plata sellada una cosa fungible, teniendo el privilegio de representar y ser representada y no depositándose en un saco sellado; ese dinero debe reputarse por el mismo que recibió Urmeneta de mano del doctor Rozas para el pago

del señor Carrasco. En su translación, pues, a las cajas reales sólo hay, como llevo dicho, una translación de depósito.

Si yo tratase en el día de que se me entregara como heredero del señor Carrasco, vendría con oportunidad el examen de si había o no perecido el depósito y de si debía o no prevalecer esa cláusula, puesta por Urmeneta de acuerdo con el doctor Rozas cuando éste se hallaba al frente del reino de Chile. Ya me pronostica el escrito de Asín que tendré que sufrir un largo pleito antes de haber a las manos ese dinero. Por eso mismo importa que no se halle en poder de Urmeneta, ni de su consignatario, sino en un lugar seguro y manejado por manos imparciales. ¿Cuál más a propósito que las cajas reales?

Desde Agosto de mil ochocientos diez, se puso el reino de Chile en revolución. El papel de depósito aparece firmado en cuatro de Febrero de mil ochocientos once. En el mismo año llegaron a esta ciudad el señor Carrasco y un papel contra él, lleno de mofa e irrisión, dictado por el furor de sus antiguos súbditos. Son bien notorios los sucesos que precedieron y sucedieron a su deposición y las personas que intrigaron en esta escena. ¿Y aún dirá Asín que las cláusulas de dicho papel se pusieron por Urmeneta de consentimiento del señor Carrasco? ¿Puede tener voluntad libre un hombre en las

circunstancias críticas en que se halló aquel Presidente?

Don Tomás Ignacio de Urmeneta es hermano de don Julián Urmeneta, casado con una de las señoras Mendiburus, hermana de la mujer del doctor don Juan Rozas. Entre ambos había enlaces estrechos de amistad, según instruyen las cláusulas del mismo papel. De forma que, por servir al doctor Rozas, se hizo cargo don Tomás Ignacio de este depósito. Sin duda alguna Asín está instruído de estas relaciones y de la ninguna que había entre el señor Carrasco y Urmeneta. Así admira oírle decir que éste firmó el papel de depósito en obsequio de dicho señor Brigadier.

A más de esto, no se ha calificado la pérdida del dinero depositado y el esclarecimiento de esa condición nula puesta por Urmeneta en su papel, no es del día. Ella se ventilará cuando solicite la entrega de ese dinero como heredero del señor García Carrasco. Por ahora sólo se trata de asegurarlo, poniéndolo en lugar exento de las turbaciones de Chile. En el día se halla éste no tranquilo, sino sometido por las armas después de cuatro años de revolución. ¿Quién puede prever los casos contingentes y futuros? En tal estado dicta la prudencia se aseguren las cosas del mejor modo posible. No encuentro otro que trasladando ese importe a las cajas reales. Ni Urmeneta, ni Asín pueden quejarse de

esto, porque V. E. lo tiene así decretado desde veintitrés de Abril próximo, según el certificado de fojas 8 vuelta. El amor propio de Urmeneta y de Asín debe quedar tranquilo en vista de esta providencia, que por su generalidad no ha herido ni puede herir su honor. Así se ha de servir V. E. mandar se lleve a puro y debido efecto el auto de diez de Octubre próximo, según su contenido.

Por tanto,

A V. E. pido y suplico que en consideración a lo expuesto, se sirva proveer y mandar según llevo deducido y espero en justicia, jurando lo necesario, etc.—*Rafael María Díaz Pichón*.

Lima, y Diciembre 10 de 1814.—Autos.—(Hay rúbrica).—Ante mí, *Luza y Castillo*.

Lima, Diciembre 12 de 1814.—Vistos: y en atención a que las providencias libradas en este expediente a pedimento de don Rafael María Díaz Pichón, sobre la retención de las pertenencias de don Tomás Ignacio de Urmeneta, vecino de Santiago de Chile, únicamente han sido dirigidas a cautelar las consecuencias que debían temerse del estado de insurrección en que estaba aquel reino con respecto al depósito otorgado por éste a favor del señor don Francisco García Carrasco, hallándose hoy en la orden y sugestión debidas y restituidas las autoridades legítimas se declara deben ocurrir a la que corresponda el expresado don Ra-



fael María para la prosecución de este negocio a donde tuvo principio y reside el deudor, siendo a mayor abundamiento independiente de esta aquella capitanía general; álcese en su consecuencia la retención decretada y entréguese para los efectos convenientes.—*El Marqués de la Concordia.*—*El Marqués de Casa Calderón.*—*Don José de Herrera.*

En Lima, y Diciembre catorce hice saber el superior decreto al margen del anterior escrito a don Rafael María Aguirre (sic) en su persona doy fe.—*Luza y Castillo.*

Para efecto de hacer saber el superior decreto del margen del anterior decreto a don Joaquín de Asín, lo he solicitado en la casa de su morada en esta ciudad y, no encontrándolo en ella por hallarse ausente en su hacienda nombrada Bujama, le dejé una carta instructiva transcribiéndole en ella el superior decreto citado, cuya carta entregué a un familiar del referido don Joaquín para que se lo remita a la hacienda, y para que conste, pongo la presente.—Lima, y Diciembre veinte del año de mil ochocientos catorce.—(Hay una rúbrica).—*Ignacio Luza y Castillo.*

Queda tomada razón en los libros respectivos, que con este objeto se llevan en la escribanía de guerra, cuyo despacho corre a mi cargo.—Lima,

y Diciembre veinte de mil ochocientos catorce.—  
*Luza y Castillo.*

XXIII. — DISPOSICIÓN TESTAMENTARIA DE GARCÍA CARRASCO EN LA CIUDAD DE LA CONCEPCIÓN DE PENCO,  
A 1.º DE MARZO DE 1807.

En el nombre de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, Todopoderoso amén. Sepan todos cuantos esta carta de mi testamento, última y postrimera voluntad vieren, como yo, el infrascripto don Francisco Antonio García Carrasco, coronel en el real cuerpo de ingenieros del ejército y comandante de los oficiales de su real cuerpo, destinados a este reino de Chile, natural de la nobilísima, fidelísima ciudad y plaza de Ceuta en Africa, hijo legítimo y de legítimo matrimonio del teniente de infantería con agregación a la plana mayor de la plaza de Málaga en España, don Antonio García Carrasco y de doña Rosa Díaz: natural el primero de la villa de la Higuera en el reino de Extremadura, en España, y el segundo de la ciudad de Melazo, reino de Sicilia, ambos ya difuntos, y hallándome, gracias al Todopoderoso y por su infinita misericordia, en mi libre, sano y entero juicio, memoria y entendimiento natural, creyendo, como firme y verdaderamente creo, en el Alto y Divino Misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distin-

tas y un solo Dios verdadero y en todos los demás misterios y artículos de fe que tiene, cree, confiesa y enseña Nuestra Santa Madre la Iglesia, católica, apostólica, romana, bajo de cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir y morir como fiel cristiano, católico, apostólico, romano: invocando por mis abogados e intercesores a la Reina de los Angeles María Santísima de África, mi patrona, Madre de Dios y Señora Nuestra, al santo Angel de la Guarda, a San Pedro y San Pablo y a todos los santos y santas de la corte celestial, para que éstos intercedan con Dios Nuestro Señor en el último trance de mi vida, pasando de esta mortal a la eterna y perdurable, perdone mis graves culpas y pecados y ponga mi alma en carrera de salvación y debajo de esta divina protección, temiendo la muerte, como cosa natural a toda criatura humana y que ésta llegue hallándome desprevenido, otorgo, ordeno y hago mi testamento en la forma y manera siguiente:

Declaro sin violencia alguna, de buena fe y con toda mi voluntad que perdono de todo corazón a cualquiera persona de cualquier sexo, estado, dignidad y edad, que directa o indirectamente, advertida o inadvertidamente me haya agraviado de palabra, obra o por escrito, aún cuando hayan sido mis adversarios públicos o secretos, pues así es mi última voluntad, no hallándome poseído de cólera, ira, pasión, ni menos ninguna idea de venganza, no



advirtiéndome en mí en la situación en que me hallo más que el amor a Dios y el aborrecimiento al pecado.

Item, declaro tener tres hermanos, a saber: don Juan, don Pedro y doña María Josefa García Carrasco, dejando por mis herederos a los dos dichos primeros mis hermanos de todo lo que realmente se reconozca ser mío, me corresponda tener en la muy nobilísima y fidelísima ciudad y plaza de Ceuta, en Africa, durante los días de sus vidas, heredándose recíprocamente: pero es mi voluntad que finalizada que sea la vida del último, pasen todos los ya referidos bienes que habrán gozado durante sus días, a la dicha mi hermana doña María Josefa, y en defecto de haber fallecido pase la ya referida herencia a sus hijos como verdaderos sobrinos míos; por partes iguales, incluso los varones con las hembras.

Item, ser mi voluntad que sea mi cuerpo amortajado con hábito de nuestro padre San Francisco, como asimismo enterrado mi cuerpo en cualquier convento de dicha orden, cuyo entierro deberá ser correspondiente a mi calidad y dignidad y con respecto a los intereses que se encontraren ser míos al fin de mis días: todo lo cual deberá ejercitar mi albacea, según las órdenes que para ello le deje comunicadas, sin que por esto sea residenciado, con advertencia de que las honras y cabo de año hayan



de ser en algunos de los conventos de nuestro padre San Agustín y todo ejecutado con arreglo a lo dicho anteriormente.

Item, declaro ser hermano de las órdenes del Espíritu Santo y Santa María de Araceli y de nuestro padre San Agustín.

Item, declaro por mi albacea a don Rafael María Pichón, mi mayordomo y compañero que ha sido mío por espacio de más de treinta años: en cuyo tiempo me ha servido con el mayor esmero, voluntad y paciencia, sufriendome con amor todas mis asperezas y sirviéndome muchas veces de ángel de guarda, etc.; para que con arreglo a lo que le tengo comunicado ordene y disponga a su arbitrio sin que por esto deje de cumplir con mi última voluntad testamentaria, aconsejándose con persona de ciencia y conciencia; siendo mi voluntad que después de haber cumplido este mi testamento disfrute y me herede de cuanto se conozca pueda ser mío y haber quedado como son libros, papeles, ropa de mi uso y menaje de casa, incluyendo en esto todo lo que alcanzase de dinero a S. M., o deuda de alguna otra persona, dejándolo todo bajo su buena conciencia y experimentada conducta sin que nadie le tome cuentas por ser así mi voluntad.—Concepción de Penco, en el reino de Chile a 1.º de Marzo de 1807.—*Francisco Antonio García Carrasco.*

Señor Gobernador Político y Militar:—Don Rafael María Díaz Pichón, voluntario de la compañía de cazadores de la Concordia del Perú, albacea y heredero del finado señor Brigadier don Francisco García Carrasco, con la veneración debida parezco ante V. S., y digo: que teniendo que agitar en la ciudad de Santiago varios cobros pertenecientes a la testamentaría de mi cargo, se ha de servir su justificación mandar que por el escribano de este puerto se me dé testimonio de las disposiciones de dicho señor que en la propia forma corren en el expediente seguido en Lima, que al efecto manifiesto.

Por tanto,

A V. S. pido y suplico se sirva de mandar hacer como llevo pedido, que es justicia.—*Rafael María Díaz Pichón.*

Valparaíso y Enero 10 de 1816.—Para los efectos que le convengan, désele a esta parte copia legalizada de los instrumentos que pide, que en testimonio aparecen en el expediente seguido en Lima, que manifiesta, pues para ello interpongo mi autoridad y judicial decreto.—*Villegas.* — Ante mí, *Sánchez.*

En dicho día hice saber lo decretado a don Rafael María Díaz Pichón, doy fé.—*Sánchez.*

Dióse el testimonio que se manda en dicho día.—  
(Hay una rúbrica).

XXIV.—EXPEDIENTE SOBRE SUELDOS INSOLUTOS DEL  
SEÑOR BRIGADIER DON FRANCISCO ANTONÍO GARCÍA  
CARRASCO.

Excelentísimo Señor.—Don Rafael María Díaz Pichón, voluntario de la Compañía de Cazadores de la Concordia de esta capital, albacea y heredero del finado señor ex-Presidente de Chile don Francisco Antonio García Carrasco, como más haya en derecho comparezco ante V. E., y digo:

Que en el expediente que promoví sobre la diferencia de sueldos que le correspondían a dicho señor brigadier como empleado, según el real orden de 7 de Agosto de 1811, después del informe de los señores Ministros de Real Hacienda, que reprodujeron los Tribunales de Cuentas y Vista Fiscal, se resolvió en Junta Superior de Hacienda se me debía abonar la diferencia de sueldos que resultaba a favor del expresado señor, según el real orden ya citado, desde el día en que en Santiago de Chile se le suspendió el sueldo de Capitán General hasta el de su fallecimiento, cuyo auto, provisto por la expresada Junta ya citada en veintidós de Octubre de mil ochocientos trece, se mandó cumplir y guardar por V. E. en decreto de tres de Noviembre del mismo; y, habiéndose procedido a la liquidación advertí que se le hicieron los apuntes

desde el día primero de Mayo de 1811, hice presente a dichos señores que debía ser el ajuste desde el primero de Septiembre de mil ochocientos diez, a lo que se me contestó que el cese que presentó dicho señor Brigadier no especificaba bien claro; y que para dar cumplimiento en todas sus partes a lo mandado, era menester que luego que Chile se tranquilizase procurar pedir a los Ministros de aquellas cajas matrices un documento que acreditase el día fijo en que se verificó la suspensión del referido sueldo; lo que ejecuté luego que las armas del Rey tomaron posesión de aquella capital, el que se me remitió sin demora, que igualmente acompañó a esta representación, para que en virtud de lo expuesto, se sirva V. E. mandar se abone a la testamentaría de mi cargo, cuando las circunstancias lo permitan, lo que resulte en favor de la indicada testamentaría, según y conforme está provisto por el referido auto arriba dicho.

Por tanto,

A V. E. pido y suplico se sirva mandar según y conforme llevo expuesto por ser de justicia, etc.—  
*Rafael María Díaz Pichón.*

Lima; 13 de Enero de 1815.—Informen los señores Ministros de Real Hacienda.—(Hay rúbrica).  
—*Acebal.*



Excelentísimo Señor:—Impuesto este Ministerio del anterior recurso de don Rafael Díaz Pichón, albacea y heredero del señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, Presidente y Capitán General que fué del reino de Chile, sobre abonos de sueldos dejados de pagar como tal Presidente desde que lo despojaron de su empleo, dicen:

Que hallándose en el día tranquilizado aquel reino, siendo V. E. servido podrá mandar que por las reales cajas de Santiago les satisfagan lo que legítimamente corresponda a la testamentaría, con arreglo al cese que presenta de aquellos Ministros de Real Hacienda, hasta fin de Abril de mil ochocientos once, respecto a estar pagado por esta Tesorería General desde primero de Mayo siguiente hasta el día de su muerte, a razón de las dos terceras partes de los diez mil pesos que gozaba como Presidente, así como lo opinó este Ministerio con fecha doce del corriente al recurso de igual naturaleza del señor Brigadier don Joaquín de Alós. V. E. en vista de todo determinará como sea de su mayor agrado.—Real Casa de Lima, 16 de Enero de 1815.—*Joaquín Bonet.*—*Pablo de Porturas y Landázuri.*

Lima, 14 de Enero de 1815.—Remítanse al señor Presidente y Capitán General del reino de

Chile para que disponga que por aquellas reales cajas se satisfagan los sueldos que se reclaman.—*Concordia.*—*Toribio de Acebal.*—Tómese razón.—*Manuel Eslava.*—Fecho en 18.

Don Santiago Ascacíbar Murube, tesorero, y don José Ignacio de Arangua, contador, Ministros de la Tesorería General de Ejército y Real Hacienda de esta capital de Santiago, reino de Chile, etc.—Certificamos que el señor Brigadier del real cuerpo de Ingenieros don Francisco Antonio García Carrasco, Presidente, Gobernador y Capitán General que fué de este reino, fué pagado por esta Tesorería del sueldo de diez mil pesos anuales, que estaban designados a la Presidencia, hasta fin de Agosto de mil ochocientos diez, respecto a que por providencia del Gobierno revolucionario de veintisiete y veintiocho de Setiembre de aquel año, se le mandó sólo contribuir el de cuatro mil pesos correspondientes a su empleo de director, sub-inspector del real Cuerpo de Ingenieros, desde primero del citado Setiembre, en cuyo goce siguió hasta el fin de Abril de mil ochocientos once, como lo acredita el cese dado por esta oficina a dicho señor, fecha diecisiete del referido Abril, habiéndose continuado desde primero de Mayo el de dos pesos diarios hasta dieciocho de Agosto en que se embarcó para

Lima, como lo expresa otro cese remitido al referido señor Carrasco.

Así consta de las listas de pagamentos de aquellos años y órdenes de que hay tomada razón y para los efectos a que hubiere lugar, damos ésta a petición de don Rafael Díaz Pichón, que se dice ser albacea del finado señor don Francisco García Carrasco, en Santiago de Chile, a siete de Diciembre de mil ochocientos catorce.—*José Ignacio de Arangua*.—*Santiago Ascacibar Murube*.

Acompaño a V. S. el expediente promovido por don Rafael María Díaz Pichón, albacea del señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, Presidente y Capitán General que fué de ese reino, a fin de que disponga que por esas reales cajas se le satisfagan los sueldos que reclama.

Dios guarde a V. S. muchos años.—Lima, Enero 18 de 1815.—*El Marqués de la Concordia*.

Santiago, y Septiembre 25 de 816.—Por recibido con el expediente que acompañan, informen los Ministros de Real Hacienda,—(Hay rúbrica).—*Doctor Meneses*.—*Rebolleda*.

Muy ilustre señor Presidente.—Los Ministros de Real Hacienda decimos que según informe de los de Lima de 16 de Enero de 815, fué pagado allí el finado señor don Francisco Antonio García

Carrasco, Presidente que fué de este reino, desde primero de Mayo de 811 hasta el día de su muerte, a razón de los dos tercios del sueldo de diez mil pesos que gozó como Presidente, en conformidad del real orden de siete de Agosto de mil ochocientos once.

Según el cese dado por esta tesorería, agregado a este expediente, fué pagado íntegramente dicho señor Carrasco de su sueldo de diez mil pesos hasta fin de Agosto de mil ochocientos diez; y desde primero de Septiembre del mismo año a fin de Abril de mil ochocientos once, se le abonó el de cuatro mil, según su graduación de director sub-inspector del real Cuerpo de Ingenieros, en virtud de providencia del gobierno insurgente de veintisiete y veintiocho de Septiembre del citado año de mil ochocientos diez.

En nuestro concepto debe ser ajustado y pagado al mismo respecto de los dos tercios de diez mil pesos en el tiempo que medió desde Septiembre de mil ochocientos diez a fin de Abril de ochocientos once, imputándosele el sueldo de cuatro mil pesos que disfrutó, cuyo abono tiene ya ejemplar en este reino con el señor oidor don Félix Francisco Baso Berri, a quien la junta superior de real hacienda, en auto de tres de Agosto de ochocientos quince, mandó pagar las dos terceras partes de su sueldo desde once de Abril de ochocientos once, que dejó



de recibirlo aquí, hasta veintidós de Agosto del mismo año, en que se le principió a satisfacer en Lima y, si V. S. no tiene inconveniente, formaremos el ajuste, cuyo líquido a favor del señor finado podrá ser de unos mil seiscientos pesos, poco más o menos, o resolverá V. S. lo que tenga por más acertado.—Santiago, 21 de Noviembre de 1816.—*Francisco Marín O'Ryan*.—*José Ignacio de Arangua*.—Señor Presidente de Chile.

Santiago y Noviembre 22 de 1816.—Informe el tribunal mayor de cuentas.—(*Hay rúbrica*).—*Doctor Meneses*.—*Rebolleda*.

Muy ilustre señor Presidente.—El tribunal, visto este expediente, lo que debe decir, cumpliendo con el superior decreto de V. S. de veintidós del corriente, es: que los pagos hechos al finado señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, Presidente, Gobernador y Capitán General que fué de este reino, en el modo y forma que explican los ministros de la tesorería general de real hacienda de esta capital en la certificación de fojas tres, está conforme con lo que consta en sus cuentas del año de mil ochocientos diez, que se halla glosada y fenecida y la de mil ochocientos once, que está en actual examen y glosa; como también es constante lo determinado por la junta superior de real hacienda de este reino, en el auto de tres de Agosto de

mil ochocientos quince, que citan en el informe que antecede, para que al señor oidor don Félix Francisco Baso y Berri se le pagasen las dos terceras partes de su sueldo, desde once de Abril de mil ochocientos once, que dejó de servirlo aquí, hasta veintidós de Agosto del mismo año, en que se le principió a satisfacer en Lima.

En cuya virtud, estando en igual caso el finado señor Carrasco, parece podrá V. S., siendo servido, mandar que los enunciados ministros procedan a hacerle el ajuste de su sueldo al respecto, de las dos terceras partes del de diez mil pesos que gozaba como Presidente y Capitán General de este reino (de que fué injustamente despojado por los insurgentes) desde primero de Septiembre de mil ochocientos diez, en que le cesó en esta capital hasta primero de Mayo exclusive de mil ochocientos once, en que se le empezó a pagar en Lima; descontándole así lo que recibió en esta tesorería general al respecto de cuatro mil pesos, como director sub-inspector del real Cuerpo de Ingenieros, desde primero de Septiembre de mil ochocientos diez hasta fin de Abril de mil ochocientos once, como los dos pesos diarios que se le suministraron desde primero de Mayo de dicho año hasta dieciocho de Agosto del mismo, en que se embarcó para Lima, haciéndole los descuentos que corresponden de inválidos, montepío militar y el que estaba haciendo-

se generalmente para la guerra, pues, por lo que hace al de la media annata, que le restaba que pagar, el oficial primero de este real tribunal, encargado de la regulación de este derecho, formará el billete de estilo para pasarlo a la tesorería general de esta capital, con vista de lo que V. S. se sirva decretar cuando se traiga a la toma de razón. Que es cuanto puede exponer en el asunto.—Real tribunal de cuentas de Santiago de Chile, 28 de Noviembre de 1816.—*Victoriano García*.

Santiago, Diciembre 2 de 1816.—De conformidad con lo informado por los ministros de la real hacienda y el tribunal mayor de cuentas, procedan dichos ministros a hacer el ajuste de los sueldos debidos al finado señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, Presidente, Gobernador y Capitán General que fué de este reino, depuesto por los insurgentes, en los términos y con los descuentos que se apuntan en los mencionados informes, y, hecho, pásenlo al expresado tribunal para la regulación de la media annata: la que pagada se entregará el residuo al albacea don Rafael Díaz Pichón, del modo que permitan las actuales urgencias de la real hacienda y tómese razón.—*Marcó del Pont*.—*Doctor Meneses*.—*Rebolleda*.

Tómese razón en el Tribunal de Cuentas de Santiago, a 3 de Diciembre de 1816.—*García*.



Tómese razón en la tesorería general de ejército y real hacienda de Santiago de Chile, a 3 de Diciembre de 1816.—*Arangua*.—*Marín O'Ryan*.

Para los fines que puedan conducir a la liquidación de sueldos que debe hacerse al señor Brigadier finado don Francisco Antonio García Carrasco, declaro como su albacea y bajo el juramento de la santa religión que dicho señor falleció en Lima en diez de Agosto de mil ochocientos trece.—Santiago de Chile, a 3 de Diciembre de 1816.—*Rafael Díaz Pichón*.

Al señor don Antonio García Carrasco, Presidente que fué de este reino, fallecido en Lima en diez de Agosto de mil ochocientos trece.

Deben descontarle para el real derecho de media annata al tiempo de pagar a su albacea los dos tercios del sueldo de Presidente declarados en superior decreto de dos del corriente, un mil quinientos cuarenta y un pesos, en esta forma:

En diez de Junio de mil ochocientos nueve se pasó billete a la tesorería general para que se le descontasen tres mil ciento cuarenta y seis pesos seis y medio reales, que adeudaba por la propiedad del empleo después de rebajado lo que había contribuido por la interinidad..... 3 146.6½



Desde aquella fecha hasta fin de Agosto de mil ochocientos diez, que le cesó el sueldo de Presidente por haberlo depuesto de su empleo los revolucionarios en dieciseis de Julio anterior, se le descontaron novecientos ochenta y cinco pesos dos y medio reales..... 985.2½

---

Quedó restando..... 2 161.4

Y respecto que en dicho superior decreto se le mandaron pagar los dos tercios de los diez mil pesos del sueldo de Presidente hasta el día de su embarque para Lima, y que en aquella capital se le continuaron los mismos dos tercios hasta diez de Agosto de mil ochocientos trece que murió, en cuyo día estaban ya devengados los cuatro plazos de la media annata, pues el último cumplía en dos de Junio del mismo año, deben ahora descontarle los dos tercios de los dos mil ciento sesenta y un pesos cuatro reales que quedó debiendo al tiempo de su separación e importan 1 441

---

Tribunal de Cuentas de Santiago 4 de Diciembre de 1816.—*Ramón Prieto Solares.*

Liquidación que forma la tesorería general de Santiago de los sueldos que devenga el finado señor Brigadier, director sub-inspector del real Cuerpo de ingenieros, don Francisco Antonio García Carrasco, desde primero de Septiembre de mil ochocientos diez, en que por la junta revolucionaria de este reino se le suspendió el de Presidente y Capitán General, hasta fines de Abril de mil ochocientos once, respecto que desde primero de Mayo se le pagó en Lima, como consta del expediente y en conformidad de lo dispuesto en decreto de esta superioridad de dos del presente mes, de que hay tomada razón en el tribunal de cuentas y esta tesorería:

Por las dos terceras partes de su sueldo de diez mil pesos como Presidente y Capitán General que fué de este reino en el tiempo citado arriba.....	4 420.0 $\frac{3}{4}$
Item le son de abono doce pesos 4 $\frac{1}{2}$ reales que deben salir del ramo de inválidos, por tanto que en el descuento que se le hizo por el sueldo de director sub-inspector de ingenieros se le aplicaron más de lo que debía corresponderle por esa liquidación.....	12.4 $\frac{1}{2}$
	<hr/>
	4 432.5 $\frac{1}{4}$

Rebájanse dos mil seiscientos sesenta y seis pesos cuatro reales que desde Septiem- bre de mil ochocientos diez a Abril inclusive de mil ochocientos once se le con- tribuyeron por un sueldo de director, sub-inspector de ingenieros, de trescien- tos treinta y tres pesos dos y $\frac{1}{2}$ reales, menos.....	2 666.4	
Item por los dos pesos diarios con que se le socorrió de orden del gobierno insur- gente desde primero de Ma- yo de mil ochocientos once a dieciocho inclusive de Agosto, que se embarcó para Lima.....	216	2 882.4
		<hr/>
		1 550.1 $\frac{1}{4}$

## DESCUENTOS

A inválidos nada, porque debiendo pa-  
garlo de los dos tercios de cinco mil  
pesos, que estaban sujetos a este des-  
cuento en el sueldo de Presidente, lo

- verificó de cuatro mil de director sub-inspector de ingenieros.....
- A montepío de cuatro mil trescientos cincuenta y cuatro  $1\frac{1}{4}$  (4 354.  $1\frac{1}{4}$ ) que quedan líquidos, rebajados los sesenta y siete siete y medio ( $67.7\frac{1}{2}$ ) correspondientes a inválidos, debió contribuir ciento veintiocho y uno y medio de que se rebajan setenta y seis que pagó de sueldo de sub-inspector de ingenieros 52.  $1\frac{1}{2}$
- A media annata por las dos terceras partes de dos mil ciento sesenta y un pesos cuatro reales que quedó debiendo al ser separado de la presidencia, o en fin de Agosto de ochocientos diez en que le cesó el sueldo, y conforme a billete pasado por el real tribunal de cuentas..... 1 441 >
- A retención de sueldos a cuenta de quinientos cincuenta y cuatro pesos que resta para completo de mil cincuenta y seis pesos cuatro reales que debió contribuir por el veinticinco por ciento de su sueldo líquido de cuatro mil doscientos veinticinco siete tres cuartos en los ocho meses a que es referente este abono, conforme a lo mandado generalmente en decreto de dieciseis de



Agosto de mil ochocientos diez, rebajado ya quinientos dos pesos cuatro reales, que se le cobraron del sueldo de sub-inspector de ingenieros y queda debiendo cuatrocientos noventa y siete pesos uno un cuarto real ..... 56.6 $\frac{3}{4}$

---

Igual..... I 550.1 $\frac{1}{4}$

Tesorería general de Santiago, 1.º de Diciembre de 1816.—*Arangua*.

Muy ilustre señor Presidente:—Los Ministros de Real Hacienda a consecuencia del superior decreto de V. S. de dos del corriente, hemos formado el ajuste de sueldos devengados por el señor Brigadier finado don Francisco Antonio García Carrasco a razón de las dos terceras partes del de diez mil pesos que disfrutó como Presidente de este reino, desde Septiembre de mil ochocientos diez a fin de Abril de mil ochocientos once: de la liquidación resulta que hechos los descuentos, órdenes de inválidos, montepíos y media annata y el extraordinario que entonces se mandó exigir para auxilio del Erario, queda resultada la testamentaría de dicho señor en cuatrocientos noventa y siete pesos, uno un cuarto reales.

Convendría que V. S. mande que se siente en

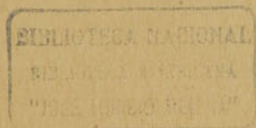
nuestros libros la partida de la indicada liquidación para que así aparezca el pago y descuento que resultan de ella y en todo tiempo haya constancia de quedar cubiertos así la testamentaria como los sanos acreedores, y resolverá V. S. lo que sea más de su mayor agrado.—Santiago, 16 de Diciembre de 1816.—*José Ignacio de Arangua*.—El Tesorero no firma por ocupación.

Santiago, y Enero 2 de 1817.—Informe el Tribunal Mayor de Cuentas.—(Hay rúbrica).—*Doctor Meneses*.—*Rebolleda*.

Muy ilustre señor Presidente:—El Tribunal, cumpliendo con el superior decreto de V. S. de dos del corriente, dice: que reproduce el anterior informe de los Ministros de la Tesorería General de Ejército y Real Hacienda de esta capital, respecto a hallarse arreglada en todas sus partes la liquidación que han formado de los sueldos que devengó el señor Brigadier finado, don Francisco Antonio García Carrasco, director, sub-inspector del real Cuerpo de Ingenieros, desde primero de Septiembre de mil ochocientos diez, en que por la junta revolucionaria de este reino se le suspendió del empleo de Presidente y Capitán General, hasta fin de Abril de mil ochocientos once, respecto a que desde primero de Mayo se le pagó en Lima en el modo que se expresa en ella. En cuya virtud

podrá V. S., siendo servido, mandar a dichos Ministros sienten en sus libros las partidas de la indicada liquidación para que así aparezca el pago y descuentos que resultan de ella y en todo tiempo haya constancia de quedar cubiertos así la testamentaría como los ramos acreedores.

Asimismo debe perseguirse la cobranza de cuatrocientos noventa y siete pesos uno un cuarto reales en que sientan dichos Ministros queda resultada la testamentaría de dicho señor, a cuyo fin corresponde se le estreche a don Rafael María Díaz Pichón, su albacea y heredero, a que los satisfaga en esta Tesorería General: que es cuanto ocurre que decir en la materia.—Real Tribunal de Cuentas de Santiago de Chile, 8 de Enero de 1817.—*Victoriano García.*







# III

COMUNICACIONES Y PROVIDENCIAS

DE LA

JUNTA GUBERNATIVA DE CHILE,

Instalada el 18 de Septiembre de 1810





I. — BANDO DE DIECIOCHO DE SEPTIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS DIEZ EN QUE SE PUBLICÓ LA INSTALACIÓN DE LA JUNTA PROVISORIA DE CHILE, SU ORGANIZACIÓN Y FACULTADES.

Don Mateo de Toro y Zambrano, Caballero de la Orden de Santiago, Conde de la Conquista, Brigadier de los Reales Ejércitos de Su Majestad, Gobernador y Capitán General de este Reino y Presidente de su Real Audiencia, etc. Por cuanto habiendo convocado, en consorcio del muy Ilustre Ayuntamiento de esta ciudad, a los jefes de todas las corporaciones, Prelados de las comunidades religiosas y vecindario noble de la capital en la sala del Real Consulado a efecto de tratar y acordar el medio más oportuno de conciliar la paz y tranquili-

dad pública, poniendo a todo el Reino en el mejor estado de defensa contra cualquiera invasión enemiga, a causa de las noticias del fatal estado de la Metrópoli y de cuyo principio dimanaban las opiniones con que estaba perturbada la paz y unión entre los ciudadanos; teniendo a la vista el decreto de 30 de Abril, expedido por el Supremo Consejo de Regencia, en que se niega toda provisión y audiencia en materia de gracia y justicia; quedando sólo expedito su despacho en las de guerra; con consideración a que el mismo Consejo de Regencia y la Junta de Gobierno instalada en la ciudad de Cádiz han remitido su impreso advirtiéndolo a los pueblos que aquella Junta podrá servir de modelo a las provincias que quieran tener un gobierno representativo digno de su confianza; y proponiéndose que toda la perturbación y discordia provenía del deseo que tenía este pueblo de igual instalación; con el fin de que se examinase y decidiese por todo el Congreso la legitimidad de este asunto; oído el Procurador General de ciudad que hizo presente las decisiones legales con la mayor energía y que este pueblo no carecía de las facultades y privilegios que los de España para establecer un gobierno igual a ellas, mucho más cuando no menos que aquéllos se hallan amenazados del enemigo y necesitados a prevenir las defensas más oportunas y vigorosas. Con cuyos antecedentes, penetrados de los propios co-



nocimientos. y a ejemplo de lo que hizo el señor gobernador de la ciudad y puerto de Cádiz, entregó el bastón al pueblo, depositando en él su autoridad y facultades para que acordase el Gobierno más digno de su confianza que quisiese instalar, sujeto a nuestras leyes y para mejor defensa del Reino y su conservación a su legítimo dueño y desgraciado Monarca el señor don Fernando VII. En cuyo acto todos los Prelados, jefes de las corporaciones y noble vecindario tributándole las más expresivas gracias por aquel noble desprendimiento en obsequio del pueblo y tranquilidad de sus habitantes, con que manifestó el mejor celo por la Religión, Rey y Patria, aclamaron con el mayor júbilo que se estableciese una Junta compuesta del mismo señor Presidente, que debería serlo de ella perpetuo en remuneración del concepto que se merecía de todos y que a su frente se prometían el gobierno más feliz, una tranquilidad inalterable y la defensa y seguridad del Reino, y que se agregasen seis vocales, que fuesen sólo interinos, mientras se convocaban y llegaban los diputados de todas las provincias del Reino, para organizar la que debía regir en lo sucesivo; y procediendo a la elección de éstos, propuesto en primer lugar el Ilustrísimo señor don José Antonio Martínez de Aldunate, Obispo provisto para esta capital, fué recibido y aceptado con universal aprobación de todo el Congreso, sucediendo lo

mismo con el segundo vocal el señor don Fernando Márquez de la Plata, del Supremo Consejo de Su Majestad, con el tercero doctor don Juan Martínez de Rozas y cuarto vocal el señor coronel don Ignacio de la Carrera, que fueron admitidos y reconocidos con los mismos vivas y aclamaciones sin que discrepasen en estas elecciones uno de más de cuatrocientos cincuenta vocales; y entrando después, porque se notó diversidad de opiniones, en elegir por cédulas secretas a los dos restantes, resultó la pluralidad por el señor coronel don Francisco Javier Reyna y Maestre de Campo don Juan Enrique Rosales, la que publicada manifestó todo el concurso el mismo regocijo y celebración; y procediendo a la elección de dos secretarios letrados convino todo el concurso en que lo fuesen el doctor don Gaspar Marín y el doctor don José Gregorio Argomedo, asesor letrado el primero del mismo Gobierno y su secretario el segundo, por su notoria literatura y confianza que en ambos tienen todo el pueblo, dándoles sólo el voto informativo en aquella Junta: en este estado, concluidas las expresadas elecciones fueron llamados los electos, y recibido el juramento que hicieron de usar bien y fielmente sus cargos, y en especial poner todos los medios de defensa del Reino en nombre de nuestro Rey el señor don Fernando VII, y reconociendo el Supremo Consejo de Regencia, fueron puestos en posesión de sus

empleos, declarando el muy Ilustre Cabildo, Prelados, jefes y vecinos el tratamiento de Excelencia que debía corresponderle y de señoría a cada vocal, la facultad de proveer los empleos vacantes y que vacaren, con las demás que la necesidad de no poderse ocurrir al Supremo Consejo de Regencia por decreto citado exigiese y todos los cuerpos militares, jefes de corporaciones, prelados de las comunidades religiosas y vecinos prestaron en el mismo acto juramento de obediencia y fidelidad a dicha Junta instalada así a nombre del señor don Fernando VII, a quien y sus leyes está y estará siempre sujeta, obedeciéndolas y respetándolas, conservándose las autoridades constituídas y empleados en sus respectivos destinos. Y habiéndose pasado oficio al superior tribunal de la Real Audiencia para que prestase el mismo reconocimiento el día de mañana, diecinueve del corriente, por haberse concluido las diligencias anteriores a una hora intempestiva ha resuelto el Excelentísimo señor Presidente de dicha Junta, que para que llegue a noticias de todos y cesen las inquietudes se publique en forma de bando; acordado así con todos los señores vocales después de haber tomado posesión de sus destinos con las corporaciones y demás concurrentes y que sacándose testimonio se fije para la mayor notoriedad en los lugares acostumbrados y en su virtud lo firmó Su Excelencia en el mismo día



dieciocho de Septiembre de este año de mil ochocientos diez, de que doy fe.—*El Conde de la Conquista*.—*Agustín Díaz*.

II.—BANDO QUE PUBLICÓ LA JUNTA PROVISORIA GUBERNATIVA DE CHILE EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1810.

En la ciudad de Santiago de Chile, a veinticuatro días del mes de Septiembre de mil ochocientos diez años, el Excelentísimo señor Presidente y demás señores vocales de la Junta provisional gubernativa del Reino dijeron: que por cuanto en el Cabildo abierto celebrado el dieciocho del que rige se ha sancionado, mediante la aclamación universal y unánime consentimiento del pueblo, la superior autoridad que deba gobernar en lo sucesivo, instalando una Junta provisional gubernativa con el loable designio de conservar estos dominios a nuestro muy amado Monarca el señor don Fernando VII, en cuyo acto, procediendo con la mayor moderación, fidelidad y patriotismo, os consagrasteis por un voto solemne a la observancia de las leyes y a la obediencia. En esta virtud, y siendo uno de los principales deberes de su instalación consultar al buen orden, perseguir los delitos y castigar a los delincuentes, sobre cuyos principios reposa la tranquilidad pública y seguridad del individuo, a fin de



lograr tan importantes objetos, ordena y manda lo siguiente:

Primero: todos los Alcaldes de rondas y comandantes de patrullas procurarán deshacer y perseguir cualquiera reunión de gentes a deshoras de la noche, prendiendo a todos aquellos particulares que sin especial comisión del Gobierno se les encontrase armados.

Segundo: con el mayor rigor se castigará a todas las personas de cualquiera edad, sexo o condición que sean, en el caso de constar a esta superioridad haber sembrado en el pueblo especies de división y descontento.

Tercero: en la misma conformidad, y bajo las penas comunes y establecidas por derecho contra los perturbadores del buen orden, se hace responsable al Gobierno todo aquel individuo que noticioso de alguna conspiración contra las autoridades constituídas o algunos particulares no diesen cuenta de ello a la mayor brevedad.

Y para que llegue a noticias de todos mandaron los señores de la Excelentísima Junta se promulgue por bando y circule en todos los partidos con encargo a los jueces y justicias de esta capital y demás lugares cuiden, sin el menor disimulo y condescendencia, de su puntual observancia, dando cuenta con testimonio de su cumplimiento, sacándose al efecto los testimonios correspondientes y

así lo firmaron en el citado día, mes y año, de que certifico.—*El Conde de la Conquista*.—*Fernando Márquez de la Plata*.—*Ignacio de la Carrera*.—*Francisco Javier de Reyna*.—*Juan Enrique Rosales*.—*José Gaspar Marín*, secretario.

III.—CORRESPONDENCIA DE LA JUNTA DE SANTIAGO EN 1810 CON LA JUNTA DE BUENOS AIRES Y LOS REPRESENTANTES DEL GOBIERNO PENINSULAR, PRINCIPALMENTE CON MOTIVO DE LOS ACUERDOS DEL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1810. (1)

# I

A la Excelentísima Junta de las provincias del Río de la Plata.—Santiago de Chile, Octubre 2 de 1810.

Excmo. señor:

Acababa de instalarse la Junta Gubernativa de este reino cuando recibió el oficio de V. E. de 1.º del corriente en respuesta del 6 de Agosto que había dirigido el Gobierno, afianzando en la antigua acreditada fidelidad de V. E., las buenas resultas de un establecimiento necesario para conservar esos

---

(1) Publicados por don Benjamín Vicuña Mackena en el apéndice de su obra *El coronel don Tomás de Figueroa*, páginas 2 a 16.

dominios a su legítimo soberano: por lo mismo se ofreció Santiago a continuar sin variación las relaciones políticas y comerciales.

V. E. por esta unión nos franquea generosamente partir los auxilios de nuestra aliada potencia inglesa, siempre que Lima ostente contra la persona de nuestro actual presidente a quien desde antes se había colocado en el mando por la fuerza de la ley, voluntad del pueblo y desprendimiento del que lo ocupaba sin mérito y dignidad. Esta Junta reconoce tanto las demostraciones apreciables de esa, que unida siempre a ella, hará indivisible su causa. ¡Qué suave y lisonjera es la ambición del mando para los que olvidándose del interés común, no conocen más ley que el bien de su individuo! Por el contrario, qué yugo tan pesado para el que llenando sus deberes sólo piensa en la feliz suerte de sus semejantes. Los primeros detestan tener compañeros que alivien sus fatigas, porque creen rebajada su autoridad. Los segundos se complacen tanto de encontrarlos que ellos mismos los solicitan, porque de ese modo suponen el acierto más seguro.

Este ejemplo mira V. E. en los papeles adjuntos. Nuestro actual presidente puso con gusto el bastón a disposición de un pueblo, cuyos derechos en las actuales circunstancias, son indispensables, y con mayor recibió después los compañeros que forman hoy el Gobierno. Si esta conducta hubiera sido

igual en todos los reinos, sin padecer las tristes consecuencias de la ambición, conservaríamos eternamente con adelantamiento el patrimonio de nuestra madre Patria. Nadie debe temer el superior que está asegurado y constituído en su dignidad por la voluntad del súbdito, y si no tiene certeza de ésta, a más de su inquietud interior, toda acción estará circulada de innumerables riesgos: por otra parte, una pequeña división podrá causar pérdidas de lo más defendido.

En este caso quisiéramos oír la respuesta de los sordos a los gritos de la razón que no han querido ni confesar aquellos derechos de los pueblos, ni adoptar los ejemplos de la península en la erección de juntas, tanto más necesarias en estos dominios, cuanta es mayor la necesidad de tomar medidas muy anticipadas para defendernos del tirano usurpador (Napoleón), asegurar un asilo a nuestros amados hermanos, y conservar eternamente estos pequeños restos de la monarquía para el más desgraciado de los reyes. ¿Cómo lograremos objetos tan apreciables si nuestras voluntades no se reúnen en el mando y disposición de aquellos sujetos que han de ser el primero y principal instrumento de conseguirlos? Al fin unas son nuestras ideas, nuestra causa es la misma y tan identificado nuestro interés que Santiago mirará siempre con igual eficacia el suyo y el



de Buenos Aires.—Dios guarde, etc.—(*La Excma. Junta*).

## II

Al embajador español en el Janeiro.—Santiago de Chile, octubre 2 de 1810.

Excmo. señor:

La fidelidad y patriotismo es carácter de las almas grandes, ese activo resorte de los pueblos cultos y virtuosos, reunidos a la moderación y sencillez, forman el corazón e índole de los habitantes de este reino de Chile, siempre leal, siempre amante, consternado por las desgracias de su apreciable monarca y situación de la Metrópoli, tiempos há dispensa generosos sacrificios al abrigo de un gobierno representativo y digno de su confianza; pero el señor don Francisco Antonio García de Carrasco, a quien el real orden de sucesión llamó al mando, manteniéndose en una especie de inacción, lejos de fomentar el entusiasmo, debilitaba y enflaquecía sus fuerzas militares. Una conducta tan detestable y contraria a los intereses del reino y del estado, no pudo menos de enfriar los ánimos, engendrar recelos y descontentos: convencido en lo íntimo de su corazón y a la faz de los tribunales de varios atentados contra la pública seguridad, renunció voluntariamente al gobierno, y depositando el bastón en

manos del Excmo. señor don Mateo Toro, conde de la Conquista y actual presidente de la Junta, renacieron las virtudes sociales, renovóse de nuevo la ternura y adhesión al soberano: consultar a la defensa de estas provincias, preparar un asilo a nuestros hermanos, promover la pública felicidad, conservar, por decirlo así, una de las más preciosas joyas que esmalta la diadema del Adorable Fernando, es y será uno de los primeros objetos de los moradores de este reino.

Para el logro de tan importantes fines era indispensable un cuerpo capaz de abrazar tan vastos e interesantes designios; así, que el ejemplo de las juntas provinciales de la península instaladas a la frente de la soberanía, el ningún influjo de la Metrópoli, como también las críticas circunstancias en que se versa, exigían semejantes establecimientos o que los papeles oficiales dispensen a las Américas estas gracias, ello es que luchando la presidencia con un pueblo indefenso y justamente decidido, no ha sabido negarle este desahogo, especialmente después que protestó prodigar su vida y patriotismo para la realización de sus ideas. El unánime consentimiento que, majestuosa y uniformemente erigió este tan respetable cuerpo, los festivos vivas y aclamaciones con que terminó aquella augusta ceremonia, los cuantiosos donativos que diariamente oblan los vecinos para proveer a la defensa, final-

mente, la acta de su instalación que en copia acompañamos a V. E., son los testigos más abonados de la pureza de sus intenciones y al mismo tiempo comprende los deberes sagrados de esta Junta provisional gubernativa. Sus vocales, a quienes ni la ambición ni el interés, antes sí, el cabal desempeño de las confianzas del soberano les preparó la escala para el mando, oída la voz del pueblo, reconocen sus obligaciones consagrando sus tareas en obsequio de la causa pública. Reciba, pues, V. E. por medio de esta Junta, los votos de un pueblo noble y generoso; y en inteligencia de darse con esta fecha cuenta a S. M., expresa que, persuadido V. E. de las ventajas que le resultan al Estado, procurará inclinar el real ánimo para la aprobación de un congreso, que, sirviendo de modelo a estas Américas, siempre será obra de la moderación, fidelidad y patriotismo.—Nuestro Señor guarde, etc.—(La Excelentísima Junta).—*Doctor José Gaspar Marín*, secretario.

### III

La situación política de España, su influencia sobre las Américas tanto más difícil y peligrosa cuanto más distante se hallan del centro del poder, exijan medidas de seguridad para fijar la conservación de estos dominios al más amable y desgraciado de

los monarcas. Su injusto y terrible cautiverio ha puesto en ejercicio el derecho imprescriptible de los pueblos para elegir en las circunstancias un gobierno representativo digno de su confianza, y esta capital en uso de las facultades y gracias que le concede la Metrópoli, ha instalado la Junta provisional gubernativa que tenemos el honor de componer y participarle a V. E. prometiéndonos la misma protección que la nación británica dispensa a la nuestra y a la nación de Buenos Aires, al mismo tiempo que ofrecemos a V. E. cuanto es permitido a nuestras facultades y relaciones.—Nuestro señor guarde, etc.—(La Excelentísima Junta).—Santiago de Chile, Octubre 2 de 1810.—Excmo. señor.—*Doctor José Gaspar Marín*, secretario.—A S. E. el recto honorable Lord Strangford, Embajador de S. M. B. en las costas del Brasil.

#### IV

Al vice-almirante y comandante en jefe de las fuerzas nacionales de S. M. B. en Río Janeiro.—Santiago de Chile, Octubre 2 de 1810.

Excmo. señor:

Cuando esta capital del reino de Chile en circunstancias de hallarse imposibilitado de la Metrópoli ha instalado una Junta provisional gubernativa, para proveer a su mejor defensa y seguridad, tiene



el honor de participarle a V. E. prometiéndose de la generosa protección que la nación británica dispensa a la nuestra, que en ningún evento permitirá V. E. al tirano usurpador el libre tránsito a estos mares y ofreciéndole al mismo tiempo cuanto cabe en nuestras facultades y relaciones.—Nuestro señor guarde, etc.—(Excma. Junta).—*Gaspar Marín*, secretario.

## V

Al Presidente y vocales de la Junta gubernativa de las Provincias del Río de la Plata.—Santiago de Chile, Noviembre 2 de 1810.

Excmo. señor:

Siendo una de las principales obligaciones del Gobierno consultar a la seguridad del ciudadano y mantenerle en agrado de opinión, a que se haga acreedor por su conducta no podía la Junta, sin faltar a sus deberes, dejar de remitir a V. E. la sentencia pronunciada en la causa criminal que el señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco promovió contra el procurador general de esta ciudad don Juan Antonio de Ovalle, don José Antonio Rojas y el doctor don Bernardo de Vera, esperando de la integridad de V. E. se sirva usar de ella de modo que si ha sido público este juicio, lo sea

también la vindicación de la inocencia.—Dios guarde, etc.—*El Conde de la Conquista*.—*Fernando Márquez de la Plata*.—*Ignacio de la Carrera*.—*Francisco de Reina*.

## VI

Al señor Brigadier don Francisco Javier Elío.—Santiago de Chile, Noviembre 2 de 1810.

El 18 (de Setiembre) del presente año se instaló en esta capital la Junta provisional gubernativa con el loable designio de proveer a la defensa y seguridad del reino y conservar estos dominios al más apreciable de los monarcas el señor don Fernando VII. Después de dar cuenta a S. M. de hallarse reconocida por las ciudades y villas dependientes y subalternas con las mayores demostraciones de júbilo y regocijo, ha meditado esta Junta participarlo a U.S. para que impuesto de su instalación, evite U.S. las fatigas que en otro caso serían indispensables y consiguientes a su transporte.—Dios guarde, etc.—(*Los vocales*).

## VII

A la Excma. Junta de Buenos Aires.—Santiago de Chile, Noviembre 11 de 1810.

Excmo. Señor:

La falta de una imprenta en esta capital, al paso que hace difícil la pronta publicación de aquellas providencias gubernativas, que circuladas por todo el reino, manifestarían con celeridad el celo del gobierno por su beneficio, tiene en la obscuridad y en el silencio muchos papeles y plumas interesantes que se halla persuadido de la necesidad e importancia de la prensa, podrían ilustrar a la Patria. Y V. E. nos permitirá la satisfacción de encomendarle por el primer paso de nuestra alianza se digne proporcionarnos la mejor que pueda facilitarse, quedando esta junta responsable a todos sus costos y a la gratitud propia de los sentimientos que nos unen. Excmo. Señor.—(*Los vocales*).

## VIII

Al ministro inglés marqués de Welesley.—Santiago de Chile, Noviembre 10 de 1810.

Excmo. Señor:

Después que reconociendo los pueblos sus derechos y sus verdaderos intereses han sabido erigir gobiernos dignos de su confianza; después de instalarse en esta capital y a nombre del señor don Fernando VII, la junta provincial gubernativa con el loable designio de proveer a la defensa del reino y conservar estos preciosos restos de la corona al

más desgraciado de los monarcas, nada han creído sus vocales tan propio de su instituto como promover el patriotismo de estos habitantes, aumentar las fuerzas militares, crear nuevos cuerpos y mantenerlos bajo la severa y exacta disciplina. Cooperando don Diego Wirtinger (1) al logro de tan importantes ideas, se ha obligado por el pacto más solemne a conducir de Londres al puerto de Valparaíso el armamento que (cuya lista) tenemos el honor de acompañar a V. E. Pero no pudiendo aquel individuo realizar este contrato sin previo y especial permiso del gobierno británico, espera la Junta que en obsequio de la alianza que felizmente nos enlaza se sirva V. E. inclinar al real ánimo de S. M. B., a fin de que en primera oportunidad tenga efecto lo pactado, segura de que combinándose por este medio los intereses de ambas naciones, se estrecharán más los vínculos que las unen.—Dios guarde, etc.—(*La Excma. Junta*).

## IX

A la Junta de Buenos Aires.—Santiago de Chile, Noviembre 27 de 1810.

Excmo. Señor:

Empeñados con V. E. en una propia causa, te-

---

(1) Wittaker.



nemos el honor de incluirle la contrata que hemos celebrado con el inglés Wirtinger para proveernos del armamento que tanto exigen las presentes circunstancias, la necesidad de entonar y poner a cubierto de cualquier insulto al reino que mandamos, suplicando a V. E. se sirva instruirnos de lo que según tenemos noticia ha practicado también ese gobierno para que nos rija en los precios y demás circunstancias que han quedado por ahora pendientes y reducirse a estipulaciones. Este extranjero no quiere que su obligación comprenda los casos de algún embarazo insuperable, como el que el gobierno inglés no tenga por conveniente permitirle la extracción, pero ya ve V. E. que el nuestro no puede aventurar la seguridad de sus dominios a un convenio dependiente de ocurrencias contingentes; debe afianzar el proyecto, y así pide a V. E. por las mejores proporciones de estos negocios que se presentan en esa capital, se sirva contratar a nombre de esta Junta con cualquier otro inglés o americano de buena conducta, seis mil fusiles, mil pares de pistolas, tres mil sables, cincuenta mil piedras de chispa para aquellos y doce mil para éstas, todo de la mejor calidad posible, con la obligación de ponerlas a la mayor brevedad en el puerto de Valparaíso y bajo las demás condiciones que el discernimiento de V. E. considere necesarias, a cuyo efecto defiriendo desde ahora esta Junta a cuanto V. E.

tratarse, le confiere sin limitación alguna todas sus veces y protesta la pronta satisfacción del más mínimo costo que se le avise y suplica en suma a V. E. que este supuesto se entienda sin perjuicio de cuanto le encarga por separado en oficio de ayer.—Dios guarde, etc.—(*Los vocales*).

## X

A la Junta de Buenos Aires.—Santiago de Chile, Noviembre 12 de 1810.

Excmo. Señor:

Concurriendo todas las circunstancias locales y políticas a consolidar la unión, que debe subsistir en ese y en este reino, esperamos que en todas ocasiones sean mutuos y eficaces los auxilios. Bajo de este principio y de estar expuestos muchos de nuestros puertos, como también falto de todo género de armas y muy en particular de las de chispa, lo hacemos presente a V. E. para que a costa de cualesquiera recursos se digne facilitarnos seis mil fusiles y mil pares de pistolas. Este auxilio, las demás medidas que oportunamente se toman, unidas al valor, patriotismo y fidelidad de sus habitantes, nos ponen a cubierto de cualquiera invasión del común usurpador y potencias extranjeras, especialmente cuando contamos defendidos ese interesante punto por el celo y actividad de V. E. Pero nece-

sitando para lo sucesivo tener de repuesto suficiente número de armas, le ha parecido a esta Junta indispensable comprometer e interesar la alianza y respetos de V. E., a efecto de que se le proporcione a la mayor brevedad un fabricante de fusiles y un fundidor de cañones, y satisfecha de que su resultado será la pronta y más fecunda prueba de nuestra amable unión y confianza, no dudo que esta recomendación le merecerá a V. E. todo el aire que se promete. — Dios guarde, etc.—(*La Excma. Junta*).

## XI

A la Junta de Buenos Aires.—Santiago de Chile, Noviembre 26 de 1810.

Excmo. Señor:

Convencidos estos pueblos del interés que recíprocamente nos obliga a la más estrecha unión con las valerosas provincias del Río de la Plata, manifiestan su satisfacción en la general alegría con que ven consolidadas todas las relaciones en la sincera amistad y conformidad y opiniones de ambos gobiernos. Esta Junta conoce que la base de nuestra seguridad exterior y aún interior, consiste esencialmente en la unión de la América, y por lo mismo desea que en consecuencia de los principios de V. E. proponga a los demás gobiernos (siquiera de la

América del Sur) un plan o congreso para establecer la defensa general de todos sus puntos y aun refrenar las arbitrarias y ambiciosas disenciones que promueven los mandatarios; y cuando algunas circunstancias acaso no hagan asequible este pensamiento en el día, por lo menos le tendrá V. E. presente para la primera oportunidad que se divisa muy de cerca. Sensibles y reconocidos a las generosas expresiones con que V. E. nos ofrece todos los recursos que se hallen al alcance de su poder y correspondiendo con igual sincera oferta, que no desmentirán las ocurrencias, hacemos uso de su franqueza para interesar el respeto de V. E., a fin de que se nos faciliten seis mil fusiles y mil pares de pistolas de las que actualmente tenga V. E. a su disposición, viniendo con la posible brevedad y comunicándonos su valor para cubrirlo en el día: este auxilio es urgentísimo aunque muy pequeño en las críticas circunstancias en que nos hayamos, como también un fundidor de cañones y otro de armas de chispa, si pudiesen encontrar de notoria y experimentada pericia. Queda esta Junta instruída en todas las sólidas reflexiones que comprende el oficio de V. E. de 31 de Octubre último. Ellas servirán de norte para nuestras relaciones exteriores, así como la conformidad con los virtuosos y liberales principios.—Dios guarde, etc.—(*Los vocales*).



## XII

A la Junta de Buenos Aires.—Santiago de Chile, Diciembre 10 de 1810.

Excmo. Señor:

Con noticias de haberse provisto por el Consejo de Regencia la Capitanía General de este reino en el marqués de Medina, don Antonio Barcárcel, ha sido preciso dirigir a éste la adjunta para que excuse venir, porque a presencia de nuestra actual constitución no puede tener lugar su mando, y para que camine más seguro el oficio adjunto que contiene esta prevención, interponemos los respetos de V. E. a fin de que lo dirija por principal y duplicado, y si aún insiste en pasar dicho empleado, esperamos también se sirva V. E. embarazarle el viaje, que no podrá verificarse sin la licencia respectiva de ese gobierno, unido íntimamente al nuestro. —Dios guarde, etc.—(*Los vocales*).

## XIII

Al marqués de Medina.—Santiago de Chile, Diciembre 10 de 1810.

Excmo. Señor:

Gravísimos motivos que influían en la seguridad de este reino y en su firme unión y lealtad de la

causa de la monarquía le obligaron a instalar la Junta Provisional gubernativa, a nombre de su rey el señor don Fernando VII y a conformarse con lo declarado por el Consejo de Regencia sobre no entender en otras providencias que en las de guerra de la península, prohibiendo las pretensiones y prohibiciones a las solicitudes y empleos, bajo de cuyo supuesto y para no verse en un estado de anarquía o comprometido en frecuentes y arbitrarias elecciones, nombró por Presidente perpetuo al que estaba mandando, por ministerio de la ley emanada de sus monarcas, y dejó al cargo del gobierno la provisión de los demás empleos subalternos, todo provisionalmente hasta restaurarse la monarquía o verificarse las Cortes en concurso de toda la América y España. Gustoso, seguro y tranquilo el reino con estas providencias, ya ve US., que cualquiera novedad contra la expresión de la voluntad general y contra los principios en que funda su seguridad, ocasionaría desórdenes, que ni US. sin conocimiento, ni la Junta entonces sin dignidad podrían remediarlos. Por las leyes de la naturaleza y la constitución del Estado, que iguala los pueblos de España con los de América (y que tuvo a bien recordar la suprema Junta Central), está satisfecho el reino que si las provincias de España y aún las de Canarias tienen sus Juntas, Fernando reconocerá gustoso estas mismas medidas de nuestra constante adhesión.

Sírvase, pues, US. mantenerse en la península o, por lo ménos, no pasar a estas regiones con el título de Presidente, ínterin subsisten las cosas en el estado actual, porque será sin efecto su venida.—Dios guarde, etc.—(*Los vocales*).

## XIV

A la Junta de Buenos Aires.—Santiago de Chile, Diciembre 10 de 1810.

Excmo. Señor:

Con esta fecha escribimos a don José Acevedo, al barón de Juras Reales y al doctor don Antonio Garfias que excusen pasar a este reino el primero a servir la plaza de oidor, el segundo la fiscalía y el tercero la asesoría general, porque, según el plan de nuestra constitución, debemos conferir aquí dichos destinos y los demás que vacaren provisionalmente hasta restaurarse la monarquía, o celebrarse legítimamente las Cortes en concurso de la América y España. Interponemos el respeto de V. E. para que se sirva disponer que se les entreguen las tres adjuntas e igualmente se les impida por V. E. la venida al objeto insinuado, según lo exige la uniformidad de ambos gobiernos.—Dios guarde, etc.—(*Los vocales*).

## IV.—NOTICIAS PARTICULARES DE CHILE (1)

Desde la bocatoma del río de Maipo hasta el cerro de las Cabras, hay trescientas cuatro cuadras sin trabajar, de a ciento cincuenta varas, y desde las Cabras a la ciudad trescientas dos, que hacen el total de seiscientos seis, las medidas tomadas por orden del señor presidente Carrasco el diez de febrero de mil ochocientos diez por el señor coronel Feliú y el capitán Mackenna.

La acequia ha de conducir lo menos por el nivel una y media vara de profundidad y ocho de ancho. Está calculado su costo desde el cerro de las Cabras a la ciudad en setenta y cinco mil pesos, siempre que no se cuente pedrería y desde la toma al cerro de las Cabras en ochenta mil pesos, por ser todo risquería, cuyos cálculos se hicieron para formar concepto para el caso de que siguieren las obras por remate de cuenta de particulares o por administración del Cabildo.

Gaceta de la Habana N.º 183 de marzo 1.º de 1810.

Afirma esta gaceta se consume en la población

---

(1) Estos apuntes anónimos son de la época y figuran originales en la colección de manuscritos del señor Enrique Matta Vial.



de solo la ciudad de San Cristóbal de la Habana, tres mil doscientas arrobas de tabaco al mes, según cuentas del consumo mandado tomar por aquel capitán general.

Santiago de Chile desde 11 de junio de 1810.

Empleos dados en Santiago desde esta fecha por el nuevo gobierno y Junta.

A don Juan de Dios Vial, grado de teniente coronel de ejército.

A don..... Benavente, idem.

A don José Joaquín Toro, idem.

A don Manuel Ugarte, idem.

A don Gregorio Argomedo, empleo de coronel de milicias.

A don Vicente Cruz, idem.

Al Marqués de Quinta Alegre, idem.

A don Martín Encalada, idem.

A don Victoriano García el empleo de contador mayor en propiedad.

A don ..... Tocornal, contador de tabacos.

Al Licenciado Correa, la Agencia fiscal de la criminal y al doctor Campos que la servía, su retiro con cuatrocientos pesos y cuatrocientos al que la sirva.

A las milicias urbanas de blancos y mulatos se ha declarado el fuero.

A don..... Benavente, intendente interino de la Concepción.

Al subdelegado de San Fernando don..... Vivar, coronel del regimiento que ofreció levantar.

A don Gregorio Argomedo, secretario de guerra en lugar de don Tadeo Reyes.

V.—CREACIONES DE LAS COMPAÑÍAS DEL REAL CUERPO DE ARTILLERÍA VETERANA HECHA EN SANTIAGO DE CHILE EN 16 DE DICIEMBRE DE 1810.

Comandante el señor coronel de ejército y comandante del real cuerpo de artillería del reino de Chile y vocal de la excelentísima Junta el señor don Javier de Reyna.

1.º Capitán don José María Ugarte.

2.º           don           de la Carrera.

Ayudante don

VI.—PLAN QUE PUEDE SEGUIRSE PARA LEVANTAR UN CUERPO, LEGIÓN DE TROPA REGLADA, UNIFORMADA, ETC., CON EL NOMBRE LEGIÓN VOLUNTARIA PARA HACER LOS SERVICIOS DE INFANTERÍA Y ARTILLERÍA SOLAMENTE EN DEFENSA DE LA PATRIA.

Esta legión que puede componerse de cinco compañías y cada una de ellas de un capitán, un teniente, un subteniente, un sargento primero, otro segundo, furriel, cuatro sargentos segundos, ocho cabos primeros, cuatro cabos segundos, cuatro ca-

bos dragones, dos tambores y cien soldados, que compondrán ciento veinte y cuatro plazas por cada compañía con tres oficiales; y en total serán seiscientos veinte y quince oficiales.

Uniforme.—Casaca larga, azul, de bayetón, abotonada (o de cualquiera otro género más o menos económico); solapa, cuello y vuelta encarnada, botón colorado, vivo blanco; chaleco del mismo bayetón encarnado, blanco o azul, pantalón azul de lo mismo hasta los talones; sombrero de ala corta con la cucarda y plumaje de la nación; o bien sea morrion o capacete en



esta forma que tienen poco costo, zapatos altos de talón y empeine con lazos de cordobán.

Armamentos.—Será la forniture, canana con veintiún cartuchos en dos hileras de canutos de lata, afianzada la segunda en los ángulos de la primera, con cordobán adobado, y el cinturón para la bayoneta, sable o cuchillo de lo mismo, fusil y una o dos pistolas, advirtiéndose que a la quinta compañía no le deberá faltar sable, por tener ésta que manejar artillería.

Este cuerpo hará los dos servicios de infantería y artillería, para cuyo fin podrá destinarse e instruirse toda la quinta compañía (respecto sea su co-

locación la del centro), con más algunos agregados de las cuatro restantes compañías, que en unión harán el mismo servicio, según las circunstancias lo exigieren, en inteligencia que de la agregación alternativa de estos individuos a la quinta compañía, se seguirá una más que mediana instrucción, resultando en poco tiempo ser capaz la legión de manejar un numeroso tren; y fuera de esto se podrán elegir los más diestros artilleros para un caso urgente.

El tren volante que por ahora podrá agregarse a este cuerpo, será el que las circunstancias del tiempo lo permitan.

Item.—Tendrá este cuerpo un comandante oficial veterano con graduación correspondiente a la de sus oficiales, a cuyo cargo y responsabilidad estará su instrucción y disciplina, buen orden, gobierno mecánico de cuartel, etc.

Item.—Para evitar costos, podrá tener en su casa la oficina de sargentía mayor y caja para el ajuste de la tropa, vestuario y demás. Y por ser consiguiente que un cuerpo levantado en estos términos esté acuartelado, y se haga desde luego a observar la subordinación, de que se sigue los buenos o malos éxitos en toda función de armas, como también de que se den las más prolijas providencias en la manutención, utensilios, conservación de los individuos y éstos enfermos su curación, custodia de las

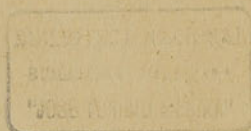


armas, municiones y demás pertrechos, fuera o dentro del cuartel, (que esto será mejor) queda a la sabia disposición del superior gobierno y comandante que se eligiere, el cuidado y esmero de estos tan esenciales puntos.

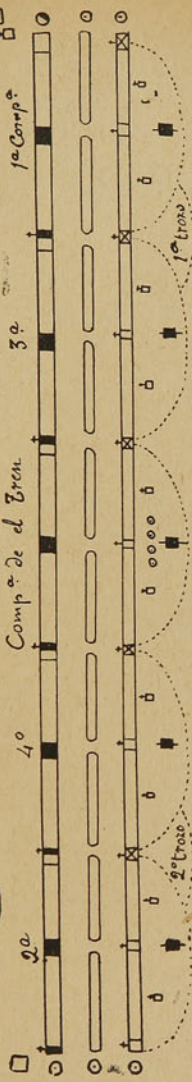
*Sueldos de los individuos del cuerpo:*

Un capitán, cada mes.....	\$	55
Un teniente » » .....		45
Un subteniente en cada mes.....		35
Un sargento 1.º en cada mes.....		20
Otro segundo furriel en cada mes.....		18
Cuatro más segundos a 16 pesos cada uno, al mes.....		64
Ocho cabos primeros a 14 pesos cada uno, al mes.....		112
Cuatro cabos segundos a 12 pesos cada uno, al mes.....		48
Cuatro cabos dragones a 11 pesos cada uno, al mes.....		44
Dos tambores a 12 pesos cada uno al mes.....		24
Soldados cien, a 10 pesos cada uno al mes.....		1,000
<hr/>		
Costo mensual de cada compañía.....	\$	1,467
Por cinco compañías.		

Id. Toda la legión en cada mes.....	\$	7,335
Item del costo de vestuario, fornituras, cajas de tambores y demás gastos hasta el acuartelaje, poco más o me- nos .....		15,380
		<hr/>
Gasto total.....	\$	23,315



# 8<sup>ma</sup> Legion en 3<sup>a</sup> Or<sup>n</sup> de Batalhas



□ Comand.  
 □ Ayud. le mayon  
 □ Capitan  
 ■ Hen. te  
 ■ Subl. te

■ Sarg<sup>to</sup> 1<sup>o</sup>  
 □ S<sup>o</sup> 2<sup>o</sup> Ferrier  
 □ W. 2<sup>o</sup>  
 ○ Tambor de Ordeuy  
 ○ Tambor ~

VII.—PLAN QUE FORMA EL ILUSTRE CABILDO DE ESTA CIUDAD PARA LEVANTAR UN CUERPO DE TROPAS REGLADO, DISCIPLINADO, UNIFORMADO Y ACUARTELADO CON EL NOMBRE DE VOLUNTARIOS DE INFANTERÍA PARA LA DEFENSA DE LA CAPITAL Y SUS INMEDIACIONES.

Este cuerpo se compondrá en seis compañías y cada una de ellas de un capitán, un teniente, un alférez, un sargento primero, cuatro segundos, dos tambores, seis cabos primeros, seis segundos y sesenta y tres soldados, en todo serán ochenta y dos plazas con tres oficiales, y el todo de las seis compañías compondrán cuatrocientas noventa y dos plazas con diecinueve oficiales, los dieciocho de compañía y un subteniente abanderado.

El uniforme será casaca corta azul, forro, solapa cuello y vuelta encarnadas, botón dorado, chaleco y calzón de mahón, sombrero de ala corta con escarapela encarnada; pero los oficiales podrán llevar casaca larga, chaleco encarnado y calzón azul o pantalón con media bota y sombrero de tres picos, escarapela y pluma encarnada.

La forniture será cartuchera canana, con veinte cartuchos en dos hileras, de hojalata forrada en cordobán adobado y el cinturón para la bayoneta de lo mismo.



Como su servicio ha de ser de infantería y artillería, tendrá este cuerpo unido siempre a él un tren de seis piezas, que es con respecto al número de sus compañías, del calibre de a cuatro, con sus respectivos rodajes de batalla, juegos de armas, municiones y atalajes proporcionados para conducirlos a brazo o con mulas, según lo exijan las circunstancias y tomará su lugar en formación según los actos que ocurran en instrucciones, marchas y fuegos y para cuyo fin la segunda compañía será la destinada a su servicio con toda la enseñanza e instrucción correspondiente; pero que mientras no se emplee en el servicio de esta arma lo ejecutará en los mismos términos que las demás compañías y podrán agregarse las demás piezas del tren que se proyecta por el superior gobierno, respecto a que las seis indicadas serán parte de él.

Tendrá una bandera, nombrada la Comandanta, así como en los regimientos la que se llama la Coronela, con su subteniente de abandera para llevarla en los actos que corresponda; y este subteniente hará funciones de ayudante, como le corresponde para ayudar al ayudante mayor en las suyas. La bandera será como la de los regimientos del ejército, poniéndosele las armas de esta ciudad.

Tendrá un Comandante oficial veterano con la graduación correspondiente respecto al de los demás oficiales de que se compone el cuerpo, un ayudante

mayor de la clase de teniente, dos sargentos y seis cabos, todos veteranos. Los sargentos y cabos servirán para las primeras instrucciones de giros, marchas y manejo del fusil, porque toda la gente se considera recluta, sin instrucción alguna. Los primeros rudimentos de la disciplina ha de ser dada por quien esté bien impuesto de ella, porque de otro modo nunca será tropa de quien pueda esperarse un buen desempeño para los fines a que se establece. Pero, si entre los oficiales que se elijan para este cuerpo y los sargentos que se nombren hubiesen algunos tan impuestos que de ellos se pueda esperar esta primera enseñanza, no habrá necesidad de los sargentos y cabos veteranos. Estos y el teniente para ayudante mayor se podrán pedir de los del batallón de infantería de la Concepción, con la calidad de ser de experimentada buena conducta y suficientemente impuestos y contraídos a su profesión.

Todo este cuerpo ha de estar acuartelado a cargo de su Comandante, quien deberá dar las instrucciones correspondientes para el buen orden y régimen del gobierno interior y mecánico y el mejor método de su instrucción y disciplina, como que esta ha de ser la base fundamental del buen éxito en sus funciones, y de ningún modo se ha de emplear esta tropa en servicio alguno hasta que no esté bien instruída y perfeccionada en el servicio

de las armas de infantería y artillería que ha de manejar, siendo prevención que la recluta de la gente ha de ser con la vista y aprobación del Comandante que se nombre, pues que teniendo éste los conocimientos teóricos y prácticos de su profesión sabrá elegir con el golpe de vista y máximas de la verdadera milicia los que demuestren ser más aptos al efecto, evitándose con todo cuidado no reclutar ningún soldado que sea casado y lo mismo los sargentos y cabos, porque las circunstancias y casos para que se establece este cuerpo exige su total acuartelaje para contar con ellos a todas horas que sean convenientes, y mucho más aún, al arma pronta que pudiera ocurrir y nunca se conseguiría con la parte de los casados desparramados en sus casas y otros muchos inconvenientes que la práctica ha hecho ver los notables perjuicios que se siguen, mucho más en una ciudad tan extendida como es esta.

Los soldados se regularán, a cincuenta pesos el capitán, cuarenta el teniente, treinta el alférez y abanderado, dieciocho el sargento primero, dieciseis el segundo, doce el tambor, catorce el cabo primero, doce el segundo, diez el soldado; con cuya regulación los sueldos de cada compañía importan mil cuarenta y dos pesos en cada mes y el de las seis compañías, seis mil doscientos cincuenta y dos pesos, sin incluir el de Comandante, ayudante mayor,

los dos sargentos y seis cabos veteranos que disfrutan sus respectivos sueldos. Pero que en consideración a los gastos que se le ocurrirán al primero en el amanuense y bufete es consiguiente asignarle una prudente gratificación y al ayudante mayor para el gasto de papel como la tienen todos los del ejército; y que siendo muy conveniente subsistan en el cuerpo los sargentos y cabos veteranos queden por consiguiente sus prest de cuenta del fondo con que se han de satisfacer los demás. Porque el batallón de infantería u otro cualesquiera cuerpo de donde se saquen los han de reemplazar por la falta que les hará y aún si éstos dos sargentos fuesen buenos podrán elegirse para alférez del nuevo cuerpo.

El costo del vestuario señalado estará en treinta a treinta y dos pesos cada vestido; y el de los cuatrocientos noventa y dos, en catorce a quince mil pesos y debe darse a la tropa sin descuento alguno de sus sueldos. La forniture propuesta costará cada una dos pesos cuatro reales, que debiendo ser cuatrocientos cincuenta con rebajo de los treinta sargentos y doce tambores, tendrá de costo seiscientos setenta y cinco pesos. La de los sargentos estará en cien pesos porque ha de ser de distinta clase y las doce cajas para otros tantos tambores costarán ciento cincuenta y cuatro pesos.



*Resumen de Gastos y sueldos*

Sueldos de cada mes.....	\$ 6,252
Costo del vestuario.....	15,000
• de las fornituras incluso las de los sargentos y cajas de tambor....	919

NOTAS.—Se tendrá presente que en el cuartel en que ha de estar esta tropa, ha de haber un cuerpo de guardia con los útiles correspondientes de cama (que se entenderá por un entablado) mesa y banco, en que se ponga la guardia que ha de haber diariamente, nombrada la prevención, y el cuarto correspondiente para el comandante de la guardia que deberá ser un oficial.

En el mismo cuartel debe destinarse una pieza correspondiente para sala de armas, en que han de estar todas las de esta tropa, con los armeros correspondiente para ponerlas luego que la tropa concluye con sus ejercicios y otros actos en que esté empleada, cuyo orden y disposición corresponde dar al comandante, como puntos gubernativos de su mando. Las cuadras y cuartos en que estén las compañías han de tener los entablados para camas.

Las piezas de tren agregados a este cuerpo con sus rodajes deben estar en su mismo cuartel debajo de algún corredor o tinglado, y sus municiones,

juegos de armas y demás adherentes correspondientes en cuarto separado.

No se calcula el costo de la bandera porque mejor meditado debe excusarse respecto a ser un cuerpo levantado para el tiempo en que dure la guerra y podrán también rebajarse la mitad de los tambores reduciéndolos a uno por compañía.

VIII.—SOBRE LA CREACIÓN DE NUEVOS CUERPOS  
DE EJÉRCITO

Decreto 22 de Diciembre de 1810.—Vistos por los planos pasados a esta Junta por el ilustrísimo Cabildo para el alistamiento y creación consiguiente de tropas que exigen de necesidad las circunstancias del día, el servicio común de la plaza y la disciplina tan necesaria a las milicias del reino, de cuya organización se trata para mantenerlo en toda la seguridad posible: habiendo meditado la Junta con seriedad sobre todas las ocurrencias del caso, y teniendo muy en consideración las actuales escaseces del Erario, que sólo puede suplir el acendrado patriotismo de los habitantes de Chile, ha dispuesto en consecuencia de todo, se creen desde luego en clase de veteranos los cuerpos siguientes.

En primer lugar, cuatro compañías de artillería, con la fuerza de doscientos ochenta plazas, incluso los sargentos, cabos y tambores, incluyéndose en

ellos las de setenta y cinco que se hallan en actual servicio. Constará cada una de un capitán, dos subtenientes, de quienes a proporción de la instrucción que adquieran, se sacará para la plaza de tenientes, que por ahora se omite.

En segundo, un batallón de infantería, con el título de Granaderos de Chile y la fuerza de setenta y siete hombres (inclusos cabos, sargentos y tambores) por cada compañía de las nueve que deben componerlo.

En tercero, dos escuadrones de caballería, titulados Dragones de Santiago, con trescientas cincuenta plazas distribuidas conforme a ordenanza en las seis compañías que les corresponden, de tres por cada escuadrón, todo arreglado al plan demostrativo que corre agregado a este auto.

*Fuerza de las tropas*

Las compañías de infantería con la fuerza cada una de setenta y siete.....	693
Las 4 dichas de artillería con la de 75 pla- zas.....	280
Las 6 de caballería que forman los 2 es- cuadrones.....	200
<b>Total.....</b>	<b>1,273</b>

IX.—CREACIÓN HECHA EN SANTIAGO DE CHILE EL 22 DE DICIEMBRE DE 1810, DEL BATALLÓN DE INFANTERÍA VETERANA DE GRANADEROS DE CHILE.

*Plana Mayor*

Comandante, el teniente coronel don José Antonio (1) Luco y Herrera.

Sargento mayor, don Juan José Carrera.

Ayudante mayor, don Santiago Muñoz y Bezanilla.

Abanderado 1.º, don Juan de Dios Vial.

                  2.º, don Pedro Fontecilla.

*Capitanes*

1.<sup>a</sup> Compañía, don Fernando Márquez de la Plata.

2.<sup>a</sup>        »       don José Vigil.

3.<sup>a</sup>        »       don Juan Rafael Bascuñán.

4.<sup>a</sup>        »       don Miguel Ureta.

5.<sup>a</sup>        »       don Domingo Huici.

6.<sup>a</sup>        »       don José Diego Portales.

7.<sup>a</sup>        »       don Manuel Díaz de Muñoz.

8.<sup>a</sup>        »       don Manuel Araoz.

9.<sup>a</sup>        »       don Francisco Sota y Manso.

---

(1) José Santiago.



*Tenientes*

- 1.<sup>a</sup> Compañía, don Francisco de Lastarria.
- 2.<sup>a</sup>       », don Manuel Larraín.
- 3.<sup>a</sup>       », don Julián Fretes.
- 4.<sup>a</sup>       », don Francisco Echagüe.
- 5.<sup>a</sup>       », don Diego Lavaqui.
- 6.<sup>a</sup>       », don Bernardo Vélez.
- 7.<sup>a</sup>       », don Diego Guzmán.
- 8.<sup>a</sup>       » don Enrique Campino.
- 9.<sup>a</sup>       », don Francisco González Concha.

*Subtenientes*

- 1.<sup>a</sup> Compañía, don Félix Vial.
- 2.<sup>a</sup>       », don Manuel Fernández Pinto.
- 3.<sup>a</sup>       », don Manuel Correa.
- 4.<sup>a</sup>       », don Carlos Vigil.
- 5.<sup>a</sup>       », don Ramón de la Cuadra.
- 6.<sup>a</sup>       », don Santiago Bueras.
- 7.<sup>a</sup>       », don Manuel Tuñón y Oruna.
- 8.<sup>a</sup>       », don Bartolomé Gutiérrez Palacios.
- 9.<sup>a</sup>       », don Manuel Dionisio de Lizardi.

*Cadetes*

Don Pedro Luis Urriola.

- », Manuel Araos (?).

BIBLIOTECA NA

BIBLIOTECA AMER

"JOSÉ TORIBIO M

Don Javier Larraín.

- › Francisco Jordán y Valdivieso.
- › José Domingo Correa.
- › N. Fontecilla y Valdivieso.

El número de plazas que tiene este batallón, incluso cabos, sargentos y tambores es el de.....

X.—CREACIÓN HECHA EN SANTIAGO DE CHILE, EL 24 DE DICIEMBRE DE 1810 DEL BATALLÓN DE CABALLERÍA VETERANA DE HÚSARES DE SANTIAGO.

*Plana mayor*

Comandante, don José Joaquín Toro.

Sargento mayor, don José Joaquín Guzmán.

Ayudante mayor, don Lucas Melo.

Porta estandarte, don Camilo Benavente.

Otro porta estandarte, don José Ignacio Larrañaga.

*Capitanes*

Don Pedro Ugarte.

- › José Antonio Vargas.
- › Gabriel Larraín.
- › Pedro Luis Uriondo.
- › Juan Tadeo Silva.

*Tenientes*

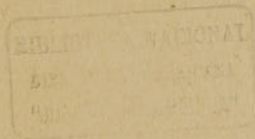
Don José Joaquín Luco.

- » José Antonio Prieto.
- » Juan Manuel Cevallos.
- » Pedro Nolasco Valenzuela.
- » Pedro Nolasco Astorga.
- » Pablo Ceballos.

*Alféreces*

Don Ramón Cavareda.

- » Manuel Palacios y Caldera.
- » José Santiago Gómez.
- » Ramón Avaria y Zárate.
- » Pedro José Benavente.
- » Manuel Guzmán y Palacios.









## ÍNDICE

---

	PÁGS.
I.—GOBIERNO DEL PRESIDENTE DON LUIS MUÑOZ DE GUZMÁN.—DOCUMENTOS RELATIVOS A LA DEFENSA DEL REINO CONTRA UNA INVASIÓN EXTRANJERA.....	5
I.—OFICIO del Cabildo en que acusa recibo al Presidente del plan de defensa adoptado por ese mandatario.....	7
<i>El Presidente</i> contesta un oficio en que el Cabildo ofrece coadyuvar a la defensa del país.	9
II.—OFICIO del Presidente a la Real Audiencia sobre la misma materia.....	17
<i>Respuesta</i> de la Real Audiencia al oficio anterior .....	18
III.—PLAN de defensa del reino de Chile, elaborado	
TOMO XXV	23

	PÁGS.
rado por el coronel de milicias don Judas Tadeo de Reyes, en Septiembre de 1806.....	19
IV.—EXPLANACIÓN del plan de defensa redactado por don Judas Tadeo de Reyes, hecha por el Presidente Muñoz de Guzmán.....	46
II.—DOCUMENTOS ACERCA DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO ANTONIO GARCÍA CARRASCO, ACTOS Y SUCESOS DE SU GOBIERNO. 1808-1810...	69
I.—COMUNICACIÓN de don Francisco Antonio García Carrasco al Excmo. señor don José Antonio Caballero.....	71
II.—EXPEDIENTE seguido para establecer a quien correspondía la Presidencia y Capitanía General de Chile, vacante por fallecimiento de don Luis Muñoz de Guzmán. ....	75
<i>Real cédula</i> que establece diversas reglas de gobierno y especialmente en qué personas debe recaer el mando político y militar y la Presidencia por muerte, ausencia o enfermedad del propietario.....	75
<i>Certificado</i> de defuncion del Presidente Muñoz de Guzmán, expedido por los médicos que lo examinaron.....	79
<i>Certificado</i> análogo de los Escribanos de Cámara.....	79
<i>Acuerdo</i> de la Real Audiencia en que declara que recae el mando en el Regente don Juan Rodríguez Ballesteros.....	81
<i>Recepción</i> del señor Rodríguez Ballesteros al ejercicio de su nuevo cargo por el Cabildo de Santiago.....	82

<i>Oficio</i> del Cabildo a la Real Audiencia en que le participa haberse verificado la indicada recepción.....	84
<i>Oficio</i> del Brigadier García Carrasco al Regente sobre la estrañeza con que ha visto que no se le haya comunicado oficialmente la noticia de la muerte del Presidente, siendo él la persona llamada a sucederle.....	84
<i>Vista fiscal</i> acerca del oficio precedente.....	86
<i>Auto</i> del Presidente en que ordena se acredite por la secretaría la antigüedad de los despachos de los brigadieres existentes en Chile..	88
<i>Certificado</i> expedido al tenor del auto antecedente .....	88
<i>Decreto</i> del Presidente Muñoz de Guzmán en que ordenó al comandante García Carrasco su traslación a la Frontera.....	89
<i>Acuerdo</i> de la Real Audiencia para que se pida nueva vista al Fiscal.....	90
<i>Segunda vista</i> fiscal.....	90
<i>Acuerdo</i> de la Audiencia para recibir como Presidente y Capitán General al Brigadier García Carrasco.....	92
<i>Oficio</i> del Coronel don Luis de Álava, en que manifiesta a la Real Audiencia algunas razones para creer que podría ser él la persona llamada por la ley para ocupar la Presidencia.....	94
<i>Certificación</i> del número y antigüedad de los coroneles existentes en Chile.....	98

	PÁGS.
<i>Vista fiscal</i> tocante a las pretensiones del Coronel Álava .....	100
<i>Oficio</i> del Brigadier García Carrasco en que anuncia a la Real Audiencia su reconocimiento como Presidente de Chile por la Junta de Guerra y cuerpos militares de la Frontera...	102
<i>Oficio</i> del Brigadier don Pedro Quijada sobre su incapacidad, por sus achaques, para ocupar la Presidencia del reino.....	108
III.—EL BRIGADIER García Carrasco da cuenta al soberano de haber asumido la Presidencia de Chile.....	109
<i>Documentos agregados a ese oficio:</i>	
N.º 1.—Oficio del Regente a García Carrasco en que le avisa el fallecimiento del Presidente Muñoz de Guzmán.....	110
N.º 2.—Acta de la Junta de Guerra, celebrada en Concepcion, que reconoció al Brigadier García Carrasco en el carácter de Presidente Gobernador y Capitán General de Chile.....	111
IV.—COMUNICACIÓN del coronel don Pedro Flores de Cienfuegos al Excmo. señor don Antonio de Olaguer Feliú sobre las irregularidades que se produjeron en la designación del sucesor de Muñoz de Guzmán.....	117
V.—ACUERDOS del Cabildo de Santiago para proveer a la defensa del país.....	118
<i>Oficio</i> al Presidente en que solicita datos acerca de los preparativos indispensables y de los fondos con que se cuenta para llevarlos a cabo.....	118



<i>Acuerdo</i> del Cabildo para proponer al Presidente diversos aprestos bélicos y arbitrios que pudieran tocarse para su realización.....	120
<i>Nota</i> con que se envió al Presidente el acuerdo citado.....	126
<i>Otro acuerdo</i> sobre los nuevos impuestos que se podrían establecer para cubrir los gastos necesarios para atender a la defensa del país.....	128
<i>Otro</i> sobre los gastos que podrían reducirse o suprimir del todo.....	133
<i>Otro</i> en que se resolvió solicitar de los habitantes de Chile un donativo voluntario para atender a su defensa.....	135
VI.—REGLAMENTO para la recaudación del donativo con que Chile debía auxiliar a la Metrópoli.....	137
VII.—DILIGENCIAS efectuadas para la recepeión de un Correo de Gabinete de la Infanta Doña Carlota Joaquina de Borbón.....	140
<i>El comandante</i> de la Fragata Higginson avisa al Gobernador de Valparaíso que trae un correo de gabinete.....	140
<i>Contestación</i> del Gobernador.....	141
<i>Oficio</i> del mismo funcionario al Capitán General del reino.....	141
<i>Respuesta</i> del Presidente García Carrasco.....	142
<i>Instrucciones</i> impartidas al correo de gabinete don Federico Gossling.....	143
<i>Patente</i> que acredita a la fragata Higginson	

	PÁGS.
por correo marítimo de la Infanta doña Carlota Joaquina.....	143
<i>Oficio</i> del Gobernador de Valparaíso a la Capitanía General en que le anuncia la venida a la capital del Correo de Gabinete.....	144
<i>Nota</i> del Presidente a don Federico Gossling, autorizándole para regresar a Valparaíso y le avisa que remitirá a sus destinos los pliegos que con tal fin le entregó.....	145
<i>Oficio</i> del Presidente al Gobernador de Valparaíso comunicándole el regreso del Correo, señor Gossling.....	146
<i>Otro</i> al Virrey de Buenos Aires con el que le remite unos pliegos destinados al Arzobispo de Charcas y Gobernador de Potosí.....	147
<i>Nuevo oficio</i> del Gobernador de Valparaíso, comunicando al Presidente varias providencias que ha tomado tocantes a la Fragata <i>Higginson</i> .....	147
<i>El virrey</i> de Buenos Aires acusa recibo de los pliegos que se le remitieron a los cuales dará el curso correspondiente.....	148
VIII.—INFORME de García Carrasco sobre la conveniencia de trasladar a otros empleos a diversos funcionarios y solicita el nombramiento de Asesor para don Juan José del Campo.....	149
IX.—REAL CÉDULA que declara el comiso de la fragata <i>Scorpion</i> , ordena instruir un sumario sobre los crímenes perpetrados por sus aprehensores, exigir fianza de resultas al Presidente	

García y en su defecto proceder a su prisión y al embargo de sus bienes.....	153 .
X.—EXPEDIENTE sobre la manera de proceder a la elección del Diputado de Chile en el Consejo de Regencia y designacion hecha por el Cabildo de San Fernando en el doctor don Juan Antonio de Ovalle.....	163 .
<i>Real cédula</i> que dispone la designación de un Diputado por cada virreinato o Capitanía General independiente y la manera de proceder a su elección....	163
<i>Providencia</i> del Presidente sobre el cumplimiento de la cédula anterior.....	166
<i>Vista</i> fiscal.....	166
<i>Acuerdos</i> de la Real Audiencia sobre el modo de llevar a cabo la elección.....	172
<i>Acta</i> de la designación de don Juan Antonio de Ovalle, elegido en conformidad con las anteriores disposiciones por el Cabildo de San Fernando.....	174
XI.—CIRCULAR del Presidente García Carrasco, relativa a la persecución inquisitoria del espíritu de independencia a fines de 1809....	179 .
XI.—REAL CÉDULA en que se participa a García Carrasco el nombramiento del Brigadier don Javier de Elío para la Presidencia de Chile...	181
XIII.—SEPARACIÓN de García Carrasco del mando supremo decretada por el Consejo de Regencia.....	183 .
XIV.—REAL CÉDULA en que se ordena que cese	

	PÁGS.
en su comisión al capitán don José Santiago Lucó.....	183
XV.—PRESENTACIÓN del Cabildo de Santiago a la Real Audiencia en que ofrece un donativo de cuatro mil pesos en cambio de las lanzas mandadas enviar a España por el Presidente	184
<i>Providencia</i> favorable de ese tribunal.....	187
XVI.—COMUNICACIÓN del virrey del Perú a García Carrasco en que le trascribe el oficio dirigido al Presidente de Chile sobre el regreso de Ovalle y Rojas.....	188 •
XVII.—CARTA reservada del virrey al exPresidente sobre los sucesos que originaron su caída	189
XVIII.—CARTA del Cabildo de Santiago al Rey, avisándole las ocurrencias del reino y renuncia del Presidente García Carrasco.....	190 •
XIX.—SESIÓN del Cabildo de Santiago en que se formularon los capítulos de acusación contra el ex-Presidente.....	206
XX.—REPRESENTACIÓN del brigadier Carrasco, ex-Presidente de Chile, en que refiere los sucesos de la Independencia en 1810 y su propia carrera política y militar.....	220 •
XXI.—DOCUMENTOS y cartas tocantes a la cobranza de ciertas sumas de dineros perteneciente al Brigadier García Carrasco.....	242 •
<i>Recibos</i> firmados por don Tomás Ignacio de Urmeneta de ciertas sumas que recibió del Brigadier García Carrasco por cuenta de don Juan Martínez de Rozas.....	242



<i>Borrador</i> de una carta dirigida por García Carrasco a don Julián de Urmeneta.....	243
<i>Otra</i> del mismo a don Tomás de Urmeneta.....	244
<i>Otra</i> del mismo Brigadier a don Juan Martínez de Rozas.....	245
<i>Contestación</i> de don Tomás Ignacio de Urmeneta.....	246
<i>Respuesta</i> de García Carrasco a la carta precedente .....	247
<i>Segunda carta</i> de García Carrasco a don Julián de Urmeneta.....	249
<i>Carta</i> de don Manuel Fernández al albacea de García Carrasco.....	250
<i>Otra</i> de don Tomás Ignacio de Urmeneta al mismo albacea.....	251
<i>Otra</i> al mismo, de don Damián Seguí.....	252
<i>Otra</i> de don Cristino de Huidobro a doña Rosa de la Torre.....	253
XXII.—AUTOS seguidos por don Rafael María Díaz Pichón, albacea y heredero del señor Brigadier don Francisco Antonio García Carrasco sobre retención de varias especies que remitió del reino de Chile don Tomás Ignacio de Urmeneta a consignación de don Joaquín Asín.....	255
<i>Testamento</i> de don Francisco Antonio García Carrasco, Santiago de Chile, 12 de diciembre de 1810.....	255
<i>Codicilo</i> del mismo, Lima, 10 de mayo de 1813	258
<i>Recibo</i> por trescientas cincuenta onzas de oro suscrito por don Bernardo de Vergara, a	

	PÁGS.
nombre de don Juan Martínez de Rozas, suma que le entregó el Brigadier García Carrasco, 4 de marzo de 1810.....	259
<i>Recibo</i> suscrito por don Tomás Ignacio de Urmeneta por la suma de seis mil doscientos noventa y seis pesos, que le entregó don Juan Martínez de Rozas por cuenta de García Carrasco.....	260
<i>Demanda</i> entablada por el albacea de García Carrasco contra don Joaquín de Asín, apoderado de don Tomás Ignacio de Urmeneta sobre cobranza de la suma de que este era depositario.....	261
<i>Providencia</i> y notificación de embargo.....	264
<i>Petición</i> del albacea para que Asín deposite en las cajas reales la suma retenida.....	265
<i>Providencias</i> .....	266 y 267
<i>Otra petición</i> para que los oficiales reales exijan el depósito de la cantidad embargada....	267
<i>El albacea</i> solicita se libre un despacho para notificar al demandado.....	269
<i>Contestación</i> de la demanda.....	272
<i>Réplica</i> .....	275
<i>Auto</i> que manda alzar la retención dejando a salvo el derecho del demandante para ocurrir ante quien corresponda.....	280
XXIII.—DISPOSICIÓN testamentaria de García Carrasco otorgada en Concepción el 1.º de marzo de 1807 y mandada tener como parte integrante de su testamento en el codicilo extendido en Lima.....	282

XXIV.—EXPEDIENTE sobre cobranza de los sueldos insolutos del brigadier Garcia Carrasco.	287
<i>Presentación</i> del albacea don Rafael María Díaz Pichón.....	287
<i>Informe</i> de los oficiales reales de Lima.....	289
<i>Certificado</i> de los oficiales reales de Santiago de Chile.....	290
<i>Oficio</i> con que el Virrey del Perú envía a la Capitanía General de Chile el expediente iniciado por Díaz Pichón.....	291
<i>Informe</i> de los oficiales reales de Santiago.....	291
<i>Informe</i> del Tribunal de Cuentas.....	293
<i>Auto</i> del Presidente Marcó del Pont que ordena hacer el apunte de los sueldos adeudados...	295
<i>Declaración</i> jurada de la fecha en que falleció el Brigadier García Carrasco prestada por su albacea.....	296
<i>Informe</i> del Tribunal de Cuentas sobre los documentos que deben hacerse al practicar la liquidación.....	296
<i>Liquidación</i> formada por la tesorería General de Santiago.....	298
<i>Oficio</i> de los oficiales reales a la Capitanía General en que le comunican que practicada la liquidación resultó alcanzada la testamentaria de García Carrasco en la suma de \$ 497.1 $\frac{1}{4}$ reales.....	301
<i>Otro oficio</i> del Tribunal de Cuentas sobre que se estreche al albacea y heredero al pago de esa cantidad...	302

III.—COMUNICACIONES Y PROVIDENCIAS DE LA JUNTA GUBERNATIVA DE CHILE INSTALADA EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1810.....	305
I.—BANDO de 18 de septiembre de 1810 en que se publicó la instalación de la Junta provisoria de Chile, su organización y facultades...	307
II.—BANDO de la Junta Gubernativa, 24 de septiembre de 1810.....	312
III.—CORRESPONDENCIA de la Junta de Santiago en 1810 con la Junta de Buenos Aires y los representantes del Gobierno peninsular, principalmente con motivo de los acuerdos del 18 de septiembre de 1810.....	314
<i>Oficio</i> a la Junta de Buenos Aires comunicándole su instalación .....	314
<i>Al Embajador</i> español en el Brasil sobre la misma materia.....	317
<i>Al Embajador</i> británico en el Brasil con igual motivo.....	319
<i>Al vice-Almirante</i> jefe de las fuerzas navales inglesas en el Brasil.....	320
<i>Oficio</i> a la Junta de Buenos Aires con el que se le remite una copia de la sentencia pronunciada por García Carrasco contra los patriotas Rojas, Ovalle y Vera.....	321
<i>Otro</i> al Brigadier Elío, comunicándole la instalación de la Junta y la conveniencia de que evite su viaje a Chile.....	322
<i>A la Junta</i> de Buenos Aires comunicándole adquirir para el Gobierno de Chile la mejor imprenta que se pueda obtener.....	322



<i>Al Ministro</i> inglés Marqués de Welesley, solicitando la aprobación de un contrato celebrado con don Diego Wittaker para la compra de armamentos.....	323
<i>A la Junta</i> de Buenos Aires para que, no obstante el contrato celebrado con Wittaker, compre cierta cantidad de armamento para el Gobierno de Chile.....	325
<i>A la misma Junta</i> para que le proporcione 6,000 fusiles, 1,000 pares de pistolas, un fabricante de fusiles y un fundidor de cañones	326
<i>Otro</i> sobre la conveniencia de celebrar un congreso siquiera de los países de la América del Sud para acordar la defensa común y aun refrenar las disensiones intestinas, e insiste en su anterior solicitud de armas.....	327
<i>A la Junta</i> de Buenos Aires, solicitando la remisión de ciertos pliegos al Marqués de Medina y que embarace su venida a Chile.....	329
<i>Al Marqués</i> de Medina, anunciándole la instalación de la Junta y de la inutilidad de su venida a Chile.....	329
<i>A la Junta</i> de Buenos Aires, enviándole unos pliegos para don José Acevedo, el Barón de Juras Reales y don Antonio Garfías, y que se les impida seguir viaje a Chile.....	331
IV.—NOTICIAS particulares de Chile. Sobre la construcción de canal de Maipo y nombramientos hechos por la Junta Gubernativa.....	332
V.—CREACIÓN de las compañías de artillería.....	334

	PÁGS.
VI.—PLAN que puede seguirse para levantar un cuerpo, legión de tropa reglada, uniformada, etc., con el nombre de legión voluntaria para hacer los servicios de infantería y artillería solamente en defensa de la patria.....	334
VII.—PLAN formado por el Cabildo de Santiago para levantar un cuerpo de tropas reglado, disciplinado, uniformado y acuartelado con el nombre de voluntarios de infantería, para la defensa de la capital y sus inmediaciones	340
VIII.—DECRETO sobre la creación de nuevos cuerpos de ejército.....	346
IX.—CREACIÓN del batallón de infantería veterana de granaderos de Chile.....	348
X.—CREACIÓN del batallón de caballería de Húsares de Santiago.....	350

